

367(866) MATOVELLE

1/133

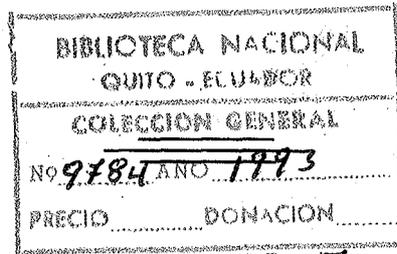
OBRAS COMPLETAS

DEL RYMO. PADRE DR. DN.

JOSE JULIO MARIA MATOVELLE

TOMO SEGUNDO

COMPRENDE CUANTO PUBLICÓ EL AUTOR EN SU
PRIMERA JUVENTUD, TODO EL ACERVO DE SUS
POESÍAS Y ARTÍCULOS INÉDITOS



004323-J.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

CUENCA—ECUADOR

1934

IMPRENTA DEL CLERO

PROLOGO

GOMO tal, se incluyen los nuevos párrafos del Estudio dedicado al Sr. Matovelle; estudio en parte publicado ya en el primer tomo en que constan las diversas manifestaciones de la prensa en honra del célebre sacerdote y literato.

EL POETA.

Su formación latina clásica le condujo a la serenidad, al ritmo de las ideas y del lenguaje acordado y correcto.

No tuvo infancia poética: desde sus primeros versos hasta los últimos, la corriente inspiradora se deslizó suave y límpida, sin el salto de elevación, pero siempre atractiva. Pudo ser uno de los poetas americanos, sobre todo místico, filosofador y moralista, dentro de los discretos términos del arte.

Mas sus preferencias por el estudio teológico, por la historia y sus síntesis y panoramas, por la apologetica y la interpretación de las Escrituras—le apartaron de la poesía—que en definitiva quedó en el tema religioso y devoto, para el cántico, la meditación ascética y el himno.—Copia abundante de letrillas, cantares y estrofas sueltas de máximas y consejos, pertenecen a la labor oculta del esmerado poeta de *Las flores y el crepúsculo*.

De sus piezas místicas ninguna como el *Epitalamio* que podría servir de modelo: el cántico nupcial de su primera misa y la sencilla y honda glosa poética *Ganancia es morir*—del *Mihi lucrum mori* del Apóstol. El descubrimiento de América, las luchas de la Iglesia en el trastorno del siglo, despertaron su nu-

men para el ditirambo y los gritos de combate, a manera de Núñez de Arce. De sus obras menores, deja gran impresión su letrilla de arte menor a la Virgen de los Dolores, primera musa de su niñez, inspiración de su juventud en los *Sáficos adónicos* que dirigió a sus amigos y hermanos los poetas de *Sábados de Mayo*: Miguel Moreno y Honorato Vázquez.

Cuando su ordenación sacerdotal, me dijo en piadosa carta, que había sacrificado la lira, como profana vanidad en el altar, y que lo propio había prometido tratándose de los primeros literarios que los creía inadecuados a la severidad de su ministerio.

Matovelle hizo poesía cuando los últimos reflejos del romanticismo se prolongaban a la remota América Española. Cuando el arte de poesía, llegado aquí, desde España, donde la escuela romántica tuvo muy relativa importancia, no pudo exigirse más, en un rincón de tierra americana, donde había de seguirse a la vanguardia prevaleciente desde Bello y Olmedo y los poetas de Cuba hasta los maestros colombianos, José Eusebio Caro, José Joaquín Ortiz, José María Samper, y en nuestro Ecuador Juan León Mera, Llona, Cordero. Así y todo, los primeros ensayos de Matovelle superan a los de su madurez y senectud. La «Contemplación Nocturna» «Alerta, Patria».

«Abrázate a la cruz, Patria querida,
del cristiano a la enseña bendecida.
Abrázate a la cruz con lazo estrecho,
abrázate al seguro de la vida,
o clávala magnánima en tu pecho».

Su poesía bíblica «Meditación» tiene el acento y los graves motivos de las sentencias y proverbios de los libros sabios de nuestra fé.

Como excepción y muestra de risueño humorismo, merece conservarse la amena composición «Los Monos Comunistas».

En sus poesías sagradas, se encontrarán, aparte las deficiencias de la difícil labor, estrofas encantadoras de dulce simplicidad, en veces de sabia contextura y siempre de tierna devoción:

III

«Lirio de los valles,
bella flor del campo,
que al nítido lampo
del naciente sol,
te alzas en el ara,
peregrina y sola,
y abres la corola
del níveo fulgor».

Este himno a la Hostia divina es de los pocos que pueden figurar en las numerosas colecciones, como uno de los más bellos, en lengua castellana.

Abundantes las canciones a María:

«Gallardo lirio que afrenta
de la nieve la blancura,
rosa ardiente que fulgura,
con cuanto en el prado ostenta
esbeltez y donosura. ...»

«Madre Dolorosa,
reina de los mártires,
dame de tus penas
el amargo cáliz.
Dame tus tormentos,
tus lágrimas dame,
y haz que en el Calvario
mi vida se acabe».

El sacerdote poeta redujo a un pequeño cuaderno las poesías que él juzgó dignas de presentación. Ellas constan en este segundo tomo de las obras del célebre polígrafo, y una discreta intervención de crítico y artista de reconocida nombradía, ha añadido piezas inéditas y otras de intimidad, que pertenecen a encargos de ocasión y a devotas urgencias. Con todo, en cualquier trazo de la pluma de maestro de juventudes, se advierte la chispa del ingenio y el intenso ardor sentimental del

transporte religioso.

La superioridad de la poesía religiosa, por la excelencia misma de su ideal, siempre habrá de ser inferior a éste: «El Arte Cristiano, escribió Menéndez y Pelayo, nunca puede ser más que una aproximación tímida hacia su objeto.... Acaso la clave de todo pudiera encontrarse en la teoría de lo sublime. Lo sublime, que es una especie de relámpago de lo infinito, es el género de belleza peculiar del arte cristiano. Pero, por lo mismo que es un relámpago, no basta a difundir la belleza total en aquellas obras donde imprime el surco rapidísimo de una luz que no es de este mundo».

Y ¡cuán pocos, y en cuán raras ocasiones, orillan la sublimidad!

EL PENSADOR.

Desde los primeros ensayos, Matovelle anticipó su preferencia por la inquisición filosófica, el estudio de las causas y los resultados de la conducta, la visión de las grandes perspectivas de la historia.

A partir de «La Aurora», se inició el pensador, que ahonda el subsuelo de los fenómenos sociales, sin detenerse en la superficie. En «La Luciérnaga», la meditación aparece más profunda y mayor la amplitud del espacio contemplando, a la luz de la síntesis. Pasa revista a las relaciones al parecer lejanas entre la ciencia y el arte, a la conexión del estatuto republicano con el ideal religioso, a la génesis de la humanidad, a la perfectibilidad física del hombre, al problema fundamental de la educación y de la familia.

«El mundo a vista de pájaro», continúa, en forma pintoresca, el cuadro magnífico de Fray Vicente Solano: El mundo después de cien años. El profeta adelanta el catalejo, a sorprender los acortecimientos futuros, con diseño y colores apocalípticos.

«Por amor a mi siervo, dice el Señor, aún no castigaré a Sodoma; aguardaré a que él descanse para derramar sobre el impío el cáliz de mi indignación. La mies amarillea; cui-

4 dado, que se apresta ya la hoz de los segadores. Ojo por ojo, diente por diente: a los que robaron a la hija del Señor, quitadas les serán sus riquezas; a los que la ultrajaron o la hirieron, les despedazará el furor de la divina cólera. El huracán del socialismo se levanta bramando en los confines del horizonte: lista se halla la mina del masonismo; la espada está fuera de la vaina; una chispa no más, y el mundo salta en pedazos».

«Pero no: aún vivirá el mundo; nadie sabe cuando vendrá el día del Señor; un día en que serán aventados los astros al soplo de Dios, como las avispas de una era. Los que peregrináis sobre la tierra, despreciad el falso oropel de las vanidades del siglo, practicad la virtud, y adorad y temed al Excelso».

En obra alguna de las suyas, se revelan tanta densidad en las ideas, su fuerza intrínseca y su elevación de claridad y amplitud como en «Reflexiones». Estas constituyen un diario intelectual, exornado de vislumbres poéticas y de estremecimiento sentimental, prevaleciendo constantemente un foco céntrico: el del imperativo religioso. Las reflexiones derivan quizás en parte del estupendo libro de Pascal, sin deslizarse como éste en los desfiladeros que pudiesen precipitar a la duda y ser víctima de la tormentosa alucinación del genio—aunque como tal—con la media faz cubierta de sombra.

Es el viaje rápido al través de aspectos de la vida espiritual y de contrastes de la vida ordinaria, a la luz de lo Alto, con el Libro de Dios por delante: valiente peregrinación que arrebató al lector y lo desilusiona, porque aquella ha terminado. Se experimenta la angustia de contemplar una obra trunca; un bello torso incompleto, una estatua decapitada. Matovelle pudo hacer el más original y perdurable de sus libros, vaciando impresiones de todo orden en aquel diario de pensador austero, sin vacilaciones y cansancio que dejasen la emoción penosa de una obra sin el fundamento de la convicción y la certeza de la fé, tan necesaria, no solamente en las altas disciplinas morales, sino también en las hipótesis e invenciones de la ciencia.

Recojamos los anuncios del vaticinador:

«Ha pasado ya la época puramente teológica de las

VI

ciencias, y estamos de lleno en la época social: la teología se ha dado los brazos con la ciencia política. En la cuestión social está incubada otra gran cuestión que constituirá la tercera época científica que podríamos llamar del naturalismo; a saber si los fenómenos físicos son independientes de Dios y del orden moral, si la Biblia está o no conforme con los descubrimientos de la física. Entonces se proclamará otro dogma que será el abrazo que se den la teología y la física».

«Que nos invaden la democracia y la ciencia incrédula, y el falso progreso ¡Esperad, mañana, será el bautismo de la democracia, y la ciencia, y el progreso. No temáis a estos salvajes leones del desierto; mañana dormirán—mansos corderos— a la sombra de la cruz. ¡Qué aspecto tan encantador, qué magia, que divinidad la del Catolicismo. El nos arrastra a la civilización, y nosotros, por la ley del movimiento relativo, creemos, insensatos, arrastrar al Catolicismo hacia la civilización. No es el sol el que se cambia, sino la tierra; no el Catolicismo, sino la humanidad».

La transformación del movimiento social la predijo en 1877, con precisión tal, que esa página parece escrita en el momento presente.

«El dogma fundamental del Socialismo y Comunismo, últimas y lógicas deducciones de tales herejías, es la Soberanía del Pueblo, esto es, el destronamiento de la autoridad social, y la exaltación de la multitud; el encumbramiento del inferior sobre el superior. Es el ateísmo social, porque hace subir la autoridad desde el pueblo hasta el soberano; de tal suerte que hablando lógicamente: Dios es un simple mandatario o representante de sus criaturas; en otra palabra: Dios es criatura de sus criaturas.—Es el panteísmo social, porque hace consistir la autoridad en la suma de las soberanías individuales; luego en último término, Dios que es la suprema autoridad, será también la suma de las divinidades moléculas: lo cual es el panteísmo. Por último, es el materialismo social, porque no admite más fuerza en la sociedad, que la suma de fuerzas de las moléculas sociales, ni otra razón creadora de la sociedad que la razón de sus individuos».

VII

«La batalla que en estos momentos se libra en el mundo es terrible y espantosa: los ángeles contemplan estáticos, y aguardan atónitos el resultado del combate. El Catolicismo de un lado, el Comunismo de otro. He aquí los gigantes que entre sí pelean; pero digo mal: gigante es el Catolicismo, porque es fuerte como el león, certero como el águila; pero el Comunismo no es sino un inmenso reptil que oculta sus anillos, ora en las entrañas de las logias, ora en los jardines, de los palacios»...

EL SACERDOTE.

Supo serlo, modelo de verdad, en servicio de su semejantes, con alteza que correspondía a un ministro de Dios, a un parlamentario de su causa. Su actividad sacerdotal no conoció límites, y de ella quedan en Quito, en las provincias de Cañar y el Azuay, en Lima, en Santiago de Chile, las obras, los impulsos, las iniciativas de aquel varón, para quien siempre amanecía una empresa nueva, se insinuaba un capítulo de programa de acción, hacia el bien, el progreso, en alivio de necesitados—y consuelo de afligidos.

Consultor, sabio director de sus amigos, del obrero y del magnate, del literato y del gañán—a cada instante, se lo requería para el consejo, la medicina espiritual, el arbitraje en diferencias de negocios o delicados conflictos. Su palabra iba derechamente clara, con la certeza de juzgamiento en definitiva.

Cuantos idos por el atajo, no se habrán dolido de no acudir a este tribunal de intimidad, donde se resolvían los problemas de la vida, con la técnica de altura—la que se aprende en la escuela de la oración.

El para todo; la distribución de la limosna, los cuidados del culto, los menesteres de la casa religiosa que dirigía, la asistencia a los centros de que era Director—la **Sociedad Orientalista**, **El Centro de Estudios Históricos**, **La Juventud Católica**, **las Sociedades de beneficencia**, **La de Señoras de la Caridad**, la prensa al servicio de la causa santa, las mejoras públicas, la sanidad, los caminos... nada se escapaba a su ce-

VIII

lo. Creía que el sacerdote, en países pequeños, debía adaptarse a todos los ministerios, en ejercicios de la caridad; juez, abogado, médico, propagandista de cultura, predicador del trabajo y del bienestar, previsor de peligros, inquisidor de conflictos sociales.

A tan múltiples facetas de su labor debió su inmensa popularidad. Cuando su muerte, el ciudadano y el campesino—el pueblo en masa—acudieron a dolerse de la extinción de aquella vida dedicada al servicio de la nación, de la ciudad, de la Iglesia. Espantados no adivinaban quien podía suceder a éste como Gobernador por sufragio unánime—que dirigía las conciencias, daba la norma de la conducta enderezándole al cielo, con discreta industria de prudencia.

El obrerismo demandó su concurso. Y él ordenó el movimiento por medio de uno de sus más entusiastas colaboradores. Juzgó sí imprudente la inmotivada división de clases y de centros de intereses, en daño de la solidaridad y de la caridad, que constituyen la esencia de la reforma social. El predominio del elemento obrero como todo predominio, lo estimaba peligroso al equilibrio político y a la paz, sano y sazonado fruto del amor mutuo.

Entre las distinciones de Matovelle, la mayor no fue la de literato, de teólogo, de pensador, sino la de sacerdote. Como tal resplandecía en su austeridad a la que se rendían los más despreocupados de las altas cosas.

A él se podía aplicar lo que se lee en el Libro sapiencial de Jesús de Sirac (1—12): «Cuando subía al altar santo, hacía honor a las vestiduras sagradas».

SU ACCION SOCIAL.

La entendió desde su juventud y la practicó antes que se dieran normas y ordenando se escribieran estatutos acerca de aquella. Como hombre de carácter, precursor fue de muchas empresas.

De frente en la primera línea de fuego, en veces desde la reserva, y cuando entre el clero y la política se puso entre-

dicho, desde su gabinete de táctico de la campaña, intervino con gran calor en la defensa de las ideas matrices de conservación del orden y la moral; en la difusión de las sanas doctrinas, en la extensión de la caridad, en las urgencias de propaganda.

Fundó la **Academia de Derecho Público**, en la que se dieron por primera vez en la República, debates interesantísimos en que terció la juventud Universitaria del Azuay, desde 1880: Alberto Muñoz Vernaza, Manuel F. Serrano, L. A. Chacón, A. B. Serrano y también el que estas líneas escribe... El primer debate sostenido con gran calor versó sobre la unidad religiosa, el segundo sobre las relaciones del Estado y la Iglesia.—Matovelle que ya de Profesor de ciencias políticas, había formado una porción escogida de discípulos, enderezó los estudios de alta política, con el propósito fundamental de afirmar los derechos y prerrogativas de la Sociedad Cristiana.

Fundó la **Asociación de Damas de la Caridad**, para encausar la limosna, recoger a mujeres desvalidas y salvar a familias y niñas, de las menguas de la miseria. Aquella asociación ha tantos años subsistente, a pesar de las exigüidades del medio en que operaba, testimonio del esfuerzo del infatigable sacerdote, limosnero desde sus tiernos años, conocedor en el Tribunal de la penitencia, de los caminos por donde el vicio aprovecha de la pobreza para deshonorarla y triunfar.

Recibió legados y donativos de consideración para entregarlos a los pobres. Banquero oculto y santo de la caridad, dejó la caja vacía: que ella significa el único y valedero empleo del tesoro de la beneficencia.

¿Dónde no estuvo su ojo vigilante, su mano gobernadora, su palabra de salud?

Las misiones orientales consumían su entusiasmo. Celador de ellas, propagandista fundador. El logró del Congreso la creación de los vicariatos apostólicos de la comarca Amazónica; él trajo al Santo Obispo Costamagna a Méndez—Gualaquiza. Constante protector de la misión Salesiana, organizó la **Sociedad Orientalista**, de que era Director; instaba en las oficinas, llamaba a las puertas de los gobernantes—en demanda de socorros, para remediar urgencias y parar el golpe de la persecu-

ción y la práctica de leyes ridículas de excepción contra los sacerdotes extranjeros—casi los únicos que han misionado a nuestras tribus salvajes. Antes mismo, como Director del **Centro de Estudios Históricos y Geográficos**, agotó la energía de sus iniciativas en la construcción de caminos al Oriente, sobre todo el que lleva de Paute a Méndez—Macas. Casi todos los días dedicaba parte de su tiempo, lleno siempre de obras, a la empresa de la Misión, de las vías orientales, de la colonización de los baldíos, de la redención de los salvajes.

En sus últimos meses, advertido de la propaganda insidiosa de los Rotarios—que al instante la sorprendió con la perspicacia de su talento,—resolvió fundar Centros de Cultura—de carácter nacional, para pasatiempo honesto y fines de progreso— en armonía con la moral cristiana y los dictados del patriotismo.

PROFESOR.

Lo fue de filosofía cuando el Gobierno del Dr. A. Borrero y luego de ciencias políticas en el Seminario de Cuenca, cuyas cátedras de Jurisprudencia estaban incorporadas a la Universidad, a formar la Junta Universitaria.

En el corto espacio en que regentó la asignatura de filosofía, practicó la amplitud y libertad de criterio—que no tuvo más límite que el de la ortodoxia católica—siguiendo la doctrina y el método del gran filósofo D. Jaime Balme, que se anticipó en mucho a las enseñanzas que más tarde habían de renovar los estudios, adoptándolos a formas más sencillas del conocimiento. El inmortal **Tratado del Criterio** del sabio catalán debía señalar el rumbo, que nuestro maestro, entre muchos, adoptó para la enseñanza clara y nítida de los grandes problemas del ser, del conocer y del obrar.

En ciencias públicas, Matovelle dió a sus discípulos diarias conferencias y disertaciones, sobre cuya base escribió compendios y tesis ampliadas de legislación: Ciencia constitucional, Derecho administrativo, Economía política y Derecho público eclesiástico (este por extenso.)

El plan, novísimo en su tiempo, dió la síntesis y el de-

sarrollo del Derecho Público, fundándolo en la Etica y en la práctica de los deberes—para con Dios, para con uno mismo y para con los semejantes: Derecho religioso, Derecho privado y Derecho público, el que a su vez se descomponía en Derecho público en sus relaciones con la conciencia y la Religión, Constitucional de organización de la sociedad civil, y Administrativo y Económico de las relaciones de los ciudadanos entre sí.

Dió suma importancia al debate sobre el origen inmediato del poder, que más tarde perdería oportunidad y que se reducía quizás a cuestión de mínima sutileza.

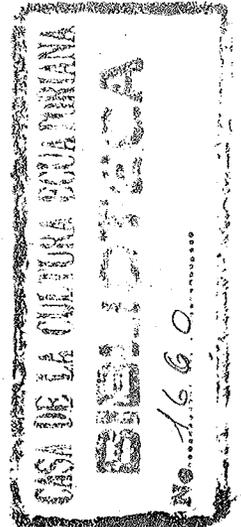
Todo poder viene de Dios, pues la superioridad no procede de los hombres—iguales ante Aquel, sino del que puede darla. Mas la vinculación del poder en determinada persona se verifica mediante actos diversos. Sólo la teocracia poseía el carácter de soberanía divina inmediata y perfectamente definida.

También la condena de la Revolución, o sea de la obediencia hasta a los poderes **Díscolos y Atravilarios** no puede favorecer a quienes, atentando contra las libertades naturales, anteriores al Estado, autorizan a los ciudadanos desposeídos de ella, a tomar las armas, para reivindicar sus derechos.

La pérdida de la independencia, sobre todo, no puede estimarse hecho consumado. Y en muchos casos se dirá lo propio de la ilegitimidad del poder; lo que se aplica principalmente al que arranca de la usurpación y de la fuerza, poder al que corresponden las verdaderas notas diferenciales de revolución, es decir, alteración del orden.

Matovelle preparaba una edición enmendada y concorde con sus nuevos estudios y la orientación de rectitud y justicia, de sus **Cursos de Ciencias Políticas**. Quizás su imponderable labor sacerdotal impidióle poner concierto en ese trabajo, que habría sido el más fructuoso de su talento y de su equilibrada mentalidad.

Discípulo de tan ilustre maestro, guardó aún sus enseñanzas, tan originales y luminosas, principalmente las de Economía política cristiana, que la concibió en la forma que con tanto brillo y amplitud había de desarrollar el ilustre Tonialo. La economía de Smidt y de Bestrat. había que bautizarla: ese



XII

fue el empeño de Matovelle en su cátedra.

En pocas escuelas, se habrán dado lecciones tan a conciencia, ilustradas y documentadas de erudición, como las del Profesor de derecho público en Cuenca desde 1880 hasta 1884. El que en **La Voz del Azuay** (1876) anticipó la labor de publicista, demostró las singulares dotes de visión del hecho social al que habían de aplicarse las eternas normas del que pudiéramos llamar Derecho Divino—la ética trascendental—que es una sola para los individuos como para los pueblos.

Estas consideraciones de tan remota fecha las ha comprobado la situación contemporánea. Hombres como Matovelle, de avanzada hacia los últimos linderos de la evolución humana, para sorprenderla en los detalles de última hora, personifican la conciencia universal. Así fue Fray Vicente Solano, y posteriormente el insigne Lacordaire. La filosofía de la historia corresponde a personajes elegidos, que se anticipan a su edad y predicen la futura, inspirados por cierto don profético de soberana intuición.

REMIGIO CRESPO TORAL.



Sr. Dr. Dn. Julio M. Matovelle,
en el último año de su vida seglar.



Sr. Dr. Dn. Julio M. Matovelle

Sr. Dr. Dn. Julio M. Matovelle,
en el último año de su vida seglar.

LA POESIA

FRAGMENTO (1)

Al dirigir la vista por el vasto ámbito del universo, se encuentra en cada uno de los objetos que él contiene tanta gracia y armonía, que basta uno sólo de ellos para maravillar al que lo contempla. En efecto ¿queréis admirar la belleza? Ved el átomo que se embebe en un rayo de luz o los inmensos globos que se deslizan por el firmamento; la humilde florecilla que se mece al soplo de la brisa o los cedros de Líbano, que confunden sus copas en el azul de los cielos; el insecto que se oculta entre la yerba o el corpulente elefante que mora en los desiertos arenales de la Libia.

Pero después de esto, aun no habéis visto lo mas admirable. Existe un ser, bello como la naturaleza, sublime como la omnipotencia misma de Dios, y que resulta del hermoso cuadro de la creación. Cuál es? El corazón humano. El universo su dominio y él un compendio de este. Su naturaleza, un misterio tal, que ni los esfuerzos combinados del fisiólogo y del metafísico han hecho otra cosa que tocar a la margen de esta tierra virgen que la investigación no ha hallado todavía, según el pensamiento de Briffón. Quién será, pues capaz de sondear sus nobilísimas facultades? Quién, de penetrar en su interior, que es un arcano reservado solamente a la Divinidad?

Esta lira de Dios llamada corazón, cuyas fibras, como otras tantas cuerdas, producen vibraciones tan melodiosas que no hay nota con que poderlas expresar; este corazón, presen-

(1) Estos artículos tomamos de "La Aurora", órgano de "La Esperanza", sociedad literaria del Azuay, cuyo Director fue el Señor Julio Matavelle.—Se han publicado en diez números, desde el 14 de Junio de 1871 hasta el 1 de Setiembre de 1873.—El lema de esta interesante y sabia Revista es: *Adeo in teneris consuescere multo est.* (Virg. Georg.)

te de la Divinidad, tiene también su idioma, y el lenguaje de los corazones es lo que se llama poesía. Y un idioma tal cuyas cifras son las flores, cuya expresión es la música, no es sino un destello del cielo, una melodía escapada de esas arpas angélicas á cuyos encantadores acentos se postran los bienaventurados, en éxtasis eterno, ante el excelso trono de Dios.

Esta centella divina armoniza el mundo; se encarna en el genio, hace germinar la vida, difunde la luz, nos revela el espacio con sus misterios y el tiempo con sus arcanos inescrutables.

Dios mismo el gran Poeta de los mundos, según la frase de Lamartine, se complace en hablar al hombre con este lenguaje. Este sublime músico es el mismo que pulsa con inefable melodía las fibras del corazón. ¡El fué quien, infundiéndole su espíritu a Moisés, le hizo prorrumper en un himno sublime, hasta entonces nunca oído. El hizo cantar a Débora; pues no eran palabras suyas las que ella profería, sino que la unción de Dios las hacía brotar de sus labios; Él, con su divino aliento, hizo entremecer el arpa del Salmista; por Él se elevaron los profetas a las regiones de la inspiración; por Él en fin, aparecen sobre este mundo, de vez en cuando, esos videntes de los tiempos presentes, que han tomado el nombre de poetas.

Y no existe un hombre solo que no se halle dominado por el sentimiento de la poesía. Examinemos a los individuos, uno por uno, y observaremos que, desde el silbido del beduino, en los arenales del Zahara, hasta el canto del bardo; desde el grito del salvaje, hasta el himno de los banquetes regios se deja percibir la inspiración. Dícese que los salvajes de la América del Norte tienen un lenguaje naturalmente poético. Y por qué había no de ser así? Dios que dió al cisne y al ruiseñor melodías tan admirables ¿no se las habría dado al hombre, habiéndole adornado de una voz, que, como dice Ciceron, suena con la misma armonía que una cítara? Es preciso confesar pues, que la poesía es uno de los elementos del espíritu humano, y la condición indispensable de su inmortalidad; pues Buffon ha dicho también que una obra pasa a la posteridad cuando su estilo es admirable, y que la gloria no alcanza cumplidamente su laurel; sino cuando se hermana con la poesía.

EL CULTO CATOLICO

La religión católica, que encierra en sí tantos tesoros del sentimiento, que es el depósito más abundante de belleza poética de una hermosa sencillez y de una inefable sublimidad nunca nos da a conocer mejor sus portentosas cualidades, que cuando despliega ante nosotros la majestad y ternura de su culto. Desde la misa que celebra el misionero, sobre la piedra de un campo, hasta la que pontifica el Sumo Sacerdote, en la imponente basílica de San Pedro, con toda la pompa y magnificencia del catolicismo, se nota en las sagradas ceremonias tanta elevación y grandeza que el alma se transporta a regiones desconocidas y como que goza, con anticipación de la celestial bienaventuranza. En todo se ve el reflejo de la Divinidad, un remedo, si es permitido decirlo así, de la verdad infinita. El espíritu recibe, en tan solemnes circunstancias, una misteriosa expansión, despojándose, en cierto modo, del peso de la materia, para engolfarse en los abismos del éxtasis.

Esa sombra de dulce melancolía que reina en la religión toda y que tan vivamente se deja apercibir en el culto, armoniza de tal manera con las tendencias del corazón, que bien pudiera reputarse aquel como una sola y grande oración que la humanidad eleva hacia el Eterno. De aquí es que se encuentra en medio de él ese consuelo en las aflicciones, ese lenitivo en las miserias, que ninguna cosa criada es capaz de ofrecernos.

Compréndese, por esto que la religión es la única esperanza y refugio suministrados por Dios al alma desterrada, en medio de este vasto desierto, sembrado por todas partes de abrojos y de espinas. ¿Quién no ha agotado, una vez al menos en su vida, su acibarada copa de infortunio? ¿Quién no ha sentido su alma saturada de hiel? ¿Quién no ha experimentado

aquellos vértigos que nos impelen hacia la desesperación? Y quién, si ha concurrido entonces a la casa del Altísimo, si ha oído esos cantos tristemente melodiosos que parecen el llanto de la humanidad, no ha sentido descender a su lastimado pecho una gota de bálsamo?

La música religiosa, sobre todo, se ha elevado realmente a la sublimidad. La música, que de suyo tiene una magia inexplicable que es capaz de despertar a la materia de su eterno y profundo letargo, llega en el culto católico a ser el eco de las angélicas armonías. ¡Qué hermoso es, a la caída de la tarde, cuando el sol despide sus últimos rayos y penetran estos débilmente por entre las celosías del templo, qué hermoso es percibir esas ondas empapadas de armonía, que andan vagando en el ámbito de las anchúrras naves, multiplicando el eco de las divinas salmodias, con una melancolía indefinible, capaz de ser comparada a los suspiros de un ángel!

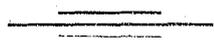
La vista goza y se levanta también ante las augustas ceremonias del culto. Ellas dejan traslucir la presencia del Omnipotente, como si el velo que le oculta a los ojos mortales adquiriese una especie de transparencia. Bien se comprende, en tales momentos, que un culto tan excelso y magnífico no puede tributarse sino a la Divinidad. Un protestante decía a Diderot, que jamás había visto al Sumo Pontífice celebrar en la basílica de San Pedro, circundado por los cardenales y la primacía romana, sin hacerse católico. Y el mismo Diderot confesaba que nunca había visto sin enternecerse aquel largo séquito de clérigos, con hábitos sacerdotales y aquellos jóvenes acólitos, vestidos de albas blancas, ceñidos de cingulos y derramado flores al Santísimo.....; que jamás había oído aquel canto grave y patético, entonado por los sacerdotes y afectuosamente repetido por voces innumerables de hombres, mujeres y niños, sin que su corazón se conmoviese y llenase de alegría, y su rostro se bañase en lágrimas.

Tal es el influjo que ejerce el culto en el corazón humano. ¡Desgraciado del que lo desprecia pues se priva del único consuelo, de la única esperanza que puede hacerle llevaderas las miserias de este mundo! De aquí proviene que los im-

píos que no han traicionado sacrílegamente los más íntimos sentimientos de su alma, han recurrido a la religión católica y a su culto, en los momentos de llanto y de dolor. 'D Alembert, después de haber buscado el consuelo en el seno de esa religión, principiada su testamento: *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. El mismo Voltaire, exhortando a su moribunda discípula la marquesa de Chatelet, la excitaba a que recurriese a los consuelos del catolicismo, y, cuando ella se admiraba de tal conducta, le contestaba: "Preciso es atenerse a lo más seguro, porque, quién sabe lo que en los otros mundos pasa". Aun él mismo pidió un confesor cuando se hallaba moribundo.

Pero no sólo esto, otro de los maravillosos efectos del culto católico consiste en que es el móvil de la civilización de los pueblos. Si Orfeo y Anfión fueron los que, levantaron a la Grecia de la barbarie, a la ilustración. por medio de la música, la religión católica y su culto han levantado a la Europa moderna del oscurantismo de otras edades al grado de civilización actual. Ellos son los que han transformado hordas de bárbaros en pueblos ilustres. "Culto maravilloso, dice Chateaubriand, que, por una superabundancia de medios, ha creado gobiernos tan sabios como los de Mínos y Licurgo".

Pasma ciertamente cómo la grieta de una roca, que fue el primer altar de un pueblo, o una caverna subterránea y oscura, hayan sido el foco de civilización actual.



EL PORVENIR

Todo hombre ha sido creado para desempeñar en la tierra una función especial; lo difícil está en conocerla. Por esto el joven se agita deseando saber a qué está llamado por la Providencia, y cuál será el papel que desempeñe en el mundo: ¿Cuántas veces no nos hemos dicho que será dentro de veinte años? Mas este descubrimiento es un imposible, y sólo está reservado a la penetrante intuición del profeta. Por otra parte es un efecto de la bondad de Dios el que nos esté velado el porvenir; más lágrimas esperan al hombre, que gozos, y el brillante porvenir que nos fingimos, es una ilusión, esa una bruma dorada por los horizontales rayos del sol de la tarde, que remeda palacios y jardines pero que serán disipadas por una brisa.

El joven se afana, baña su rostro con el tibio sudor del trabajo; mas ¡ay! muchas veces, todas sus fatigas van a parar en los repugnantes andrajos de un mendigo, y, talvez en el banco de su suplicio ¡Cuántos se sonríen por primera vez en el lecho de oro y pedrería, y todas sus riquezas y fortuna, van a estrellarse ante una desgracia, como esas hinchadas olas del océano, bañadas con los colores del iris, que se deshacen contra una roca!

Es verdad también que algunas veces las coronas se asientan en cabezas plebeyas, pero esto es tan raro casi como un prodigio, y, si es cierto que un Félix Perelti pobre pastor de cerdos, llegó a ceñir la tierra de San Pedro; que un Justino pastor también se sentó en el solio de Constantinopla; que un Nadier, bandolero persa, fue después el conquistador y famoso Shah Thamas—Kouli—Kan; que Napoleón se hizo emperador de los franceses, y Benito Juárez, indígena que,

cuando niño ni hablar sabía el idioma castellano, fue presidente de Méjico; si todo esto es cierto, es más aun que hay un inmenso padrón de reyes supliciados, de coronas arrojadas en el cieno y de púrpuras desgarradas. No hablemos de aquellos que como los Valerianos, Andrónicos o Bayaitos, expiraban en medio de horrendos suplicios, o encerrados en jaulas, abrumados de escarnio e ignominia; recordemos sólo a un Carlos I o a un Luis XVI, y veremos que en cada siglo se realizan tales escenas.

Esto sucede con los reyes; qué diremos de los demás hombres? ¡El mundo es un terrible drama, en el que se ven potentados abatidos hasta la indigencia, y hombres que se duermen con la copa del placer a los labios y despiertan con el veneno en las entrañas! Si el mundo es tan variable, no es un beneficio de la Providencia la incertidumbre de nuestra futura suerte? Ese niño que se sonríe de gozo al dar su beso de amor a su madre, lloraría, si supiese que su último suspiro lo ha de exhalar en un cadalso....

II

Era una tarde de verano; los postreros rayos de sol inundaban, con su luz, las altas techumbres de una ciudad; por una colina descendía hácia ella, un camino, por el cual bajaba un hombre de avanzada edad, de humilde vestido y de aspecto de viajero: luego se sentó bajo un añoso algarrobo. Estaba mirando por un rato la ciudad, con sus variados cuadros, y exclamó ¡“Oh, tiempo! y cuan diversas no son tus faces! Yo salí de esta ciudad, cuna de mi infancia, joven de 15 años, inflamado en ilusiones. Recuerdo que, cuando niño, en mis paseos me sentaba bajo este mismo árbol. ¡Ah y que vida no me fingía! yo me veía, en mis ensueños entonces, empuñando el centro de un imperio; mi esperanza me presentaba los días de mi vida, allá en lontananza, como un horizonte bañado por la luz de la aurora. Ahora vuelvo, y cuántos torrentes de lágrimas no han surcado mis mejillas; me he abrazado con la miseria, con un amigo con otro, y he palpado mil desengaños!—Cuando abandoné tu suelo, patria mía, me sentaba en este mismo sitio, me despedí de tí y me reí; mas ahora!.....” y lloró el anciano.

III

Al joven todo le es dado esperar: la gloria mas grande, los honores mas culminantes. Puede aspirar a una tiara, a una corona; todo le es posible, hasta ser el primer hombre de su siglo. ¿Y qué joven no ha esperado mucho? Pero, así como se vive se van deshaciendo las esperanzas, y es más difícil o imposible la realidad; hasta que llega, cierta edad, quedan fijados con ella nuestros destinos, de los cuales no nos desviaremos ya. Y el que ahora niño, se finge un porvenir de gloria o ignora su suerte, dentro de 20 años, se encontrará quizás en la cumbre del poder, o confundido entre la multitud; quizás dormido con el sopor de la muerte, o en un vértigo de gloria; quizás poscrito o caminando a un suplicio; talvez en medio de la orgía frenética del mundo, o en el rincón de una celda.—En todo caso, 20 años menos de vida y más cercanos a la sima de la eternidad!

LAS CORONAS

Coronas hay de varias clases; unas son de oro otras de laurel, unas de flores, otras de ciprés o de espinas.

Las coronas de oro son las de reyes y tiranos. Y, aunque en su vértice lleven el sagrado signo de la cruz, en pocas armoniza él con la mansedumbre y virtud de los portadores.

Las más de ellas son labradas por esclavos, en el yunque de la tiranía y la fragua de la soberbia, y el martillo de que se valen es el formado del hierro de cadenas.

La soberbia ha querido elevar estas coronas a la apoteosis; pero Dios ha lanzado un rayo que las ha reducido a cenizas, fundiéndolas en la frente de los soberbios. Otras, sembradas en el fétido e inmundo cieno de los calabozos, han quedado olvidadas, a par de los tiranos.

Las coronas de oro son las más ambicionadas, y, sin embargo, su peso, peso de un reino, hace reventar en sangre

la frente de los reyes.

Coronas hay también de laurel: pero de éstas no se ciñen sino los predilectos de la gloria y del honor.

Las legiones guerreras y vencedoras las ostentaban en sus cascos.

También los hijos de la armonía entrelazan con éllas su cabellera y ornán con las mismas sus cítaras. Sólo en los campos de la gloria y el honor se siega la planta de que están formadas estas coronas.

La diferencia entre éllas está en que el laurel del guerrero alimenta sus raíces en los sangrientos charcos del combate, y el del poeta en las linfas de un torrente cristalino; en que el primero denota la gloria en la destrucción, y el segundo, en la creación de un mundo ideal.

Pero las más veces la corona del poeta muy pronto se marchita, al fuego de su frente calcinada por la desgracia, y su nombre queda como el emblema del dolor y de la miseria; tal es la suerte de esta especie de héroes.

Otras coronas son de flores.

La juventud, ebria de placer y de ilusiones, se adorna con éllas, deshojándolas sobre la mesa del convite, y gritando:

"Coronémonos de rosas, antes que se marchiten". pero viene el helado cierzo de la vejez o de la muerte y entónces caen mustias y ajadas, dejando sólo espinas punzadoras.

La única corona de flores hermosa y pura es la de azucenas que ciñe la inocencia; pues su aroma es encantador y sus niveos y aterciopelados pétalos reflejan el candor angelical.

Adán y Eva la ciñieron en el Paraíso; ahora la llevan las vírgenes y las desposadas.

¡Qué hermoso es ver a una virgen, dormida con el sueño de la muerte, tendida en su lecho funerario, con una guirnalda de azucenas en sus sienes y una palma de jazmines en sus manos!

En las catacumbas, sobre la cripta en que yacía una virgen mártir, colgaba una corona de azucenas que se marchitaba junto con su rostro.

En el cielo los coros espléndidos de las vírgenes están

ceñidos de azucenas.

La corona de ciprés es la corona fúnebre que se marcha sobre las tumbas, donde mezcla sus perfumes con el olor del polvo de los muertos. Corona sagrada, porque es el último recuerdo y adiós de un esposo, o de un amigo! Cuántas veces, no se ve brillar trémulas en sus hojas las lágrimas de una madre que ha ido a llorar sobre el sepulcro de su hijo!

Dos amigos se hallaban proscritos en un lejano país; murió uno de ellos, y el otro, por último recuerdo clavó en la tierra de su sepulcro una cruz, entrelazando en sus brazos una corona de ciprés.—Corona que guarda los últimos adióses!...

Vengamos a la corona de espinas; corona divina, porque la ciñó Dios; corona santa, porque es la del martirio y la penitencia; corona gloriosa, porque las gotas de sangre que ella hace brotar se transforman en estrellas. Corona es también de castigo: por esto la lleva toda la humanidad sobre su demacrada frente. Algunas veces las espinas bajan al corazón; entónces destrozan su fibras y llevando la aflicción hasta el vértigo, forman esos locos de dolor que se llaman desesperados.

Esta corona es la de la estirpe de Adán, y es de todos tiempos, porque, mientras las lágrimas y el sudor del hombre humedezcan este suelo, durará la maldición divina, y mientras ésta dure, la tierra producirá abrojos y espinas que desgarran nuestras sienas.

Pero corona es también de gloria y de esperanza, porque la llevó Jesús, el mártir de los mártires, hermano de dolor de los hombres. ¡Dichoso quién sabe cambiarla en el Emþrio por una guirnalda de luceros!

LA FAMILIA

Al formar Dios al hombre y colocarle en medio de los vergeles del Edén, vió que no estaba bueno que fuese solo, y le dió una compañera, formada de su misma carne, cuando Adán se hallaba extasiado en un dulcísimo sueño de amor: he aquí la primera familia del universo. El Omnipotente no había criado las cosas por un mero capricho, sino con altísimos fines, y por esto a ningún ser dejó aislado, sino que los eslabonó a todos entre sí y dió medios a los individuos para perpetuarse en su especie. El hombre, solo en la tierra, sin un semejante suyo, era una anomalía en los planes de Dios, quien dijo: *Non est bonum esse hominem solum.*

La familia es una necesidad para el hombre: el padre, la madre, el hijo, he aquí lo que se llama familia, y he aquí el fundamento, la raíz de la humanidad: Sin aquella es imposible conseguir ésta, y, lo que es más, ni al hombre como individuo. El Hacedor Supremo dió a todos los seres ciertas exigencias en relación con su naturaleza, como condiciones para su vida, y en el hombre la exigencia más imperiosa es la de la generación. En efecto, nace, es un niño, pero qué niño? embrión de hombre, que necesita del calor maternal para su conservación y desarrollo; joven, se halla rebosando en sentimientos impetuosos, que necesitan comunicarse, sin lo cual le consumirían a él mismo, y entonces el amor conyugal se levanta como una tierna flor, fecundada por la juventud. Mas, los días del hombre pasan con la rapidez de un rayo; pronto se encuentra como agostada flor, que ha perdido su hermosura y su lozanía, doblega su tallo y besa el suelo de su tumba; entonces se llama anciano, y sus fatigas y sus dolores y sus miserias necesitan de la compasión de un hijo, que le asista en sus últimos instantes y riegue un puñado de tierra sobre sus restos. He aquí la vida toda del hombre, como un parásito que no



puede nacer, vivir, ni germinar, sino arrimado a la familia.

Pero la familia no es sólo una necesidad, es también un placer, es el único goce, quizá, del hombre sobre la tierra; pues Dios no ha sido, ni pudo ser, un tirano. Por esto, en la satisfacción de todas las necesidades ha puesto el deleite, el goce.

Los más nobles sentimientos, las puras y verdaderas virtudes, los actos más heroicos, tienen su historia en la familia; allí, la ambición, la gloria vana, son plantas exóticas, que mueren por falta de alimento. Los cuadros más tiernos de la naturaleza son tomados de la familia; el buril y el pincel se han cubierto de gloria, siempre que han consignado en el mármol o en el lienzo las escenas tiernas y patéticas de la familia. Uno de los cuadros más celebrados de la antigüedad fue el de Arístides, en el que está representados una Madre, que, en el saqueo de su ciudad, expira de una puñalada, y un niño, que aún no se desprende del pecho de la infeliz. La tragedia más terrible y conmovedora ha sido el "Edipo", porque en ella se exhiben las desgracias de una familia. En fin, la naturaleza es nada sin el hombre, y el hombre es nada sin la familia; la familia entra en todos los cuadros, escenas y acontecimientos, para darles vida y animación. El hombre no es hombre sino en familia, y por esto, si se quiere conocer a un hombre se va a los secretos del hogar y no al bullicio del mundo, porque en este no reina sino la ficción.

La orfandad es el más terrible de los males para el hombre, porque es la privación de la familia, porque las lágrimas del huérfano no son enjugadas por el paño de amor maternal, porque sus miserias no hallan alivio. La patria, este nombre tan dulce, tan lleno de tiernos recuerdos, tan seductor, se desvanece sin la familia. El huérfano es un extranjero sobre la tierra, porque la raíz que ata al hombre al suelo es la familia, sin ella no hay patria.

Rousseau, ese misántropo consuetudinario, que miraba a los hombres como enemigos, no tenía familia y por eso el huérfano de Ginebra, con su pacto social, en vez de expresar un error, manifestó la enfermedad de su corazón. El filósofo griego Timón miraba la vida como un suplicio, la sociedad

como un calabozo y brindaba, como un gran regalo, a sus compatriotas, un árbol de su huerto, para que les sirviese de horca; pero hay que perdonarle: debía de ser un huérfano, un hombre sin familia. Las más funestas consecuencias de la revolución francesa consistieron en relajar o disolver, con diabólicos principios, los sagrados lazos de la familia. Entonces una señora tenía vergüenza de ser esposa, y se gloriaba de la prostitución. Esto fue lo que indujo a esos fanáticos del crimen a mirar a la humanidad como un vil rebaño de animales inmundos, cuya sangre debía agotarse en la guillotina; esto hacía exclamar a Dantón: "La humanidad me fastidia", y a Barrere: "Ya estoy harto de los hombres": ¡justo castigo de sus crímenes!

Al contrario la familia, en todos tiempos, ha sido el último recurso de los hombres desgraciados. Los que se habían de las glorias y grandezas humanas, llenos de desengaños, han dejado muchas veces el trono y han arrojado el cetro, para ir a esconder en el seno, siempre dulce de familia, como un Diocleciano en su huerto de Salona, como un Amunat II en las vegas de Magnsia. Una desgracia de la familia no ha podido ser consolada ni con todos los honores de este mundo. Enrique II de Inglaterra murió de una calentura ocasionada por la rebeldía de sus hijos, sin bastarle el consuelo de ser uno de los más grandes monarcas de su patria.

La soledad más triste y silenciosa se torna alegre para un hombre, con la familia. El árabe en su andar errante vive contento, en medio de los océanos de arena y del abrasador viento del desierto, privado de la sociedad y sus glorias. El salvaje de nuestros bosques, sumergido en medio de una pomposa vegetación, aislado en una vasta soledad, vive contento al lado de su esposa y de sus hijos, sin tener más abrigo que un miserable techo, ni más alimento que las frutas silvestres. La familia buena es la felicidad del hombre en su proscripción sobre la tierra; élla era en la antigüedad la bendición de los patriarcas, y ahora lo es del hombre honrado. La familia mala es la maldición de Dios: este fué el castigo de David, y lo será de todos los hombres malos. El más infeliz de los hombres es el que vive solo.

Reflexiones sobre la Adversidad

¿Por qué ha nacido el hombre tan miserable? Fíjese un momento la atención en esos grandes dolores que pesan sobre la humanidad, que son como el eterno anatema de esa raza proscrita, y asomarán lágrimas a los ojos y se destrozará el corazón. Desde la cuna hasta la tumba, resuenan los sollozos y los ayes, como la sola cadencia, la única expresión del hombre sobre la tierra. Preguntémonos a nosotros mismos cuántos sufrimientos han acibarado nuestra vida, y encontraremos que toda élla es un tejido de penas. Donde quiera las espinas se presentan a nuestros pasos: espinas en el trabajo, espinas en la riqueza, espinas en los honores y en la gloria, espinas en la familia, espinas que brotan de nosotros mismos, como el único fruto espontáneo de este suelo; y todas estas espinas taladran nuestras plantas, desgarran nuestras sienes y penetran hasta el alma.

¿Por qué son tantos los términos que significan nuestros dolores y tan pocos los que expresan nuestros placeres? Cada acción, cada momento de nuestra vida, cada época de nuestra edad, revelan el cansancio y la fatiga que nos produce el vivir: hasta el aliento parece un continuado suspiro. Y si esto es en circunstancias ordinarias, qué diremos de esas otras, en que, convertidos en blanco de la adversidad, parece que todo el mundo de los pesares se desploma sobre nosotros; circunstancias en que desfallece nuestra alma y se condensa en nuestra cabeza, como una tempestad de padecimientos, que acaban por resolverse en un torrente de lágrimas? Tal es nuestra suerte, que estas son, a veces nuestro único consuelo.— Pero, en fin, ¿cuándo acabaría yo, si quisiese enumerar la inmensa serie de nuestros tormentos? “La historia, desde la primera página, hasta la última, es el martirologio de la humanidad”, podemos decir, imitando una expresión de Gregoire.

Mas, si nos es necesaria la adversidad no la aumentemos con nuestros continuos sollozos; busquemos un modo de hacerla, si no dulce, siquiera mas liviana. Los filósofos antiguos hallaron dos medios de atenuar nuestras miserias: llorar o reir. Demócrito y Heráclito, he aquí los jefes de estas dos escuelas. El uno consideraba todas las cosas de la tierra como dignas de un continuo llanto; el otro, al contrario como dignas de continua risa; y en efecto, o desahogar nuestro pecho, o encallararlo; o temer a los dolores, o despreciarlos. Mas la religión cristiana nos ha dado otro remedio, la resignación. Para practicarla es necesario creer y esperar; creer que esta vida termina pronto, como la flor del heno y que, después de élla, viene el eterno gozo, y esperar que resignándose a la pena, se alcanzará la corona. Mejor es resignarse que ir a la desesperación; porque así se duplica el peso de la desgracia.

De tal manera nos es necesaria la adversidad, que, aún cuando parece imposible, en medio de élla misma se encuentran ventajas. A la verdad, la primera necesidad del hombre es conocerse a sí propio. Este conocimiento es la base de toda ciencia subjetiva. Niéguese, en buena hora, el universo y sus portentos, si es posible, hágase el hombre un atéo, en medio de caos y la nada, se tropieza con una luz que se llama el pensamiento, y entonces se dice, con Descartes: pienso luego existo. Así nada más necesario que el conocimiento de uno mismo, *noscete ipsum*, era uno de los mas sabios principios de los filósofos antiguos. Este conocimiento nos es indispensable también para nuestro perfeccionamiento.

Pues bien, nada, mejor que la adversidad, nos proporciona este conocimiento del yo, porque, reducidos a la soledad en esos momentos en que el dolor nos abrumba con su inmensa mole, en que nada puede calmar nuestra aflicción, nos encontramos como en medio de un desierto. Todo nos fastidia, y hablamos a solas con nuestro corazón. Entonces nos conocemos. El orgullo se desvanece; su prisma se rompe, y pequeños y miserables, defectuosos e ignorantes, así quedamos, tales como somos, en toda nuestra desnudez. Y quién no reporta fruto de este conocimiento? Quién, al mirar sus defectos, no se a-

vergüenza y trata de corregirlos?

Las pasiones, propias o ajenas, son por veces, la causa de nuestros padecimientos, y las pasiones, en medio de la soledad, se desembozan y se presentan a nuestros ojos en toda su fealdad y miseria, como un inundo ciego, como la pocilga en que nos hemos acostado. Y quién entonces no refrena los ímpetus vertiginosos de sus pasiones?—Nada de esto sucede en medio de los placeres: la vocinglería de la multitud nos aturde, el grito de la conciencia se ahoga; sólo permanecen los gritos desordenados de la crápula. Así como el viajero se sorprende más, al contemplar en medio del desierto, los gigantes de piedra, las pirámides, que al verlos en Roma, donde su grandeza se ofusca; así nuestro ser se percibe mejor en la soledad y se ennoblece en la desgracia.

Mas no sólo nos proporciona esta el conocimiento de nosotros mismos, sino también el de los demás hombres, tan útil como el primero. En medio de la prosperidad, se presenta numerosa la turba de aduladores; la ambición viste con la máscara de amigos a tigres sanguinarios, a serpientes rastreras, que hincan sus garras o derraman su veneno en las entrañas palpitantes de la víctima que han aprehendido. De aquí la dificultad de distinguir a los verdaderos amigos; en aquel sin número de pesares que nos afligen, por tantas defecciones, ingratitudes, felonías. Pero en la adversidad se despoja la hipocresía de su careta; el crimen se presenta horrible, la virtud encantadora: en una palabra, la adversidad es la criba de los hombres; el amigo aparece más generoso, el enemigo mas inicuo, lo cual importa la felicidad misma.

Esto es mucho; pero no es todo. La adversidad nos perfecciona; pues, aparte de las virtudes que por ella adquirimos, nos comunica el movimiento y la actividad, condiciones precisas de la existencia. En toda la naturaleza hay una perpetua lucha de dos fuerzas, que es la que traza el derrotero de las esferas, la germinación de las plantas, la vida de los seres. El alma también necesita, para vivir y perfeccionarse, movimiento, ejercicio de sus potencias, empleo de sus fuerzas. Para esto se requiere choque, y no hay choque que resista.

Por esto, en la adversidad, que es la lucha del alma, se conoce la robustez del genio, la magnanimidad del héroe, la valentía del atleta. Job no habría sido el modelo de la humanidad doliente, sino hubiera apurado las heces del infortunio. Colón no habría sido un genio, si no hubiera sido consecuente en su inspiración, en medio de la burla de los pueblos, de los anatemas del fanatismo, del desprecio de los reyes, de las furias del océano y de las injurias de sus compañeros. Bolívar no fuera el ídolo de los americanos, si no hubiera tenido que luchar contra el coloso de la Iberia, sino hubiese persistido, en medio de sus derrotas, de sus privaciones, y aun en medio de las acechanzas, en la grande idea de libertar un mundo.

¿Por qué esas continuas reyertas de los pueblos? Por qué, en las leyes de la Providencia, las naciones se perfeccionan en las luchas y la adversidad? "Nunca era Roma más formidable que tras un revés", dice Muller. Sumida en los placeres, reina ya del mundo se dejó degollar inerme; por la horda vil de los bárbaros, pues las naciones, como los individuos, se enervan en medio de una vida voluptuosa, y entonces degeneran hasta la cobardía y la ineptitud. Diríamos que el hombre es como una máquina, que, si no se agita se enmohece.

Por último, la adversidad nos conduce a ser felices, lo cual parece una paradoja, y, sin embargo, bien considerado, es una verdad. La felicidad no consiste en la mayor suma de comodidades, al contrario estas crean más necesidades, y, por consiguiente, más ansiedad. La paz y el contentamiento, he aquí lo que nos hace felices, porque nos proporcionan el reposo y el bien.

Si la adversidad nos exhibe a nosotros mismos en toda nuestra pequeñez; si modera nuestras pasiones, si nos da verdaderos amigos; si es el cincel que modela nuestra alma, elevándola a la perfección, y si nos enseña nuestras necesidades que cuando son legítimas fácilmente se satisfacen; claro está que por medio de ella encontraremos la paz y, por consiguiente nos volvemos felices, en cuanto lo permitan las miserias de la

vida. Los goces, al contrario los placeres, a parte de enervar las fuerzas del alma, nos conducen a la saciedad, al fastidio. Cuán miserables los placeres de la tierra! Muchas veces, no son ellos sino el delirio, la ilusión, una gota de miel empapada en acíbar, y, cuando menos, el fastidio que producen todos ellos hacen pagar doblado el instante de transitoria fruición. El fastidio a veces, mas terrible que el mismo dolor, no admite resignación ni consuelo, sino que lleva a la desesperación. Por esto Byron, pintándose a sí propio, que, exento de pesares y miserias, se había embriagado con los goces de una vida voluptuosa, expresó su fastidio bellamente, en un pensamiento traducido por un poeta colombiano en estos hermosos versos:

“Más es triste y cruel no haber hallado
Nada digno de lágrimas aquí.”

Si el dolor es, pues, una triste necesidad de la estirpe humana; si el trabajo es nuestra única heredad, no será bien aterrarse en presencia de los grandes males de esta vida. Resistir con valentía y vigor sus embates furibundos, quedando dueños del palenque; derramar lágrimas, si es necesario, pero nunca rendirse; he aquí el modo de encontrar la miel tras la cortesa del infortunio.

PASEO EN VACACIONES

Hermosos días había pasado, hacia los últimos del mes de Setiembre, en una bella hacienda de Tarquí, donde la amistad me prodigó dicha y esparcimiento. Un amigo, cuyo nombre no diré, pero cuyo recuerdo vivirá siempre en mi memoria, me había invitado, desde Cuenca, a dar un paseo por el Portete y visitar el pequeño salto de Girón. Allá, pues, íbamos a marchar el 30 de Setiembre.

Cuatro éramos los del paseo: mi amigo, su hermano, un simpático compañero de clase y yo. Al efecto, después de almorzar muy temprano, preparamos abundantes y sabrosas provisiones de viaje, arreglamos nuestra cabalgadura y tomamos el rumbo hacia el Portete.

Más, antes de pasar adelante, diré algunas palabras acerca de excursiones.

Viajar es una necesidad imperiosa y, en el concepto de muchos, una condición precisa, para que un individuo pueda llamarse culto. En efecto, los pueblos, sus costumbres, los monumentos de las artes, los paisajes, son cosas que no se conocen, sino se palpan. De aquí que la juventud, siempre ávida de gloria, entre sus esperanzas, enumera sus viajes al rededor de la tierra. He participado también de este anhelo, y confieso que uno de los más ardientes deseos ha sido y es conocer las ciudades populosas y, sobre todo esas obras gigantescas de los antiguos pueblos, que son como la osamenta de las civilizaciones antiguas. Roma, Istakhar, las Pirámides, las ruinas de Balbec y de Palmira, blanqueando en el desierto, como señal de que por allí ha pasado una parte de la gran caravana de la humanidad, han sido imágenes que, más de una vez, han torturado mi mente. Pero tanto como esto deseo conocer los

memorables sitios en que se han realizado hechos que hacen estremecer a la Historia. La cumbre agrietada del Cógota, Troya, el sangriento golfo de Lepanto, en que Octavio y después don Juan de Austria, se coronaron de laureles, Waterloo y por último, Sedan, ¿a quién no conmueven? No son sitios que es necesario mirar?

Mas debo decir que, entre estos sitios excepto el Gógota, ocupan para mí un lugar preferente los campos gloriosos de la Historia Patria. El campo de Boyacá, los riscos de Carabobo, las heladas cimas del Pichincha, la llanura de Ayacucho, la garganta del Portete, han ido a la vanguardia, en mis planes, talvez ilusorios de viajar. Ignoro si la Providencia los hará efectivos; pero entre tanto; el 30 de Setiembre de 1872, marchaba ya hacia el gran nudo del Portete.

La hacienda que yo visitaba está situada en una colina; así que fuimos descendiendo al sur, atravesando, ora esplanadas, ora pequeñas eminencias, sombreadas todas por retamas en flor, hasta que avistamos el gran llano de Tarquí. Este es uno de los valles andinos que, de trecho en trecho, se encuentran en medio de los montes de la cordillera americana, como canastillas de flores incrustadas entre ásperas rocas. Se extiende como unas cuatro leguas al S. O. de Cuenca. Al entrar en esta gran explanada, se admira su anchura, que será al principio como de una legua y que, disminuye poco a poco, en una extensión de dos leguas, hasta ir a desembocar en un callejón que tendrá también la extensión de otra legua. Al cabo de este, se encuentra el límpido riachuelo de Irquis, que en su tortuoso curso, baja por entre una serie de pequeñas desviaciones, como en anfiteatro. Al término de ellas está el Portete.

Por este valle, pues, lanzamos nuestra cabalgata, a paso redoblado. Ibamos admirando las colinas que encierran la explanada, las que en variadas ondulaciones, van subiendo inevitablemente, hasta ir a azulear sus cumbres, allá en lo lejos, como parte del firmamento. Aquí no se admira esa pomposa y exhuberante vegetación de nuestras campiñas; pero, en cambio, se ven multitud de rediles, donde se derraman numerosos rebaños y pingües vacadas, que afluyen a pacer en el llano, ver-

de siempre y hoy bastante cercenado por el cultiyo. La llanura está regada, en toda su extensión, por un pequeño río de su nombre, cuyo lecho parece estar formado en un surco. Sus aguas tranquilas y dormidas prueban la nivelación de la planicie; apenas si murmuran en las guijas de su lecho o en los raigambres de los sauces de su orilla. Pocas casuchas encontramos en el camino; pero nos divertíamos, mirando los grupos de pastorcillos, que triscan en el camino, como en competencia de sus corderos. La balidos de las ovejas o el grito de algún arriero, que anima a sus bagajes, conduciendo las producciones de Yunguilla, es lo único que turba el monótono silencio.

Un sol tibio nos permite marchar cómodamente; así que, al cabo de una hora, estábamos en el callejón. Aquí principia a desigualarse el piso; algunos pantanos hacen más difícil el camino; el paisaje se presenta más montuoso; un viento helado azota los rostros, y varía enteramente el aspecto de la naturaleza. Mientras tanto, nuestra conversación era ya jocosa, ya seria, siempre animada. Recordábamos la batalla del Portete: quien sabe, decíamos, sino era este el sitio desde el cual comandaban el ejército, Sucre o Flores, y nos referíamos mutuamente las tradiciones populares de aquella época. Por un momento mi amigo se fingió mariscal Sucre, y yo el general Flores y los otros dos Heres y Camacaro, y empezamos a impartir órdenes a un ejército imaginario. Luego subimos las pequeñas eminencias de Irquis, cubiertos de matorrales, y dentro de poco tiempo, nos encontramos ya en la boca del Portete.

Portete? Sí, me hallaba ya delante de este campo, que tanto había ansiado conocer. No sé que fibras incognitas de mi corazón retemblaron en mi pecho; me parecía hallarme en medio de batallas ciñéndome una corona; sin embargo, confieso que no me conmoví tanto como yo lo esperaba.—Una estrecha y profunda garganta, practicada como a pico en la roca, es el Portete. Dos elevadas y verdes cumbres se asientan, a uno y otro lado de la senda, que, desde el punto en que me hallaba, a la entrada de la peña, forma un declive rápido, hasta el profundo valle de Girón, en que se produce ya la caña de

azúcar. A mi derecha miraba un hermoso bosque, formado de árboles seculares, al que difícilmente se penetra. A mi izquierda, altas y tajadas rocas, como muros almenados, y en sus ci-mientos, un profundo barranco, a manera de fosa. De modo que el ancho todo de la boca medirá unos cuarenta pies, y el ancho de la senda, seis.

Y bien en este mismo lugar, el 27 de febrero de 1829 por la madrugada, hace ya 43 años, se realizó una terrible escena.—La conducta falaz y traidora del gobernador del Perú, en ése entónces, provocó la ruptura entre aquella República y la de Colombia, su libertadora. Después de una campaña de algunos meses, dirigida por el general Flores, bajo las órdenes inmediatas del mariscal Sucre, habían tenido lugar varios encuentros, en los que no llevó el Perú la mejor parte. Noticioso el director de la guerra de que el General Lamar acampaba, con su ejército entre San Fernando y Léntac; estacionó el suyo en Narancay. El 26 de febrero, supo que el ejército peruano al mando del General Plaza, ocupaba ya a Girón. Sucre resuelve entonces atacar a Plaza, con su división colombiana, la que, en efecto, se pone en marcha para Girón, a las tres de la tarde.

Llegados a Tarquí, una fuerte lluvia detiene su paso; mas luego tiene noticia de que, al siguiente día, se reunirían las dos divisiones peruanas, que constaba de 5000 hombres, y que el general Plaza iba ya a ocupar el Portete. Resuelve pues el mariscal dar un combate decisivo, con sus 3600 hombres. A este efecto, destaca el capitán Piedrahita, a las siete de la noche, con un cuerpo escogido de unos 150 hombres, para que, cautelosamente ocuparan la boca del Portete. Luego siguió el ilustre escuadrón Cedeño, a las doce de la noche; marchó todo el resto de la primera división, es decir, los batallones Rifles, Yahuachi y Caracas. La segunda división, con más la caballería se detuvo en el campamento. El escuadrón Cedeño, al mando del distinguido general O' Leary, fué el primero que llegó a ocupar la boca, y armando una celada, se colocaron sus infantes a uno y otro lado de la estrecha senda, medio ocultos entre los matorrales.

Cuando los tintes de ópalo de la aurora bañaban apenas



el horizonte, y las aves yacían aun dormidas en sus nidos, la vanguardia peruana empezó a subir, segura y callada, la pendiente del Portete. Entonces, una descarga combinada del escuadrón Cedeño los tendió cadáveres, y fué la señal de la batalla. Con todo el furor de la sorpresa, avanza el ejército peruano: los tiros se suceden sin interrupción; huyen las aves despavoridas y retumban los cercanos barrancos con el eco de los cañones. Mas todo el esfuerzo y coraje del general Plaza fué inútil, un montón de cadáveres se hallaba hacinando ante el pequeño cuerpo, que no tenía mas parapetos que su valor. Con todo, a un esfuerzo desesperado del enemigo, iba a flaquear y a quedar destruído: después de una hora de lucha, apareció el Rifles, que recrudesció la batalla. Luego se presentaron también los 150 hombres de Piedrahita, que se habían extraviado. La luz indecisa hizo que fuera tomado por Rifles como enemigo, y por un momento, este y Piedrahita rompen contra sí sus fuegos; mas pronto reconocieron su engaño y ambos penetraron por el ala derecha del enemigo.

Casi al mismo tiempo, preséntase el general Flores y, con el Yahuachi y parte de Caracas, se interna por el bosque de la izquierda enemiga: los restantes del Caracas atacan de frente y con un esfuerzo y valor decididos, arrollan al enemigo entre un fuego espantoso. El general Plaza cae muerto de su caballo, y su ejército es destrozado, después de un largo combate. Mas, entonces mismo, aparece entre las breñas de nuestra izquierda, el grueso del ejército peruano, comandado por el mariscal Lamar, en persona; al propio tiempo que descienden también dos numerosos batallones, con el mariscal Gamarra a su cabeza. Entonces se restableció la lucha y se hizo general la batalla, entre 5000 peruanos y 1500 infantes colombianos, con más el pequeño cuerpo *Cazadores de Cauca*. Lamar, el vencedor intrépido de Ayacucho; Gamarra, jefe famoso por su valor, y el general Cerdeña, impulsaban a sus tercios, que, confiados en el número peleaban con desesperado valor, con el fuego y con la espada. De nuestra parte los generales Flores, O' Leary, Heres, Sandes, guerreros veteranos en las luchas de la independencia, que llevaban en sus cascos los laureles de cien

victorias, mandan a sus tropas vencer o morir. El general Flores recorría acá y allá el campo de batalla, cuando una bala enemiga dejó muerto a su caballo. Al instante montó en otro y prosiguió en sus maniobras.

El capitán *Camacaro*, de estatura atlética y denuedo de león, en un vértigo de heroísmo, en lo más recio del combate, acompañado de su segundo *Nadal* y de *Vallarino*, segundo comandante de *Yahuachi*, con la lanza en riste, se precipitó entre la caballería enemiga. Una multitud de cadáveres le abrió paso, y al fin, él mismo, peleando como un Hércules, cerró esa larga fila de muertos. Por un momento permaneció indeciso el triunfo. El mariscal Lamar, con sus *cazadores*, sostenía vigorosa y osbtinadamente la lucha, entre las breñas de nuestra izquierda. Palmo a palmo, cuerpo a cuerpo, se disputaban el terreno, como si fuera el asalto de una fortaleza; pero la fé en la victoria, el honor y la justicia ultrajadas, infundieron al ejército colombiano tal ardor, que, en una carga decisiva, hizo cejar al ejército peruano, que fué roto, deshecho, y perseguido en todas direcciones, a las 7 de la mañana, al cabo de tres horas de sangriento combate.

La segunda división colombiana, no llegó sino a acelerar la victoria, cuyo canto resonaba en las filas triunfantes de nuestro ejército, que acababa de vengar con sangre las injurias hechas a los colombianos.—1500 cadáveres, cubrían el campo de batalla, con 150 de los nuestros. En el mismo campo, fueron ascendidos por el mariscal Sucre, Flores a general de división, O' Leary a general de brigada; pues ambos se habían cubierto de gloria. Los coroneles *Alzuro*, *Guevara* y *Broion*, persiguieron por todas partes, las reliquias enemigas. Resultado de todo fué un victoria espléndida, con 800 prisioneros, abundantes y ricos despojos y una página mas de gloria en los fastos de la patria: 1600 cadáveres, fueron quemados en una misma pira.

Estos eran los recuerdos que se me presentaban, en vista del Portete. Por un momento me pareció como si una maga hubiera evocado la sombra de los muertos, para que se agitasen otra vez en lucha descomunal. Mas no, todo era silencio. El fragor del combate había despertado una mañana a las

dormidas peñas; mas luego todo había vuelto a entrar en eterno mutismo. No quedó sino una tumba, único rastro que el hombre deja en esta tierra: después de un instante de rumor. El lugar en que fueron quemados los cadáveres, cercanos al en que fueron sepultados, se muestra árido y desnudo. En el sepulcro en que reposan amigos y enemigos, con la fraternidad de la tumba, se eleva una cruz protegida de las lluvias por una rústica techumbre. Singular contraste! el signo de paz y reconciliación sobre los restos de un combate.

En presencia del Portete, no se iba a escapar de mis labios un himno o un gemido: himno por mi patria victoriosa, gemido por un hijo, lustre de Cuenca, Lamar, que perdió sus laureles de Ayacucho en una guerra fratricida, de que no sacó mas que ignominia: ¡ justo castigo de su ingratitud y parricidio!

Un momento permanecí de pie, sobre un puentecillo echado en el barranco. Un viento glacial que se escurría del valle de Girón, me incomodaba y, y al azotar las rocas, producía ronco rumor, cual el de un eco eterno, el del fragor de los cañones. Un campesino fué el único que pasó por mi lado arreando su asno. Yo creía que todos experimentarían la misma sensación en vista del Portete; pero no fué así: el campesino pasó indiferente; apenas si se descubrió en presencia de la cruz.—La superstición popular ha creído oír en este sitio, a las doce de la noche, un canto de guerrillas, entonado por voces marciales. A mi me parecía oír un grito de indignación de la humanidad, que así es sacrificada en tantas batallas, dejando por resultado huérfanos sin padres, esposas sin hogar, por solo la ambición de un hombre.

Negras nubes anuncian una cercana tempestad, y nos impidieron continuar adelante. Además, mi alma estaba llena de emociones, y cuando el corazón queda impresionado de una sensación, somos indiferentes a las demás.—Los ingleses prodigan sus riquezas, por poseer una bala del campo de Wuaterloo; yo, por único recuerdo de mi paseo, arranqué una rama de laurel que crecía en la tumba de los guerreros.

LA CIENCIA Y LA POESIA

He aquí dos soberanas de la tierra, mas poderosas, a no dudarlo, que todas las testas coronadas; porque su imperio no se apoya en la fuerza, ni una gota de sangre mancha las gradas de su trono.

Todas las cuestiones que agitan el espíritu, que tantas tempestades y torbellinos han excitado en la vida intelectual de las naciones, convergen a estos dos Polos: *Ciencia* y *Poesia*, síntesis final de todos los tratados. La naturaleza, en su acepción general, es el vasto campo en que imperan nuestras dos soberanas. La flor que esmalta el prado y el cedro que oprime la montaña; el átomo de luz que absorbe la luciérnaga y el sol que alumbra los espacios; la gota de rocío que tiembla en el cáliz de la rosa y el océano que brama entre las rocas; el colibrí de las florestas y el cóndor de los picos de los Andes; el pececillo del lago y el leviatán del Artico; el murmullo de la brisa y el fragor del trueno, todo, todo, hasta los oscuros abismos de la esencia de los seres, está sujeto a su imperio. En la fachada de su palacio se halla escrito en grandes caracteres: DIOS!

¡Y cómo delinear la figura imponente de la úna, y la seductora de la ótra? Si tuviera la omnipotencia del Genio, o el cincel creador de un Miguel Angel, representaría a la Ciencia como a esas matronas romanas del tiempo de la República, llena de una majestuosa sencillez, con todo el vigor de la vida, brillando en su rostro la hermosura varonil, con la austera rigidez de las facciones de un Cantón de Útica; la nariz de inflexible perfil, los labios contraídos, la tez algo pálida, como la corteza consumida por el fuego interior del pensamiento; los ojos meditabundos, la frente espaciosa y tersa, los cabellos tren-

zados con abandono y, por complemento, la túnica sencilla y el burdo manto de los filósofos de Academos, rodeando el talle de numerosos pliegues: he aquí el tosco boceto de la Ciencia, figura que atrae y conmueve, que hace que se la ame, pero con respeto. Se le ama de rodillas, como a esas reinas seductoras del Oriente, decoradas con el cetro y la corona.

La Poesía, al contrario, como una de las Gracias del celebrado grupo de la fábula, esto es, la juventud en todos sus hechizos y encantos, la vida en su florecencia; con su aspecto más femenino, como botón de flor recién abierto, rebosando de aromas y seduciendo con sus matices. La representaría con tez mórbida y nívea, con mejillas rosadas, con labios gruesos y rojos de los orientales, respirando amor al placer; los ojos negros y brillantes; la cabellera de ébano, cayendo en gruesos bucles sobre el esbelto talle; la figura contorneada de las griegas; en suma: el ideal de la belleza, con las nacaradas alas de un Ángel de Rubens. Su traje con la variedad de las formas de Proteo; ya, unas veces, el manto de severa gravedad de un senador romano, ya la púrpura del Oriente o el tisú de la India, orlado de anchos caires de oro, ya el coturno griego o el *pallium* de los emperadores romanos, sujeto al hombro con un broche de diamantes; y en todas ocasiones con la corona de laureles sobre las sienes. Siempre con el encanto de las sirenas que sonríe y seduce al más austero filósofo. Las ocupaciones de ambas corresponden a sus continentes. La Ciencia, unas veces se rodea de compases y de metros, de esferas y de lentes, de mapas y de cuadrantes; otras, se pasea solitaria al través de sombreadas veredas; o busca el insecto dorado que se oculta bajo la hierba de la pradera, y le deseca y examina. Con el mismo objeto, aprehende al ave del cielo y al elefante del desierto. Otras, penetra en los oscuros antros del globo y se detiene en cada una de sus grietas, como si pulsara sus arterias, contara sus latidos y midiera los grados de su calor vital; ya recoge la flor de los valles, para deshojarla entre sus dedos y contar sus estambres y diseñar sus pétalos. Muchas veces sube a los cielos y allí manda a los astros desfilan ante ella y los va pesando, uno a uno, en su

balanza. De allí baja a la tierra y en la gota de agua que colora el iris, va a sorprender, millares de mundos, tan hermosos y tan bellos como los que brillan en el vacío. No contenta con cernerse en los ámbitos de la naturaleza, penetra en los confusos limbos de las esencias y probabilidades de la Metafísica.

Con su profunda penetración y alto poderío, ha verificado portentos y milagros. Toma una porción de inerte hierro e infundiéndole un soplo de vida, anima la materia de un ardor febril y esfuerzo de gigante, que, tan pronto teje telas más finas que las de la araña; como deshoja los montes y los cedros. Cautiva los pequeños átomos de la niebla que se arrastra en las sabanas, y el vapor, preso en una cubeta, se enfurece y brama y tiene que trabajar, ya como un galeote en los mares, ya removiendo peñascos, como Sísifo. No necesita, como Jesué, mandar al sol que se detenga en su curso, para proseguir ella sus continuas luchas y triunfos; le basta una pila eléctrica, con la que desafía al negro velo de la tempestad y a las densas tinieblas de la noche. Ella, más audaz que Prometeo, ha robado el rayo de la diestra del Eterno y le ha convertido en humilde correo y portador de su pensamiento. Ha disputado al águila su vuelo y, subiendo en alas de las nubes, ha visto el mundo *a vuelo de pájaro*. Partiendo de aquí, ha examinado el embrión de los seres, ha asistido al primer día de la creación y ha mirado la masa en germen de los mundos, rodando candente en los senos del espacio. Orgullosa de tantos prodigios como ha obrado, ¡dadme un punto de apoyo, exclama, y desquiciaré el orbe!

Nada de esto hace la Poesía. Acompañada siempre de nueve hermosas vírgenes, llamadas *Musas*, los únicos instrumentos que la cercan, son los tímpanos y salterios, las panderetas, flautas y cítaras, y también el cincel y las paletas. Recorre las selvas, los mares, pero para admirar su belleza; corre tras el cuadrúpedo, vuela tras el ave, para palpar su aterciopelada piel o su gajo plumaje; en los lagos juega con las algas, y en los mares con las perlas. Toma la flor del prado; pero no para deshojarla sino para adornar con ella sus cabellos o aspirar sus per-

fumes. También sube a los cielos, y penetra en el paraíso, para formar guirnaldas de astros, no para pesarlos; para extasiarse en la música angélica, no para cortar las ondas sonoras. Unas veces copia los paisajes con sus frescas arboledas y flotantes nubes, otras pulsa su lira y entona himnos de célica armonía. Ya celebra la naturaleza, y su voz remeda los ecos del torrente y los murmullos de la brisa, en los campos del trigal maduro; ya los hechos gloriosos de la guerra remendando los bramidos del cañón y los truenos de la tempestad; ya llora las miserias y dolores de la humanidad y sus quejidos semejan al arrullo de la tórtola que perdió su nido. Mas no siempre se muestra severa, muchas veces también, juguetona y traviesa, se cubre de una careta y parodia las ridiculeces de la vida.

Mirad ahora sus portentos: ella, es verdad, no ata el rayo a su carroza, ni desploma los montes; pero al son de su cítara, se levantan ciudades en los desiertos y palacios en los riscos; se animan los peñascos, los tigres se cambian en corderos, las serpientes se amansan y el salvaje se transforma en hombre culto y delicado. Con sus sonos se dulcifica la amarga copa de la vida, se despierta el sacro fuego del patriotismo y los pusilánimes se convierten en héroes y mártires. Y por último, al son de su lira, el hombre se levanta desde el cieno hasta el paraíso.

Sin embargo del carácter opuesto de la Ciencia y la Poesía, no se rechazan ni se aborrecen; al contrario, son hermanas, y es su armonía fraternal la que las liga. Es verdad, que Platón arrojó a los poetas de su República; pero fue un capricho de su genio, y es uno de los imposibles de esa utópica y, a veces, absurda creación. La Ciencia necesita de la Poesía, como el árbol de hojas y de flores, como el firmamento de estrellas; la Poesía necesita de la Ciencia, como las lianas del cedro en que se cuelgan; como las flores un sustentáculo, para formar ramillete.

Todas las cosas se relacionan entre sí. Pretender aislar una de otra, es un absurdo, es querer quebrantar una cadena inmutable. Pretender que la Ciencia y la Filosofía sean contrarias a la Poesía, es pretender que Dios haya creado el uni-

verso sin belleza, al hombre sin la mujer; de tal suerte que bien pudieran aplicarse a los partidarios exclusivos de la Ciencia o la Poesía, aquellas hermosas palabras de la Biblia: *Quod Deus conjunxit, homo non separet*.

La Poesía sin la Ciencia, destempla sus cuerdas, entorpece sus gracias, se pone demasiado quisquillosa, se vuelve una loca, que molesta y fastidia. La Ciencia sin la Poesía, es demasiado grave, demasiado austera y ruda; espanta e intimida. Reunidas ambas, instruyen y deleitan, la una saca a los pueblos de la barbarie, la otra les civiliza; la una edifica, la otra embellece; la Ciencia es el orden, la Poesía la armonía; ambas reunidas conducen este mundo a su destino, la una abriéndole la senda, la otra cubriéndola de flores.

El Catolicismo y la República

Uno de los caracteres distintivos de nuestro siglo es el espíritu de innovación, que reina en todos los pueblos. La humanidad, como de un vestido viejo, ha querido despojarse de las más santas y venerables instituciones, para relegarlas al olvido, como una antigualla a un museo. Pero este sentimiento, que puede ser bueno en algún caso, llega a ser audaz y sacrílego, cuando viene a introducirse en el santuario. Por esto ha sido execrado mil veces por todo corazón recto, ese *santo y seña* de las falanjes revolucionarias: ¡*Abajo las aras! abajo los tronos!* confundiendo bárbaramente la causa de la religión y la de los déspotas. Y esta ignorancia, y este ateísmo de las revoluciones, viene de no considerar que la religión es eterna y los tronos perecederos, y más que de esto, viene del amplísimo y, por consiguiente, falso sentido que se ha dado a la voz *libertad*, haciéndole significar nada menos que una absoluta y total independencia, resultando de esto la proscripción de toda autoridad.

Largos y muy largos siglos, casi desde su cuna, había gemido el hombre en el oprobioso estado de esclavo. El

cristianismo llegó a redimirle, y, aunque su acción fue lenta, poco a poco vino a hacer conocer al hombre los sagrados principios de libertad e igualdad. Mas, apenas se había inaugurado la era moderna, recién terminada la edad tenebrosa del absolutismo, cuando yacían los derrocados castillos feudales, y cuando los pueblos apenas paladeaban la libertad e igualdad políticas, un monge sajón se presentó como el nuncio de las nuevas ideas y fanatizando a los pueblos, con los mentidos discursos de libertad e igualdad absoluta, les enseñó a romper todo vínculo y desconocer toda autoridad. Y, como sucede en el triunfo de toda nueva idea, llevado a la exageración el significado de libertad, los pueblos no se contentaron con la autonomía política que les había dado el cristianismo, sino que proclamaron la autoridad individual, haciendo significar a la palabra libertad nada menos que una amenaza lanzada contra todo orden, vínculo y propiedad.

Pero, examinada a la luz de la razón, no hay doctrina más absurda que esta. "Se llama *libre*, dice un eminente publicista (1), un principio cualquiera de actividad, considerado en cuanto no está sujeto contra su naturaleza", y pasando al hombre, dice: "Es fácil ver que, lejos de ser el orden un dique contra la libertad de los hombres, es más bien el campo donde naturalmente se dilata, se explica y perfecciona esta dote admirable de los seres inteligentes". Por consiguiente siendo la libertad la facultad de ejercer nuestros derechos, allí hay más suma de libertad, donde mejor se conoce y más bien se practica la moral, es decir donde las ideas de derecho y obligación son más claras y respetadas.

Ahora bien, ¿dónde se encuentra el código que contenga la moral pura? No es el Evangelio? Y ¿no es el catolicismo el depositario augusto de tan sagrado tesoro, el único que, a pesar de los trastornos tempestuosos del tiempo, va pasando incólume a todas las generaciones cual divino testamento del Salvador? Luego, sólo en el seno del catolicismo y bajo su protección, puede existir la verdadera libertad.

(1) Taparelli.—El Gobierno represent. t. I c. V.

Y qué es la República? Varias definiciones se han dado a esta palabra; pero de todos modos, viene a significar la forma de gobierno en que el poder tiene menos ocasión de abusar, y el pueblo, más garantías para sus derechos y más independencias en el ejercicio de sus facultades. Y como, por lo dicho, la verdadera y única libertad sólo puede existir en el catolicismo y por el catolicismo, sólo en este y con este puede existir la verdadera república.

En efecto, ¿se la pudiera concebir, ni por un momento, sin el respeto y amor a las leyes, sin hábitos de virtud y orden en el pueblo, sin un freno que contenga los ímpetus despóticos del poder? Todo esto, que los publicistas llaman espíritu público, no puede ser sino el resultado de la moral evangélica. Y, para probar que esto sólo existe en el catolicismo, y de ninguna manera en las sectas protestantes, al menos como doctrina, basta examinar su principio, el libre examen, según el cual el entendimiento de cada hombre es la única norma de las costumbres, debiendo por consiguiente, haber tantos decálogos cuantos son los hijos de Adán.

Y, pasando de la teoría a los hechos, ¿cuál es el pueblo que haya conocido los sagrados principios de libertad e igualdad política antes de la venida del cristianismo? Y después de su venida?, ¿se podrá dar una nación en que se representen estos principios, no siendo dentro del cristianismo verdadero o sea del catolicismo? Por de contado la historia de los pueblos antiguos es el cuadro mas sangriento de la tiranía, con todos sus terribles suplicios y horribles dramas. Allí el hombre se presenta en la más vil degradación, arrastrándose como un reptil ante el férreo trono de los déspotas. Y, si, a primera vista, arguyen talvez en contrario las repúblicas griegas, la púnica, la romana o alguna otra, bien examinado, se ve que no eran sino una farsa; pues, como dice Cantú (1), "los 20000 ciudadanos de Atenas y los 450000 romanos eran naturalmente una nobleza privilegiada, por más que llevase el nombre de pueblo". Y, aún prescindiendo de esa marcada diferencia entre

(1) Historia Universal t. IV p. 558.

el pueblo y la parte aristocrática de esos gobiernos, llamados *sénados arcontados*, o como se quiera, bastaría la oprobiosa institución de la esclavitud, generalizada en todo el mundo antiguo, para dar en tierra por su base con esas pretendidas repúblicas.

¿Quién no se horroriza al leer que en Roma, por ejemplo, los esclavos formaban casi las dos terceras partes de la población, y que toda esta multitud de hombres se hallaba despojada de todo derecho y libertad? ¿Quién no sabe que esclavo romano, ese *res* de sus códigos, podía ser quebrantado por su dueño con más facilidad que un vaso de arcilla? ¿Quién no sabe la mísera suerte de esos *ilotas* de la *virtuosa* Esparta, cazados como fieras, en medio de los campos, como refiere Plutarco? (1). No citaremos a juicio a esos sangrientos tiranos, llámense Lisandros, Dionicios o Silas, porque sus solos nombres son el emblema del despotismo más bárbaro, elevado hasta la apoteosis; y, sin embargo, tales monstruos eran la consecuencia genuina de tales repúblicas. ¿Para qué hemos de remover las ruinas de esas monarquías orientales? Bajo las derruidas cornizas y columnatas de mármol y granito, iríamos a dar con los execrables restos de hienas coronadas, que, en medio de impúdicas orgías, escanciaban más copiosamente la sangre de sus pueblos envilecidos, que el vino que hervía en sus copas de oro. La patria de los parias, de los harenes y de los sultanes no reconocía y aún no reconoce más igualdad política, que la que existe entre el tigre y su presa, el verdugo y su víctima. Hasta el mismo santuario del hogar no estaba preservado de las furias del despotismo; pues allí, como en todos los pueblos salvajes o no, en los que no ha entrado el Catolicismo, según lo nota muy bien el abate Gaume, el padre es un tirano, la madre es una sierva y el niño nada.

El Catolicismo es, pues, el único que, por su influjo altamente civilizador, así en la vieja Roma, como en todas las naciones, ha principiado por emancipar a la mujer y al niño de la ominosa servidumbre del padre, y haciendo conocer y respetar los verdaderos derechos del hombre, ha llegado a estable-

(1) Vidas Paralelas: en Licurgo.



er gobiernos verdaderamente cultos y populares. Esto es cabalmente lo que de las consideraciones históricas llegó a deducir Chateaubriand: "Todo, dice, cambió con el Cristianismo, aunque sólo se le considere como un acontecimiento humano: la esclavitud dejó de ser el derecho común; la mujer recobró su puesto en la vida civil y social, y la igualdad, principio desconocido de los antiguos, fué proclamada". Hablando de los tiempos del imperio romano, en que los Césares, desde su excelso trono de marfil y oro, miraban al mundo encadenado a sus pies, dice: "El Cristianismo era a la sazón democrático entre la muchedumbre romana, entre los grandes talentos y entre las tribus salvajes" (1).

En la edad de las grandes irrupciones de bárbaros, que, a manera de avenidas, inundaban la Europa, el Catolicismo, civilizando a esos altivos y feroces guerreros, les enseñó a ver en los vencidos, no un rebaño de siervos, sino hermanos suyos; y el *¡vae victis!* tan terrible del derecho antiguo, fué abolido en las costumbres europeas. El, por medio de su acción suave y eficaz, fué quebrantando paulatinamente el cetro de hierro del feudalismo, y él, como lo ha demostrado el inmortal Balmes, fué el que desde los *ergástulos* romanos, hasta los mercados modernos del Africa, ha empleado toda suerte de sacrificios, hasta lograr romper las mordazas del esclavo, y restituirle el sagrado tipo de hombre.

Las repúblicas italianas nacieron bajo las alas protectoras del Catolicismo; los hijos heroicos de Guillermo Tell, roto el yugo germano, establecieron en las risueñas colinas de la Helvecia, la república más acabada y patriarcal que registrará la historia, bajo los estandartes católicos. Y todas las instituciones democráticas modernas, hasta la *magna carta* de Albion, han bebido su espíritu en las fuentes civilizadoras del Evangelio.

El despotismo ha sido siempre el antagonista más acabado del Catolicismo: contra este ha dirigido sus más acerados tiros, antes de hincar las garras en su presa; porque sabe que esta religión sacrosanta protege con su manto a sus hijos, co-

(1) Genio del Cristianismo.

mo una cariñosa madre, y que no es posible herir a ellos, antes de haber rasgado su pecho. Hasta el mismo Montesquieu ha confesado esta verdad, diciendo. "La religión católica está apartada del rígido despotismo; porque, siendo la dulzura tan recomendada en el Evangelio, se opone a la cólera despótica con que el príncipe se tomaría la justicia y ejecutaría sus crueldades".

Al ver el espíritu de error derrocado su imperio y debeladas las impías huestes con que un tiempo avasallara la humanidad, no se rindió; antes, al contrario, con una hábil manobra, cambió de baterías y principió de nuevo la lucha, para volver a sumergir la humanidad en el abismo de la abyección y el despotismo. Porque esto y no otro fué el grito que lanzó a la raza humana emancipada de la servidumbre, diciéndole: "Habéis conseguido ya reivindicar vuestros sagrados derechos de libertad e igualdad, tanto tiempo presas de los tiranos; mas ¡alerta! no os vuelvan a encadenar, sacudid, pues, todo vínculo con que os quieran aprisionar; abajo toda ley! toda autoridad es tiranía! todo derecho un robo"! Y el pobre esclavo, recién salido de los calabozos, demasiado tímido, receloso, se dejó seducir por sus falsos aduladores y se lanzó, de lleno, en la revolución, proclamando como único principio social la soberanía del individuo.

Es así como la mentira exagerando y adulterando los sanos principios, volvió a sacar a la humanidad del verdadero medio en que le había puesto el Catolicismo y la colocó al extremo opuesto, al despotismo, que es la demagogía y la anarquía. Mas, como los extremos se tocan, volvió el hombre otra vez a caer en las garras de la tiranía y, siendo el Catolicismo, como se ha demostrado, el enemigo mas irreconciliable del monstruo, este ha lanzado contra la Iglesia sus mas recusables sarcasmos y su más venenosa hiel, y mostrándola a los pueblos como la enemiga de toda libertad y de todo principio republicano, cuando, en realidad, no es sino la infatigable destructora de la anarquía y el despotismo. Y es así como los pueblos que han renegado del Catolicismo han vuelto otra vez a ser pulverizados bajo las férreas llantas del carro de la tiranía.

Si se quiere saber la verdadera razón de cómo la a-

narquía, enemiga del Catolicismo, conduce a la arbitrariedad despotica, oígame a un eminente publicista de este siglo: "El orden político, dice, no puede subsistir, sino en tanto que la voluntad de las masas es contenida y dominada por la ley de Dios y por la ley humana. Allí donde la ley de Dios rige en todo su vigor, la ley humana tiene poco que hacer, y es posible la libertad política; pero allí donde la ley divina ha perdido sus ascendientes sobre los espíritus para contenerlos, la ley humana tiene por todas partes que desplegar más fuerza y severidad y el despotismo viene a ser una necesidad. Allí donde ya no se oye el grito interior de la conciencia, es preciso que el grito exterior de los magistrados resuene más enérgico; allí donde se ha dejado de temer a Dios, es preciso que se tema al hombre; allí donde el hombre no se detiene en la perpetración del mal, por temor a los suplicios eternos, es preciso renovar las amenazas de los suplicios temporales; allí donde la acción del sacerdote carece de fuerza, es preciso recurrir a la acción del verdugo; finalmente, allí donde el pueblo se ha convertido en materia, las teorías libertadoras son un anacronismo y un peligro social; por consiguiente, sólo el absolutismo es posible, y la fuerza debe reemplazar al derecho, por que la materia solo puede ser dominada por la fuerza". Esta es exactamente la historia de todas las grandes revoluciones modernas. Enloquecido el pueblo con los cantares de libertad exagerada, como un torrente de lava, se ha precipitado sobre cuanto se oponía a su paso, y los tronos han quedado pulverizados, al mismo tiempo que todas las instituciones y monumentos, aún los más sagrados. Y cuando ha calmado ya la fiebre de destrucción, sobre las hacinadas ruinas que se muestran entre charcas de sangre y montones de ceniza, se levanta un tirano sombrío y sanguinario, como un chacal que husmea los cadáveres y devora los mutilados restos que se le presentan, y el pobre pueblo, después de haber agotado su sangre y sus bienes, se encuentra más andrajoso y miserable, herido por el despiadado látigo de un Marat o un Robespierre.

Pero los espíritus ofuscados por el error nada de esto ven; al contrario, persiguen de muerte al Catolicismo, culpán-

dolo de antagonista de los principios republicanos y destructor de las teorías sociales. Una república, dicen, no es perfecta, sino cuando su constitución es atea; miserable engaño: un gobierno semejante no podrá tener sino una prosperidad material y su existencia durará lo que los buenos hábitos que haya infundido la Religión. Los menos adversos al Catolicismo, le creen bueno para cierta época de oscurantismo, mas no para la edad presente, y así hemos leído textualmente estas palabras en un periódico sud-americano. "Se cree que el Estado no puede vivir sin la Iglesia. Es cierto; pero esta Iglesia no es la Católica, porque hay países que no la profesan y que desafían por su prosperidad, por su moral, por sus hábitos privados y por la elevación de sus miras a otras sociedades desordenadas y dispendiosas que forman la constelación del mundo católico, y citando, en prueba, algunas naciones europeas, continúan. Y la América católica apenas pudo ser una república de apariencias". Antes había dicho el Señor Emilio Castelar, que los gobiernos de la América española eran monarquías militares.

Principiando por la América, no negaremos estas aseveraciones respecto de ella, pero si preguntaremos si los gobiernos de América han sido siempre los protectores de la Iglesia. ¿Han respetado el santuario? no han introducido la sacrílega mano de Judas en sus arcas? Sus institutos, sus ministros, sus leyes han recibido el respeto que se espera de gobiernos católicos? Hechos demasiados palpitantes y nuevos están dando una respuesta más elocuente que todas las que se pueden escribir. Si en el suelo de la América han brotado, a veces, tiranos más horribles que un Tiberio o un Nerón, también es cierto que estos se han convertido en perseguidores de la Iglesia, más terribles que los Valerianos y Dioclecianos, y, para no apoyar en el viento nuestros asertos, sabido es, por ejemplo, que el tirano Rosas principió sus barbaridades por declarar *salvaje unitario* a Su Santidad Gregorio XVI y por profanar los templos, como otro Calígula, con su execrable imagen.

Si hay algunos gobiernos que, profesando las doctrinas protestantes, gozan de los derechos políticos y de más felicidad que algunos católicos, esta situación próspera y feliz, no

proviene de los principios anticatólicos; antes son los principios opuestos, que infiltrados en las costumbres, vienen a brotar esa felicidad que se halla en contradicción con las teorías del error; y aún esos mismos países, serían mejores, estarían más desarrollados en ellos los derechos sociales, si profesaran el Catolicismo. El Padre Ventura, a quién hemos citado ya, dice más adelante; contestando al argumento de la Inglaterra protestante: "Nunca lo repetiremos suficientemente, si, por ejemplo, el orden y la libertad parece que reinan en la Inglaterra protestante, es porque, admitiendo el *protestantismo religioso*, la orgullosa Albion ha hecho también una revolución para conservar el *catolicismo político*; mientras que, ciertos países católicos han abrazado gustosos el *protestantismo en política*, rechazándolo en el orden religioso. El ejemplo de Inglaterra, bien estudiado y comprendido no hace, pues, mas que confirmar nuestra proposición, a saber, que solo por la influencia, más o menos sentida, y por la acción, más o menos directa, del Catolicismo, puede la sociedad civil obtener la libertad del orden y orden de la libertad". Lo mismo puede decirse de la república anglo-americana con más que allí, como es sabido, es inmenso actualmente el número de católicos.

Esto por lo que respecta a estos dos países protestantes, que quizás son únicas excepciones de prosperidad. Mírese el resto de la Europa, y se comprenderá que allí donde se ha renegado del Catolicismo, está la libertad civil amenazada de muerte. La sociedad moderna me parece una plaza sitiada, cuyo único defensor es la Iglesia católica, sus enemigos el *cesarismo* y el *socialismo* (llámense internacional o comunismo). El primero de estos últimos dirige sus formidables baterías contra el exterior de la plaza, y torreones y muros vacilan ante sus descargas furibundas; el segundo, es decir el socialismo, ayudado de todas las sociedades secretas, va minando ocultamente la plaza, largas galerías subterráneas ha formado ya y no se abisma gracias a que sus explosiones han sido reparadas por el Catolicismo. El día en que el pueblo reniegue de este su único campeón, ¡ay de la plaza! El cesarismo entrará triunfante por la brecha, y el socialismo, entre la explosión de sus minas, echa-

rá abajo los cimientós socabados, y la sociedad será tomada á saco por sus enemigos aliados. Este es el problema actual del mundo viejo y quizás del nuevo: los encuentros de las avanzadas están teniendo lugar; esperemos.....

Y, para que se vea que no se reniega impunemente de la obra de Dios, la Europa, que blasfemó de la Iglesia, llamando tirana a su libertadora, está sintiendo ya las garras del despotismo: "La Gaceta internacional", en uno de los últimos números de 1872, decía, hablando de la Europa: "¿Cual es la situación política y social de este Continente? Es una vasta red de cesarismos tendidos sobre todas las naciones. Europa hoy está viendo morir la vida social de los pueblos, ahogada bajo la bárbara presión de dictaduras militares, el derecho esta hoy conculcado por la fuerza bruta, y desde las sagradas augustas prerrogativas del Pontífice Rey, hasta la última franquicia municipal de la más insignificante aldea, toda sombra de libertad va pereciendo, para dejar exclusivamente la dominación al régimen del sable". ¡Y se dirá que puede haber libertad fuera del Catolicismo! ¿Qué se podrá augurar de las noveles repúblicas que principian persiguiendo a la Iglesia?

De lo anterior resulta, que así como es una iniquidad consagrar el látigo de los déspotas con el óleo santo del Catolicismo, es necedad perseguir a este, pretendiendo establecer la república. ¿Comprenderán los gobiernos y pueblos libres que se suicidan hiriendo a la Iglesia de Dios (1).

(1) Hasta aquí los Arts. tomados de "La Aurora".

DISCURSO

del Presidente de "El Liceo de la Juventud"
en el acto de la inauguración de la Sociedad Filarmónica.

Observando atentamente el orden admirable del universo, se vé que todas las cosas están regidas por la suprema ley de la armonía: desde las estupendas moles que se arrastran majestuosamente en el firmamento, hasta el átomo mas imperceptible que se sumerge en un rayo de luz; ni un sólo ser que no exista y se mueva al compas de ese ritmo y armonía universal que llamamos *música*; Dios mismo es el gran poeta y músico de los mundos, según la expresión de un célebre escritor. El hombre que es la síntesis de la creación, el que resume en si la perfección de todas las demás cosas que le están sujetas como a su monarca, es también el que más inmediatamente experimenta los efectos de esa ley prodigiosa; de aquí esa dulce simpatía que existe entre la música y nuestro ser; parece que nuestro corazón fuera un gran instrumento divinamente acordado, pues cada melodía responde a cada una de las fibras de nuestro pecho.

La música es el elemento en que vivimos, élla mezcla sus sonos, así a las lágrimas como a la risa, sin música no podemos concebir ni el paraíso; no hay sentimiento del alma por variado y raro que sea, ni por elevado o triste que se nos presente, que no tenga una armonía que le sea propia. Por otra parte en la natural imperfección del lenguaje humano, hay ideas y sentimientos que no se pueden expresar con ninguna palabra, y entónces la música viene a ser el complemento necesario del lenguaje, como que siempre ha sido ella, el idioma inarticulado pero demasiado expresivo del corazón; por esto, muchas veces, nos conmueven mas los sencillos cantares del pueblo, que los más elocuentes discursos, de los oradores.

He aquí, como el arte encantador que nos ocupa, es uno de los elementos más indispensables para la cultura de un pueblo, pues, aparte de la necesidad que tenemos de hacer coro a

la creación entera, en el himno incesante que eleva a su Hacedor, estamos obligados a procurar el perfeccionamiento del individuo, y no hay cosa que nos pueda servir mejor para este fin como la música, que con sus celestiales consonancias, nos separa dulcemente de la dura corteza de la materia, y nos revela por un momento los sublimes destinos del espíritu. Por esto, así cual no ha existido una sola nación sin idioma, no se cuenta tampoco de ninguna que no haya cultivado la armonía, ni cómo había de ser el hombre de peor condición que las aves de la selva, que tienen por lenguaje la música y que se entienden entre sí con las dulcísimas notas de su canto. A medida que los pueblos han adelantado más en la carrera de la civilización, ha sido también mayor el culto que se ha tributado al genio de la melodía; la culta Helenia, mecida en su cuna a los deliciosos cantos del ciego de Esmirna, élla que se gloriaba de tener ciudades levantadas a los acordes de la lira, élla, encarnación bellísima del genio de la plástica, supo colocar en el coro de las Musas a Euterpe, la inventora de la flauta. En este célebre pueblo, la música era considerada como el ramo principal de la educación de la juventud; en la Arcadía, por ejemplo, prescribía una ley la profesión de este arte desde los nueve hasta los veinte años de edad. "Los cantos, dice un escritor, eran llamadas leyes", como si entre la política y la música hubiera una misteriosa sinonimia, y Orfeo fué el primer legislador de la antigua Grecia. Quién no sabe los prodigios de que está llena su historia, fueron ejecutados solamente al influjo de una cítara! Quién no recuerda los nombres de Terpandro y Timoteo!

Los anales de la moderna Europa abundan también en mil curiosos hechos ocasionados por la música. De Enrique IV, de Dinamaróa, dice Kraunitz, que deseando experimentar en sí el hechizo de un célebre músico de su reino, lo hizo llamar a su palacio, y que fué tal la maestría del artista en pulsar su instrumento, que exaltado el monarca llegó al punto de matar a puñetazos a algunos de los cortesanos que lo cercaban.

Siendo la música, como hemos dicho, el lenguaje del corazón, sufre todos los cambios y transformaciones de nuestros pensamientos, sin dejar nunca de embelesarnos con su ma-

gia. En medio de los templos, a los trémulos sollozos del órgano, élla se nos presenta como una reina sobre su trono; a sus graves y majestuosas sinfonías enferma el alma de nostalgia, por esa patria tanto tiempo perdida; parece que escuchamos un eco desviado del canto de los serafines, y que por un momento columbramos un pedazo de ese cielo por el que tanto gemimos.

Al escuchar Pío IV una misa de Juan de Palestrina, todo conmovido, dijo a sus cardenales: "Verdaderamente que estas deben de ser las melodías, que oyó Juan el Apóstol en la Jerusalén celestial y que este otro Juan nos ha traído a la tierra". Si de los templos nos trasladamos a los campos de batalla, veremos aquí a la música, recorriendo como una ardorosa Palas las filas de los combatientes, o infundiendo valor y ardimiento en el pecho de los campesinos. Sabidos son los prodigios que realizara Tirteo con su canto; los héroes de las Termópilas se durmieron en el regazo de la gloria, coronados de olivo y entre los sonos de delicada flauta.

Pero la música no solamente es la inspirada de los templos, la precursora de la victoria y la cortesana de los reyes, ella más que todo es la amiga sincera de los pueblos y la consoladora de la humanidad doliente. *El canto popular*, esa expresión la más hermosa y verdadera de los sentimientos de una nación, se reviste de todos los matices del cielo que le vió nacer: en el Mediodía es ardiente y voluptuosa como un sol, lánguida y muelle como las palmeras y naranjos de Cuba; en la Finlandia o la Caledonia, majestuosa y triste como los peñascos de nieve que rodean el Artico. La música popular es la historia única de la clase más desvalida de la sociedad, es la tradición viviente de las ciudades, como ha dicho un poeta, el arca de la alianza entre los tiempos antiguos y modernos, donde una nación deposita los trofeos de sus héroes, la esperanza de sus pensamientos y la flor de sus sentimientos. Así los modernos atenienses cantan y danzan el hermoso *baile de Ariadna*, o el voluptuoso llamado la *Romerca*, recuerdo de la tragedia clásica; así los nuestros entonan su lastimero *Yaraví*, eco perdido de las canciones que deleitaban a Huaina--Cápac y Atahualpa.

Pero ¡ah! todos estos prodigios de la música no son pa-

ra nosotros, desdeñamos el sentido canto del indio e ignoramos las notas de *La Sonámbula* o *La Lucia* de La menor; nuestros salones se hallan invadidos por vals y bóstones advenedizos que los oímos sin comprenderlos. Nos preciamos de ser amantes de la literatura y el progreso y parece que ignoramos que en el pórtico de la civilización, así como en las antiguas escuelas de Pitágoras y Platón, hay este letrero: *no entra aquí el que no tiene de músico*. ¿Ni cómo se puede aspirar a la perfección, sino viene el hada de la melodía, y con su hermosa vara despierta nuestro espíritu del letargo de la materia? ¿No habéis visto como enseñan las madres a hablar a los niños de la cuna?: cantándoles. La música es como la célebre estatua egipcia de Memnon, élla con sus sonos anuncia al mundo la salida del sol de la civilización sobre un pueblo. La historia es incompleta todavía para nosotros, pues que no comprendemos la gloria de un Mozart, de un Rossini, o un Mercadante, al no delitarnos con sus armonías.

Mas, de hoy en adelante ya no será así ¿no véis que este hermoso grupo de artistas dedicados al culto de la música se ofrece, con la más pura generosidad a encantarnos con las dulces inspiraciones de Bellini y Doniceti? Cuenca que ha sabido producir un Vélez, no será ingrata a los genios de la armonía. Ved, pues, ilustres socios de la *Filarmónica*, el vasto campo que se presenta a vuestros triunfos, habéis dado principio a esta grande obra, nada más que al impulso de vuestro noble entusiasmo, continuad adelante inflamados del mismo ardor, constancia en vencer los abtáculos, laboriosidad en perfeccionaros en vuestro sublime arte, y el porvenir será vuestro. Recibid, ahora, el saludo cordial que como a hermanos, os ha venido a dar en esta noche, "El Liceo de la Juventud", y no olvidéis jamás que con este acto habéis puesto sobre las hermosas sienes de mi adorada Cuenca una corona más de gloria y esplendor, (1).

(1) Hasta aquí los Discursos tomados de "La Aurora" y "El Cuencano".

EL GENESIS DE TODO HOMBRE (1)

Bellísima y sobremanera deliciosa es la primera página de la historia del humano linaje. El drama del paraíso empieza por los jardines del empíreo y termina por los zarzales de la tierra. Adán sacado de la nada, se mira derrepente circundado de los encantos del Edén; mas, luego siente hallarse sólo en medio de tanta hermosura, y el Criador le da una compañera resumen admirable de sus obras y conjunto prodigioso de todas las gracias. Adán y Eva pasaban vida de ángeles acariciados por los moradores del cielo, visitados frecuentemente por Dios y disfrutando de los dones de una pródiga naturaleza. Nosotros hubiéramos sido herederos de tanta dicha; pero ay! nuestros primeros padres delinquieron, quebrantando el único precepto que les impuso el Eterno, y ellos y su descendencia fueron arrojados a la amargura del valle de dolor. Todos los días, de todos los ángulos de mundo, entre desgarradores lamentos, se levantan acerbas imprecaciones contra la infausta debilidad de los primeros hombres: mas, ¿serán ellos los solos que tal inculpación merezcan? ¿no se repitirá todos los días el terrible drama del paraíso? Veámoslo.

La existencia del hombre principia por la dichosísima edad de la inocencia. ¡Qué hermoso despertar el del niño en brazos de la razón! Se mira derrepente en medio de un paraíso, sin saber de donde vino, ni quién le trajo a tanta felicidad. Los años de la infancia transcurren como una ilusión dorada, du-

(1) Los artículos que siguen son reproducidos de "La Luciérnaga"--- periódico literario, órgano del "Liceo de la Juventud". Publicada en siete números desde el 26 de Febrero de 1876 hasta Setiembre 1 del mismo año. --Su lema es: "*Nunc aut numquam*".

rante la cual se sueña con ángeles, se juega con las estrellas y se ríe con las flores. Una nube que pasa, el iris que se cuelga en los espacios, un copo de espuma, o un fragmento de cristal bastan para deleitar al niño y abismarle en las más dulces complacencias. Una paz sólida e imperturbable, resultado preciso de una completa ignorancia del mal, llena el espíritu de los suaves deliquios de los serafines. Dios habla a los pequeñitos cara a cara, a cada instante, en cada pestañada; se siente una vaga aspiración a los cielos, se mira un esplendor desconocido, y parece que se encuentra uno rodeado de los perfumes del incienso. Nada de este mundo nos preocupa entonces, y paseamos llenos de alegría y de contento, entre umbrosas arboledas y mágicos pensiles; sin ambición de ser adulados por la fama, ceñidos de laureles, no cercados de palacios ni riquezas; no hay más anhelo que cazar mariposas y pintados pajarillos, visitar las musgosas grutas de las selvas y rebullirse en las ondas de las cristalinas corrientes. Las pasiones, esos tigres, leones y jabalíes; esas horribles fieras que al andar de la vida despedazan furiosas a la humanidad; en la edad de la inocencia son tímidos corderillos, que se dejan atar con un cabello, y que nos acarician, lamen, y juguetean postradas sumisos a nuestras plantas. En suma, el niño es un Adán en medio del Edén.

Pero la adolescencia se ha adelantado, y el hombre frisa ya con los dieciséis años; sus formas indecisas y casi femeniles hasta ahora, pierden poco a poco su graciosa morbidez y flexibilidad, y principian a pronunciarse los angulosos perfiles del rostro varonil. El niño, hasta entónces bullicioso y juguetón, va volviéndose meditabundo y serio, y empieza a sentirse solo y a desear algo que no sabe qué, pero que le hace falta. De repente una noche se le aparece en sueños una visión; una sílfide vaporosa, como las nieblas de las mañanas, vaga y transparente como el primer rayo de la alborada: hechicera y linda como la estrella de la tarde, dulce y cariñosa como un beso maternal. El adolescente la quiere detener a su lado; pero la sílfide se escapa y desvanece, y él se queda triste y más sólo que nunca. Joven ya; un negro bozo sombrea sus labios, como

una obscura nubecilla que ondea entre las rosas de la aurora; y este joven al despertar del sueño, experimenta que algo, como un pedazo de su organismo le falta de lado de su pecho; el corazón le late con extraordinaria violencia, parece que quisiera lanzarse por una ventana recientemente abierta: es que Dios ha arrancado una costilla de Adán para formar a la mujer. El horno se ha encendido, y la fuerza de la llama ha hecho saltar en pedazos, y convertida en ascuas, la puerta de la entrada. El joven desde entonces, aumenta más y más en inquietud buscando ese algo que cree va encontrar a cada paso, y que no sabe con fijeza de lo que se trata: ya no le placen las flores, ni las aves, sintiéndose incompleto ansía por hallar el pedazo de corazón que le ha sido arrancado mientras dormía.

Mas, he aquí que, de improviso, al doblar una esquina, al salir de un templo, al entrar a un salón, en una gira de campo, en casa de un amigo, en el huerto de un pariente, se sorprende el joven, al ver, como por encanto, realizada y encarnada la sílfide de sus sueños; nadie le ha dicho todavía, quién es, ni cómo se nombra, talvez la ha visto antes y no se acuerda, cuando grita en el interior de su pecho una voz que dice: "esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos". Ella es, en efecto, la otra mitad de su ser, ella es a la que buscaba; ella el pedazo de corazón que le fué arrancado. ¿Cómo describir la primera entrevista de Adán y Eva? Eso lo supo decir Milton que aprendió a hablar el lenguaje de los ángeles. En las hermosas mañanas de verano, cuando el cielo se ostenta opalino y terso, como la límpida superficie de un lago; modesta y esplendorosa tilila hacia el oriente la tímida estrella matutina; mas sale de pronto el sol, y ella se disipa y él se torna como de oro fundido, avergonzado y gozoso de encontrar a la amante que buscaba. Ved aquí una imagen de esa primera entrevista que supo dibujar tan bien el ciego vate de Albión. El joven y la joven, se miran, pero con la celeridad del relámpago e inmediatamente, ella baja pudorosa los negros y rasgados ojos, y él los levanta hácia el cielo: dos botones de rosa despliegan sus capullos de púrpura en las mejillas de ella, y dos mariposas de oro se posan en el rostro de él. Ni uno ni otro han

desplegado los labios, y, con todo, en esa mirada de un segundo, se han contado recíprocamente sus ojos un idilio tan hermoso como el Cantar de los Cantares; no han pronunciado una palabra, y los mismos ojos, mensajeros del alma, han celebrado pacto, y el ha dicho: "tú eres mía", y ella ha contestado: "tú eres mío". Que pareja tan hermosa, se dicen interiormente los que contemplan a los dos jóvenes; ella más pura, y más sensible y casta y encantadora que la primera ilusión de la niñez; él más orgulloso, gallardo y altivo que un levantado ramo de jazmines aromáticos brotado en medio de un cafetal en ciernes.

Adán y Eva se han encontrado por fin. El paraíso de la vida es ahora más delicioso que nunca. La juventud en su florescencia es más seductora que un prado de arirumbas y lirios en las mañanas de mayo: la naturaleza misma parece que sonríe complacida a esos ángeles de candor que se aduermen, como narcotizados por el suavísimo aroma de las primeras impresiones. El y ella se vieron una vez y no vuelven a separarse ya; en casa, en medio del hogar; en el templo, al fervor de la oración; en el campo, en las meditaciones; en el estudio, va él acompañando de su Eva; pero que Eva tan hermosa y tan pura: no era mejor la que acariciaba Adán. Quién haya leído las Memorias de Ultratumba del cisne Chateaubriand, comprenderá los raptos, coloquios y ternezas de esta delicada pareja. En América, como en Africa, la flor de la datilera ama a la flor de la datilera; a pesar de que las palmas que las ostentan se levantan la una a grandísima distancia de la otra, allá, entre apartadísimos bosques y en dos remotos oasis: jamás se han visto las dos amantes flores, la brisa confidente de sus secretos es la única que ofrenda a la una el polvo de oro de la otra, y los aromas de ésta a aquella; y sin embargo se quieren tanto las dos, que sin verse ni conocerse se estremecen y se agitan temblorosas en ocasiones. Así ésta delicada pareja: esta Eva, no la Eva mortal todavía, sino al ideal de la mujer, se le ama con amor platónico, se la vé con los ojos del alma, se la adora y no se la palpa. Al despertar, es el ángel que vela a la cabecera del lecho, en el campo la náyade que se oculta en el cáliz de una

azucena, en el río la ondina que se evapora de la espuma, en la oración la Beatriz que guía al empíreo, de noche la Psíquis que se desvanece en un rayo de luz. Se la ama, pero con respeto; se la habla, pero en medio de querubines; es una compañera que no se la abandona, pero que no se la toca; Dios va en medio de los dos, conversando entre las glorietas del Edén. Las ilusiones del niño no han desaparecido aún, son los celajes que contornean el firmamento bañado en la luz del mediodía. Esto es: Adán y Eva *in paradiso voluptatis*.

Pero en la mitad de este jardín de delicias hay un árbol que es prohibido tocar. Dijo Dios a Adán: "Comerás del fruto de todos los árboles del paraíso; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque en el día que comiereis de él infaliblemente morirás". La inocencia es una dichosa ignorancia del pecado, y una intuición sublime de todo lo bueno; pero en medio de este paraíso de la infancia y la juventud, se levanta la tentación de la carne, como otro árbol de fruto prohibido; en los ensueños del niño, y en las ilusiones del joven, se la divisa como una sombra de muerte al través de la frondosa arboleda: el diablo de la malicia incitaba muchas veces a Adán, a quebrantar el ineludible precepto; pero Adán se acongojaba de sólo pensarlo.

Mas, un día la incensata curiosidad y el necio orgullo hicieron que Eva, seducida por la serpiente, se acercara al árbol prohibido con su complaciente esposo; Adán y Eva primeramente comieron el envenenado fruto del mal: y al comerlo esos dos seres tan castos y celestiales antes, tuvieron vergüenza por primera vez; es que se vieron ambos cubiertos de materia, y esto avergüenza al alma que es un puro espíritu. El cristal limpio y transparente al caer en un lodo no deja de ser cristal, pero la luz no vuelve ya a pasar por él, bañándolo de sus resplandores; y es entonces, cuando se vé que el cristal es materia, cuando está caído en el cieno. Adán y Eva mutuamente se avergonzaron y corrieron a cubrir su desnudez con hojas de higuera; mas viene entonces la voz del Señor que les grita: "¡ Adán, Adán, dónde estás !" Y éste ya muy lejos, allá entre el follaje de los árboles, contesta: "he oído tu voz, pero avergon-

zado de mi miseria me he escondido de tu vista". El Señor reconviene a Adán, Adán culpa a su compañera y ambos salen desterrados del paraíso porque dejaron de ser espíritus.

Ved ahora, ese joven y esa joven, ayer tan contentos, tan bulliciosos, ahora, se parecen a Adán y Eva expulsados del paraíso. Fugó la inocencia, volaron las ilusiones y se presentó de lleno la amarga realidad. El varón tiene que ganar la vida con el sudor de su rostro, la mujer que llorar con los tormentos de la maternidad, y ambos que convertirse en ceniza. Pasó la frescura de la mañana y han venido los calores de la tarde: ahora es el bregar con las borrascas, y el abrir, jadeando, los duros senos de la avara tierra. Las lágrimas se agolpan a los ojos en tempestad, los trabajos acometen en tropel. La hermosura de Eva se marchitó, y el gallardo Adán es una palmera encorvada por los huracanes. Los cuarenta años arrugan con su enorme peso las mejillas de los dos; y Caín y Abel juguetean a las puertas de la cabaña.

Y cuando la prosa del matrimonio desvanece la poesía de la juventud: cuando los zarzales de la vida sofocan los pensiles de la adolescencia; al opaco brillo de las estrellas, al suave calor de los chispeantes sarmientos que arden en medio del hogar, recuerdan los dos ancianos esposos, entre prolongados suspiros, las gratas fruiciones de la infancia. Bastante lejos de Dios, no muy distante del sepulcro, la imagen de la pasada inocencia se muestra ondeando entre las estrellas; el anciano baja entonces la vista a su corazón, y en él, no encuentra sino el nido vacío del canario que voló. ¡Ah!, los recuerdos son el débil aroma que despide la agostada flor.

La pureza es un hada, que si se va no vuelve: felices los que durmiéndose en sus brazos, llegan a despertarse en los de Dios. ¡Oh!, que los hombres se quedaran de ángeles; pero la carne arrastra a la carne, y el polvo que sube en alas de los vientos, al fin desciende a la tierra. El que no se aleja de Dios, no se siente sólo y no necesita de compañera; almas hay, que al morir no dejan cenizas, sino que como el incienso, se reducen a niebla aromática: felices los que no se convierten en carne. ¡Ay!, de los que dejan el cielo para mo-

rar en la tierra!; el alma, que es ángel, pliega entonces sus alas recoge su cándida vestidura y empieza a andar por los zarzales de la vida, dejando aquí y allá, girones de su manto de armiño; y cuando se llega a las puertas de la tumba, la yerta crisálida queda en el lodo y la dorada mariposa sube a los cielos.

He aquí el Génesis de todos los hijos de Adán. Una mujer es siempre la que arroja al hombre del paraíso de la inocencia; pero en cambio, es ella la que le da la mano en las cambronerías de la vida. Dejemos, pues, de culpar a Adán: su pecado es nuestro; el drama del Edén se representa todos los días en el globo. Del polvo vinimos, a él hemos de volver; procuremos que el alma, ángel de los cielos, torne, al morir, al seno de Dios del cual ha salido.



LA PERFECTIBILIDAD FISICA DEL HOMBRE

El rey de la creación, la obra maestra de Dios, es el hombre; él fue puesto en el Edén, para dominador, pontífice y centro de los demás seres, el universo todo no es más que el palacio de este sublime monarca. Después que al *fiat* omnipotente se formaron los astros y las plantas, los mares y las montañas, las aves y los cuadrúpedos; tomó el Hacedor Supremo en sus manos un poco de barro y lo modeló admirablemente, para que fuese el ara santa, en la que había de arder deslumbrante la excelsa luz del pensamiento, chispa escapada de la soberana inteligencia. Y ved aquí, cuán bello, imponente y majestuoso se eleva el hombre en medio de sus rendidos vasallos. Su gallarda figura revela su celeste origen, airosa y recta, arranca de la tierra como llama que sube al firmamento. Un célebre escritor francés le pinta de esta manera: "El rostro del hombre, dice, es el ideal supremo de la belleza: su frente como aurora que nace refleja la majestad del pensamiento; el cerebro más grande que el de todo otro animal, duerme abrigado y recogido bajo la bóveda del cráneo; la niña del ojo, que es la estrella de la mirada, irradia desde el fondo del arco de las cejas apacible claridad; la oreja abre al aire libre, de cada lado de la cabeza, su concha armoniosa, modelada para las ondas sonoras, como la bahía en la ribera, para las olas del mar; la nariz inclina al suelo su copa, para aspirar al paso todos los perfumes; el pliegue del labio ondula en agraciadas curvas, como arco suelto y movable, dispuesto siempre a lanzar la palabra; la cabellera flota al viento esparcida sobre la espalda, en señal de fuerza, como la melena del león; todos los colores del iris se posan en su rostro en suave gradación: la rosa de las mejillas

y la nieve de la frente, el azul celeste del ojo y el oro de los cabellos". Así debía ser en efecto, el hombre: la síntesis suprema de la creación; en él, como en un tálamo nupcial, se han dado un abrazo de amor el ángel de los cielos y la materia de este mundo, arreglada como en vistoso ramillete.

Pero Dios, en su infinita sabiduría, nada estableció en el hombre de modo absoluto, sino que todo lo sujetó a la imperiosa ley del trabajo; de tal suerte, que las más sublimes dotes de inteligencia y de cuerpo, son susceptibles de perfeccionamiento, y murieran en germen, si una continua labor no viniera a darles el desarrollo conveniente. Los más de los animales, apenas nacen, ya pueden valerse a sí mismos; pero el hombre cuando niño, es el ente más miserable y débil de toda la creación; y ¡oh!, cuánto tiene de hacer una madre, porque ande y viva, esa delicada criatura que no sabe más que llorar, porque ésto es lo único que no se necesita aprender. Y si no fuera por la madre y si no fuera por los maestros, se apagaría la luz de la inteligencia, se enervarían las fuerzas, y el rey de la creación quedaría más bajo que los brutos. La educación es la que forma al hombre, y mediante ella no hay ser alguno que nos pueda igualar, ni en agilidad, ni en fuerza, ni en viveza. Lo que tratamos pues, de probar aquí, es la perfectibilidad física del hombre, esto es, de manifestar con algunos ejemplos, que no hay en nosotros facultad física que no pueda ser educada, ni cualidad que con su desarrollo no exceda en perfección, a cuántos prodigios se cuentan, en esta materia, de ciertos animales. No hablamos aquí de la inteligencia, porque su nobleza y dignidad son cosa puesta fuera de duda, y la civilización actual ha llegado hasta el delirio de adorar a la razón como a diosa.

Principiando por la forma humana, es sabido que no existe cosa más admirable y perfecta en el universo material que nuestro organismo, cuya sublime disposición ha dejado absortos a los filósofos, admirando la infinita sabiduría del que tal obra hizo. El cuerpo del hombre es un mundo en pequeño, es el compendio de cuantos seres existen en el reino animal, vegetal y mineral; todo de una manera eminente y prodigiosa. Mas, esta misma forma tan gallarda y magnífica, es susceptible de

perfección; es cosa sabida, que el exterior de una persona es el reflejo de su alma, y que la hermosura del rostro, es indicio de cualidades nobles y elevadas de espíritu. Las razas más bellas han sido siempre las más ilustradas. Grecia, el pueblo sabio de que hace mención la historia, fue la que dió los inimitables modelos a la estatuaria; nación idólatra de la hermosura plástica, que por estar adornada de ella, levantó templos a Felipe de Crotona; que abrió certámenes de belleza para uno y otro sexo, y que en los juegos públicos adjudicaba un premio al beso más melodiosamente dado. ¿Ni cómo no, si es el cuerpo el tabernáculo de la inteligencia, y mientras más grande es el rey, más rico debe ser su trono?

Fijándonos ahora, en las demás cualidades de nuestro organismo observaremos que cada una de éstas, bien ejercitadas, dejan muy atrás a la fuerza del león y a la agilidad de la ardilla, y a la industria del castor y a la perspicacia del lince. Principiando por la fuerza y agilidad, citaremos lo que ha este respeto se dice en el "Museo pintoresco de la Historia natural" del Sr. Chao, en la pag. 37 del tom. 1º: "Sin embargo de ser el cuerpo del hombre en lo exterior más delicado que el de cualquiera de los animales, es más nervioso y acaso más fuerte, proporcionalmente a su volumen, que el de los animales más robustos. Pues, si queremos comparar la fuerza del león con la del hombre, debemos considerar que estando aquel animal armado de garras y de dientes, nos formamos una idea errada de sus fuerzas, por atribuir a estas, lo que solo pertenece a sus armas, y que las damos al hombre por la naturaleza no son ofensivas..... Aseguran que los mozos de cordel o palanquines de Constantinopla, cargan fardos de novecientas libras de peso; en un experimento de Mr. Desaguliers, relativa a la fuerza del hombre, que consiste en un arnés, por cuyo medio distribuía en todas las partes del cuerpo del hombre, puesto en pié, cierto número de pesos, de suerte que cada parte del cuerpo cargase todo lo que podía cargar, relativamente a las demás partes, y que no había parte alguna sin su carga competente, resultó que por medio de ésta máquina cargaba un hombre dos mil libras sin que el peso le agobiase. Si se compara esta car-

ga con la que a volúmenes iguales debe llevar un caballo, resultará que, teniendo el cuerpo de este animal seis o siete voces más volumen que el de un hombre, se podría cargar a un caballo doce o catorce mil libras, cuyo peso sería enorme en comparación del que hacemos cargar a este animal, aún distribuyendo el peso de la carga lo más ventajosamente posible“.

Hablando de la ligereza de que es capaz el hombre, dice a continuación: “Los hombres que se han ejercitado en la carrera, se adelantan a los caballos, o a lo menos sostienen mucho más tiempo este movimiento, y aún en ejercicio más moderado, un hombre acostumbrado a caminar, caminará cada día más que un caballo; y si solamente hace el mismo camino o jornada, cuando haya caminado el número de días necesarios para que el caballo esté rendido, se halla todavía en estado de continuar su camino sin incomodidad. Los *Chaters* o volantes de Ispahan, que son corredores de profesión, caminan treinta y seis leguas en catorce o quince horas. Los viajeros aseguran que los Hotentotes se adelantan a los leones en la carrera, y que los salvajes que van a la caza del alse o granbestia, persiguen a estos animales que en ligereza exceden a los ciervos, con tanta velocidad que los alcanzan y cogen. Otros mil prodigios refieren de los salvajes en la carrera, y de los grandes viajes que emprenden y concluyen a pié por montañas escarpadas y por los terrenos mas escabrosos en que no hay camino ni senda, dando por cosa segura; que estos hombres hacen viajes de mil y aún de mil y docientas leguas, en menos de seis semanas o de dos meses“. A esto añadiremos algunos casos singulares que traen los historiadores, para probar el punto casi increíble a que pueda llegar la fuerza muscular humana. Plinio refiere que ha visto entrar en la escena a un cierto Athanato, hombre muy jactancioso, vestido con cincuenta corazas de plomo, y calzado unos coturnos de peso de quinientas libras (Libro VIII cap. XX).

Del emperador Cómodo, narra Cantú (Hist. Univ. tom. 2º. cap. VI), “que mató en el circo, una sola ocasión, cien leones, de un flechazo cada uno, que pasó de parte a parte a un elefante con una lanza (siendo sabido que es tan dura la piel de és-

te animal que resiste aún a las balas), y que en setecientas treinta y cinco veces que combatió con gladiadores, en ninguna fué vencido, sin embargo de que escogían los más esforzados y robustos“. Así se explican también esas estupendas obras de la antigüedad, conocidas con el nombre de *construcciones pelágicas y ciclópeas*; la mente se abisma considerando, como se hayan podido suspender en el aire, enormes peñascos y rocas, sin el auxilio de las máquinas que ahora poseemos; y aunque es verdad, que en las primeras edades del mundo parece que existieron ciertas razas de colosal estatura y desmedida fuerza, con todo, es de creer que lo que era natural lo perfeccionaron con un continuo ejercicio. La fábula de los titanes, es la alegoría de los milagros producidos por la fuerza perfeccionada del hombre.

Nuestro asombro se aumentará, si pasamos a ver el grado de perfección a que pueden llegar los demás sentidos. Lo que los viajeros nos cuentan de la vista y oído de ciertos salvajes, supera a cuantas maravillas se refieren, en esta materia, de los animales. Chataubriand en su "Viaje a América", hablando del modo de guerrear de los indios del Norte, dice en la página 92: "Cuando se avanza en la comarca a cuyo suelo se lleva la guerra, se marcha sin plan, sin precaución y sin temor, siendo generalmente la casualidad la que anuncia la presencia del enemigo, en este caso un cazador da apresuradamente el aviso de que ha visto pisadas de hombre impresas en la tierra. Oído esto, inmediatamente se manda cesar todo trabajo, con el objeto de que no se perciba el menor ruido. El jefe parte con los guerreros más experimentados a reconocer las huellas, y hay salvajes que oyen los sonidos a distancias infinitas, reconocen las pisadas en los áridos campos, o las desnudas rocas, donde otro ojo que el suyo nada advertiría. No sólo descubren aquellos vestigios sino que pueden decir que tribu les ha dejado y cuánto tiempo ha; si los guerreros son jóvenes o ancianos, si han ido despacio o de prisa, y cuantos días u horas hace que ha quedado impresa la huella... Bien reconocidas las huellas, los indios aplican el oído a la tierra, y juzgan por murmullos, imperceptibles al oído europeo, la distancia a que se encuentra el

enemigo". Esto por lo que hace a los alcances del oído; qué en cuanto a la delicadeza a que puede llegar, es cosa más digna de admiración. Recuerdo haber leído, no sé en donde, que dirigiendo un célebre maestro italiano una orquesta de más de cien instrumentos, llegó a advertir, que un músico tenía mal templada la cuerda de su violín; vulgares son a este respecto las hazañas del célebre Paganini. Y es tal en algunos la afición que profesan a la música, que tienen con ella cierta simpatía orgánica, habiendo muchos que se despiertan súbitamente de su profundo sueño al más ténue sonido inarmónico. El P. Feijoó refiere en sus *Cartas eruditas*, haberse sanado muchos con la música, de enfermedades desesperadas. El malogrado Donnizeti, que llegó a verse muy temprano en una casa de locos, una vez que tocaban el renombrado septeto de su *Lucía*, recobró por un momento la razón perdida y dijo suspirando: "Pobre Donnizeti! cuán pronto se apagó tu gloria!"

El tacto es susceptible también de gran perfeccionamiento. Lo que se cuenta de los sibaristas, que tenían tal delicadeza en este sentido, que uno de ellos pasó insomne una noche por haberse doblado bajo las sábanas un pétalo de rosa, es algo más que una anécdota; nadie ignora que hay ciegos a nativitate que por sólo el tacto distinguen los colores de los objetos. En cuanto al olfato, para no alargarnos mucho, diremos solamente, que los árabes del desierto tienen narices muy adecuadas, que adivinan a leguas el paso de las caravanas. De nuestros salvajes del Marañón se dice también, que tienen un olfato que excede a la perspicacia de los perros, pues, por medio de él, persiguen a sus enemigos y los descubren y toman en sus más ignorados escondites. Por lo que hace al gusto, aunque es el más bajo de todos los sentidos, y bien quisiéramos no ocuparnos en él, sin embargo no le dejaremos sin su parte, poniendo por ejemplo de su perfectibilidad, a los catadores de vinos, y a esos glotones romanos del tiempo de Nerón y Vitelio, que advertían la más leve diferencia de los guisos, que se servían comidas de las cuales un solo plato costaba muchas veces de diez a doce mil sextercios; y que apenas hallaban placer en devorar viandas hechas de lenguas de cisnes y ruiseñores, de sesos de

faisán, hígados de escaro y leche de lamprea! La gula tiene también su refinamiento.

No menos admirable y más útil que todo esto, es la destreza que adquieren ciertos individuos para servirse de la mano izquierda y aún de los pies, con la misma facilidad con que usan todos la derecha. No hay cosa que no esté sujeta en el hombre al hábito y a la educación, y por falta de estas, nos quedamos sin saber utilizar algunos miembros que no nos han sido dados envano por el Supremo Hacedor, pero que nosotros por pura desidia los hemos convertido en instrumentos inútiles. En el Indostán hay tejedores de seda y otros géneros que se bastan por dos o tres operarios de los nuestros, y es que desde niños aprendieron a servirse de la izquierda y aun de los pies con la misma facilidad que de la derecha. Se cuenta de varios individuos, que escribían con los pies, como el mejor calígrafo; y para no recargar de ejemplos, recordaremos aquí de aquel manco que se presentó en la última exposición de Chile, ejecutando hermosísimas piezas de violín, con los pies, como lo hacen otros con las manos. Por esto se verá, pues, de cuanta perfección es susceptible, no solamente cada uno de nuestros sentidos, sino hasta el más insignificante miembro del cuerpo humano como es un dedo del pie.

En cuanto a la agilidad de los movimientos, hay hombres que dejan con ellos muy atrás a las ardillas y los monos: sería inútil citar hechos en la materia, pues creemos que no habrá uno solo de nuestros lectores, que no haya admirado algunos prodigios de prestidigitación y no haya aplaudido a algún insigne acróbata en el baile de la cuerda o en las hazañas del trapecio; hazañas que hacen dudar entre si nuestro cuerpo es de carne o de jebe. De paso diremos, que siempre nos ha parecido algo bárbaro eso de divertirse contemplando a un hombre en lucha con la muerte y los abismos; es la cosa más horripilante que haga reír, eso de ver a un individuo suspendido a inmensa altura, y en posición tal, que el más pequeño descuido le puede dejar reducido a átomos. Más cultos son esos juegos de pantomima, en que la acción sustituye a la palabra, en que se sostienen largas conversaciones sin necesidad de abrir

una sola vez los labios. En las escuelas de sordomudos fundadas por el inmortal abate L' Epee y mejoradas por el no menos célebre abate Sicard, se enseña a esos desgraciados un idioma todo de acción; y es tal la perfección a que se ha llegado en ésto que hay sordomudos que expresan sus ideas con simples movimientos, con la misma rapidez con que otros lo hacen con la palabra. No ha mucho, daban cuenta los periódicos, de una función habida en París, donde un sordomudo articuló tan elocuentemente, que hizo derramar abundantes lágrimas al concurso de sordomudos que le rodeaban. En el "Universo Pintoresco", se lee que hay en Persia, ciertos narradores de cuentos, que divierten al pueblo cantando historietas, con tal gracia, que uno solo representa el más complicado drama; de tal suerte, que sólo con fijarse en la acción, queda uno inteligenciado de la narración, aunque ignore la lengua persa; como se dice haber acontecido a un viajero europeo.

Hablemos ahora de esas otras facultades del hombre, que aunque pertenecientes a su ser físico, están colocadas, digámoslo así, a los lindes del espíritu, por cuya causa determinan de una manera incontestable la superioridad de nuestro organismo sobre todas las demás especies animales. La voz humana, signo de nuestras ideas e instrumento armonioso del espíritu, tiene lo mismo que éste una escala indefinida de perfectibilidad. El lenguaje es el reflejo de la cultura de los pueblos; y así, las tribus salvajes sumidas en vergonzosa estupidez se valen de monosílabos ya agudos y sibilantes, como el chirrido de los pájaros de la selva, ya ásperos y roncocos como los rugidos del león y el fragor de los mares; mientras que en las naciones cultas, el lenguaje es sonoro y musical; ahí está para probarlo, el griego entre los antiguos y el italiano entre los modernos, que suenan con toda la suavidad y dulzura de una civilización avanzada. Pero donde la voz humana se muestra con todas sus galas y hechizos es en el canto; ya Cicerón había dicho, que él es digno rival de la cítara, y Bernardino de Saint—Pierre manifiesta cómo el hombre, "con sola su voz, imita los silbidos, los gritos y los cantos de los animales; y volviendo sensible el aire, le hace suspirar en los

caramillos, gemir en las flautas y amenazar en las trompetas; ya versátil y poderosa, anima, a su voluntad, el bronce, el boj y las cañas". Desde lo más antiguo estaba reconocida y hasta divinizada la influencia de la voz; la mitología representaba la elocuencia, por un Hércules que con unas cadenillas de oro que le salían de la boca, arrastraba sin esfuerzo a un vigoroso león ¿Quién no ha leído en la historia esos mil portentos verificados por los oradores, los actrices y las cantores, únicamente con la magia de su voz? Citaremos los hechos. Cuando en las proscripciones de Mario, fueron unos sicarios a degollar al famoso orador Marco Antonio, éste saliéndoles al encuentro, de tal manera les hechizó con su voz, que arrojando los puñales se pusieron a derramar lágrimas de compasión. En nuestros tiempos la célebre actriz Mdlle. Desgarcins, debió a su voz la mayor parte de sus triunfos teatrales; apenas se había presentado en la escena y pronunciado algunas palabras, cuando ya todos los espectadores estaban conmovidos y extasiados; en cierta ocasión, que unos malvados se introdujeron en casa para asesinarla, con sólo oír hablar a la portentosa actriz, huyeron desarmados y llenos de vergüenza.

Aunque Descartes, Malebranche y Locke han dicho que la memoria consiste en ciertas impresiones orgánicas del cerebro y nada más, esta doctrina es poco admisible en razón de su tendencia materialista; más, razonable es la división que algunos filósofos indican, *de memoria, de reflexión y memoria imaginativa*; entendiendo por la primera aquella que versa sobre ideas puramente espirituales y por la segunda la que tiene por objeto las impresiones sensibles o imaginativas; y como la imaginación se enumera entre las facultades que pertenecen al ser sensitivo del hombre; tócanos muy bien, tratar aquí de la memoria imaginativa y del grado de educación de que es susceptible.

La memoria es una facultad eminentemente perfectible; lo que fué muy sabido hasta por los antiguos, como lo prueba la *memónica* o arte de recordar, cuya invención se atribuye a Simónides. La experiencia nos enseña también, que con el estudio se retiene más fácilmente lo aprendido, y con la desidia se nos vuelve difícilísimo recordar el más pequeño párrafo.



El orden y el método son los dos más poderosos auxiliares de la memoria; cuya perfección consiste en dos cosas, en aprender con facilidad y recordar breve y puntualmente lo aprendido. Muchísimos y casi increíbles prodigios se cuentan en este asunto; en nuestros tiempos, Balmes y el P. Ventura han sido admirados como hombres de sorprendente memoria; ni es menos notable el cardenal *Mezzofanti* que sabía como treinta idiomas vivos con sus correspondientes dialectos. En la historia antigua es célebre el gran Mitridates que sabía más de veinte lenguas correspondientes a los cincuenta pueblos en que imperaba.

Omitiendo muchísimas cosas que no nos sería difícil apuntar aquí; citaremos solamente dos, uno de memoria tónica, como la llaman algunos a la que se refiere al aspecto de cosas materiales, y otro de memoria verbal. Eugenio de Mirecourt, en la biografía del famoso Horacio Vernet, trae lo siguiente: "Dotado, dice hablando del artista, de una memoria sorprendente, nada olvida de lo que una vez ha herido su mirada. Los menores detalles, las actitudes, los gestos, la figura de los hombres, las particularidades más minuciosas de un hecho, las circunstancias más fugitivas de una acción, todo se graba, se estereotipa, en cierta manera, en su cerebro; al cabo de veinte o treinta años se acuerda de una forma, de un movimiento, de una actitud..... Una mañana Vernet codeó al marqués de Pastoret en la esquina de Louvre. Este lanza una exclamación de sorpresa.—Qué os habeis hecho, mi querido? No se os encuentra en parte alguna. Hace años que no os veía.—Llegáis por ventura de las Indias?—Os chanceáis, marqués, respondió Vernet: no hace seis meses que os estreché la mano.—Vaya! estais equivocado. En donde fué eso?—En el jardín de las Tullerías. Una Señora os daba el brazo.—Que me cuelguen sino habeis soñado en ese encuentro, amigo Horacio.... Una Señora....?—Si, una señora muy bonita, a fé mía!.....Mirad! al punto que puedo dibujárosla. Toma en efecto una cartera, un lápiz, y echa aquí allá rasgos rápidos sobre una hoja, la desprende y se la ofrece al marqués..... Reconocéis a la dama? le dice.—Eh! *sapristi* si esa es la duquesa de Voor, exclamó el Sr. Pastoret. Yo la llevé efectivamente una tarde a su hotel de la esquina Voltaire;

y atravesamos las Tullerías ¿Cómo dibujáis, diablo de hombre, al cabo de seis meses, un rostro, un aire, un vestido que no habéis hecho más que entrever?" "Vernet, continúa el biógrafo, ha dibujado, no hace ocho meses, un paisaje que no había visto desde 1816 (es decir más de [cuarenta años) en un viaje con el conde de Pontecoulant". El otro caso lo refiere el Sr. Cubí, en su sistema completo de frenología: "Se encuentran, dice, casos milagrosos de memoria verbal, yo he conocido varios.... Walter Scott jamás se olvidaba de lo que una vez había oído. Cuenta Lockart, su biógrafo, que el caballero Hogg, se le presentó un día con mucha pesadumbre, por haber perdido un poema que hacía algún tiempo lo había compuesto. Consolóle Walter Scott diciéndole que creía poderle ser útil; y en efecto, a pesar de que no lo había oído más que una sola vez en su vida, lo dictó entero a su mismo autor quien lo había olvidado".

A esto añaden otras mil cualidades propias únicamente del cuerpo humano, como son el poder habitar en los más variados climas del mundo; el hombre es verdaderamente cosmopolita, no hay animal que pueda resistir como él, tanto a los ardores del calcinado suelo del Maduré, como a los eternos hielos del Polo, donde parece que se ha puesto límite a toda vejetación y vida; según unos experimentos que refiere Bouffon, el hombre puede resistir sin mayor incomodidad, hasta el grado 120, y aún hasta el 150 de calor, y hasta el 13 bajo cero en el termómetro Reaumur. También es admirable la resistencia que a los venenos puede oponer nuestro organismo, por el largo y gradual uso de ellos. Del ya citado Mitrídates se narra, que habiéndose acostumbrado desde niño a tomar ciertas sustancias, llegó a un punto, en que no temía la muerte por envenenamiento; y en Inglaterra hay ciertos individuos que usan, sin que les sobrevenga la muerte en el acto, una bebida compuesta de ron y ácido sulfúrico. Con razón, pues, se llama al hombre el rey de la creación; justamente es acatada su superioridad por todos los brutos; las fieras más temibles huyen despavoridas a su vista, y hasta los leones se doman con el poderoso magnetismo del ojo humano; en fin, tan perfecta y

hermosa es ésta hechura de Dios, que con razón se llama la obra maestra de las divinas manos.

Y no se vaya a creer que los diferentes prodigios que dejamos enumerados, sean todos el resultado de algunas naturalezas privilegiadas; esto, en verdad, tiene algo de cierto, pero estas mismas disposiciones naturales serían nada sin la educación, principal causa de casi todos los adelantos ya físicos o intelectuales, individuales o sociales. Y si no nos es dado admirar ahora todo el vigor, gallardía y soltura del cuerpo humano, es porque las razas modernas, principalmente la latina, se hallan enervadas por la corrupción y los placeres. Los frecuentes matrimonios entre consanguíneos y los vicios de los padres, son causa de esos mil defectos orgánicos que van pasando de generación en generación, como una terrible herencia. En los pueblos nuevos aun no corrompidos por una falsa civilización, es donde se admiran los portentos que dejamos referidos; las pesadas armaduras de la edad media, por ejemplo, dejan estúpida a la presente; porque en ésta, el valor y la vida activa y sobria son un escándalo; ahora el lugar de conquistar laureles no es el campo de batalla, sino el espléndido salón de baile, donde no se aplaude y admira otra cosa que la gracia de las piruetas y la afeminación de los modales. Jovenzuelos imberbes y raquíuticos son ya veteranos en otra clase de combates que los de las armas o de las ciencias; la languidez romántica y las convulsiones nerviosas son enfermedades de gran tono y que conquista fácilmente la simpatía de las damas. Por otra parte, es muy de lamentar el modo descuidado con que se forman nuestros niños; poco o nada se hace para desarrollar sus fuerzas y vigorizar su organismo, apenas si se les enseña a andar, y ya hemos visto que el hombre es un animal de costumbre y que la educación puede hacer de él un héroe o un bandido. Cuán de desearse sería que la educación que se dá a nuestros jóvenes, fuese algo parecida, ya que no es igual, a la que se transmitía en la antigua Esparta; si los ejercicios gimnásticos y otros juegos parecidos que robustecen al cuerpo y alientan el espíritu fueran las diversiones de nuestra juventud, no tendríamos que lamentar tanta precocidad en el vicio, y el gusano de

la disolución no habría roído el tallo de las generaciones en flor, por esto, se ha observado que en las poblaciones del campo hay menos enfermedades y más ancianos que en las grandes ciudades, centros de molicie y perversión.

Nosce te ipsum, es una de las bellas máximas que nos ha dado la filosofía, conviene, pues, que conozcamos de cuanto es capaz el hombre, para que se busquen y empleen los medios de su desarrollo y perfeccionamiento. Mas conviene también advertir, que hay facultades físicas que medran en perjuicio de la inteligencia; así que, no debe procurarse el mejoramiento de nuestra parte física, siempre que sea en mengua del espíritu.

Terminaremos éste humilde trabajo con uno de los más hermosos pensamientos de Pascal. «El hombre, dice el célebre filósofo, no es sino una caña la mas quebradiza de la naturaleza; pero es una caña que piensa. No es menester que se arme todo el universo para estrujarle. Un vapor, un sorbo de agua bastan para matarlo. Pero aunque el universo lo estrujase, el hombre sería todavía mas noble que quien le matase, porque sabría que muere; y el universo nada sabría de sí aventaja o no aventaja la muerte al hombre. Así que toda nuestra dignidad consiste en pensar: de esto nos hemos de preciar, y no de la figura que hacemos, o del tiempo que vivimos. Procuremos, pues, pensar bien. Ahí tenéis el principio de la moral filosofía».

LAS RUINAS DE TOMEBAMBA

Muy de desear sería que nuestra juventud se aficionase a estudios serios que ocuparan agradablemente el tiempo y formasen los grandes hombres. Por desgracia, el periodismo es el género de literatura dominante en el día, y su variado aspecto y caprichoso andar, obligan a los periodistas, esto es, a casi todos los escritores de la época, a abarcar conocimientos de enciclopedia, que acaban por sepultar en la mediana a muchos que hubieran sido genios en alguna especialidad. A esto se agrega entre nosotros, y en todas las repúblicas americanas, el poder absorbente de la política en toda clase de publicaciones literarias o nó; desde muy temprano nos ejercitamos en discutir y hablar sobre los negocios públicos, y de aquí que haya tan pocos que se dediquen a trabajos que no conduzcan a un alto fin.

Entre las varias ciencias que honran al siglo presente, una de las más hermosas, y de más fecundos resultados es la *anticuaria*; sus brillantes descubrimientos han hecho revelaciones curiosísimas sobre la historia, y se han burlado, dirémoslo así, de los esfuerzos del tiempo y del olvido. Al paso que vamos, es de creer que se rasgará hasta el velo que cubre la vida de los pueblos antdiluvianos; lo que ni Herodoto pudo, lo han conseguido los sabios de este siglo: han penetrado en los santuarios de Isis, y han dado a admirar al mundo los anales de los Faraones. El cadáver de Babilonia ha sido exhumado, y los eruditos de Londres se han puesto a leer en las bibliotecas de Nínive: parece que Dios, lo ha dispuesto así expresamente, para confundir la orgullosa impiedad moderna, por labios de la ciencia y la voz de los muertos.

He aquí, pues, un importante y serio estudio, al que podrían dedicarse los jóvenes con facilidad y provecho. La his-

toria de la antigua América se halla envuelta todavía, en las sombras del mito, y hay muchos enigmas que descifrar con paciente laboriosidad. El origen mismo de las razas primitivas, es un problema que preocupa a muchas sociedades sabias de Europa, y que no se podrá resolver, sino es con el concurso de otras establecidas acá. La etnología tiene un campo vastísimo que explorar, y si, como dice Balmes, la novedad es la condición indispensable, para la celebridad de una obra, cualquiera anticuario entre nosotros, puede obtener la gloria de un Colón, esto es, de descubridor de un mundo. Méjico, Centro América, el Perú, y casi todas las demás secciones del Continente, han sido ya visitadas y estudiadas en sus antiguos monumentos, por notabilidades científicas de primer orden. Mas el Ecuador tiene todavía, en esta materia, como en todas las demás, tesoros que se escaparon, hasta a la vista de Humboldt y Boussingault. Así que, aún por este lado, hay que hacer en nuestro suelo, conquistas preciosas y descubrimientos admirables.

Al decir de los inteligentes, ninguna provincia del Ecuador encierra, como el Azuay, más monumentos, ni tesoros de los olvidados indígenas; lo que se comprende fácilmente, al recordar que en esta provincia tuvieron su asiento pueblos tan numerosos, como el de los Cañaris, y ciudades tan famosas como la de Tomebamba. Los resultados de las excavaciones, y las diferentes construcciones sembradas aquí y allá, nos advierten, por otra parte, que en este solo lugar se han sucedido varias razas o tribus, que quizás fueran vencidas unas por otras, antes de la invasión de los Incas; y que todas, cual más, cual menos, han dejado sus vestigios, sobrepuestos unos a otros en cultura y riqueza; bien así, como los varios extractos terrestres, nos indican las diferentes revoluciones del globo. En los parajes más altos de la cordillera, como en la cima de *Gualshuma*, se encuentra una multitud de cascotes de vasijas, que distan mucho de la finura de los vasos encontrados en Chordeleg, o en Yunguilla; lo mismo sucede con algunas construcciones, mientras que en *Cogitambo* y *Curitaqui*, se ven grotescas cavidades trogloditas; en las fértiles orillas del *Jubones*,

se admiran los restos regulares de una extensa ciudad. Esto prueba la observación, tantas veces repetida, de que las tribus así como han ido adelantando en cultura, han ido descendiendo de las eminencias a los valles.

Son tantos los restos de los antiguos pobladores, en esta provincia, que bien puede decirse, que no hay lugarejo, ni aldea en el que no se haya hallado alguna muestra de esta especie. Chordeleg es muy famoso por sus *huacas*, lo mismo que Cogitambo; Cañar es célebre por su *Inga-pirca*, formado, según Humboldt, de piedras muy gruesas, a semejanza del muro de Nerva en Roma; *Nabón*, aparte de algunos *pucarás* dignos de la mayor atención, contiene restos de la gran calzada de Quito al Cuzco, conservados admirablemente; en *Nulti*, anejo de Paccha, existe un acueducto cuya extensión no se conoce, y que provee de agua potable suficiente a sus moradores; en la parroquia del *Sígsig*, sabemos también que se levantan las ruinas de un edificio de forma cuadrangular, de 75 pies de longitud y 30 de latitud, con la especialidad de que sus paredes de piedra tienen la altura de 2 a 3 varas; finalmente, en las cercanías mismas de Cuenca, se encuentran a cada paso, aquí los cimientos de un puente, más allá las señales de un camino, y a no mucha distancia los fragmentos de un acueducto. Todas estas son cosas que se deben observar y describir, antes de que el tiempo o la codicia las haga desaparecer, y se pierdan así documentos importantes para la historia patria; el palacio de Cañar debería conservarse como un monumento nacional, a cargo del Estado, para no merecer la nota de bárbaros que justamente han recibido los pueblos, que como los beduinos, atan sus caballos en las columnas de Balbec o de Palmira.

Esta reflexión nos ha movido a hacer aquí una breve y sencilla descripción de las interesantes ruinas que cobijan el pueblo de Yunguilla, lugar que, como ningún otro de la provincia, brinda materia abundante para las observaciones arqueológicas, esto y el ser bastante probable la opinión de que la antigua Tomebamba estaba construida a las orillas del Jubones, nos ha obligado a dar el título que lleva el presente trabajo. An-

tes de todo debemos advertir que, no siendo las antigüedades el tema favorito de nuestros estudios, y no habiendo podido disponer de tiempo, ni de obras para dedicarnos a ellos; nos consideramos sin la necesaria instrucción para adelantar conjeturas, ni hacer deducciones de ninguna clase; en etnología, nada provechoso se puede aprender sin el estudio comparativo de las diferentes razas; y aun con él, se debe andar muy a tuestas, para no levantar un monte de probabilidades, sobre un átomo de realidad. Nuestra ambición se hallará, pues, satisfecha, si con lo poco que digamos, alcanzásemos a entusiasmar a los inteligentes a visitar y observar con detención tan preciosos monumentos. El tiempo y los huaqueros van aventando una a una todas las obras que nos quedan de los indígenas, y las que ahora admiramos, mañana será talvez imposible encontrarlas.

Yunguilla está situado al S. O. y como a dos jornadas de Cuenca; es un ameno y delicioso valle que, descendiendo desde algunos cerros, se halla bordeado por el pequeño río *Naranjos*, y el caudaloso *Jubones*. Las más variadas y hermosas producciones de la zona tórrida adornan este suelo de fecundidad prodigiosa, que provee a Cuenca de raíces tan sabrosas como la *yuca*, y de bellas y exquisitas frutas. En una extensión como de ocho leguas, entre vistosas planicies y graciosas hondonadas, se deleita la vista con las mil plantaciones de caña de azúcar, que cubren el terreno de un manto de verdura y lozanía. Las casas de habitación sencillas y de poca o ninguna comodidad, son pequeñas chozas formadas de cañas de *pindo*, raras veces cubiertas de una ligera capa de barro; el techado se hace con la paja de las mismas cañas. En cambio no hay casucha, por miserable que sea, que no tenga al lado una corriente de agua, y no esté circundada de un bosque de naranjos y bananos, matizado alegremente de limoneros, chirimoyos, aguacates, papayos, guanábanos y otras plantas, entre las que se aspiran los más voluptuosos perfumes, y donde se posan los *brujos* y los *azulejos* en numerosas bandadas, poblando el aire de chirridos. Los jazmines de café se levantan a lado del oloroso *suchi*, y los abanicos del guineo descubren a veces los dorados gajos de su deliciosa fruta.

Todo es encantador y bello; y, al recordar las pintorescas descripciones de Lamartine en el *Viaje a Oriente* y la *Historia de la Turquía*, cree uno hallarse en los campos de la Siria, los jardines de Chipre o los ingenios de Cuba. Cuando se sale a pasear por las desaliñadas veredas, a la caída de la tarde, cuando un vientecillo fresco recoge todos los aromas y todos los murmullos de las plantas, las fuentes y los animales, va el ánimo recreado de diversas maneras, ya viendo las espirales de humo que se pierden en los arbolados, ya oyendo el traquido de los trapiches, que aquí y allá exprimen en las cubas el dulce jugo de la caña. El cielo claro y sereno de un color opalino, salpicado con nubecillas de grana, corona admirablemente la belleza del paisaje; los ramales de la cordillera, que desde la meseta de Tarqui van descendiendo, como en escalón, hasta perderse en las playas de la Costa, contornean el cuadro con sus salientes y azulados picachos, figurando uno, allá a lo lejos, cual cometa que vuela por los vientos. Impresiona gratamente el contraste que forman los cerros de occidente rebosados de un rico manto de vegetación, con los del oriente, que se levantan como fantasmas, desnudos, pálidos y secos. La atmósfera densa y pulverulenta, presenta los objetos con ese aire de las vistas de un estereoscopio, y el sol más rojizo y encendido que en la sierra, fluctúa entre una aureola blanquesina y transparente. Por desgracia, en Yunguilla, el agua no es muy abundante, y no son fáciles los riegos, y no es raro ver entre frescos plantíos, incrustaciones de llanuras áridas y dosoladas, donde apenas crece el espinoso faique y la cáustica ortiga de burro.

Este valle sería un verdadero paraíso, si en medio de tanta hermosura y riqueza, no se ocultasen, como el áspid entre las flores, las terribles enfermedades de escorbuto y las calenturas intermitentes, endémicas en este lugar. Una población macilenta y raquítica, y por lo general indolente o perezosa, compuesta en gran parte de negros, y *zambos*, explota la fertilidad del terreno, con la, persuasión, de que no hay gota de sudor que se pierda inútilmente en los abiertos surcos.

Graciosas y algo originales son también las costumbres de

estos moradores, que tienen el desparpajo y el donaire de los costeños.

Hermosos, aunque cortos son los días de *vacaciones* para un estudiante, después de diez meses transcurridos entre las cuatro paredes de una clase, con el libro a la mano, y el pensamiento fijo en las abstracciones de la ciencia, nada mejor que espaciar el ánimo agradablemente, entre las mil distracciones que pródigos brindan nuestros campos. Esto, pues, nos habíamos resuelto hacer en unión de un estimable y generoso compañero y amigo nuestro [1], luego después de terminado el año escolar de 75. Yunguilla fue el punto que escogimos para nuestros paseos y excursiones; y efectivamente, el 11 de agosto nos encontrábamos en *Portovelo*, (hacienda situada hacia la mitad del valle), a eso de las cinco de la mañana, listos ya y preparados a realizar nuestro tan anhelado paseo. Una hora después, atravesábamos, veloces, en nuestras briosas caballerías, las alegres veredas de *Patapata*, camino de Zaruma, y en dirección al Jubones. La mañana estaba fresca y deliciosa, el cielo límpido y azulado, y todo nos anunciaba que nos haría un día de verano, de esos que sólo se sienten y se ven en *tierra caliente*.

En el número 3º de este periódico, ofrecimos dar una breve descripción de algunos vestigios de construcciones antiguas existentes en el pueblo de Yunguilla; vamos, pues, ahora, a cumplir nuestra palabra, indicando sencillamente lo que tuvimos ocasión de observar en nuestra rápida excursión, dejando a los anticuarios el que hagan o no las conjeturas que tuvieren a bien.

Casi a la conclusión del valle de Yunguilla y hacia el s. e., se unen el *Naranjos*, pequeño río que baja de las sierras de occidente, y el *Shircay* que arrastra su considerable caudal, desde *Léntac*, principio del valle: ambos ríos después de correr unidos por un breve trayecto, se precipitan en el majestuoso Jubones: la porción de terreno que se extiende desde la unión del Naranjos y el Shircay hasta la desembocadura de éstos en

[1] Nos permitimos aquí tributar las debidas gracias, a los señores Vicente y Santiago Carrasco, y a toda su digna familia, a cuya generosidad debemos el conocer las curiosas regiones de que vamos hablando,

el *Jubones*, tiene el nombre de *Lacay*. Al principio mismo de este lugar, se miran esparcidos en la orilla los vestigios de una antigua casucha de indios, cuyas paredes aunque derruidas tienen el espesor de tres pies, y se levantan en algunas partes hasta la altura de seis a siete pies, desde sus cimientos. Todo el espacio se halla dividido en la mitad por una pared, como si dijéramos, en cámara y antecámara. El material de la fábrica se compone de cierta piedra caliza, cortada naturalmente en forma de pequeños e irregulares ladrillos, unidos por una greda amarilla de consistencia parecida a la argamasa, greda que abunda en todos aquellos terrenos; y las piedras se hallan más regularmente dispuestas hacia fuera, que hacia el interior del edificio. Todas las demás ruinas en que nos vamos a ocupar tienen lo mismo que estas, exactamente, material, forma y disposición de fábrica.

Aquella casucha ha sido descubierta, no hace mucho, en una excavación, y se presume por los huaqueros que otras ruinas iguales a las que hemos descrito, se ocultan en unas pequeñas eminencias de tierra que se ven esparcidas por toda la playa del río.

Después de haber andado como una legua, llegamos a mirar de cerca el *Jubones*, que, imponente y caudaloso, se abre paso por una profunda quiebra, abierta, casi paralela y perpendicularmente, en el cerro llamado de la *Cría*. Verdes y espesos matorrales resguardan en ese punto el nacimiento del río, que desdeñoso ni parece darse cuenta del humilde tributo de aguas, que en ese mismo lugar le rinde el *Naranjos*. Aquí principia la hacienda llamada *Pilchis*, nombre tomado, sin duda, de la abundancia con que en esos sitios se producen las calabazas, que en quichua se dicen *pilchis*. Esta hacienda se dilata por una fértil y vistosa playa que va siguiendo el curso del río, y sombreándole con sus verdinegros arbolados. El *Jubones*, al salir de la *Cría*, se precipita de occidente a oriente, más luego estrellándose contra unas rocas, forma un ángulo y se lanza estrepitoso de noreste a sureste.

En este recodo se levanta la playa ondulada suavemente, y estrechándose contra unas colinitas, forma un pequeño se-

micróculo, en cuya planicie se ve una multitud de huecos de hasta dos varas de profundidad. Estos huecos, son el resultado de las excavaciones hechas por los huaqueros, en busca de las afamadas riquezas de los indios: pues, todo aquel lugar está cubierto de *huacas* o sepulcros de los aborígenes, que tienen una forma diversa de los que se han encontrado en Chordeleg, y aún más todavía de las *tolas* de los Quitos y Caranquis. Estas huacas son unas fosas circulares de tres a cuatro pies de diámetro, a flor de tierra, y ceñidas interiormente de una capa de piedras, a semejanza de los hornos de cocer ladrillos. En el fondo de las fosas se encuentran las momias, en cuclillas, liadas al rededor con una tela de algodón o de lana, y sustentando sobre los músculos uno o más cantarillos, los que, según aseguran aquellos que han presenciado las excavaciones, se hallan a veces llenos de chicha: cosa admirable ciertamente, el que se haya podido conservar este líquido al través de trescientos o más años. Sobre el terreno ocupado por la momia, se encuentran una multitud de obras de alfarería y de cobre, dignas todas de atención, principalmente los vasos, por lo agraciado de la forma y la delicadeza y primor de los barnices.

En ninguna de estas huacas se ha encontrado oro, o si se le ha hallado, ha sido en muy poca cantidad; lo que se explica muy bien, al recordar que entre los súbditos de los Incas, nadie podía usar de ese precioso metal, sino el emperador y los dignatarios de su corte; lo cual debía suceder también en Tomebamba, una de las más afamadas ciudades de los hijos del sol. La abundancia de metales preciosos hallados en Chordeleg, hace suponer, que estos son vestigios de un pueblo anterior a la conquista peruana.

El color amarillento de la tierra, su desnuda aridez y la desolación del paisaje, daban verdaderamente a aquel sitio el aspecto de una tumba; apenas de trecho en trecho, asomaba la espinosa planta del nopal, y allá a lo lejos, en la margen del río, se columpiaban perezosamente los *molles*, que inclinan al suelo, como el sauce llorón, sus follajes de azul claro. En todo el paraje, no se veía más ser viviente que una bandada de cuervos asechando, sin duda, alguna mortecina, y que al pasar

nosotros, apenas si se ponían sobre sus patas, y sacudían, cómo desmerezándose, sus extendidas y negras alas! Pobres indios! no tenían en su cementerio, mas monumentos que las nopaleras, mas gemidos que los murmullos del río, ni más dolientes que los cuervos!

Desde aquí empieza un camino o más bien, vereda escabrosísima que va serpeando por una cuesta que se levanta casi perpendicularmente, y a notable altura sobre el cauce del río. Después de andar, como cerca de dos leguas, se asoma uno a cierta esplanada, apenas interrumpida por pequeñas eminencias que se levantan aquí y allá, divirtiendo algo la cansada vista. Desde este punto empiezan, otra vez, a aparecer una multitud de vestigios de Incas, esparcidos en confusión por toda la llanura: aquí simulan los restos de un camino, más allá los cimientos de una habitación, y a veces se miran los fragmentos de una pared, apoyados a un peñasco.

Muy a los principios de este lugar, nos encontramos con una colinita de apariencia tan regular como la copa de un horno, subimos a su cumbre, y nos hallamos, ¡qué placer! en una especie de terraplén perfectamente nivelado, y desde el cual se domina todo el paisaje y las otras pequeñas eminencias de que hemos hecho mención. La cima de aquel montecillo se encuentra cerrada, por unos cimientos contruidos de piedra arenisca y en forma de un rectángulo perfecto, de 30 pasos de longitud y 15 de latitud; área excepcional entre todas las demás que después tuvimos ocasión de examinar.

Era la hora del medio día, el cielo estaba completamente despejado, y el sol lanzaba un torrente de luz y de fuego, que ofuscaba la vista y cansaba la respiración. Allá, a lo lejos, se divisaba el Jubones arrastrándose fatigado entre dos playas de desnuda arena; parecía franja de oro brillando en un manto de tisú. Más a la distancia se perdía el camino de Zaruma, escalando cuestas áridas también y escabrosas; y en torno una inmensa llanura de tierra amarilla que, a los reflejos del sol, brillaba como plancha de oro. Nunca en mi vida había contemplado un panorama tan desolado y entristecedor; pero, también es cierto, que jamás había admirado al astro rey

con más brillo y majestad, que en aquella ocasión. En vista de esto, ¿cómo no pensar que nos hallábamos sobre las ruinas de *Mullucancho*, aquel soberbio templo levantado, por los habitantes de Tomebamba, al *Inti* soberano, al Dios de los Incas? Ningún sitio más apropiado que éste, para admirar los esplendores del sol. En medio de su misma idolatría, se nos presentan los peruanos, entendidos y cultos; y a la verdad, ¿cómo encontrar en todo el universo, criatura más hermosa que el astro que inunda de vida y luz todos los ámbitos de la creación? Y este espectáculo es más conmovedor bajo el cielo de la zona tórrida, donde el sol parece que ha fijado su asiento, como si se agradara del culto de nuestra grandiosa y ubérrima naturaleza.

A alguna distancia de este sitio, se extiende un anchuroso y dilatado valle perfectamente plano, limitado al Sur y al Este por el Jubones que describe en aquel punto una curva semicircular; al Norte por una elevada pendiente, en cuyas faldas reposa la llanura, y al Oeste por un riachuelo de abundante pesca y de límpidas aguas, que lo mismo que todo aquel paraje tiene el nombre de *Minas*. Nombre originado, se dice, de que este río descende de un cerro, en el que existen abundantes minas de oro, explotadas en otro tiempo por el español Salinas. El Jubones a la terminación del valle, da otra vuelta, se une con el Minas y se precipita, caudaloso, al Sureste, por una estrecha abra, formada entre dos cerros, cortados como a pica; la mayor separación que tienen esos dos cerros en aquel punto, se dice ser de dieciocho varas. El del lado de Minas tiene el nombre de *Pachamama*, y el otro, el de *Huascachaca* o *punte de sogas*, en castellano. Denominación originada sin duda, de algún puente que en aquel sitio debió existir en tiempo de los Incas, puesto que hasta ahora se ven unos estribos de piedra, pegados a los dos lados de la roca.

Arrimado al Minas por el un costado, y por el otro a un cerro que se une al río en ángulo obtuso, se ve un inmenso trapecio de ruinas, esparcidas como en una cuarta parte del valle. Su lado más largo y paralelo al Jubones, mide 260 pasos de extensión; el lado paralelo a este, principia en un mon-

tecillo cónico que se levanta sobre el Minas, y mide 160 pasos de longitud; 95 pies del lado menor, que corta en ángulo recto, los otros dos lados mayores; y el último del trapecio está formado por el cerrillo de que hemos hablado, y por una línea de piedras que va siguiendo la corriente del Minas.

Todo el trapecio está dividido en dirección de sus lados mayores, en once calles paralelas, de ocho a seis pasos de anchura: las líneas son rectas, como tiradas a cordel, y se hallan cortadas, a trechos, por otras, que siguen una dirección paralela también, al un lado menor del trapecio, opuesto al Minas. Todo el conjunto se asemeja a un tablero de ajedrez, con la diferencia de que muchísimas casillas se hallan unidas entre sí, formando cuadros más o menos espaciosos, y aún hay calles enteras cuyas líneas de separación han desaparecido. El resto de la llanura está sembrado, aquí y allá, de vestigios semejantes a los arriba descritos.

Toda esta dilatada superficie de ruinas fórmase de cimientos, exactamente parecidos a los que observamos en Lacay. Habiendo visto una porción de ellos, se han visto ya todos los demás. Piedras areniscas ajustadas con casquijo y tierra amarilla, que forman paredes de una vara de espesor: he aquí todo. A primera vista, el conjunto representa un laberinto de cercas, con las que se resguardan nuestras heredades. De distancia en distancia, y allí donde se ha hecho alguna excavación, las paredes suben hasta la altura de dos varas. De suerte que, podemos decir, que Tomebamba, como Pompeya y Herculano, es una ciudad sepultada bajo un aluvión de tierra, y que espera solamente que alguno la levante de su tumba, para manifestar a las generaciones presentes los secretos de la cultura de los Incas.

A uno y otro lado del Jubones, en una extensión como de cuatro leguas, hay vastas llanuras, parecidas a las de Minas. Las más notables son las de *Sulupali*, que es una franja de tierra, que desde la unión del Naranjos con el Shircaj, se prolonga hasta la desembocadura de éstos en el Jubones. A la conclusión de aquella tierra, y al lado de este último río, se encuentra una esplanada semejante en todo, a la que he-

mos procurado describir, y en la cual se encuentran ruinas, semejantes también en todo a las ya indicadas. A la banda del río en frente del Pilchis, y a la derecha del camino que va a Zaruma, se extienden otras dos planicies, sobrepuestas la una a la otra en forma de anfiteatro, en las cuales se vuelven a encontrar otros vestigios exactamente iguales a los anteriores, sólo que estos, se hallan más borrados por el polvo. En esta parte, y algo separado de las otras ruinas, se levanta un castillo, construido del mismo material que los demás edificios, y el cual no nos fue dado observar de cerca, porque lo avanzado del día no nos lo permitió. Esta última llanura es tan extensa, que ella sola puede equivaler al plano de Cuenca, y tiene un nombre digno de ser tomado en consideración; se llama *Sumay-pamba* (bonita llanura, en castellano) nombre muy parecido al de Tomebamba, y que significa lo mismo que él: una razón más para creer, que ésta ciudad se halla construida a orillas del Jubones, y no a las del Matadero.

Si suponemos pues, que pertenecen a una antigua ciudad, las ruinas en que nos ocupamos, lo que casi no se puede dudar, por su regularidad y extensión; debemos creer que Tomebamba era una inmensa ciudad; de casi ocho leguas cuadradas de circuito. Ciudad a la moda de las de los primeros tiempos, interrumpida por dilatados bosques o jardines. De Nínive se dice que tenía tres jornadas de extensión, y esto no debe admirarnos, al reflexionar que las antiguas ciudades eran más bien un hacinamiento de parques y verjeles, que otra cosa; así también debía ser Tomebamba, si atendemos sólo a lo que de ella nos queda.

Ciertamente, no podemos decir, que los vestigios en que nos ocupamos sean tan notables como los de la afamada Palenque, pero también es verdad que no es muy común hallarse con tesoros, como los que encierra el pueblo de Yunguilla. Casuchas miserables debían de ser las de Tomebamba, y todas de una simetría y disposición monótomas; pero no se puede negar, que el sitio debía ser bellissimo. Ahora se halla todo árido y desnudo, por la falta de agua; antes naturalmente estaría aquel paraje bañado por muchos riegos, como se

deja colegir de algunos restos de acueductos que aún se divisan. Y ese terreno con agua, y entre dos hermosos ríos, habría sido un Edén; porque es difícil hallar un paraje más fértil, como lo hemos dicho ya, al tratar de Yunguilla.

El que ni una sola de aquellas pobres habitaciones se encuentre ni con restos siquiera de cubierta, se explica fácilmente, al recordar el largo transcurso de años por el que han estado expuestos a la intemperie, todos aquellos curiosos monumentos. Por otra parte, debemos recordar que Atahualpa mandó arrasar a Tomebamba, en castigo de que sus habitantes se revelaron contra la dominación del nieto de los Shiris. Lo que hay que admirar es, que fuesen tan poco famosas, pero ni siquiera conocidas estas regiones; lo que se debe atribuir a lo apartado de ellas, y a que las calenturas intermitentes hacen allí de terribles y horrorosos guardianes. Los huaqueros mismos habrían aventado todas aquellas ruinas, sino fuera, porque su codicia ha sido burlada más de una vez, con el miserable producto de las excavaciones. Ahora nos han dicho que no emprenden aquellos trabajos, sino algunos pobres campesinos que quieren utilizar de los pucheros, vasos y cantarillos que se extraen en abundancia de aquellas huacas.

Antes de separarnos de estos sitios dimos por última vez una ojeada a la llanura de Minas. Su aspecto nos había entristecido el alma. El fondo del cuadro estaba en consonancia perfecta con los contornos. El azul del cielo contrastaba con el color pajizo o amarillento de los cerros, que mirábamos en derredor. La llanura misma estaba cubierta de manto espeso de grama, marchitada a los ardientes rayos del verano. Ni un árbol, ni una planta, ninguna señal de vida se mostraba en todo aquel extendido lugar. Apenas se dejaban ver, medio ocultos, entre los guijarros, algunos grumos de nopaleras, y los solitarios conos de la espina blanca. Entre todas aquellas plantas raquílicas y cenicientas, nos llamó la atención una, el *Shifin*, por la grosura de su tallo, y por lo medrada y lozana que se veía. Es planta singular: de un solo tronco, brota una multitud de bejuquillos ramosos que tienen la apariencia de un junco, y su color verde anaranjado guarda perfecta analogía con

la aridez del suelo; al arrancar una de sus ramas brotó abundante y blanquecina leche, que nos dijeron ser un violento cáustico. He aquí el único monumento del pueblo que cayó agostado al soplo de un déspota, y fue hollado por bárbaros conquistadores.

El sol iba ya declinando hacia el ocaso, y los huracanes de la tarde, empezaban a recorrer furiosos aquellos desiertos, pasaban bramando por las hondonadas y los peñascos, y ocasionaban a veces ruidosas avenidas de tierra, que descendían a perderse en el cauce de Minas. Aquello era en la realidad, nada más que una tumba, nada más que un pueblo de muertos. Era un paisaje de Sahara, con las ruinas del valle de Josafat al centro. La naturaleza se había vestido de luto, y como una madre silenciosa y triste, velaba junto a los olvidados restos de los hijos del sol. Las avispas se paseaban en bandadas numerosas, y conducían miel, recogida no sé donde, para labrar su panal silvestre entre las grietas de las paredes derruidas. Las avispas con sus zumbidos, eran los solos habitantes de este campo de tristeza y desolación.

Me acordé entonces de una de las más sublimes visiones de Ezequiel, y deseaba tener la voz del profeta, para evocar a esa nación de muertos y decir: "levantáos, áridas osamentas!". Pero lo que no puede la voz, alcanzó la imaginación; por un momento ví levantarse esos abatidos edificios, y poblarse las solitarias calles de un numeroso pueblo de indios. Por un instante, ví ondear vistosos penachos de plumas, y oír sonar lúgubrementemente la *bocina* y la *quipa*; pero luego se disipó la ilusión. Tomebamba, la cuna del más célebre de los Incas, del famoso Huaina-Cápac, fue pródigamente hermo세ada por este monarca, para perecer a poco, en pena de su odio a la tiranía.

Oh!, cuántas reflexiones se agruparon a mi mente, al aspecto de las desoladas ruinas que contemplaba. ¡Si me hubiera podido contar el Jubones la serie de generaciones y razas que pasaron por sus orillas, con más velocidad que las aguas! Los indios también tenían, a su modo, sus glorias, sus fiestas, sus regocijos; mas vino pronto la conquista, y asoló to-

do a su paso; y hoy que no han transcurrido sino trescientos años desde aquellos sucesos, ya nada resta ni de la opulencia de los Incas, ni de la ambición de los Castellanos. Los pueblos grandes, como los pequeños, todos hacen ruido un momento, y se entierran después en el sepulcro del olvido. El tiempo contempla desdeñoso levantarse magníficos reinos y soberbias ciudades, mas él hace girar su carro, y todo queda convertido en polvo.

El anciano Jubones, con sus murmurios y quejidos, es el único Jeremías que se lamenta con endechas melancólicas, sobre las ruinas de esta Jerusalén de los Incas. Todavía no ha nacido el poeta que, como Caro, venga a cantar sobre este suelo, diciendo:

“Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Italica famosa.

.....
Este llano fue plaza, allí fue templo;
De todo apenas quedan las señales.

.....
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?

.....
Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo”.

Y luego, no sin razón se podría decir de Huaina—Capac, con referencia, al imperio peruano, lo que el bardo español dijo de su compatriota:

“Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pio, felice, triunfador Trajano;
Ante quien muda se postró la tierra”.

.....
Al regresar de esta excursión fue precisamente, cuando

recibimos la noticia del terrible asesinato de García Morenó. Júzguese el efecto que produciría, en nosotros, suceso tan horroroso, como inesperado. Veníamos reflexionando sobre la vanidad de las cosas humanas, y un nuevo ejemplo venía a avivar nuestras tristes meditaciones.

Esta es la historia de los hombres, unos suben y otros bajan. Pero ¿a qué, entonces, ese empeño tenaz en subir a las altas cumbres, si pasada una centena de años, apenas ha de quedar memoria de nosotros? Ojalá, que como la nación de los Incas, por vestigios de nuestros pasos, dejáramos nada más que montones de piedras: pero no, que los monumentos de nuestras revoluciones y guerras civiles han de ser, como los que dejaron Timur y Gengis-Khan, rimeros de cráneos, amasados con lágrimas y sangre.



EL MUNDO A VISTA DE PAJARO

Supongamos que nos hemos elevado en un globo aerostático a las más altas regiones atmosféricas, o, si es necesario, que nos hemos subido más alto todavía, hasta donde no existe más que el impalpable éter: supongamos también que, venciendo a la ley de la atracción, estamos fijos en el espacio, y vemos girar bajo de nosotros con celeridad de relámpago, este casco de nuez o desecho de un mundo, que llamamos *Tierra*.

¿Cuántos años ha que voltea este globo en las inmensidades de los cielos? Nadie lo sabe: algunos se han avanzado a decir que son 300,000 años. Y, cuántas revoluciones geológicas han acontecido hasta ahora? Tampoco lo sabe nadie con precisión; lo que no se ignora es que hace 4.000 años tuvo lugar la más terrible y espantosa de las catástrofes terrestres. Y en este corto espacio de tiempo, se han sucedido unas a otras innumerables generaciones, y tantas y tan horrorosas batallas se han verificado, tantas plagas y desgracias han diezclado a nuestra desventurada raza; que bien puede decirse, que el mundo es un campo de cadáveres, y aquello otro de un poeta:

“Todos los ríos,
Todos los mares
Están henchidos
De nuestra sangre“.

Según el cómputo más probable, 1.300.000.000 de habitantes pueblan actualmente la tierra; y según el cálculo de algunos economistas, es capaz élla de sustentar hasta 12.000.000.000 de hombres; pero no más. Sin embargo, con todos estos cálculos, nadie sabe cuando vendrá el Día del Señor, en que todos los mundos serán aventados en polvo por los espacios, como el bieldo del labrador desparrama la paja de las eras. Bien

que, según otros, el sol es una lámpara, próxima a apagarse, he ahí lanzando ya sus últimos y más vívidos destellos.

Las tres cuartas partes de la superficie del globo están bañadas de agua; lo que me hace creer que cuando el sol quiebra sus fulgentes rayos en el anchuroso y límpido espejo de los mares, este puñado de lodo, que llamamos tierra, debe de ser tenido arriba, en Venus o Mercurio, por ejemplo, como una radiante y esplendorosa estrella. Mas nosotros que no nos dejaremos deslumbrar por el cristalino manto de las aguas, contemplemos tranquilos lo que pasa en la morada estrecha de los hombres. Parad la vista, y decidnos, qué veis?

Mirad: la hija de Jafet, la hermosa Europa, la de dorados cabellos y ojos de color de cielo, la de nevada tez y labios de rosa, la que se viste con la púrpura de la civilización y ostenta el cetro de la ciencia, está visitando a su hermana mayor, la hija de Sem.

Sentado sobre el diván de los sultanes, en la antecámara del harem, medio desnudo el seno, envuelta con la ajustada túnica japonesa, y calzada de los ricos pantuflos chinos, sonríte el Asia, crecida en años, pero fresca, como el tulipán nacido en los kioskos de Stambul. Entre curiosa y desdofiosa recibe la visita de su hermana, pulsando la guzla y al suave perfume de filigranados pebeteros. Morenilla es, pero de graciosa presencia y de ojos chispeadores y negros, como una odalisca de Circasia. Allí están, esparcidos sobre las aterciopeladas alcatifas, el alambre de Moorsee y la cubeta de Fulton; regalos con que la obsequiara la generosa Europa: ésta en cambio, se ha entrado por las pagodas y se ha cargado con las obras de Confusio y de Zoroastro.

¿Quiénes son esas dos preciosas niñas, que llevadas de la mano acompañan a la culta visitante? Alta, esbelta y galana, la una; no estaba mejor Rebeca, cuando la saludó Eliezer; es como una hija núbil de los patriarcas. Cómo resalta su negra y abundante cabellera sobre el tinte máte de su ovalado rostro; qué dulce y lánguido es su mirar; qué lindos son sus diminutos piececillos; sobre sus hombros de alabastro,

¿uega el manto de los Aztecas, y sobre sus púdicas sienes, la nacarada borla de los Incas: ésta es la América; la tierna y encantadora América. Con ella juguetea su infantil hermana; hermosa aunque trigueña se muestra con el sencillo traje de las taitianas: he ahí la Oceanía. Ambas fueron el fruto con que Dios bendijo el genio y la fecundidad de la Europa.

Tras de ella viene, silenciosa y melancólica, la adusta esclava, la reservada aya del antiguo mundo. Recién salida de infamante ergástulo, aún lleva en sus miembros las cicatrices ocasionadas por el látigo de la servidumbre. Cuántas arrugas marcan la sien, y cuántas canas blanquean en el ensortijado cabello, de la que fue madre de tantos sabios. Apenas tiene para cubrir sus espaldas de ébano el rayado alquicel morisco; ¡Pobre Africa!; pobre hija de Can! qué ajada está, qué entontecida!

He aquí, pues, que la familia de Noé, se ha reunido en la tienda de sus abuelos, tras de una larga y mísera peregrinación; y deteniendo el paso de las caravanas, se han sentado todos, como hermanos, a cenar la pascua de la fraternidad y el progreso.

Bajemos ahora un poco de la altura a que hemos subido, contemplemos más de cerca el drama que están representando las generaciones. Fijad la vista en el centro del mundo, en esa corta porción de tierra que se extiende desde Gibraltar hasta el Cáucaso y los Urales. ¿Qué véis?

Mirad: en las orillas del Báltico yace el oso blanco de la Rusia, durmiendo el sueño de su grandeza sobre los témpanos helados del polo. Durmiendo está; mas, que pase el invierno, y los calores del verano quiebren el cristal de las nieves, y entonces se despertará la fiera toda hambrecida y estrujará la presa entre sus garras.

Más acá, el sonido de tambores, trompetas y timbales, está levantando la Alemania su gigantesca estatua, fabricada con el tributo de sus hijos y las riquezas de Francia, de oro es la cabeza del coloso, de plata el pecho, los brazos de bronce y los muslos de hierro. Un nuevo Nabucodonosor amenaza con el fuego de sus cañones, al que no adore reverente al recién

levantado ídolo: todos los pueblos de la tierra han hincado sus rodillas; sumisos al imperioso mandato; sólo la Iglesia se quedó de pie y por ésto, ahí la tenéis, paseándose ilesa entre las llamas de la persecución. Mas ¡ay del coloso!; porque sus pies son hechos del cieno de la impiedad, y ha de rodar en pedazos, cuando baje una piedrecita de la montaña santa.

Suecia y Dinamarca, frente a frente de las opuestas orillas del Skager-Rack, sostienen cada una como humildes lacayas, la cauda imperial de sus dos poderosas vecinas.

¡La Polonia!.... La Polonia no existe; las panteras del Norte la devoraron.

A un lado queda el Austria, gigante que se va convirtiendo en pigmeo; uno a uno se irán cayendo los diamantes de su riquísima diadema; y ahora los que le quedan, aprieta con ambas manos en las sienes, ciñéndose la espada al cinto y colgándose al cuello el galano toison, mientras saluda respetuosa, como a iguales suyos, a sus antiguos mayordomos de palacio.

Más acá, sobre los campos de Sedan, se está levantando la Francia, pálida, con las heridas aún no bien cicatrizadas. Pero no temáis: la Francia es como Anteo, cuánto más abatida se halla, más robusta se siente, porque cae siempre sobre el seno de su madre, la Religión: ya veréis, cuán alto levantará otra vez su vuelo, el águila robusta de Austerlitz.

A su lado se ve la España, macilenta y mustia; altanera un día abandonó la casa de sus reyes, para volver a élla, con vergüenza; es un pródigo renitente, que con hipócrita penitencia, ha regresado al hogar paterno, para cargar con el último resto de su hacienda, y disiparlo en sus locas disoluciones.

No lejos se sienta la Italia. Sus hijos, como los del rey Pelias, han tomado los despedazados miembros de su madre, y los han puesto a cocer en el caldero revolucionario, esperando verla resucitar íntegra y rejuvenecida. Mas, ay!; la resurrección no se efectúa, porque han suelto en el caldero la tiera, y ésta no se puede soldar con las coronas de los reyes.

¿Y dónde está la Helvecia? No preguntéis por ella: el hada candorosa de la libertad se ha trocado en bacante furiosa del libertinaje.

Bélgica y la Holanda: esos dos rubíes arrancados de la corona de las viejas monarquías para establecer el equilibrio europeo, excitan la codicia de los que los miran; pero nadie se atreve a tocarlos, porque la paz del mundo resguarda su pequeñez.

La Turquía, la bayadera del oriente que se ha tendido por los suelos embriagada con el cáliz de la corrupción; en vano la han cobijado con manto europeo; que agoniza sin saberlo, sobre su lecho de muerte: sueltas están a sus lados, Grecia y los principados danubianos, joyas que un día brillarán en la corona de Rusia. Las panteras del Norte, sacando afuera las encorvadas garras husmean el cadáver, anhelando dividirse sus despojos, pero nadie los toca, porque se temen mutuamente, y, la desposada del imperio es muy hermosa para dividirla. Mas, cuando el hijo del desierto, pliegue sus tiendas y las vaya a plantar en el interior del Asia; cuando el caballo del cosaco, haga temblar con sus relinchos las dos orillas del Bósforo; entonces el cañón de Sebastopol aterrará al Viejo Continente.

Al frente de ésta, sobre la azul alfombra de los mares, descansa la Inglaterra, la mercadera del mundo, la que abre sus factorías a los cuatro vientos, la heredera de Mogol, la que se engalana con las perlas de Golconda y los diamantes de Delhi. De sándalo y marfil son fabricados sus buques, con seda de la India está hecha la vela que pende del mástil. Todos acatan el esplendor y la opulencia de la mercadera del mundo; en sus manos está la balanza europea ¿quién se atreverá a inclinar el fiel?

Atravesad ahora el Atlántico, venid a contemplar a la joven y encantadora América.

Al Norte, los hijos de Penn y Washington se han propuesto levantar una torre mas famosa que la de Babel; y entre la admiración universal sigue encumbrándose más y más el prodigioso baluarte de los libres, hasta que vaya a parar en la región de los rayos donde se fragua el cetro de los déspotas, y entónces desplomada al peso mismo de su grandeza, cobijará con sus ruínas desde California hasta la Tierra de Fuego.

A seguida están las hijas de la un tiempo maravillosa España; mas, ¡ah! muy niñas se emanciparon de su madre, y adolescentes todavía se vieron entregadas a sí propias, entre las seducciones de la falsa libertad y las asechanzas del despotismo.

Méjico, la hermosa y rica Méjico, deslumbró un tiempo y fascinó con su belleza; los reyes la desearon para esposa suya; pero élla, la Aspasia americana, abrió sus puertas a todos: los emperadores y los príncipes, los dictadores y los presidentes banquetearon con ella y bebieron de su vino. Y ahora ¿dónde está Méjico, la hermosa, la rica, la primogénita de Castilla? Vedla: qué ajada, que astrosa y mustia se halla: el águila de Motezuma, abrió sus robustas garras, y suelta la serpiente de la impiedad, la va estrangulando sobre las espinas de las nopaleras, y ante las anhelantes miradas de los lobos del Meschasevé.

Más acá, se ostenta Centro—América: incauta y simple dividió en cinco pedazos la rica túnica que le tocó en herencia, y cuando ahora pretende mostrarse engalanada, a la vista de las naciones, no acierta a zurcir los retazos de su traje.

Cuba, aunque exangüe y desmayada, se esfuerza todavía por deshacerse de las garras del león castellano.

Venezuela, yace narcotizada en brazos del despotismo, en medio del festin de la demagogia, acercó la copa a sus labios y perdió el conocimiento.

Colombia, es la sacerdotisa de la libertad; pero en su frenesí por darla culto, encendió demasiado el fuego del sacrificio, y quemó las brillantes vestiduras de la Diosa; tanto la incensó que la dejó toda ennegrecida: y ahora le ha quedado apenas un ídolo de piedra.

El Ecuador, asoma por el oriente, cándido y risueño, como la ninfa de la libertad; pero nada más que como un ensueño, como una visión: fugitiva y vaporosa. Como un cometa de espléndido núcleo, arrastra una larga cauda nebulosa y rojiza que se oculta allá, tras las escarpadas sierras del porvenir.

El Perú, la más opulenta de sus hermanas, gastó su hacienda en las orgías de la demagogía. Y ahora ¿dónde quedan sus fabulosos tesoros? Como el gusano de seda se desentrañó por tejer una lujosa, y espléndida mortaja. Como el rey Midas

ha visto convertirse en oro, no sólo sus manjares, sino también el corazón de sus hijos, sus galanes, sus magistrados y sus héroes.

Bolivia, es la pudorosa vestal de los Incas; cansada de loquear y maltratada por rudas contusiones, ha vuelto a cubrir su rostro con el velo de la modestia, y parece que piensa un momento sobre la vanidad de los festines revolucionarios.

Chile, aunque al presente, algo atolondrada y bullanguera, es la más grave de sus hermanas; parece que ha entrado ya en la mayor edad, y hacendosa y económica, tiene el aire de una joven matrona romana.

A las orillas del Plata, aconteció un espantoso drama: de tres niñas, hijas de una misma madre, se unieron las dos con un extranjero y asesinaron a la más pequeñita; y cuando asustadas de su crimen, quisieron levantar a su hermana, el Paraguay estaba ya agonizante. Llena de remordimiento regresó la República Argentina al interior de su hogar, y lo halló todo desbaratado; y aun ahora se afana por sostener la casa que amenaza ruinas. Y a la otra, al Uruguay, le está abofeteando la anarquía en castigo de su pecado.

El Brasil, es un andrajo de púrpura europea remendado en el espléndido manto de la libre América. Mas, pronto el alcázar imperial de Braganza volará en pedazos por el viento, cuando el masonismo abra el cráter del republicanismo impío y revoltoso: desaconsejado el emperador puso la antorcha de sus reinos en manos de su enemigo, y este sabrá convertir, muy bien, la antorcha de gobierno, en tea de incendio y desolación.

¿No es esto lo que actualmente pasa en el mundo, considerado bajo su aspecto político? En ningún siglo se ha levantado la ciencia a más alto grado que en el nuestro: parece que la naturaleza ha rasgado el velo del *Sancta sanctorum* de sus misteriosos secretos; si se levantaran las generaciones de tiempos de Carlos V, nos tendrían como a unos dioses, al vernos manejando el rayo, y haciendo que un buque dé vuelta al mundo en 180 días, y poniendo en circulación una noticia, en todo el globo, en 40 minutos. En historia se han hecho no menos admirables descubrimientos; lo mismo en geología, lo mismo

en todos los ramos del saber humano. Si después de esto observamos el espíritu de las naciones, notaremos en ellas, una actividad, hasta hoy, desconocida: todas, como impulsadas de una fuerza extraña, tienden a acercarse y unirse: nuevos Colonos, como Livignstone, han descubierto y visitado las más ignoradas regiones del Africa; otros han penetrado en los más recónditos senos de la India, allá donde no pudieron alcanzar ni Alejandro, ni los suyos. La China recibe, por primera vez, a los embajadores europeos; el Shah de Persia se pasea por las cortes de occidente; y el Japón manda sus enviados a París y Londres, y aposenta en sus reinos la civilización europea. Sí; el mundo está viejo, él, como los antiguos patriarcas, reúne a todos sus hijos al rededor de su lecho de muerte, y se pone a contar las aventuras de su infancia, y los secretos de su adolescencia; el mundo está viejo, porque los vicios de la época son la avaricia y el escepticismo, y el mundo de ahora es avaro y escéptico. Ved por otro lado: todas las naciones se acercan y se unen; pero cuidado, que todas ellas, bajo su manto de púrpura, llevan prevenido el puñal del asesino: todas las naciones se acercan entre sí, pero no como amigas, sino como gladiadores que bajan al circo.

Jamás el mundo ha estado tan armado como hoy; y es que Dios prepara a los pueblos, para un terrible y sangriento drama. No pasará este siglo, sin que se haya levantado el telón. Este mundo tiene de morir con muerte violenta; ahora todos los pueblos se miran en silencio; pero observad, es el silencio de los combatientes; unos embrazan el escudo, otros se ciñen la cota, otros empuñan la espada. "Todo lo que sucede en este mundo tiene una señal que le precede, ha dicho un profundo filósofo; cuando el sol está inmediato a su nacimiento, el horizonte se colora de mil rayos, y el oriente se nos presenta como un volcan de fuego. Cuando amenaza la tempestad, óyese en la ribera un sordo murmullo, y como que las olas se agitan por sí mismas". Y pensáis que este mundo se ha de armar en vano? No; este mundo tiene de morir con muerte violenta; sabedlo por qué.

Hemos contemplado a la tierra, bajo su aspecto polí-

tico, pero nada habremos visto todavía, si no le consideramos bajo su aspecto moral. Este grano de arena, este átomo de lodo, nada valiera ante los ojos del Eterno, si no fuera, porque en él puso su planta el Hijo de Dios; si no fuera, porque este mundo es el ara en que se quema todos los días el incienso de la oración que en aromáticas ondas se levanta al cielo. Pues bien, este mundo crucificó al Hijo de Dios, este mundo ha sido el cadalso del Omnipotente; y no es esto sólo: el Crucificado, al subir a su trono, dejó por heredera suya a la Iglesia; y los príncipes y naciones todas se han conjurado otra vez contra el Cristo, y no alcanzando a darle nueva muerte, han tomado a su heredera, y la han puesto en afrentoso suplicio. Buscad la cruz y no la encontraréis, ni en la cumbre de los palacios, ni encima de las coronas; ni en las ciudades, ni en las cabañas; la encontraréis únicamente en.... el Calvario. Si no lo creéis, atended y contemplad la pasión de Cristo, que se está verificando en pleno siglo XIX, con todos los horrores que nos narra el Evangelio; y no vayáis para esto a las naciones infieles; no, observad a las naciones cristianas; que los que crucificaron a Jesús, no fueron paganos sino judíos. Atended, pues y contemplad; la Iglesia es el Cristo del Siglo XIX (1).

ALEMANIA.—“Buscaban todos un falso testimonio para perder a Cristo y no lo hallaban. Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras diciendo: Qué! todavía necesitamos de testigos? Habéis oído sus blasfemias! y como decía que él es el Cristo Rey; mas todo el que se hace rey contraría al César. Si lo dejamos así, creerán todos en él, y vendrán los extranjeros y arruinarán nuestra ciudad y nación. ¿Qué haremos, pues? Qué os parece?” (Quaerebant falsum testimo-

(1) Escritores tan eminentes como el abate Gaumè, en la preciosa obra “¿A dónde vamos a parar?” han manifestado, cómo la Iglesia es hoy el blanco de los mismos ultrajes y afrentas, de parte de las naciones, que las que sufrió Cristo en su pasión, de parte de los judíos. Los textos aplicados a la Europa, los hemos tomado de un artículo intitulado “El Catolicismo ante el tribunal de los Estados europeos”, publicado en “La Germania”, periódico católico de Alemania.

nium et nom invenerunt: tunc princeps sacerdotum scidit vés-
timenta sua dicens: quid adhuc egemus testibus? Math. 26. 39.
69. 65.—Audisti blasphemiam. Marc. 14. 64.—Et dicentem se
Christum regem esse. Luc. 23. 2.—Omnis enim qui se regem fa-
cit contradicit Caesari. Joan. 19. 12.—Si dimittimus eum sic, om-
nes credent in eum: et venient Romani, et tollent nostrum lo-
cum et gentem, Joan. 11. 48.—(Quid facimus? Joan. 11. 47.—
Quid vobis videtur? Math. 26-96.)

BADEN.—“Tú lo has dicho. Reo es de muerte”. (Tu dixisti. Math. 26. 64.—Reus est mortis. Math. 26. 66.)

BAVIERA.—“¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré?”
(Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam? Math. 26. 15).

BÉLGICA.—“Por ahora véte; cuando llegue el tiempo o-
portuno te volveré a llamar” (Quod nunc attinet, vade: tempo-
re autem opportuno accersam te. Act. Apost. 24. 25.)

DINAMARCA Y SUECIA.—“No he conocido a este hom-
bre”. (Quia non novi hominem. Math. 26. 74.)

INGLATERRA.—“¿Por ventura nuestra ley juzga a un
hombre sin haberle oído primero; y sin informarse de lo que ha
hecho? Así pues os aconsejo, que no os metáis con este hom-
bre, y que lo dejéis; porque si este designio o empresa viene
de los hombres, ella misma se desvanecerá; mas si es cosa de
Dios, no podréis destruirla”. (Numquid lex nostra iudicat ho-
minem, nisi prius audierit ab ipso et cognoverit quid faciat?
Joan 151.—Et nunc itaque dico vobis, discedite ab hominibus istis,
et sinite illos, quoniam si est ex hominibus concilium hoc,
aut opus, dissolvetur; si vero ex Deo est, non poteritis dissolvere
illud. Act. Apost. 5. 38. 39.)

FRANCIA. “Yo he pecado, pues, he vendido la sangre
inocente. Mi alma experimenta una angustia mortal. Mas, en re-
suscitando yo iré delante de vosotros a Galilea” (Pecavi, tra-
dens sanguinem justum. Math. 27. 4.—Tristis est anima mea us-
que ad mortem. Math. 26. 38.—Postquam autem resurrexero,
praecedam vos in Galileam. Math. 26. 32.)

GRECIA. “A nosotros ¿qué nos importa?” (Quid ad
nos? Math. 27. 4.)

HOLANDA.—“Ningun delito hallo en este hombre. (Ni-

hil inventio causae in hoc homine. Luc. 23. 4.)

ITALIA.—“El mismo es; prendedlo. Porque es necesario que muera un hombre, para que se salve el pueblo“. (Ipse est tenete eum. Math. 27. 4.—Quia expedit unum hominem mori pro populo. Joan. 18. 14.)

AUSTRIA.—“Todos os escandalizaréis en mí“. (Omnes scandalizabimini in me. Marc. 14. 27.)

RUSIA.—“Heriré al pastor y se descaminarán las ovejas del rebaño“. (Percutiam pastorem, et dispergentur oves gregis. Math. 26. 31.)

SUIZA.—“Quítale a este la vida; porque segun nuestra ley debe morir“. (Tolle hunc. Luc. 23. 18.—Nos legem habemus et secundum legem debet mori. Joan. 19. 7.)

ESPAÑA.—“Ved aquí al hombre. Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.“ (Ecce homo. Juan 19. 5.—Sanguis ejus super nos et super filios nostros. Math. 27. 25.)

He aquí, de que manera ha juzgado la impía Europa en la causa del Cristo. ¿Y la América? Veámoslo.

EE. UNIDOS.—“Inocente soy yo de la sangre de este justo. Verdaderamente era éste Hijo de Dios.“ (Innocens ego sum a sanguine justii hujus. Vere Filius Dei erat iste. Math. 27. 24. 54.)

MÉJICO.—“Hola, tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, salvate a tí mismo: si eres el Hijo de Dios, descende de la cruz.“ (Vah, qui destruis templum Dei et in triduo illud reaedificas: salva temetipsum: si Filus Dei es, descende de cruce. Math: 27. 40)

CENTRO-AMÉRICA.—Uno de los ministros asistentes le dió una bofetada, diciendo: Así respondes tú al pontífice?“ (Unus assistens ministrorum dedit alapam Jesu, dicens: Sic respondes pontifici? Joan. 18. 22.)

VENEZUELA.—“No a ese, sino a Barrabás“. Y se arriaban a él y decían: “Salve, ¡oh rey de los judíos!“ y dábanle de bofetadas. (Non hunc sed Barbbam. Joan 18, 40. Et veniebant ad eum, et dicebant: Ave rex, Juadaeorum et dabant ei alapas. 19 3.)

COLOMBIA.—“Si este no fuera malhechor no te lo hubiéramos entregado. Crucifícale, Crucifícale“. (Si non esset hic

malefactor non tibi tradidissimus eum. Joan. 18. 30.—Crucifige, crucifige eum. Luc. 23. 21.)

ECUADOR.—“Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, jamás me escandalizaré yo. Aunque me sea forzoso el morir contigo, yo no te negaré“. (Etsi omnes scandalizati fuerint in te, ego numquam scandalizabor. Etiamsi oportuerit me mori tecum, non te negabo. Math. 26. 33 y 35.)

EL PERÚ Y BOLIVIA.—“Y le sagúan de lejos hasta el palacio del príncipe de los sacerdotes. Y habiendo entrado, se estaban sentados con los sirvientes, para ver el paradero de todo esto“. (Petrus autem sequebatur eum a longe usque in atrium principis sacerdotum. Et ingressus intro, sedebat cum ministris ut videret finem. Math. 26. 58.)

CHILE.—“Y Jesús, salió a su encuentro y les dijo: ¿A quién buscáis? Respondiéronle, a Jesús Nazareno. Díceles Jesús: Yo soy. Estaba también entre ellos Judas, el que le entregaba“. (Jesus itaque sciens omnia, quae ventura erant super eum, processit, et dixit eis: Quem quaeritis? Responderunt ei: Jesum Nazarenum. Dixi eis Jesus: ego sum. Stabat autem et Judas, qui tradebat eum cum ipsis. Joan 18. 4 y 5.)

REPÚBLICA ARGENTINA.—“Adivina ¿quién es el que te ha herido?“ (Prophetiza, quis est qui te percussit? Luc. 22. 64.)

URUGUAY.—“Dijéronle pues. ¿No eres tu también de sus discípulos? El lo negó diciendo: No lo soy.“ (Dixerunt ergo ei: Numquid et tu ex discipulis ejus es? Negavit ille, et dixit: Non sum. Joan 18. 25.)

BRASIL.—“No tenemos rey sino a César. Entonces se le entregó para que lo crucificasen. Escribió asimismo un letrero, y púsole sobre la cruz. En él estaba escrito: *Jesús Nazareno Rey de los Judíos*. (Non habemus regem nisi Caesarem. Tunc ergo tradidit eis illum ut crucifigeretur. Scripsit autem et titulum Pilatus: et posuit super crucem. Erat autem scriptum: JESUS NAZARENUS, REX JUDAEORUM. Joan. 19 15 16 19.)

EL CATOLICISMO.—“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¡Oh, Padre, Padre mío! todas las cosas te son posibles, aparta de mí este cáliz; mas no sea lo que yo quiero, sino lo que tú. Y al tropel que le cercaba dijo: como contra

un ladrón habéts salido con espadas y con palos a prenderme: cada día estaba sentado entre vosotros enseñándoos en el templo, y nunca me prendisteis. Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros por la virtud de mi Padre, ¿por cuál de ellas tratáis de matarme? ¿Pensáis que no puedo acudir a mi Padre, y pondría en el momento a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Mas esta es la hora vuestra, y el poder de las tinieblas. Padre mio, perdónales, porque no saben lo que hacen. (Deus meus, Deus meus, ut qui dereliquisti me? Math. 26. 45.—Abba, Pater, omnia tibi possibilia sunt, transfer calicem hunc a me: sed non quod ego volo, sed quod tu, Marc. 14. 36.—In illa hora dixit Jesus turbis: Tanquam ad latronem existis cum gladiis, et fustibus comprehendere me: quotidie apud vos sedebam docens in templo, et non me tenuistis. Math. 26. 55.—Multa bona opera ostendi vobis ex Patre meo, propter quod eorum opus me lapidatis? Joan. 14. 31.—An putas, quia non possum rogare Patrem meum, et exhibebit mihi modo plusquam duodecim legiones Angelorum? Math. 26. 53.—Sed haec es hora vestra, et potestas tenebrarum. Luc. 22. 53.—Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt. Luc. 23. 34.)

¿No es esto lo que está pasando?

Los príncipes y los pueblos, y donde no los pueblos, los príncipes, y donde no los príncipes, los pueblos, se han unido contra el Señor y contra su Cristo. Airados de furor y rebosando de iniquidad como un vaso de ponzoña, aprisionaron a la Iglesia santa y la saciaron de ignominia. Le arrancaron sus vestiduras, echaron suertes sobre ellas, y dividieron su manto. Y con ultraje de su pudor, la expusieron desnuda a la vista de los inicuos. La hija del cielo, la predilecta del Eterno, no ha hallado donde reposar su cabeza; suspendida está del patíbulo, ceñidas sus sienes de espinas; su cuerpo es una sola llaga.

Y ¿dónde el Señor que no vindica la causa del Justo? Mirad: sobre el ara santa está quemándose el timiama de la oración. Mirad: ah!, aún no hemos visto nada: alzad los ojos y contemplad: en la cumbre de la Montaña: el patriarca de los creyentes, el Moisés del pueblo escogido. Levantando los bra-

zos, pide a Jehová el perdón de su pueblo; mirad: del rostro del profeta se escapan esplendores de gloria, como los rayos que despide el fatigado sol en el ocaso. Este es el amigo de Dios, éste es el que le habla cara a cara, postrado ante el tabernáculo. El es la gloria del siglo XIX. ¿Valen acaso algo ante Pío IX las cien coronas de Napoleón?

Por amor a mi siervo, dice el Señor, aún no castigaré a Sodoma; aguardaré a que él descanse para derramar sobre el impío el cáliz de mi indignación. La mies amarillea; cuidado, que se apresta ya la hoz de los segadores. Ojo por ojo, diente por diente: a los que robaron a la hija del Señor, quitadas les serán sus riquezas; a los que la ultrajaron y la hirieron, les despedazará el furor de la divina cólera. El huracán del socialismo se levanta bramando en los confines del horizonte: lista se halla la mina del masonismo; la espada está fuera de la vaina una chispa no más, y el mundo salta en pedazos.

Pero no; aún vivirá el mundo; nadie sabe cuando vendrá el día del Señor; día en que serán aventados los astros al soplo de Dios, como las aristas de una era. Los que peregrináis sobre la tierra, despreciad el falso oropel de las vanidades del siglo, practicad la virtud, y adorad y temed al Excelso.

LA EDUCACION DE LA JUVENTUD

Una de las más sabias máximas de los filósofos antiguos era esta: *nosce te ipsum*, conócete a ti mismo. Nada en efecto más necesario que el averiguar los senos ocultos de nuestro ser, y los más recónditos misterios de nuestra naturaleza. Todos los ramos del saber contribuyen a la perfección del hombre, y por tanto, todos ellos deben partir de la ciencia del individuo. Tratemos, por consiguiente, ahora, de ver cuales son el carácter y tendencias de nuestro siglo, y cuál el estado de la juventud de nuestro tiempo, para que sepamos los peligros que debemos evitar, y el camino que debemos seguir.

Grandes y brillantes aplausos han sido tributados al siglo diez y nueve. Por doquiera se le llama el *Siglo del progreso* y la *Era de las luces*. Eugenio Pelletan, uno de sus más elocuentes admiradores, cada vez que se pone a hablar del siglo actual parece, como lo confiesa él mismo, que se halla sobre la trípode sagrada, lleno del sublime estremecimiento de la Pitoniza, y agitados sus cabellos por el viento de la inspiración. Así le hemos oído prorrumpir en exclamaciones como estas: "Oh siglo XIX: tú eres a los ojos de Dios el más grande de los siglos; porque eres el último que posees el progreso de la historia". Hermosos panegíricos por cierto; mas, para que podamos juzgar rectamente de su exactitud, recurramos a un maestro imparcial, al maestro Opinión Pública; qué nos dice ésta?—Que el siglo XIX ES EL SIGLO DEL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD. De aquí, en pocas palabras el único juicio recto y verídico que expresa admirablemente el carácter de la época en que vivimos.

Sí, el siglo XIX es el siglo de vapor y electricidad, es decir, el siglo de la futilidad y ligereza. Y para yindi-

car a esta aserción de la nota de calumniosa, fijémonos nada más que en su aspecto literario, que es el que hace a nuestro propósito. ¿Cuáles son los distintivos de la literatura actual?: la ligereza y la futilidad; para convencernos de ello, basta fijar nuestras miradas en el periodismo, su hijo predilecto, como es el que más bien la representa. El periodismo, en nuestros días, se ha absorbido a todos los demás géneros de literatura; es una enciclopedia volante, en las mil facetas de un Proteo; él abraza en sus columnas desde la más abstruosa metafísica hasta las más sentimentales endechas del lirismo. Se ha sustituido a la tribuna antigua, y con voz muda, pero enérgica, reta a los tiranos y amotina al pueblo. En suma, el periodismo es la escuela universal en que aprenden todos los pueblos.

He aquí, pues, los más gloriosos timbres del periodismo. Pero en cambio, qué revoluciones las que ha obrado en las letras. Teniendo que hablar de todo y a todos, ha vulgarizado todas las ciencias, y las ha sacado del santuario de las Academias, para lanzarlas a la plaza pública y exponerlas a la expectación universal, en toda su desnudez. De aquí, que se hable con tanta lijereza de las más encumbradas ciencias; de aquí que se hayan como evaporado todos los conocimientos humanos perdiendo, por consiguiente, su apetecible solidez; de aquí, en fin que la civilización actual sea tan superficial y tan poco profunda.

Pasando de esto a los individuos; ha resultado naturalmente; que los hombres ilustres de ahora han ido a afiliarse entre periodistas y no entre graves académicos. La gloria literaria ya no está en escribir enormes volúmenes de a folio, sino extensos diarios. Y, que es lo que se necesita para ceñirse uno de los laureles de Redactor?: instrucción a la violeta, como si dijáramos una tintura de todo. Y como es imposible, que un entendimiento pueda abarcar todos los variados ramos del saber humano, en toda su latitud, de aquí resulta que éste lo que ha ganado en extensión ha perdido en densidad. Por esto se dicen tantos dislates en todas ocasiones y en toda materia; he aquí porque hay tan pocos sabios y tanta multitud de pedantes; porque es muy cierto que si en la época actual se escriben periód-

dicos tan notable, como el "Times" de Londres, ya no se ven obras tan estupendas como las de un Tostado o las de unos Bolandos; hoy no tiene ya aplicación alguna aquel famoso aforismo: *Timeo hominem unius libri*. Es verdad, que no faltan, aún hoy, obras como las de un Cantú, de un Rhorbacher, un Amador de los Ríos y otros raros; pero estas son excepciones que confirman lo dicho.

Al fijarnos en los otros géneros de literatura, se nos presentan a primera vista, alineados como un ejército, los novelistas y los vaudevillistas. Verdad, que razón hay para que pongamos la atención en ellos. Porque, en cuanto a los primeros, parece como que todas las imprentas del mundo no se ocuparan, sino en publicar novelas, a juzgar por el infinito número de ellas, entre las cuales es tan difícil hallar una provechosa, como en algunos ríos un grano de oro entre la arena. Los vaudivillistas, no pueden ser más vituperables, siendo como son una especie de fabricantes de dramas, reunidos para esto en compañías, como las de mercaderes o albañiles.

He aquí pues, trazado a grandes rasgos el carácter de nuestro siglo; juzguemos por ellos, si no es llamado con razón el siglo de *vapor y de electricidad*; y en el cual para su mayor honra, hasta las reputaciones son vaporosas, cuya duración, pudiéramos expresar con esa bella imagen de la Biblia; *vapor ad modium parens*. La gloria de un periódico y de sus redactores, tiene apenas la breve vida de las mariposas efímeras de Mayo, que ostentan sus galas por la mañana y mueren a la tarde para nunca más resucitar.

La educación de la juventud es análoga a nuestra civilización. A los estudios profundos se han sustituido los ligeros, a la inflexible perseverancia con que nuestros antepasados devoraban los pesados volúmenes de una biblioteca, se ha sustituido la inconsciente revista de diarios. Se lee por diversión, no para instruirse; la librería de un joven debe contener en sus estantes algunos pares de novelas y algunos volúmenes de poesías; la elevada metafísica y las profundas meditaciones de los filósofos, están condenadas a servir de pasto a ratas en el rincón de los armarios. Es así, como hay tantos eruditos a *va-*

por, que apenas si tienen noticia de esos prodigiosos monumentos del ingenio humano, como las obras de un Homero, de un Platón, Plutarco, Seneca, &, a las cuales se les ha excomulgado con el epíteto de clásicos: baste mencionar, para probarlo, el pánico de muchos literatos al latín y las lenguas sabias. Pero, no sólo es esto, pues, hay muchas obras en lengua vulgar, cuyo mérito ha corrido la misma suerte ¿No es verdad, por ejemplo, que se lee más a Espronceda y a Zorrilla, que a Calderón y a Garcilazo? El estilo de la época con todas sus galas románticas, es tan rico de palabras, como pobre de pensamiento. Antes, quizás por ser escaso el papel y costosa la escritura, no ponían en los libros más que la sustancia de las ideas. En una página de Tácito se encuentra más historia que en volúmenes enteros de los modernos analistas. Ahora la imprenta lo ha evaporado todo.

De este modo se explica, por qué en el día hay más sabios y se estudia menos; al contrario de lo que sucedía en los tiempos de antaño, en que más se estudiaba y menos sabios había. Bueno será poner aquí un interesante párrafo de Llanos sobre esta materia. Dice, pues, este escritor, hablando de la instrucción que se da a los jóvenes en escuelas y colegios, con aquel donaire que le caracteriza: "En unos cuantos años, bien largos para el bolsillo de los padres, se enseñan a nuestros estudiantes todas las ciencias y todas las lenguas. Con razón se dice que se enseñan; pues no se hace otra cosa más que enseñárselas para que las vean, como se acostumbran con las sombras chinescas; pero no para que se queden con ellas, pues son propiedad de los catedráticos. Gradúanse de bachilleres, y les entregan por cierta cantidad un papel que quiere decir: "El dador es hombre que sabe, permitasele solo la entrada en el campo del saber". Luego se elige una carrera, según hoy se llama, lo que antiguamente se llamaba profesión y no sin fundamento, porque para una profesión, hay que profesar, como profesa una monja, y para una carrera, basta correr, como corre un galgo. Pero quién tiene la culpa de todo esto? La tienen ellos y la tiene el mundo. Ellos por su impaciencia. El público porque exige hoy más de lo que es debido.... Hay

uno que se dedica con esmero a un estudio dado, y descuida algún tanto los demás; pero anda entre gentes que hablan de todo; él sabe una cosa bien sabida; pero se avergüenza y lo avergüenzan, si de todo no sabe algo: entonces nuestro avergonzado abandona los estudios formales y se lanza a la generalidad; deja el fondo por la superficie, la unidad por la pluralidad, *la ciencia por la enciclopedia*. El mundo ha perdido talvez un sabio verdadero, pero ha ganado un verdadero charlatán.

Cuán diversos ciertamente eran aquellos tiempos en que un San Gerónimo se limaba los dientes y se encerraba por toda la vida en una gruta, para aprender el hebreo; y aun aquellos en que un Bossuet, cubierto ya de canas, no apagaba la lámpara de su estudio, hasta la media noche. No podemos resistir al deseo de poner aquí, la pintura que un gran hombre del siglo VI, hacía de sí mismo (San Doroteo). "Cuando yo estaba en el siglo, dice, andaba tan embelesado en mi estudio que no me acordaba, ni pensaba en otra cosa; ni aún de comer me acordaba, ni parecía que tenía tiempo para pensar en lo que había de comer; tanto que si no fuera por un compañero, muy amigo mío, que tenía cuidado de hacerme aderezar la comida, y llamarme a comer, muchas veces me olvidaba de esto; y era tanto el fervor que traía en mi estudio y el deseo que tenía de saber, que estando comiendo tenía delante abierto el libro, y estaba comiendo y estudiando juntamente, y en viniendo de lección a la tarde, luego encendía luz, y estudiaba hasta la media noche: y cuando me iba a acostar llevaba conmigo el libro a la cama, y en durmiendo un poco luego tornaba a leer &". Y esta aplicación y constancia, no eran propias únicamente de este ilustre santo y sabio, sino de todos los hombres célebres de aquella época. Pero así mismo ¡qué hombres! Su genio admira y admirará a todos los siglos como un prodigio de la naturaleza; y sus obras, más estables que las pirámides de Egipto, pasarán incólumes, al través de todos los tiempos, como una muestra de lo que alcanza el espíritu humano.

Aquí terminaremos este trabajo, reportando una consecuencia que se presenta por sí misma. Si la Juventud, quiere ser

útil a la patria con sus conocimientos científicos, si desea ceñirse con los laureles de la inmortalidad, produciendo obras que pasen hasta los siglos futuros, si quiere en fin, hacerse un lugar en la historia, es necesario que primeramente se eleve sobre la atmósfera de las preocupaciones vulgares, que se dedique a estudios serios, y abandone la senda de la pedantería, a la que tan fácilmente conducen las lecturas fútiles, es necesario que estudie con constancia y heroísmo, que se acostumbre a trabajos que ejercitan las fuerzas, y nutren el conocimiento, y sobre todo, que renuncie a los acontecimientos enciclopédicos; y se aplique a ciertos estudios, como se abraza un estado de vida. Sólo así llenará cumplidamente su misión en la sociedad, y dejará su nombre a la patria, como una herencia de gloria.



MISCELANEA

A MODO DE PROLOGO

Quién no ha cantado alguna vez en la vida? Las avieillas ensayan sus trinos a la alborada, y el hombre entona sus himnos al despuntar los rayos de los dorados ensueños, y entre las halagadoras ilusiones de la juventud. Cual más, cual menos, todos tenemos el sentimiento de lo bello, y procuramos hacer participantes a los demás, de nuestras gratas impresiones, para que gocen como nosotros ante los espectáculos grandiosos de la naturaleza, o en la contemplación de los sublimes misterios del orden espiritual. En la edad de los generosos ideales, casi nadie se da cuenta de aquel consejo de la retórica, de que los versos deben ser óptimos y raros; cuando más adelante se quiere volver sobre los pasos, es demasiado tarde: aquellos ensayos literarios hállanse ya circulando en el comercio intelectual, y no es posible retirarlos de él. Una satisfacción nos queda sin embargo, y es, que si bien aquellas humildes producciones no han contribuido a acrecentar el lustre y gloria de la literatura patria, al menos la verdad y la moral no tienen por qué avergonzarse de ellas.

Más todavía. Aquellos pobres versos han ido paulatinamente reproduciéndose en libros, revistas y diarios, y plagándose de no pocas erratas y falsificaciones, de manera que, al cabo de poco tiempo, el propio autor halla trabajoso el reconocerlos. ¿Qué hacer entonces? Devolverles su forma primitiva, para que si no con brillo, aparezcan al menos con decoro en el gran estadio de la prensa.

He aquí el motivo de la presente publicación. Advertiremos que en ésta se contienen no todas nuestras composiciones poéticas, sino solamente aquellas que hemos juzgado nos convenía reproducir.

Quito, Setiembre de 1906.

J. JULIO MARÍA MATOVELLE,
PRESBITERO.

LA VERDADERA GLORIA

¡Oh! cuánto el hombre por brillar se afana!
Insecto que ignorado se desliza;
En vano con orgullo se engalana
Ese poco de polvo y de ceniza,
Que si hoy se mueve, morirá mañana.

¡Qué incesante anhelar, que ciego empeño
Por gozar de una vida transitoria!
Y, ¿qué es la dicha, al fin y qué es la gloria?
Niebla que pasa, momentáneo sueño,
Burla del tiempo, despreciable escoria.

Para vivir de muerto, que locura,
Compra el sabio a la historia los pregones:
Por prenderse el guerrero dos galones,
Cava el mismo la negra sepultura,
Y le prenden con balas los cañones.

Con caireles de perlas y topacios,
El celaje deslumbra en los espacios,
Del moribundo sol a los reflejos;
Nos miente todo lo que brilla lejos,
Nos engaña hasta el humo con palacios.

Cómo encanta falaz y nos traiciona
Contemplada distante la grandeza;
Cuán espléndida luce la corona;
Mas, aquél que la lleva en la cabeza,
Siente sólo y admira lo que pesa.

¡La virtud, la virtud!: ved lo que vale
Más que el cetro, la púrpura y el oro;
En la tierra es el único tesoro,
Y en el orbe no hay cosa que le iguale,
Ni en grandeza, ni en gloria, ni en decoro.

El que quiera alcanzar para sus sienes,
De lauro eterno fúlgida guirnalda,
Huyendo del placer la muelle falda,
Y a manos llenas derramando bienes,
Enjague el llanto que a su estirpe escalda.

La versátil, plateada mariposa,
Cuyo breve existir no dura un día,
Vive y muere en el cáliz de la rosa,
Y, suelta en polvo de oro el ala hermosa,
Expira perfumada de ambrosía.

Pero el cóndor, altivo rey del Ande,
Airoso huella con seguro paso
La diadema imperial del Chimborazo;
Y sobre cimas de terror se expande
Perezoso batiendo el vuelo escaso.

Así el genio no mora entre las flores
Sino entre abismos de pesar profundo;
La copa del festín y los amores
A los menguados que deleita el mundo:
Para el genio la hiel de los dolores.

Es la gloria la estrella de la tarde
Que brilla en el ocaso únicamente;
Bañando en llanto la angustiada frente,
Sobre el sepulcro asoma la cobarde,
Cual solitaria y tímida doliente.

La escena del Tabor, después de muerto,
Después de la ignominia del Calvario;

De zarzales el mundo está cubierto;
Sólo el tigre feroz, o el dromedario
Encontraron placer en tal desierto.

En el carro del trueno el iris prende
Sus festones de lila y de granada,
Y cuando el rayo los turbiones hiende
La procelaria audaz el vuelo tiende
Sobre las ondas de la mar airada.

Y el héroe con titánica osadía
Aumenta en majestad, en gracia aumenta,
Al furioso rugir de la tormenta;
Y batiendo las alas a porfía
Los crudos huracanes atormenta.

La escabrosa eminencia no codicio,
Ni quiero asiento deleznable y falso;
La cumbre está cercana al precipicio;
El trono para el malo es un cadalso,
Para el bueno, un altar de sacrificio.

Fija en el sol en dulce arrobamiento
El águila se eleva al firmamento,
Desde el rudo peñón en que se posa,
Los crespones de nube tempestuosa
Hollando con intrépido ardimiento.

Levantada la frente y mudo el labio,
Absortos contemplando de hito en hito
Las visiones de mágico astrolabio,
Se alzaron con la viva fe del sabio
Galileo y Colón al infinito.

Oh! cuán ricas coronas, oh! cuán bellas
Las que ciñe a los héroes el martirio,
No frágiles y breves como aquellas
De oloroso clavel y blanco lirio,
Sino engastadas de rubíes de estrellas;

El contento y la dicha, al fin de todo,
Joyas son que no encierran el duro suelo;
Si es barro el hombre de cualquiera modo,
Primero ha de lavarse de este lodo:
La verdadera gloria está en el cielo.

LAS FLORES Y EL CREPUSCULO

Al despeñarse el sol en occidente
Y borrarse del cielo el tinte azul,
Asomaba el Crepúsculo doliente,
Lloroso y taciturno, con la frente
Velada con flotante y negro tul.

Cierta ocasión las compasivas flores,
Que siempre es compasiva la beldad,
Dijeron al Crepúsculo: "No llores;
Revélanos, amigo, tus dolores,
Y quizás calmaremos tu ansiedad".

Deteniendo el Crepúsculo su vuelo;
"Bellas Flores, repuso con rubor,
Aqueste que me aflige rudo anhelo,
Remedio no tendrá nunca en el suelo,
Que busco imposible con ardor.

¡Desgraciado de mí, que adoro loco
A la Luz de radiosa candidez!
Tras ella voy corriendo, ya la toco,
Para besar su sien, me faltá poco,
Y no puedo estrecharla ni una vez.

Yo sostengo la fimbria de su manto
Y nunca admiro su rosada faz;

Las gasas de su lecho yo levanto,
De su carroza voy uncido al canto,
Mas, siempre por delante o por detrás”.

El amante calló triste y sombrío,
Inclinando la ajada y mustia sien;
Y al instante cayó el primer rocío,
De las tímidas flores llanto pío,
Y llanto del Crepúsculo también.

Desde entonces de tarde y de mañana,
Del Crepúsculo al tenue resplandor,
El pensil, como el monte y la sabana,
Con puñados de perlas se engalana:
Tierno homenaje a un desgraciado amor.

CONTEMPLACION NOCTURNA

Es el postrer desmayo de la tarde,
De triste luto el cielo se cobija,
La luz, la hermosa luz, huye cobarde
Atrás del claro sol de quien es hija;
Las tiéandas de la noche con alarde
El genio adusto de las sombras fija,
Y cual hachón humeante que no alumbra
El crepúsculo vaga en la penumbra.

Es un horno apagado el firmamento,
Es un carbón sin rastro de centellas;
Mas luego en paso tembloroso y lento
Asoman pudibundas las estrellas,
Que radiosas se agrupan ciento a ciento,
Cual procesión de tímidas doncellas;

Mientras levanta la abatida frente
La amante de Endimión en el oriente.

La apasionada reina de la Caria,
En medio de aflicción terrible y cruda,
Visitaba la losa cineraria
Del que muriendo la dejó viuda;
Así la luna triste y solitaria,
De las estrellas con la corte muda,
Avanza macilenta, paso a paso
A la tumba del sol, al triste ocaso.

Contemplad cuán solemne y majestuosa
Escintila esa bóveda inflamada,
Cual sala de un festín en que rebosa
La lumbre por mil lámparas regada;
El alma se recoge respetuosa
De un éxtasis sublime enajenada,
Y al Autor de estas altas maravillas
Le adora desde el polvo y de rodillas.

Ved como en raudo, silencioso giro
Van pasando los astros, coro a coro;
Mas fugaz y más breve que un suspiro,
A veces luce un vívido meteoro,
Cual desgranada estrella de zafiro,
Que algún lucero de reflejos de oro
Enviado al suelo habrá con un mensaje,
En misterioso divinal lenguaje.

Mirad cual ruedan por la cóncava urna,
Cual sartal de diamantes, los planetas;
Como el velo de virgen taciturna,
Luciente cauda arrastran los cometas:
No de otra suerte con su luz nocturna
Rebullen las luciérnagas inquietas,
Inundando los valles y las cumbres
De repentinas, nítidas vislumbres.

El orbe todo espléndido rutila
Con niriadas de soles y de esferas,
Y el alma, absorta de estupor, cavila,
Si serán esos astros cual lumbreras
Que un ángel las enciende, despavila
Y apaga cuando asoman las primeras
Nubecillas de jalde terciopelo
Con que a la aurora se engalana el cielo.

Cuánto la humana pequeñez contrasta
Con esa obra magnífica y suprema;
Quién sabe si esa bóveda tan vasta,
Con la fúlgida y láctea diádemas,
Es una breve pieza que se engasta
En otro inmenso sideral sistema,
Y en serie inmensurable de eslabones
Se entrelazan esferas a millones.

¿Quién sabe cuántos seres en la altura,
Semejantes quizás a los humanos,
Habitan esos globos de luz pura?
¿En los cielos también habrá tiranos,
Y lágrimas y sangre y amargura?
Habrá guerras allí y odios insanos?
¿O son razas que gozan de la herencia
Del no perdido Edén de la inocencia?

En la mar insondable del misterio
Audaz la mente se fatiga y cansa,
En vano de hemisferio en hemisferio
Con alas de relámpago se lanza;
De la ciencia mortal todo el imperio
No logra conocer esa balanza,
En que el Sumo Hacedor el orbe pesa
Cual un poco de cieno y de pavesa.

Vos, Señor, que forjasteis sin crisoles
Esos globos de lúcido topacio,

Vos, que a puñados derramásteis soles
Que el atrio alfombran del azul palacio,
Vos, que al millar de imponderables moles
Trazasteis una ruta en el espacio,
Decidnos si esos astros vagabundos
Son ángeles o lámparas o mundos.

¡Que grande es Sabaot! el orbe todo
Rige con diestra prepotente y pía,
El oye complacido, de igual modo,
Del coro angelical la melodía,
Y el zumbido que oculto entre vil lodo
Lanza el insecto cuando muere el día,
El cuida del humilde gusanillo
Y del rey astro de fulgente brillo.

Esto nos dicen con su voz sonora,
Los cielos en las noches del estío;
La majestad de Dios deslumbradora
Se ostenta con grandioso poderío;
Entonces el justo de contento llora
Y se estremece atónito el impío;
El bullicio del siglo entonces calma.
Y sola ante los cielos queda el alma.

Al contemplar los astros no comprendo
Cómo el hombre a su Dios haya negado,
¿Hay quién a este espectáculo estupendo,
No se postre en la tierra anonadado?
Los cielos van a Dios enalteciendo;
¿Quién sus dulces hosannas no ha escuchado?
Podrá negar el polvo vil, la nada,
Lo que dice la bóveda estrellada?

Al contemplar los astros se desprecia
El vano fausto, la mentida gloria:
¡Cuán menguadas parecen Roma y Grecia!
Se sabe acaso arriba nuestra historia?

¿Y qué la tierra, presuntuosa y necia,
Es algo más que un átomo de escoria?
¡Y por élla se matan enemigas
Nuestras razas, cuál miserables hormigas!

Si se nublan de llanto nuestros ojos,
Si la hiel apuramos gota a gota,
Ante el cielo postrémonos de hinojos,
Y esa patria miremos no remota:
Pasa la vida, pasan los enojos,
El cáliz del dolor al fin se agota,
Y el alma entonces, con radiante vuelo,
Sobre los astros se remonta al cielo.

A MI PATRIA

Tú, amor de mis amores, Patria mía,
Tú, mi dulce ilusión, mi grato ensueño,
Tú acrecientas mi orgullo y mi alegría!
De tu gloria y honor en el empeño,
Cómo ensalzarte con mi voz querría!

Oh qué tierno candor! cuánto donaire
Ostentas en tus formas contorneadas!
Qué hechizo, qué primor! cuando las hadas
Que cuidan de tus sueños, al desgairé
Tus gracias nos descubren mal veladas.

En la más alta cumbre de los Andes
Te posas como el águila altanera,
Sobre las nubes donde el rayo impera
El, raudo vuelo majestuosa expandes,
Contemplando a tus pies la tierra entera.

Eres del astro rey vestal y esposa;
Tu bruñido zenit de ópalo terso
Es el ara perenne en que rebosa
La vivífica lumbre esplendorosa
Que embellece y anima al universo.

El ángel de la hermosa primavera,
Vestido de zafir, púrpura y gualda,
Te ofrenda los festones de su falda,
Y besando tu sien pura, hechicera,
Te ciñe embelesado una guirnalda.

Más que el banano y cocotero esbelta,
Lumbrosa, adamantina como un astro;
En pliegues mil ondeante y desenvuelta
La veste carmesí te pende suelta
De los hombros de nítido alabastro.

En el coro gentil de tus hermanas,
De las hijas de América galanas,
Te ostentas como estrella matutina
Que asoma en el oriente peregrina
Hollando nubes de rubí tempranas.

Presentarte el Señor al orbe quiso
Como un remedo fiel del Paraíso,
Como púdica virgen, solitaria,
Envidiada en el garbo y el hechizo,
De la tímida y bella trinitaria.

Ignoras tus encantos, y modesta,
Entre el lujo y verdor de la floresta,
Te ocultas como airosa sensitiva,
Que humilde, apenas, de su cáliz presta
Aromas a la brisa fugitiva.

La paz de las virtudes te recrea,
Como a virgen crecida en el santuario,

En torno tuyo deliciosa ondea
Una fragancia mística, sabea,
Como aquella que esparce el incensario.

Antes que el sol magnífico deslumbre
Inundando de vida el horizonte,
Allá del Este, tras la andina cumbre,
Brotan raudales de fulgente lumbre
Que el cerco doran del opuesto monte.

Así tu porvenir de bienandanzà,
Oh Patria mía!, tu confín colora,
Y el radioso querub de la esperanza
Se levanta ceñido en lontananza,
Con la rósea diadema de la aurora.

Errante en el azul del firmamento,
Al beso de la lumbre tiembla y brilla,
Armiñada y sedosa nubecilla,
Cual garza que en el líquido elemento
Tiende el plumón de nieve sin mancilla.

¡Ecuador, Patria mía!, así pareces
Flotando en la región de tu futuro;
Al lampo de la gloria resplandeces,
Y altiva te columpias y te meces
Del libre cóndor en el éter puro.

¿Qué más, oh Patria mía? Qué ambiciones?
El áureo cetro que abriga el lloro?
¿No eres acaso reina en el decoro?
Se eclipsará el metal de las coronas
Ante los brillos de tus bucles de oro.

¿QUE ES LA VIDA?

Soñaba yo de niño que la vida
Era un mágico edén de bienandanza,
Do, entre senda florida,
El viajero encantado no se cansa;
Do el raudal de la dicha blandamente
Arrastra soñoliento la corriente.

Pensaba que el supremo y dulce gozo
Se encontraba en cazar las mariposas,
y en plácido aborozo
Recoger azucenas olorosas,
En formar con tejuelos mil castillos
Do encerrar prisioneros a los grillos.

Mas pronto el llanto con candente riego
Agostó mi mejilla sonrosada,
Mirando en medio el juego
Muerta una prenda de mi pecho amada...;
¿ Los castillos fantásticos? Rodaron,
Y al punto los insectos se volaron.

En seguida arribó la adolescencia,
Como flor que desgarró su capullo
Vertiendo grata esencia;
Trocado entonces con la edad mi orgullo
Mi anhelo y mi placer fueron más graves;
Perseguir en los bosques gayas aves.

Llegó la juventud: cuántas delicias
Inundaron a mi alma de impreviso!
Cuántas dulces cariças

Del mundo ofrece el seductor hechizo
Edad de los ensueños, edad de oro,
De encantos e ilusión rico tesoro.

La sien altiva presuntuoso elevo:
Menguado y bajo me parece un trono;
 Con ardor siempre nuevo
Lo sublime y magnífico ambiciono;
Del héroe genovés las altas glorias,
De César y Alejandro las victorias.

El joven como el águila altanera
Airoso hiende la encumbrada nube,
 Y con ala certera
Hasta pisar los astros sube y sube;
Y eclipsando del sol la ardiente llama,
Soberano del orbe se proclama.

La vida se desliza encantadora
Entre jardines de aromosas flores,
 Y nos ciñe la aurora
La guirnalda que tejen los amores,
Y el néctar del placer a grandes tragos
Se liba del festín en los halagos.

Mas basta de soñar, que en lontananza
Un terrible espectáculo diviso:
 La tempestad se avanza
Entre truenos y rayos y granizo;
Se acaba la pradera, y los abrojos
En las sendas se arrancan a manojos.

Y luego de la vida el onda pura
En un lago de cieno se convierte,
 La hiel de la amargura
La copa del placer quebrada vierte,
Y en la furiosa mar de las pasiones
Naufragadas se ven las ilusiones.

Las sílfides venidas desde el cielo
Del niño a resguardar la blanca cuna,
 El alto y raudo vuelo
Emprenden presurosas de una en una,
Y la guirnalda juvenil deshoja
El desengaño cruel hoja por hoja.

Y al caer de la sien las flores mustias
Un cerco dejan de punzante espina:
 Llena el alma de angustias
En un lecho de zarzas se reclina:
Agitaron los vientos la amapola,
¡Y ha rodado entre el polvo su corola!

Esta es la vida, oh Dios! que el hombre necio
Se afana en prolongar sobre la tierra,
 Haciendo vil desprecio
Del alto gozo que tu cielo encierra;
Y el mísero abrumado de fatiga,
Con hiel de llanto la ardua sed mitiga.

Y por cada ilusión que se hace nada
Y que un jirón de nuestro ser se lleva,
 Surca la sien ajada
Del rudo tiempo la fugaz esteva,
Hasta arrojarnos con su bieldo impío
Allá en las trojes del sepulcro frío.

Joven soy; la engañosa de la fama
Sus trompas de oro con afán apresta,
 Y risueña me llama
A subir de la gloria por la cuesta;
Mas del duelo en el valle solitario
La cuesta que me place es el Calvario.

A LA JUVENTUD

COMPOSICION DEDICADA A MI
QUERIDÍSIMO AMIGO J. A.
ECHEVERRÍA.

¡ Hermosa juventud, orgullo y gala
De la tierna y amada Patria mía!
¿ Quién tu grandeza y esplendor iguala?
El ángel de la gloria con el ala
La cuna cobijó de tu alegría.

Como águila naciste en alta cumbre,
Contemplando serena, de hito en hito,
Sin que la audaz pupila te deslumbre,
Los torrentes magníficos de lumbre
Con que el rey astro baña el infinito.

¿ Do existe como tú raza ninguna
De titanes nacida en el regazo?
De los rayos del sol y de la luna
Gigante resguardó tu limpia cuna
La sombra del altivo Chimborazo.

Cual fénix prodigioso tú has nacido
Sobre riscos y grietas de volcanes,
Del voraz Cotopaxi al estampido;
Que el genio, como el cóndor, nunca el nido
Suspende entre aromosos tulipanes.

No al arrullo de fadas ilusorias,
Sino de héroes que ensalza todo el globo

Tu lengua desataron altas glorias,
El himno postrimer de las victorias
De Pichincha, Junín y Carabobo.

¡ Gallarda juventud, con cuánto gozo
Miro que el vuelo prodigioso expandes!
Con brillo cada vez más fulguroso
Te creces como alud que majestuoso
Impele un ventisquero de los Andes.

Con mano infatigable y generosa
Los dones de tu estirpe multiplica:
Mejor que el ramo de fragante rosa,
Sobre tu frente virginal reposa
De lauros bellos la guirnalda rica.

¿ Por qué el viril esfuerzo que acaudalas
No sales a lucir como guerrera?
¡ Oh! dame contemplarte, airosa Palas,
De un héroe embellecida con las galas,
Con fuerte escudo y fúlgida cimera!

El lauro de victoria te enguirnalde
En medio de la cruda, ardiente liza;
Vestida de tisú, con manto jalde,
Al orbe manifiestes que no en balde
La frente juvenil al orbe hechiza.

Para tí de la ciencia en el palacio
Riqueza nunca vista se atesora;
Las puertas de zafir te abre el espacio;
Las estrellas te bridan su topacio,
Y su trono de nácares la aurora.

¡ Oh! deja, juventud, la muelle falda
Que la sirena del placer te brinda;
El néctar del festín al genio escalda;

La corona de perlas y esmeralda
Con el casco del héroe no avecinda.

Ya es tiempo juventud: al mundo muestra
Que sangre de héroes en tus venas arde;
Palmo a palmo luchando en la palestra,
Arranque la corona tu alta diestra,
Luego, luego, mañana será tarde.

Entonces, juventud hermosa, entonces
Te cantará la Fama en vario tono
Con las sonoras lenguas de sus bronces,
Y, abriendo el porvenir sus duros gonces,
Subirás de la gloria al arduo trono.

ILUSIONES

Ilusiones hechiceras,
Como a mentidas quimeras
Os detesto:
No me halaguéis engañosas,
Idos, idos, mentirosas,
Idos presto.

Cercan al niño querubes,
Y le presentan las nubes
Blando armiño;
Mas si adelanta unos pasos,
Las nubes se hacen pedazos.....
¡ Pobre niño !

El que es joven, desalado
Busca el lauro ambicionado
De la gloria;

Más, si reflexiona un poco,
Advierte que ha andado loco,
Tras la escoria.

Linda es la copa, muy linda
En la que el mundo nos brinda
Miel impura;
Mas, ah! que en la copa de oro
Algo más que hiel y lloro
No se apura.

El amor es sensitiva;
No la toquéis, porque esquiva
Rueda y muere;
Y su magia y embeleso
Se evapora al primer beso
Que la hiere.

Así entre duelos y engaños
Van ajustando los años
La partida;
Y se nos marca una arruga
Por cada ilusión que fuga
Fementida!

Rueda el cabello en pavesa,
Y se forma en la cabeza
Un desierto:
Cada cana es flor que nace
Sobre un sepulcro do yace
Algo muerto.

En el pecho sepultado
El corazón seco, helado
Se hace trizas;
Y a la dura y yerta fosa
No se regala otra cosa
Que cenizas.



Púrpura, cetro y corona
A la entrada se abandona
De la tumba;
En su negro horrible hueco,
Del festín alegre el eco
No retumba.

Ilusiones nacaradas,
No me unjáis con las pomadas
De beleño;
No quiero yo que la muerte
Venga quedo y me despierte
De tal sueño.

Más, ah! necesidad sin nombre!
Cuándo mira en esto el hombre,
Cuándo, cuándo?
Entre locas vanidades,
Los pueblos y las edades
Van pasando.

Y, ¿qué es el mundo, y, qué es todo?
Ay! qué ha de ser sino lodo
Fugitivo!
Alma mía, te avergüenzas?.....
Razón tienes, cuando piensas
Cómo vivo.

ALERTA! PATRIA MIA (*)

Es tiempo ya; levántate, despierta,
Ecuador, Patria mía, ante el ejemplo
Con que tanta nación herida o muerta
Te aconsejan seguir la senda cierta
Que de gloria y ventura guía al templo.

Un terrible espectáculo se admira,
Allá, tras de los mares, allá lejos:
A un gigantesco mundo cuál expira
Entre las llamas de espantosa pira
Que proyecta terríficos reflejos.

¿No escuchas en el aire cómo zumba
Un confuso alarido y alboroto?
Es un mundo que baja hacia la tumba,
Es la Europa infeliz que se derrumba
Sacudida de horrible terremoto.

Ve volar encendidos por los vientos
Tanta hermosa ciudad, tantos palacios,
Y entre ayes clamorosos y lamentos,
Volcarse los castillos de cimientos
Inundando de polvo los espacios.

(*) Esta composición fue escrita en 1876; desde entonces para acá la impiedad y el radicalismo han devastado de tal modo al Ecuador, que es él actualmente uno de los más convincentes y tristes ejemplos del abismo de ruinas y desolación a que puede llegar un país que se aparta de la verdadera fe,

Contempla más allá ¡ cuadro espantoso !
Es el campo infernal de una batalla:
Entre el humo apiñado, la metralla
Relumbra cual relámpago horroroso,
Y al herido clarín el trueno acalla.

Abrumadas de cieno y de fatigas,
Entre charcos de sangre desbandadas
Se abaten las dos huestes enemigas,
Cual de extenso trigal febles espigas
Por bravos huracanes empujadas.

Todo es miseria, confusión y espanto,
El ánimo se enluta y se contrista;
Es imposible contener el llanto,
Es imposible no apartar la vista
De esa lúgubre escena de quebranto.

Ay! ese mundo idólatra del vicio,
Que agoniza en el potro de la afrenta,
El baldón se merece y el suplicio;
En la balanza del eterno juicio,
Pesado el crimen excedió a su cuenta.

Ese mundo orgulloso, con locura
Pisó la santa Cruz, excelso emblema
De contento, de paz, gloria y ventura;
Y necio desató contra la altura
La lengua vil, impúdica y blasfema.

Oh, Patria! te conturbas?... ¿ Te anonada,
Te horroriza y confunde ese castigo
En que yace la Europa desmayada?
Ay! que la diestra del Señor contigo
No quiera levantarse nunca airada.

Jamás, jamás ¡oh virgen pudibunda!
Aje tu cuello de jazmín y nieve,
Esa oprobiosa y bárbara coyunda
Que impone la impiedad, tirana inmunda,
A los pueblos del siglo diez y nueve.

¿No ves cómo en tu trono codiciosa
Se allega turba vil como odio insano?
Pretenden arrancarte de la mano
La joya más espléndida y valiosa
Que te legó Colón el sobrehumano.

Si probar tu valor al cielo plugo,
Que venga el hacha del feroz verdugo,
Corales brote el nácar de tu cuello,
Mas no vendas del héroe el blasón bello
Del apóstata infame por el yugo.

En tu púdica sien entrelazados
Azucena olorosa y blanco lirio
Esperan los claveles encarnados,
Que no bordan el musgo de los prados
Sino la ardiente arena del martirio.

¡Abrazate a la cruz, Patria querida!
Del cristiano a la enseña bendecida;
¡Abrazate a la cruz, con lazo estrecho,
Abrazate al seguro de la vida,
O clávala magnánima en tu pecho!

LA CRUZ Y LA AMERICA

¡Oh' excelsa y santa Cruz! yo te saludo:
Del genio y la virtud blasón hermoso,
Y del cristiano pecho férreo escudo,
Jamás mi mente pudo
Contemplarte, sin plácido alborozo.

Bello emblema de paz y bienandanza,
Antorcha refulgente de la historia;
El humano, sin tí, dicha no alcanza,
Es vana la esperanza,
Y es dorada ilusión hasta la gloria.

Tú engendraste a la vida al Nuevo Mundo,
Quebrantando los lazos de la muerte;
El es un hijo de tu amor fecundo;
Del piélago profundo,
Es perla que arrancó tu brazo fuerte.

Entre las hondas de la mar bravía,
En blando lecho de rizada espuma,
América la hermosa se dormía,
Cercada de ambrosía,
Bajo las gasas de la nivea bruma.

Como yace una virgen encantada
Con copa engañadora de beleño,
En el regazo seductor de una hada,
La América ignorada,
Vivió en profundo, dilatado sueño.

De la Cruz a los vívidos fulgores,
La virgen despertó con desencanto,
Sobre su lecho de variadas flores,
 Vestida de primores,
Ceñida con guirnaldas de amaranto.

A los primeros tintes de la aurora,
Qué lánguida se alzaba en el oriente,
Una grata visión deslumbradora
 La bella soñadora
Contempló despertada, de repente.

Brillaban todavía las estrellas,
Y un disco de grandioso reverbero
Con su lumbre afrentando a las más bellas,
 Surgió del mar, tras ellas,
Como esplendente, matinal lucero.

Era la Cruz radiosa, sin mancilla,
Que a las playas de América llegaba:
Colón, hincando humilde la rodilla,
 El pendón de Castilla,
Con la sagrada enseña tremolaba.

¡Oh, América! refiere tu embeleso
Y tu éxtasis de amor, en aquel día,
Al sentir en tu casta frente impreso
 De la Cruz santa un beso
Henchido de ternura y alegría.

Adán no despertó más dulcemente
Del sueño que durmió, por vez primera,
Al beso cariñoso, puro, ardiente.

 Que sellara en su frente
La amante esposa que el Señor le diera.

En los bosques, entonces, aroma intenso
Espanció toda flor como incensario,
Y las aves en medio de este incienso,

En coro dulce inmenso,
Saludaron la enseña del Calvario.

Del humilde salvaje en la cabaña
El Angel se posó de la armonía,
Y depuesto el odio y la vil saña,
Concordia y paz extraña
A todos con celeste lazo unía.

¡ Oh excelsa y santa Cruz ! por qué misterio
Tu sombra sola al corazón hechiza ?
Qué mágico poder tienes, qué imperio,
Que todo un hemisferio
A tu tierna mirada se electriza ?

Tu poder ya comprendo: eres emblema;
De celeste y dulcísimo consuelo;
Y en el valle de luto y anatema
Anuncias un poema,
Que ha de acabar en nuestra patria, el cielo.

Y el magnífico Mundo adolescente
Que iba a ser oprimido por mil penas,
Te estrechó contra el seno, tiernamente,
Como a amiga inocente
Venida a consolarle en sus cadenas.

¡ Oh ! nunca olvides a tu fiel amiga,
América la hermosa, la galana;
En tu pecho la fe celeste abrigo,
Y que jamás desdiga
De tu hermosa niñez, tu edad lozana.

La Cruz, la santa Cruz en arduas lides
Victoria te dará, paz y progreso,
Si de ella el justo amor nunca divides;
Jamás, jamás olvides
Que despertaste de la Cruz al beso.

UNA GANANCIA ES MORIR

Mihi mori lucrum

SAN PABLO.

¡Ay, la vida! ¿Qué es la vida?

Chispa oculta entre pavesa,
Relámpago que atraviesa
Tempestad enfurecida.

¡Ay la vida!

Es mal que cura la muerte;
Negra cárcel que, al morir,
Logra el prisionero abrir:
De tal suerte

Que una ganancia es morir.

Dejar espinas y abrojos

Para ceñirse de estrellas,
Secar del llanto las huellas
Y clavar en Dios los ojos;

Ay! los ojos

Que han visto el mundo funesto:
Eso es dicha que el que muere
A gloria y cetro prefiere;

Y es por esto

Que gana mucho el que muere.

¿Qué son los placeres? Humo.

¿Qué, la hermosura? Ceniza,

Que en el sepulcro se pisa,
Cuanto en la tierra hay de sumo,

Todo es humo:

Plata y seda, todo, todo!...
Da manera que se gana
Muriendo en edad temprana;
De tal modo
Que sólo el que muere gana.

¿Por qué tan ruda ansiedad,
Tanto afán, tanta locura,
En ir tras lo que no dura,
En buscar la vanidad?

¡Vanidad!
Que duelos mil atesora.
Sólo el necio su ganancia
Busca en la tierra con ansia,
Porque ignora
Que es la muerte una ganancia.

Vivamos, pues, a manera
Del cautivo en calabozo,
Que, ajeno de risa y gozo,
Libertad cercana espera;
De manera,
Que pongamos todo anhelo
En la gloria de morir,
Sin cansarnos de decir
Viendo al cielo:
Nuestra ganancia es morir.

EL PRIMER AMOR

EPITALAMIO

¡ Afuera, de rodillas, serafines,
Velad en dulce espera!
Deshojad las magnolias, los jazmines,
Mas deshojadlos fuera!

Agitad llameante el incensario,
Alzad himno sonoro;
Mas cobijad, os ruego, este santuario
Con una nube de oro!

Al templo de los místicos amores
No entréis, oh, Serafines;
Derramad, eso sí, fragantes flores
En todos sus confines!

¡Cómo tiembla de miedo, cuál se agita
De gozo el alma toda,
Cuando en la noche plácida medita
el día de la boda!

Ah! cómo le he de dar abrazo estrecho
Y un beso perfumado,
Y le he de aprisionar dentro mi pecho
A mi divino Amado!

Cuando venga mi Amado, Serafines,
Con él dejadme a solas,
Y afuera deshojad vuestros jazmines
Y lirios y amapolas.

EL DESPOSORIO O UNA PRIMERA COMUNION

“¡ Silencio! de rodillas! reverente,
Ardiendo en amor pío:
Puesta en el polvo la orgullosa frente:
Así, corazón mío!

Un instante no más, silencio, calma,
Corazón, te demando;
Sí, mientras una oración eleva el alma,
Te ruego, te lo mando.

¿ Ves aquella urna de coral preciosa
Que al rosicler insulta?
Oh! sabe que es un templo aquella rosa,
Y en ella Dios se oculta.

¿ Percibes el aroma que se exhala
Del centro del santuario?
¿ No ves al serafín que bajo el ala
Agita el incensario?

¿ No te admira ese templo tapizado
De rojo terciopelo?
En ese puro altar es adorado
El mismo Dios del cielo.

¿ Centemplas ese bando de querubas
Que llena el laberinto?
Corazón, corazón, ¿ por qué no subes
A ese excelso recinto?

Bendecido mil veces el que adora
A su Dios donde quiera,
En la flor, en la nube y en la aurora,
El cielo y la pradera.

Voime a morir si tarda una sola hora
El Bien por que me agito;
Enferma estoy de amores, me devora
La sed de lo infinito.

Del cáliz de marfil de la azucena
Le he de labrar un lecho,
Y en él le he de adorar, ya toda llena
De dulce amor el pecho.

Le he de adorar con lágrimas, callada:
Ay! El lo sabe todo;
Que soy mísera sabe que soy nada,
Que soy ceniza y lodo.

Que por El despreciara a todo el globo,
Que de ello estoy bien cierta;
Que entre sus brazos, en final arrobo,
Quedarme anhelo muerta.

Ah! libreme por fin de aqueste mundo;
Que la vida es martirio,
Y en este valle de dolor profundo,
La espina mata al lirio!".....

¿Pensaréis que esta niña enamorada
Contaba unos quince años,
Lo que es bastante para estar cansada
De tristes desengaños?

¿Que en la mañana hermosa de la vida
Soñaba ya en amores,
Y daba que decir la fermentada
A las candidas flores?

Ay! quien hablaba así llena de gozo,
De suave amor primero,
Ignoraba del mundo el alborozo
Y el gemir lastimero.

Jamás había probado la amargura
De rudos desengaños:
Era una niña candorosa y pura,
Y niña de siete años.

Vestida como un ángel esperaba
Su primer desposorio;
Y lágrimas dulcísimas lloraba
Ante un comulgatorio.

Y al recibir el matutino beso
De la Hostia sacrosanta,
La niña, del amor en el exceso,
Murió como una santa.

EN VISPERAS DEL CALVARIO

FRAGMENTO

¡Jerusalén, Jerusalén, la hermosa,
Tú, la reina afamada del Oriente,
La joya del desierto, que la frente
Alzas radiante cual purpúrea rosa,
Y te embriagas con sangre de profetas!
¿Por qué ahora con afán inusitado
Te revuelves, te inquietas
Cual virgen con la cita del amado?

El ancho altivo muro
Coronan de Salén las hijas bellas,
Y en pláticas sabrosas y querellas

Y, en el mirar ansioso, no seguro,
Hablan de un algo que se saben ellas.
El aire de perfumes y canciones
Poblando, se, desborda
Por la puerta de Ofel, a borbotones,
Muchedumbre agitada, en grita sorda;
Y luego en ancha calle
Se extiende en espirales por el valle
El suelo alfombran la plateada oliva,
El sonante abanico de la palma,
Y el clavel encendido en lumbré viva:
Todo en el pueblo anuncia, y todo aviva
Un intenso placer, placer del alma.

Cual luce entré las nubes de la aurora
Matutino lucero,
Jesús, entre la turba que le adora,
Camina sobre un asno, caballero,
Y al mirar a Salén, suspira y llora.
Y cuál le tiende el manto,
Y cuál con bullicioso regocijo,
Exclama en dulce canto:
"¡Hosanna! Hosanna de David al Hijo!"

Las madres envidiosas
Giran en torno la mirada inquieta,
Y se preguntan entre sí curiosas:
¿Habéis visto a la Madre del profeta?
Entre espinas, oh, madres, no entre flores
Id a buscar el lirio solitario:
¿A la Reina buscáis de los Dolores?
Mañana la hallaréis en el Calvario!

Terminada la fiesta
En silencio, después de tanto alarde,
A la mansión de Lázaro modesta
Solo Jesús se regresó de tarde,

El torpe escriba, el torvo fariseo,
En la fiebre voraz de astuta envidia
Los negros hilos de la vil perfidia
Tramaban contra el Justo Galileo.

Y la Madre envidiada
A todo regocijo y gloria ajena,
Desconocida, pobre y olvidada,
Buscaba un hospedaje en la morada
De Marta y Magdalena.
Para el dolor nacida,
Ni el nombre sabe de la humana gloria:
El llanto y la orfandad forman la historia,
La breve historia de su hermosa vida.
El mundo la miró con fiera saña,
Y para ella es el mundo tierra extraña:
Y es ella cual viajera golondrina,
Extranjera doquier y peregrina.
¿Ni qué a la Virgen el humano lodo,
Ni pompa vil, ni loco regocijo?
Huérfana y pobre sólo tiene a su Hijo,
Y el Hijo es su riqueza y gloria y todo.
Un ignoto pesar ella presente,
Parece que lo ignora,
Y sin saber por qué suspira y llora.
Como el púdico rayo de la luna
Al valle niega su primera lumbre,
Mientras que besa la enriscada cumbre,
Y de ésta a aquella salta, una por una;
Así la pena que el futuro esconde,
Primero al corazón aflige grave;
Contúrbase el espíritu y no sabe
Por qué el pesar le embiste, ni por dónde.

Por calmar su recóndita amargura
Sale al campo María,
Llora, y al llorar la Virgen pura

Llora la tarde, y se oscurece el día.
Cuajado en perlas el virgíneo lloro
Recoge el ángel en un cáliz de oro,
Y al despertar la pálida azucena
Disputa con el ángel su tesoro.
Y de topacios la corola llena.
Si alza la Virgen su mirada al cielo
Allí brotan estrellas;
Donde se imprimen sus sagradas huellas
Nacen lirios, envidia del Carmelo.
Y florecen las viñas,
La Virgen al pasar por las campiñas;
Y esparce el cinamomo rico aroma,
Reverdece lozana la pradera,
Y pudibunda la granada asoma,
Y todo es luz y encanto y primavera.

A NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE

EN EL

SEGUNDO CENTENARIO

DE SU APARICION

¿Y he de cantarte, hermosa Madre mía,
Dueño del corazón, Reina del alma?...
¿Podré cantarte, celestial María,
En noche de dolor y sin la calma
Que exigen los cantares de alegría?
¿Cuando de guerra asoladora el luto
Silencio nos demanda por tributo
Y homenaje a la Patria en agonía?...
Pero el amor no calla, no consiente,

Virgen Santa, olvidar aquella tarde,
En que amable sin par y peregrina,
Radiante apareciste en nuestro cielo
Cual la bíblica Nube del Carmelo.

Reina eres de piedad, Madre divina,
Eres fuente de gozo y de consuelo;
A tus plantas de hinojos
Nos postramos humildes; nuevamente
Dígnate aparecer a nuestros ojos
Como aurora de paz en el oriente.

* * *

Era el glacial diciembre: del Pichincha,
La inaccesible y enriscada cumbre
Bañada en resplandores semejava
El trono de la luz; la pesadumbre
De la escueta montaña, donde se hincha
La tempestad furiosa, donde se arde
Volcánico fulgor, ora ostentaba
Los rosados cambiantes de la lumbre
Tranquila de la tarde.
El fatigado sol hacia el ocaso
La carroza guiaba, de centellas
Tachonando las huellas
Que en la azulada esfera deja al paso.
Del Ande majestuoso en el regazo
La adolescente Quito se adormía;
Más de pronto despierta
A las notas del dulce Ave María,
Cual los guerreros por la voz de alerta,
El cantar escuchó con que en la diaria
Ferviente procesión, multitud pía
Elevaba al Eterno, por plegaria
Entretejiendo el ramillete vario
De rosa, de azucena y trinitaria
De las célicas preces del Rosario.

En ondas de armonía
Que de júbilo inundan los espacios,
Las voces del melífero Ave María
Aljófares derraman y topacios;
Se enciende el sol en vivos resplandores,
Aparecen del iris las guirnaldas,
De los campestres montes a las faldas
Desabrochan el cáliz nuevas flores.
La casta, extasiadora melodía
Del santo Ave María
Conmueve a todo el orbe,
De rodillas le postra, le arrebatada
En impetuosa y rauda catarata
De gozo divinal: todo lo absorbe
Aquel de la oración divino beso
Que al corazón le encumbra y le dilata
De ardiente caridad en el exceso.

* * *

Al cantar melodioso
Levanta el cielo las fulgentes puertas;
En escuadrón airoso
Asoman, tras las gasas entreabiertas
De la mansión del gozo,
Innúmeros, bellísimos querubes;
Suelta la blonda cabellera al viento
Pueblan el firmamento
En grupos vagarosos como nubes;
Y uniendo el puro celestial acento
Con las terrestres voces,
En canción alternada,
Ensalzan a la Virgen, coro a coro,
Entre el tañer de cítara argentada
Y el flébil trino de las harpas de oro.

No bien preludia el cántico celeste,
Fulgente brilla entre el celaje pardo

El Arcángel Gabriel, que majestuoso
Ciñe de nácar estrellada veste
Y esparce en torno aromas cual de nardo;
Llegando a la felice
Muchedumbre de espíritus alada
Con grata voz les dice:
"Vosotros del Señor la santa armada,
El victorioso ejército del cielo,
¿No contempláis el duelo
En que yace la tierra?
El drágón infernal la mueve a guerra
Con ímpetu terrible, furibundo;
A la engañada Europa
Embriaga con la copa
De falsa libertad y goce inmundo;
El cisma de Lutero,
Armado de poder, con saña impía,
Abate los altares de María,
Y amenaza inundar al mundo entero.
De la alma Virgen ya la faz no alegra
Las regiones que al ártico avecinan;
El vicio y el error viles, protervos,
En tempestad se hacinan,
Y extienden por do quier el ala negra
Como bandada lúgubre de cuervos.
Ah! que el infierno todo
Sumerge ya la terrenal esfera
Entre torrentes pútridos de lodo!
Volvamos al combate, hagamos frente
De la rabia infernal a los extremos.
Angeles del Señor, decid: ¿qué haremos
Para humillar ese envidioso encono
De la antigua Serpiente?"

"En la mitad del nuevo continente
Grandioso y bello trono
A la Madre de Dios levantaremos.

No en el oscuro bronce, ni en la piedra
Que vil olvido enlutará con yedra;
No con pincel humano, ni en el lienzo:
Del firmamente en el azul inmenso
Pondremos una imagen de María,
Con primor esculpida sin segundo,
Al resplandor del día,
Dándole por peana al Nuevo Mundo“.

* * *

Las preces alternadas del Rosario
Que salmodiaba Quito,
En alas de los Angeles llevadas
Alzábanse en oleadas
Como esas que levanta el incensario.
Mientras el canto vibra, de repente
Una rara Visión fascinadora
Aparece flotante, a la misma hora,
Entre el níveo celaje del oriente;
Derrama en torno dulces resplandores
Como lluvia de flores,
De esas que esparce el carro de la aurora.
Una Virgen de fúlgido alabastro
Esculpida en hermosa y blanca nube
Procera se alza, y sube
Esplendente, radiosa como un astro.
De regio porte, de actitud serena,
Ciñe la imagen imperial corona,
Por cetro ostenta un ramo de azucena,
La izquierda mano púdica eslabona
Con los abrazos del Divino Niño;
Le cubre por la espalda
En anchos pliegues majestuoso manto,
Velando en copos nítidos de armiño
El talle esbelto y la ondulante falda.
Las plantas virginales

De la Visión celeste y peregrina
Descansan en los cándidos cendales
De una densa neblina.
¡Cuánto dieran las rosas,
Cuánto, las frescas perfumadas dalias,
Por besar esas plantas pudorosas
Y estrecharlas a modo de sandalias;
Entonces cuán gustosas
Ofrendaran del cáliz esas perlas
Con que el alba acostumbra enriquecerlas.

A los fulgores que destella grandes
La célica Visión en las alturas,
Póstrase humilde, de rodillas, Quito;
La cerviz de granito
Doblan las altas cumbres de los Andes;
El gallardo Cayambe se somnueve,
Yergue la faz ufana
El plateado y fantástico Antisana,
Y extiende las alfombras de la nieve
Ante esas plantas bellas
Que se calzan de soles y de estrellas.

* * *

¡Reina del cielo, amada Madre nuestra,
Que en esta tierra triste
Como radiante nube apareciste,
Amparando a este pueblo con tu diestra:
Luce ahora tu poder, tu amor demuestra
Salvando al pueblo tuyo que elegiste.
En tu amplio corazón no cabe olvido,
¿Y, no ve, Madre amada,
Esa tu activa, maternal mirada
Cuál, tu pueblo escogido,
Sobre sangre y cenizas clama herido?
¿Desdeñará, Señora,

Tu pronta siempre y compasiva mano
A un pueblo que te implora,
A un pueblo tuyo, el pueblo ecuatoriano?
Ah! la nación que ayer se proclamaba
Amante fiel, discípula de tu Hijo,
Hoy del error la envilecida esclava
Ante el mundo aparece.
¿Y lo sufre tu amor? ¿Tu afán prolijo
Al mirarlo no gime, no padece?
¡ Peregrina Paloma de los cielos,
Aquí donde el condor el vuelo expande,
Entre las cumbres nítidas del Ande,
Con tierna dilección has escogido
Lugar para tu nido;
La herencia tuya somos, tus polluelos;
A tu sombra acudimos por amparo:
¿Nos negarás tu amor y tus desvelos?
El buitre no abandona el nido caro,
Ni a la tímida prole que le aguarda
Buscando el ala amante que le encube:
¿Tu tierno corazón, dulce María,
Podrá olvidar al pueblo que en tí fía?...
¿ Sé Madre nuestra, oh, Virgen de la Nube!

LA AZUCENA

Sobre el verde tallo airosa
Se ostentaba una azucena,
De hechizos, de encantos llena,
Llena de gracia y beldad.

Mas ay! apenas dos tardes
Vivió fragante y galana,
Y a la tercera mañana
Seca en el polvo cayó.

Que al contacto de las auras
Eshalaba un dulce ambiente,
Cual perfume del Oriente
En el harén de un Sultán.

Fué porque, vana y lijera,
No resistió pudorosa,
De plateada mariposa
A la seducción infiel.

El cristalino rocío
Que del cielo descendía
Su níveo cáliz henchía
Transformado en dulce miel.

Por eso perdió su dicha,
Perdió su antigua hermosura
Su fragancia, su frescura,
Sus encantos y su ser.

Y viendo las flores todas
Gracias tantas y tan bellas,
La eligieron reina de ellas,
Soberana del vergel.

Tal las hechiceras dotes
Al virgíneo pudor dadas
Mueren todas agostadas
Por la necia vanidad.

El lucero matutino,
Al salir por el oriente,
Reflejaba con su alba frente
Rayos mil de puro albor

¡ Primorosas azucenas
De los azuayos pensiles,
Nunca en los mimos pueriles
De la seducción creáis!

LA INSPIRACION

¡ Soplo divino, inspiración sublime
Que transformas al hombre en otro ser
Y le elevas del valle donde jime
A encantadas regiones de placer !

Como al fiat de Dios, omnipotente,
Espléndida brotó la creación,
Así brotan mil mundos en la mente
Que tu calor fecunda, inspiración.

Unas veces terrible y tormentosa,
Cual aliento de negra tempestad,
La convulsión produce que penosa
Sintió la Pitonisa en otra edad.

Entonces, del Sinaí en la trompeta,
Lanzar quisiera el vate horrendo son,
O, en bíblico lenguaje de profeta,
La muerte presagiar su destrucción.

Otras dulces y suave cual la brisa
Que se aduerme en el cáliz de la flor,
Al bardo infundes celestial sonrisa.
Y el idioma le das del ruiseñor.

Y, el albo velo del Edén rasgando,
Le conduces al coro angelical,
Donde, en su lira de marfil cantando,
Alterna en el hosanna celestial.

Ya le llevas en nube de metralla
Allí do suena el bélico clarín
Y le erijes en dios de la batalla,
Como el cantor ilustre de Junin.

Ya, más allá del tiempo y del espacio,
Le muestras al fulgente resplandor
Del trono de diamante y de topacio
Que levantan los astros al Señor.

Pero, a veces con mano temblorosa,
Derramas en el pecho amarga hiel,
Que roe las entrañas, ponzoñosa,
Y el corazón del bardo mata cruel.

¡ Rasga entonces airado sus vestidos
Y prorrumpe en horrenda imprecación,
Lanzando, como Job, tristes jemidos
De despecho, quizá, de maldición!

Mas le llevas a mágicos jardines
Do, el balsámico ambiente al percibir
De azucenas, claveles y jazmines,
Su muerto corazón vuelve a latir.

¡ Inspiración divina, no el acento
Me des del que, feliz, puede cantar.
Dame de Jeremías el lamento;
Mi numen es el dolor: quiero llorar!

UN ADIOS

Pálido el rostro, la mirada triste,
Camina un hombre por un campo erial;
Descalzo marcha, pues, humilde viste
De rústico sayal.

Un campanario se divisa lejos,
Entre un tupido bosque de zafir,
Dorado por los últimos reflejos
Del sol que va a morir.

Allí el silencio más solemne mora;
Si canta el ave, canta rara vez;
Sólo la brisa mueve gemidora
Las ramas del ciprés.

De la campana se difunde lento
Gimiendo el triste prolongado son,
Que a lejanas regiones lleva el viento,
Cual voz de la oración.

Llegado el hombre junto a un pardo muro
Lágrimas surcan su sombría faz:
El choque entre el pasado y el futuro,
Aún túrbale tenaz.

De pie, por fin, sobre elevada roca,
Vúelvese y dice: "¡Para siempre adiós!
Adiós, oh mundo, mi existencia loca
No más te siga en pos!"

“En tu servicio dimidié la vida,
En él se marchitó mi juventud,
Por él mi fama lamenté perdida,
Mi honor y mi virtud”.

En cambio, tú, de tantos sacrificios,
Sin medida brindáste me el pesar,
Y en la dorada copa de los vicios
Hiel me supiste dar”.

“Ahogóse mi alma, respirando tu humo,
Que el hombre necio llama su placer,
Fuerza es dejarte, que llegó a lo sumo
Mi triste padecer.”

“En busca vengo de este oculto asilo;
Feliz al cabo, me aparté de tí;
Poco me falta; moriré tranquilo,
Hallando paz aquí”.

“A Dios consagro de mi vida el resto;
Que nunca es tarde nos ha dicho Dios:
Rompí tú yugo para para mí funesto;
Mundo falaz, adiós!”

A estas palabras, la mohosa puerta
Abrióse del convento secular;
Devoró al hombre la mansión desierta
Y se volvió a cerrar.

Cuando la luna pareció en oriente
Y el bosque todo con su luz bañó,
Del templo un himno se elevó ferviente,
Que el cielo recibió.

MEDITACION

¿Quién es el Dios omnipotente y sabio?
¿Quién lo define? cuál humano labio
O qué finito ser?

¿Qué son espacio y tiempo a su presencia?
¿Quién sino el mismo su divina esencia
La puede comprender?

Todo lo rige con su sabia diestra
Y su potencia divinal nos muestra
La grata multitud.

De seres tantos que esparció su mano
Fecundando la nada, soberano,
Por sola su virtud.

¿Véis esas moles de rubí y topacio
Surcando ardientes el azul espacio,
Cual coro angelical?

Ah! cuando sopla su furor divino,
Es de polvo flotante torbellino
Que agita el vendabal.

¿Habéis mirado cual los soles todos
Allá en los cielos, de diversos modos,
Derraman su esplendor?

Pues, ante un rayo sólo del Eterno,
En carbones se tornan del averno,
Sin lumbrę ni color.

Calla el concierto musical del orbe,
Terror profundo su canción absorbe,
Dulce canción de paz.

Y los querubes caen temblorosos,
Ocultando en silencio, pudorosos,
Su refulgente faz.

¿Y qué es el universo a su mirada?
Menos que el polvo que pisamos, nada:
Es triste vanidad.

A su palabra sola, ¡aniquilaos!
Otra vez todo tornaráse caos,
Y negra oscuridad.

¿Y qué es el hombre? ¿Qué ha de ser? gusano
Confundido de arena en un vil grano
Que casi no se ve.

Su vida dura lo que dura el día:
Apenas nace, ya la muerte impía
Le huella con su pie.

Nadie en él fija compasivos ojos,
Aún los insectos cáusanle sonrojos,
Con rabia y con furor.

El fuerte brazo del Eterno mismo,
Arrojóle por siempre en un abismo
De llanto y de dolor.

Mas, ¡oh prodigio de maldad no vista!
Osó ésta débil diminuta artista,
Contra su Dios pecar.

Y luego con sacrílega locura,
Su ley excelsa, sacrosanta y pura
Lanzóse a desgarrar.

Yo soy este hombre. ¡ Dios omnipotente!
El sello de un infame delincuente,
Llevando voy doquier.

Mas Tú el excelso Dios, que el firmamento,
Pudieras desquiciar de su cimiento,
Con sólo tu querer.

¿Cómo por tanto, Majestad, me atrevo,
A hablarte? ¡Cómo mi oración te elevo,
Despreciable reptil!

¿Cómo me sufres, lleno de pecado,
De la nada en el seno sepultado
Cómo no soy por tí?

Mas eres grande, eres sabio y bueno
Pues, descubriendo tu amoroso seno,
Me otorgas tu perdón.

Y, si yo pude cometer la falta,
Al perdonarme, tu poder resalta,
Cual nunca, mi Señor!

EL NOMBRE DE MARIA

ENSAYO DIRIGIDO AL SEÑOR
CARLOS J. CORDOVA.

Yo he visto en las tardes las nubes brumosas
Cubrir tempestuosas
Del cielo el fulgor,
Y en ellas bordarse con bellos colores,
Un iris eluciente, cual arco de flores
Que sobre un abismo se muestra un primor.

Y siempre he creído que entonces escribía
Tu nombre, María,
Algún serafín;

Y siempre en su choza postrarse al abrigo,
Rezándote, he visto, gozoso, al mendigo,
Que el iris miraba del cielo al confín.

He visto en la noche los astros radiantes,
Que cruzan errantes,
En gran multitud.

Tal vez hay un coro de vírgenes bellas,
Que alegres, tejiendo guirnaldas de estrellas,
Tu nombre dibujan con rara virtud.

¿Qué se si por esto, besando a cada una,
La tímida luna
Miramos pasar?

¿Qué sé si por esto, quien fija en los cielos
Sus ojos, recibe mil gratos consuelos
Que curan el pecho que abruma el pesar?

¡Qué bellos se ostentan los prados en Mayo,
al lúcido rayo

Que vierte su sol!

Descubren las flores su cáliz al aire,
Irguiendo sus tallos con gracia y donaire,
Y en tintes superan al mismo arrebol.

Entonces tu nombre, con ricos matices

En muelles tapices,

Pintado se vé;

Por eso aún las peñas y rocas eriales
Descuelgan festones de hermosos rosales,
Que al hombre le dicen: no es vana tu fe.

Saltando entre riscos, resuena agitada,

La limpia cascada

Que cubre un zarzal;

Tu nombre ella canta, tu nombre sagrado
Así como el coro de cisnes harpado,
Que flota en un lago de terso cristal.

De tarde, en las selvas levísimo y blando,

Se escucha vagando

Un dulce rumor:

Tu nombre, Señora murmura la brisa,
Por eso, las flores, con áurea sonrisa,
Sus cuellos inclinan de aquella en redor.

El ángel, pulsando su cítara de oro,

En himno sonoro

Te nombra también;

Aún más ¡oh María! te nombra el Eterno,
Y todos los orbes, a un nombre tan tierno,
Alegres se mecen con leve vaivén.

Tu nombre es más dulce que fruta sabrosa,

Que miel deliciosa

De blando panal:

Ungüento de nardo que esparce el ambiente,
Tu nombre es, María: más, ¡ay! vanamente,
Comparo tu nombre, que a nada es igual.

El náufrago triste te llama a sus solas,
Al ver que las olas
Le bañan la sien;

Tu nombre pronuncian, perdido el viajero,
El huérfano pobre, postrado el guerrero
Y aquel que al cadalso camina también.

Por esto en mis penas, te invoco confiado,
Pues siempre has regado
Tu bálsamo en mí:

Por esto te clamo ¡María, María!...
Oh! nunca he probado mayor alegría!
Oh! nunca en el mundo tal gozo sentí!

ANSIEDAD

Ardiente fuego me devora el alma!
Deseo indefinible, vago, incierto,
Que me quita la paz la dulce calma,
Y me destroza como a seca palma
Batida por el viento del desierto.

Un ansia tengo grande e infinita,
Afán inmenso de abarcarlo todo;
Pero la tierra mísera y finita,
Con cuanto en ella noble y rico habita,
Pequeña me parece, polvo, lodo.

Una insaciable sed tengo de gloria
De ser entre los hombres el primero,

De legar mis recuerdos a la historia,
Y de que resplandezca mi memoria
Cual de la tarde el fúlgido lucero.

Mas pienso luego que la gloria es nada,
Vano rumor que en un desierto zumba,
Flor en un breve día marchitada,
Astro nocturno, cuya luz plateada
Se extingue en el ocaso de la tumba.

Con delirio frenético querría
El cáliz agotar de los placeres,
Y de la danza en medio y de la orgía,
Embriagarme de gozo y alegría,
Cercado en torno de mil bellos seres.

Mas ay! comprendo que el placer no existe,
Que está su copa llena de veneno,
Que la ventura mundanal es triste,
Y que el amor humano se reviste
De un manto terrenal de inmundo cieno.

Quando miro de noche alguna estrella
Que allá, en el firmamento, resplandece,
Cual de la eterna lumbre chispa bella
Y cómo, a veces, su fulgor destella
Tanto, que a sus hermanas oscurece;

Volar hacia ella rápido quisiera,
Pisar los globos de rubí y topacio,
Al Genio contemplar que en lo alto impera,
Y ver cómo, crujiendo por la esfera
Surcan aquellas moles el espacio.

Mas, ay de mí! que el cielo está distante
Y presa yace mi alma en la materia:
Ofúscame esa lumbre rutilante;

Débil arista soy que vaga errante,
Sumida de la tierra en la miseria.

¿Qué es esto?, qué! por un fatal sarcasmo
Habré en el valle del dolor nacido?
Tal vez me encuentro presa de un marasmo
Y en medio del suplicio me entusiasmo,
Y al despertarme, triste, me hallo herido?

¡Un átomo de polvo soy acaso,
Por un soplo impelido que yo ignoro!
Tal vez de un mundo desprendido al paso,
A este planeta del dolor me abrazo,
Mientras danza del orbe en el gran coro!

Ah! no, alma mía, calme ya tu anhelo,
Hay un ser portentoso a quien olvidas:
Tras de ese inmenso, azul y limpio velo,
Se asienta el trono del Señor del cielo:
Junto a él tus ansias quedarán cumplidas.

A CUBA

(Antes de su Independencia)

Sirena hermosa del Nuevo Mundo,
Sobre las ondas del mar profundo,
De mil Nereidas cercada, brillas;
Cual soberana de las Antillas,
Alzando el cetro de la beldad.

Aun más que Chipre, tú eres hermosa
Y cual su bella, radiante diosa,
Nacer te miro, sobre la espuma,
Como en un lecho de blanda pluma
Que apenas riza la tempestad.

Tú te sustentas sobre la espalda
De los delfines, cual esmeralda
Que, desprendida, bajaste al suelo,
De entre las galas del azul velo
Que ante su trono tendiera Dios.

Bajo la sombra de tus palmares,
A los murmurios de tus mares,
Entre el aroma de tus florestas,
Sobre las ondas, bella, te acuestas,
De un mundo hermoso vagando en pos.

En tí agotara naturaleza
El gran tesoro de su riqueza:
Aves canoras, limpios raudales,
Preciosas flores y los panales
Que dan tus cañas, de dulce miel.

Tus bellas hijas cantan en coro,
Con armoniosa citara de oro,
El navegante, desde la aurora,
A tí dirige la rauda prora,
De su arrogante, rico bajel.

Mas, ¿de qué sirve tanta hermosura,
Oh regia virgen!..... si en la amargura
Lloras, perdidos cetro y corona,
Y tu verdugo cruel te abandona,
Entre los hierros de la prisión?

Tanta riqueza, mísera esclava,
¿De qué te importa, si todo acaba
Por ser la presa de avaro dueño,
Que rudo siempre te muestra el ceño
Y aún sus caricias son tu baldón?

Las odaliscas de los sultanes
Cercadas viven de tulipanes,

De mil naranjos bajo la sombra:
De terciopelo la inuelle alfombra
Tan sólo huellan sus lindos pies.

Pero aunque reinas, nobles y altivas,
Lloran al verse tristes cautivas,
Cual bellos cisnes, pero sin alas;
Pues sus amores, riqueza y galas
Todo es de un dueño, que odian tal vez.

Mas ya parece lucir el día
En que, venciendo la tiranía
Libre te mires de tus cadenas:
Mientras te corra sangre en las venas
Proclama invicta tu libertad!

Antes la muerte del libre y bravo
Que la existencia vil del esclavo!
Más de Palmira los tristes restos
Son venerados, que esos enhiestos
Arcos de Tito, cruel vanidad!

Harto comprendes que dulces sonos
Nunca destrozan férreas prisiones;
Estas se rompen en la batalla,
Al fuego ardiente de la metralla,
De mil combates en el crisol.

Menguados! gocen con su delirio
Fieros verdugos de tu martirio,
Necios, ignoran sus frutos bellos:
Valientes héroes cuyos destellos
De gloria igualan en luz al sol.

¿Y quién ignora tu horóica lucha?
Quién conmovido tu voz no escucha?
Quién no te mira batirte sola,
Y al mundo todo mostrar la aureola
Que en la sien brilla del adalid?

Mas ay! qué ha sido de tus hermanos,
Los victoriosos americanos?
Por qué te dejan sola en la liza?
No eres la hermosa que los hechiza?
Acaso temen el ardua lid?

Ah! que no quede sombra ni resto
De aquel infame lazo funesto
Que aun mundo todo, con ruda mano,
Bárbara y torpe, puso el hispano,
Bañando en sangre la humanidad.

Entonce a tierras las más remotas,
El viento lleve las dulces notas,
De un himno santo, de un eco solo,
Que alegre exclame de polo a polo:
¡Viva de Cuba la libertad!

EL PROSCRITO DE LOS SIGLOS

¡Misterio de terror! La humana gente
Aprueba la virtud y la desprecia!
Reprueba el crimen, y, ¡oh, conducta necia!
Hasta el polvo bajando el alta frente,
Como a un dios le venera reverente!
Un déspota es el crimen, y su imperio
De norte a sur abarca un hemisferio.

Es dulce la virtud,
El contento y la paz forman su trono,
Mas detestan los hombres con encono
Su plácida quietud!

Ante la faz fulgente de la aurora,
Recoge la tiniebla el negro manto;

Ante el águila, vuela con espanto
El mochuelo, que en tristes peñas mora;
La tempestad el ala aterradora
Pliega ante el iris de fulgor divino;
Su punta inclina el punzador espino,
Humilde, ante la flor:
Y ante el justo bajado de la altura,
Ante su bella faz y su dulzura,
¡Se irrita el pecador!

Al despertar el mundo a la existencia,
Dos aras al Señor se levantaron;
Las víctimas en ambas se inmolaron,
De bellas flores entre pura esencia:
Mas de Dios fué acogida en la presencia,
Solo el ara de Abel; la de su hermano,
Fué fabricada por rencor insano;
Pues, rudo pensaba él:
Si ante el Señor mi hermano ha sido justo
Su muerte exigen mi placer y gusto,
¡Y luego murió Abel!

“Corta es la vida, su dulzura es breve,
Cifémonos de rosas y jazmines,
Y en danzas apuremos y festines
De sabroso licor la copa leve;
Que no exista placer que no se pruebe;
El amor nos embriague con su beso;
¡Doquiera reinen dicha y embeleso,
Que ya lanzado fué
El justo que aquel ara necio traza“.
Tal de Caín decía la cruel raza,
Y el necio era Noé!

“¡Jerusalén, Jerusalén hermosa!
De Cannam y el desierto soberana,
Que te ostentas con púrpura y con grana

Y aspiras los perfumes de la rosa;
Te eligió Jehová por su esposa;
De lino te adornò con blanco cinto,
Cetro de oro, calzado de jacinto
Y manto de esplendor.
¡Y de tu Esposo con baldón reniegas!
Y a pobres extranjeros, vil entregas
Adúltera, tu amor!"

Así a Salem clamaban los Profetas;
Mas Salem, entregada a sus orgías,
Entre inicuas y falsas alegrías,
"¿ Por qué, el justo gritaba, di, me inquietas
Y mis obras humilde no respetas?
Y al cisne de Anathoth sumergió en cieno
Cual tigre, a Zacarías, rasgó el seno,
Y al dulce hijo de Amas
Las sienes dividió con ruda sierra,
Y dijo: "No hay justos en la tierra
Que nombren a su Dios!"

La magnífica, sabia, ilustre Atenas,
Con la impiedad horrenda del cinismo,
A sus hijos condena al ostracismo,
Si del vicio no arrastran las cadenas,
¡ Ejemplo no contado de las hienas;
Aristides, a un necio que le odiaba,
¿ Por qué al justo condenas? preguntaba,
¿ Decirme no podrás
La falta que has sabido de aquel hombre?
"La que él indica con su mismo nombre,
El justo; así se llama.

El Justo de los justos por el suelo,
Puro y manso pasaba, cual paloma,
Como pasa en las brisas el aroma
Que despiden los lirios del Carmelo,

El bien regaba con ardor y celo;
El mísero leproso y el mendigo
Respetaban en él a un tierno amigo:
Su nombre era en Judá
Como en la primavera el bello aroma,
Como unguento de nardo y cinamomo
Brotados en Sabá!

Mas los hombres del mal, con saña impía
“¡Muera el Justo, clamaron, muera, muera!”
Y al Justo se arrojaron, como fiera
Que en el manso cordero su ira sacia;
Entre el sarcasmo vil de su alegría,
De oprobios le abrumaron y tormentos,
Y hartados solo fueron y contentos
Clavándole en la cruz,
Y su nombre abrogaron cual maldito;
Era todo su crimen y delito:
El Justo ser, Jesús!

Desde entonces, el justo en este valle,
Cargado de la cruz del sufrimiento,
Saboreando un pesar en cada aliento
Un pie no mueve, sin que espigas halle;
Y del dolor por la angustiosa calle,
Seguido en pos del rudo victimario,
A la cumbre camina del Calvario.
¿Allí se ha de quedar?
No, que una patria tiene, no distante,
Por esto dice con valor constante:
¡Los cielos son mi hogar!

A MARIA

Trémulo el labio, la mirada triste,
Vengo a tus plantas, celestial Señora;
Ay! de aquel pecho que el dolor embiste,
Ay! del que llora!

Madre amorosa del que gime y pena
Sobre las zarzas de este rudo suelo,
Cúrale a mi alma de pesares llena.
Calma mi duelo.

Darte quisiera, Madre amada, cuanto
Brilla en la tierra: seda, perlas, oro;
Pero, ay! no ignoras, que el amargo llanto
Es mi tesoro.

Quien ha gustado la mundana dicha,
Pisa las pompas, como impuro lodo;
Humo es la ciencia, y el placer, desdicha:
Mágico todo.

Rico en blasones, adalid valiente,
Goces mentidos, con afán pregona,
Mientras le rasga la orgullosa frente
Aurea corona.

Madre, tú sabes la terrible historia,
Que esquivo guarda mi llagado pecho,
Goces y dichas, ilusiones, gloria,
Todo deshecho.

Pérfido el mundo por subido precíó,
Lloro y hiel brinda con fingido halago;
¡Mísero y triste del que incauto y necio
Liba ese trago!

Siempre que el siglo con un haz de abrojos
Hiere mi pecho con desdén impío,
Vienen a hablarte mis dolientes ojos,
Dulce Bien mío!

Himno es tu nombre que al mortal recrea,
Mirra, que aromas del Edén exhala,
Tu nombre, al labio, como miel hiblea,
Cura y regala.

Cuando del mundo la maldad me abruma
Corro a tus plantas a buscar contento,
Porque tú acoges esta leve pluma,
Juego del viento.

Tu vista sola, con sublime canto,
Sana del vicio la mortal herida;
¡Sola tú enjugas nuestro acerbo llanto,
Madre querida!

Calandria triste, por la carne presa,
Gime, entre redes, abatida mi alma,
Líbrame pronto de esta vil pavesa,
Dame la calma.

Lumbre indecisa, solitaria, vierte
Trémula estrella tras las nubes pardas,
¡Eres tú, Madre?..... Penó yo por verte,
Ay! porqué tardas?

UNA VIRGEN ORIENTAL

Bajo un alto sicomorro
Sentada una niña está
Que florecer vió el almendro
Doce veces nada más.

De tez mórbida y trigueña
Cual las hijas de Judá,
De mejillas sonrosadas
Cual granados de Galaad.

Cual la flor del terebinto
En su labio virginal,
Cuando el céfiro su broche
Entreabierto va al pasar.

Son sus ojos cual la estrella
Que en Fogor cantó Balaan,
Son rasgados, son amables:
De paloma es su mirar.

Es su túnica más blanca
Que la nieve de Ararat,
Y a su esbelto talle presta
Una forma angélica.

Es más casta que Susana;
Y es tan grande su beldad,
Que la envidiaran las rosas
De Jericó y el Jordán.

En su falda tiene flores,
De nardo, clavel y azahar
Y entreteje con oliva
Ramilletes sin igual.

Por el valle va un anciano
Sacerdote, y al pasar,
“Qué hace el lirio entre las flores,
Le dice, bella Miriam?”

“Haciendo, Señor, tu sierva
Dos ramilletes está;
Pues ya de los tabernáculos
La gran fiesta va a empezar“.

Esto dice y presurosa
Se encamina a la ciudad,
Pues que del templo se vino
Florechillas a tomar.

Cual del Nilo blanco cisne
Himnos entonando va;
Ya se oculta en las palmeras,
Ya penetra en la ciudad.

LA VIRGEN DE JUDÁ

¡ Quién nos diera de la Virgen
Escogida de Judá
El dulcísimo semblante
Extasiados contemplar!

Vedla allí: cual imagino
A mi Reina celestial,
Cuando tierna adolescente,
Llena de gracia y beldad.

Bajo un alto sicomoro
La cándida Niña está
Que florecer vió al almedro
Doce veces, nada mas.

Las miradas en el cielo,
El corazón mas allá;
Toda encendida en transportes
De divina caridad.

Es mas casta que Susana,
Y tan rara su beldad
Que envidia causa a las rosas
De Jericó y el Jordán.

LOS MONOS COMUNISTAS

No hace mucho que un viejo pergamino
A mis manos se vino;
En él entre otras cosas, ví el asunto
Del idilio, epopeya, o más bien drama,
(Como hoy a cualquier cuento se lo llama)
Que pretendo narrar punto por punto.

En Egipto talvez, o Berbería,
No se cuando, existía,
Un cierto comerciante en animales;
En su casa, a manera de museo,
Contemplaba admirando el europeo
Las onzas, las girafas y chacales;
Entre aquellos cuadrúpedos colonos,
Lo curioso y de ver a todos era,
Mas que el tigre feroz y la pantera,
Una partida indómita de monos.

Esta altanera y reboltosa gente
Tan sumisa se hallaba y obediente,
Que hasta los más traviosos
Con el rabo enroscado entre las piernas,
E inclinando hasta el polvo los pescuezos
Moraban en silencio sus cavernas:
Era aquello de modo
Que reinaba la paz de todo en todo.

Mas, ay! que la fortuna
Es voluble y voltaria cual la luna,
No hay dicha que no gaste

El tiempo, alma de jarro;
Empuja un poco su vetusto carro
Y es dado todo al traste.

El mercader incauto, cierto día,
Dejó la casa sola,
Y los monos selváticos sin guía,
Armaron una cruda batahola.

Un macaco, filósofo eminente,
Alzóse en ademán grave, oratorio,
Y poniendo severo el continente,
Habló de esta manera al auditorio:

“¡Ay, desgraciado pueblo! ay, raza esclava!
¿Do está la dulce libertad primera!
¡El mono en estos tiempos, no es lo que era!
Antes libre vagaba
Por el bosque recóndito y umbroso,
Haciendo de su gusto,
Sin escuchar jamás el nombre edioso
De aquello es ilegal, esto es injusto,

De breñal en breñal, de rama en rama,
Paseábamos la enhiesta
Olorosa y riquísima floresta,
Que el azafran y sésamo recama”
(¡Romántica elocuencia! ¡Qué no admira!
¡Entre monos también anda la lira!)
“¡Oh, pueblo, pueblo mío!
¿Es pesadilla acaso o desvarío?”

“Un torpe cazador puso las redes
En que presos nos vimos de la mano;
Y a esta cárcel de altísimas paredes
Nos redujo un patrón cruel y tirano.
De todo esto concluyo

“¡ Pobre pueblo infelice!
Que es un ladrón infame aquel que dice:
Esto es mío, eso es tuyo.

¡ Venid conmigo, oh, pueblo! ¡ abajo, abajo!
Los opulentos y orgullosos ricos;
¡ No más esclavitud! no más trabajo!
Quemad todo, romped, haced añicos:
Sacudamos el yugo,
Y bebamos la sangre del verdugo.”
Recibido entre aplausos fue el consejo
De aquel macaco viejo.

Con monadas risibles, progresistas,
Declaráronse todos muy ufanos,
Estos sansimonianos,
Los otros furieristas;
Y al verse al fin, sin sujeción alguna,
Proclamaron los monos la Comuna.
Entonces fue de ver. Bruta y rabiosa
Por paredes, pilares y cornisas,

La muchedumbre se escaló la casa,
Y diéronse tal traza,
Que a poco no hubo cosa
Que por los suelos no estuviese en trizas.
Los estantes, las cómodas, las mesas,
Los divanes y escaños fueron presas
De aquella turba idómita, sin freno.
En la techumbre no quedó una teja,
Y del porrazo cruel más de una vieja
Fué de la tumba al seno.

En pos vino el saqueo: allí fue Troya.
Entre las arcas no quedó una joya.
Tanto mono barbudo
Que andaba sin pudor antes desnudo,

Entonces se paseaba, engalanado
Con girones de púrpura y brocado.
Y con modales bruscos, descompuestos,
Y con risibles muecas,
Se calaban, a modo de muñecas,
Las canastas y cestos.

En los anchos calzones mamelucos
Se ensartaban los brazos de bejucos.
Otro haciendo bandera de una capa,
Jugaba "al quién me coge, quien me atrapa".
Algún mono embustero
Se plantaba una bota por sombrero;
Un alto orangután sólo en camisa
Cabalgaba un bastón a toda prisa.

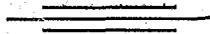
Otros, haciendo combas con el rabo,
Se colgaban traviosos de una viga,
Ya puestos de cabeza o de barriga
Se estaban como muertos. Ya del cabo
De un extremo hacia el otro se lanzaban,
Y, entre brincos y danzas y piruetas,
Los puntiagudos dientes rechinaban
Haciendo castañetas.

De la más alta cumbre, con desprecio,
De una pata colgábanse a los aires
Superando en las gracias y donaires
Al volatín más diestro en el trapecio,
En medio de la gresca y algazara
Un hambriento mandril: de un sólo salto
Se tomó la cocina por asalto.

Al punto, cosa rara,
Ignoro por qué causa o qué motivo,
Se despertó un incendio asaz activo,
Cuyas llamas terribles, bramadoras

Y en menos de dos horas.
Comunistas y casa, con presteza.
Tornaron en pavesa.

Ejemplo breve de la suerte impía
Que a la ínclita París le cupo un día.
Lo que pasó después.... Ya no recuerdo,
Es bonita la historia;
Mas, al fin, me parece lo más cuerdo
El confesar que es frágil mi memoria.
Prólogo y todo está si no me engaño;
El epílogo haré para el otro año.



POESIAS SAGRADAS

PARA LA COMUNION

*Ven, Hostia divina,
Ven, Hostia de amor,
Ven, haz en mi pecho
Perpetua mansión.*

Lirio de los valles,
Bella flor del campo,
Que al nítido lampo
Del naciente sol,
Te alzas en el ara,
Peregrina, y sola,
Y abres la corola
De niveo fulgor.

Tras esos cendales
Que atan los querubens,
Cual tras de las nubes
Refúgiase el sol,
Se oculta a mis ojos
Mi Dueño querido;
Pero el pecho herido
Me tiene de amor.....

Todo calla en torno
Del altar sagrado;

¡Oh, brisas! cuidado,
Ni un leve rumor!
No turbéis os pido,
No turbéis el sueño
De mi amante Dueño
Y amado Señor.

Vino de las vírgenes,
Manjar de escogidos,
Que en Tí hallan unidos
Sustento y amor:
¡Ay, de quien no come
El Pan de la vida!
¡Ay, del alma herida
Que a Tí no acudió!

Oh, Pan de los ángeles
!Hay quien no se asombre
Al ver como el hombre
Desprecia tal don!

¡ Oh, Amor ignorado,
No correspondido,
Amor en olvido,
Ultrajado Amor!

Mendigo del cielo,
Muestras tu fineza
Viviendo en pobreza
Sin gloria ni honor.
No en palacio de oro
Se meció tu cuna,
Ni pompa ninguna
Se arrastra en tu pos.

Moras en los templos
Cual Rey solitario,
Belén y Calvario
Tus altares son:
Atónitos gimen
Los Angeles mismo
Al ver este abismo
De infinito amor.

Himno de silencio
Sólo aquí retumba;

Parece una tumba
La santa mansión;
La lámpara triste
Vierte lumbre escasa,
Y es muy pobre casa
La casa de Dios.

Oh, Dueño divino!
Oh, Amante olvidado!
¡ Jesús adorado,
Mi Rey, mi Señor!
Ya tanta fineza
Y tanta ternura,
Parecen locura,
Locura de amor.

¡ Ah!, no, Jesús mío!
Yo que te amo poco,
Yo el ingrato, el loco
Y el potervo soy;
Mas, Dueño adorado,
Me rindo y concluyo
Por ser todo tuyo:
¡ Tu amor me venció!

COPLAS

EN HONOR DEL

CORAZON COMPASIVO DE MARIA

REFUGIO DE LOS PECADORES

Madre de amor, Madre pía,
Escucha nuestros clamores.

*Tu Corazón es, María,
Refugio de pecadores.*

Tú eres, ¡oh Madre divina!
Del mundo Corredentora,
De siglos restauradora,
Y de gracias rica mina;
En Tí está la medicina
De los prevaricadores.

*Tu Corazón es, María,
Refugio de pecadores.*

Halla en Tí seguro guía,
El perdido caminante;
En Tí encuentra el navegante
Puerto feliz de alegría;
Sin Tí, oh, Virgen, ¡qué sería
Del mundo lleno de errores!

*Tu Corazón es, María,
Refugio de pecadores.*

En tu tierno Corazón
Abierto con esa espada
Que te anunciara Simeón,
Tenemos todos entrada,
De Jesús por la Pasión
Y por tus crueles Dolores.

*Tu Corazón es, María,
Refugio de pecadores.*

Oh!, Corazón de María,
El más precioso legado
Que Jesús en la agonía
A los hombres ha dejado;
Eres Tú la herencia mía
Y el imán de mis amores.

*Tu Corazón es, María,
Refugio de pecadores.*

Cuando entre miseria tanta,
Airado el Señor, la diestra
Contra el pecador levanta,
Entonce, en defensa nuestra,
Fiel Abogada te muestra
Desarmando esos rigores.

*Tu Corazón es, María,
Refugio de pecadores*

Cual Abigail prudente
Que alcanzó a Nabal perdón,
Impetras Tú remisión
Para el hombre delincuente:
Tu Corazón no consiente
Ver ruinas sin que las llores.

*Tu Corazón es, María,
Refugio de pecadores.*

Por aquel dolor profundo
Que tu corazón sintió,
Cuando el buen Jesús murió

Para redimir al mundo,
Dame un dolor sin segundo
Para llorar mis errores.
*Tu Corazón es, María,
Refugio de pecadores.*

Incrédulos, mahometanos,
Griegos, gentiles, judíos,

Haz dejen sus desvaríos
Y sean buenos cristianos:
Así unidos como hermanos
Cantaremos tus loores.

*Tu Corazón es, María,
Refugio de pecadores.*

PRECES AL ESPIRITU SANTO

*Ven, divino Espíritu
Ven, divino Amor
Ven, haz en mi pecho
Eterna mansión.*

Santísimo Espíritu,
De Dios viva llama,
Fulgente derrama
En mí tu esplendor;
Dueño de las gracias,
Autor de los dones,
De los corazones
Monarca y Señor.

De mi ánima ingrata
Huésped olvidado,
Vives a mi lado
Sin saberlo yo.
En mi pecho anidas
Con dulce misterio,
Mi almo Refrigerio,
Mi Consolador.

Ven, Padre de pobres,
No tardes, te imploro:
Abreme el tesoro
Del divino amor;
Tu gracia preciosa
Engalane mi alma
Y me dé la palma
De la eterna Sión.

¡Oh, mi amante Dueño!
¡Oh, mi fiel Amigo!
Quédate conmigo,
Sé siempre mi amor
En Tí está mi dicha,
En Tí mi reposo;
Sé mi tierno Esposo
Mi Dios, mi Señor.

Sé el alma de mi alma, Apenas tu amparo
Haz de ella tu templo, Y tu lumbre pido,
Haz de ella un ejemplo Susurra a mi oído
De extática unión; Plácida tu voz;
Viva para amarte, Me enseñas, exhortas,
Viva de tal suerte Reprendes, consuelas
Que me sea muerte Y excelsos revelas
Vivir sin tu amor. Secretos de amor.

Cuanto hay en el hombre Muéstranos la senda
Tú le diste pío, Ignota, escondida,
De Tí es, Amor mío, Que lleva a la vida,
Todo excelso don. Y conduce a Dios;
Sin Tí somos nada, Por Tí lograremos
La miseria, el lodo, La final victoria,
Mas tenemos todo Y en la eterna gloria
Si nos das tu amor. Gozar de tu amor.

PRECES AL PURISIMO CORAZON DE MARIA

¡Salve, Corazón clemente,
Corazón Inmaculado,
Corazón dulce, inocente,
Mística sellada fuente,
Hermoso vergel cerrado,
Refugio del alma mía
En las pruebas y temores!
¡Oh, Corazón de María,
Ampara a los pecadores!

Gallardo lirio que afrenta
De la nieve la blancura,
Rosa ardiente que fulgura,
Con cuanto en el prado ostenta

Esbeltez y donosura;
Encanto del alma mía,
Corazón, flor de las flores.

¡Oh, Corazón, etc.

Amante siempre aunque herido,
Que nada sabes de enojos:
Así perfume escogido
Eaparce el rosal florido
Aprisionado entre abrojos:
La ingratitud siempre mía,
De Tí siempre los favores.

¡Oh, Corazón, etc.

Por más que fiero contigo
El pecador te taladre,
Eres su mejor abrigo,
Siempre Corazón amigo,
Siempre Corazón de Madre,
Consuelo del alma mía
En el valle de dolores.
¡ Oh, Corazón, etc.

Corazón, centro, reposo,
Templo del divino amor,
Tálamo nupcial, hermoso,
Donde descansa el Esposo
Como en su trono mejor:

¡ Oh, si en la yerta alma mía
Se encendieran tus ardores!
¡ Oh, Corazón, etc.

Corazón, todo ternura,
Corazón, todo bondad,
Corazón, todo dulzura,
Todo gracia y hermosura
E inefable caridad;
Casto imán del alma mía,
Corazón de mis amores.

*¡ Oh, Corazón de María,
Ampara a los pecadores!*

PREGES AL SANTO CRISTO DE GIRON

CORO: Por tu pasión preciosísima,

PUEBLO: ¡ Misericordia, Señor!

CORO: Por aquel pérfido beso

Con que Judas te entregó:

SE REPITE: ¡ Misericordia, Señor!

Por los cordeles y hierros
que te ataron por mi amor:
¡ Misericordia, Señor!

Porque juzgado te viste
Como reo en tu pasión:
¡ Misericordia, Señor!

Por la burla con que Herodes
Como a loco te trató
¡ Misericordia, Señor!

Por tu sangre que a torrentes
Vertió la flagelación:
¡ Misericordia, Señor!

Por la corona de espinas
Que tu frente taladró:
¡ Misericordia, Señor!

Por la cruz pesada y áspera
Que cual lagar te oprimió:
¡ Misericordia, Señor!

Por los dolores y afrentas
De la cruel crucifixión:
¡Misericordia, Señor!

Por los clavos, cruz y lanza,
Insignias de tu Pasión:
¡Misericordia, Señor!

Por tus cruentas agonías
En aquel suplicio atroz:
¡Misericordia, Señor!

Por tu glorioso sepulcro,
Fuente de vida y amor:
¡Misericordia, Señor!

Por tu santísima muerte,
Precio de mi redención:
¡Misericordia, Señor!

Y por todos los misterios
De la sagrada Pasión.
¡Misericordia, Señor!

Preces a Nuestra Señora del Ave María

*Cantemos, ¡oh fieles!
Con dulce armonía,
El Ave María
Y hosannas a Dios.*

Gabriel trajo al mundo
Bendito el Ave,
Dichosa áurea llave
De la Redención.

Al canto de este Ave,
La Virgen María
Respóndenos pía
Con férvido amor.

Oh!, Ave María,
Del triste que llora,
Oh!, plácida aurora
De dicha y amor.

Por él del averno
Ciérranse las puertas,
Y por él abiertas
Las del Cielo son.

Al Ave María
Satanás se aterra,
Gózase la tierra
Nos bendice Dios.

Por él del Empíreo
La fúlgida palma
Da, en premio, a nuestra alma,
Perenne mansión.



Preces a Nuestra Señora de los Desamparados (1)

CORO. Amparad, Reina y Señora
A todos los desgraciados.

PUEBLO. Sed, Vos, nuestra Amparadora
Madre de Desamparados.

En Vos, Madre de clemencia,
Nuestra esperanza se funda;
Vuestro amparo nos circunda
En toda humana dolencia.
Para los más desdichados
Amor vuestra alma atesora.

Amparad al triste enfermo,
Al desolado mendigo,
A quien jamás un amigo
Visita en su albergue yermo;
Y a cuantos desheredados
El mundo rechaza ahora.

Reina de amor, amparad
A todos los desvalidos;
Sus clamores y gemidos
Conmuevan vuestra piedad;
En vos los desventurados
Tengan Reina y Protectora.

Amparad, Madre, amparad
Al niño huérfano y triste
A quien nadie ve ni asiste
En medio de su orfandad,
Y sus días malhadados
Solitario pasa y llora.

Amparad al navegante,
A quien la borrasca lanza,
Náufrago sin esperanza,
En las ondas del Atlante;
Triste, allí, vuestros cuidados
Vuestra protección implora.

Amparad al que el encono
De injusticia cruel padece
Y a quien nadie compadece,
En su mísero abandono;
Y de triunfantes malvados
Víctima gime y deplora.

Amparad al moribundo
Que ignora cual es la suerte
Que le reserva la muerte
A la otra orilla del mundo;
Reo de horrendos pecados
A Vos, Madre, clama y ora

¡ Oh, Madre, sin par clemente,
Amorosa y compasiva !
¿ Hay quien entre penas viva
Y el dolor experimente
Que no sienta los cuidados
De la Madre que él implora ?

(1) Estos versos son tomados de una Novena publicada en Valencia; pero reducidos a mejor forma y dados al gusto azuayo, según la piedad del pueblo cuencano.

Preces a la Niña María (1)

*¡ Oh, Reina del Cielo!
Oh, Niña María!
Por siervo este día,
Me consagro a Ti.*

Al mundo ha nacido
Una Niña hermosa,
La mística Rosa,
La Flor de Jacob.
Del día de gracia,
Matutina Estrella:
Eres Niña bella,
Nuncio del amor.

Ven, graciosa Niña,
Niña encantadora,
Eres, Tú, la Aurora
Del divino Sol.

¡ Salve, tierna Niña,
Te elige Dios Padre
Para ser la Madre
Del Dios Redentor!

¡ Oh, Niña! qué encanto!
Tu nombre es María:
Dulce melodía,
Cántico de amor.

Lo entonan los ángeles
Con las arpas de oro,
Y este himno sonoro
Se encumbra hasta Dios.

¡ Celeste Princesa,
¡ Oh, Niña María!
Se, Tú, mi alegría,
Mi dicha y mi amor.

Bendícenos, Niña;
Bendice este suelo:
Llévanos al cielo
A gozar de Dios.

Niña Inmaculada,
Naces, y tu planta
La cerviz quebranta
Del infernal dragón.
Naces, y, ¡ oh prodigio!
Huyen las tinieblas,
Cual huyen las nieblas
Al salir el sol.

Lumbre del Calvario
Riela en tu aureola:
Flor de áurea corola
Y rojo fulgor.
Porque, ¡ ay!, santa Niña,
Ya desde la cuna,
Surges cual la luna,
Reina del dolor!

De Joaquín y de Ana
Lirio de pureza;
Por Tí, Niña, empieza
Nuestra salvación.
No: jamás consientas
Que nos venza el vicio:
Haz que en tu servicio,
Lleguemos a Dios.

(1) Tomado de la Novena en honor de la Virgen Santísima, bajo su advocación de Niña María.

Oficio Parvo en honor de Nuestra Señora de los Dolores

Invitatorio

Que nuestra fé se remonte,
En alas de amor intenso,
De la mirra al sacro Monte
Y al Collado del incienso.

Vamos allá, pecadores;
A contemplar los dolores
De la Madre incomparable
Que con amor sin segundo,
Amor heroico, inefable,
A amarnos llegó de suerte
Que, por salvar a este mundo,
Entregó al Hijo a la muerte!

Del hombre a quien Dios maldijo
Hizo de amor un trofeo,
Y al Hijo de Dios y su Hijo
Puso en la Cruz por el reo.

¡ Madre dulce, Madre amada,
Por mis culpas desolada:
¡ Mi amor Tú y el Crucifijo!
Y sin los dos, nada, nada !...

I. A Maitines.

Apenas, ¡oh, Virgen Madre!
Has dado a luz a Dios Niño,
A este imán de tu cariño.
Ofreces luego a Dios Padre.

¡ Cuán grande fue tu pesar,
Cuando al anciano Simeón
De Jesús la cruel Pasión
Oíste profetizar.
Entonces aguda espada,
Ya jamás desenclavada,
Trasasó tu corazón!

¡ Oh: cuánto amor te debemos
Madre dulce, incomparable,
Que llevaste a los extremos
Tu amor al hombre culpable!
Por salvar al vil y triste,
Al Santo y Justo ofreciste
En sacrificio inefable!

II. A Laudes.

No bien Jesús ha nacido,
Monarca de tierra y cielos,
Cuando se ve perseguido
De un déspota por los celos.

La dulce Madre angustiada
Con el tierno Niño en brazos,
A fugar vese obligada,
En medio de noche umbría,
De viles arteros lazos
De implacable tiranía.

El hombre, por el pecado,
Del cielo fue desterrado;

Por reparar este yerro
Padeció duro destierro
Jesús, el Dios encarnado.
Obténme viva de suerte,
Por este dolor, ¡oh Madre!,
Que cuando llegue mi muerte
No sea mi alma desterrada,
Ni un instante desechada
Del seno amante del Padre.

III. A Prima.

En una grandiosa fiesta
Sube la Virgen al templo,
Y otra espada allí le asesta
Nueva herida sin ejemplo.

Y es Jesús adolescente,
Mas bello que el sol naciente,
¡Y le pierde!... ¡Qué agonías
En tres casi eternos días
En que el dolor le concentra,
Pues le busca y no le encuentra!

Oh, ¡Madre de amor! te pido,
Que por tu Niño perdido,
Yo nunca, jamás, le pierda
Por nuevas culpas: recuerda
Qué cosa es perder a Dios:
Y eso sin pecado, Tú,
Yo, por culpa malhadada,
Que es dar a Dios por la nada.

IV. A Tercia.

¡Madre de amor: Madre amada!
Tiempo ya: llegada la hora
En que aguda, aterradoramente
Va a traspasarte la espada!

Todas las cosas dispuestas
Por pueblo cruel, sanguinario;
Con la cruz pesada a cuestras
Jesús camina al Calvario.
¡Y le sales al encuentro,
Y le ves: cerco de espinas
Taladra la regia frente;
Va de soldados al centro
Y entre las voces felinas
De airada y proterva gente!

Por este sangriento paso,
En la angustia de mi muerte
Concédeme, Madre, verte
Y expírar en tu regazo !

V. A Sexta.

En la angustiosa agonía
Del suplicio de la Cruz,
Está pendiente Jesús,
Y está, cerca de El, María.

¡Oh, quién dirá lo que fueron
Aquel dolor y amargura
De tal Madre en tal tortura,
Cual jamás los siglos vieron !

Del Horeb es zarza que arde,
Se abraza y no se consume,
Y exhala el dulce perfume
De holocausto de la tarde.

Por este dolor inmenso
Obtén, ¡oh Madre de amor!
Viva mi alma en el Calvario
Y de ella, cual de incensario,
Ascienda el místico incienso
De éste, tu inmenso dolor !

VI. A Nona

¡Oh, dolor! Jesús ha muerto!...
El amable y buen Jesús !
Ya le bajan de la Cruz;
Y el cuerpo exámíne, yerto
En el maternal regazo
Le colocan.

¡ Oh, María!
Intensa fue tu agonía
Al dar el poster abrazo
A ese cuerpo exangüe, inerte,
Helado como la muerte !

Y verlo todo llagado
Con satánica fiereza:
Abierto el dulce costado
Y espínada la cabeza !...

Por ese costado abierto,
Y tu amarga soledad,
De mí, sí, a la gracia muerto,
De mí, Madre, ten piedad !

VII. A. Vísperas y Completas.

Es ya tarde...
Sepultura,
En roca tétrica, oscura,
Y a la luz de los blandones,
Dan los dos santos varones
A Jesús.

¡ Oh, qué amargura
Sentiste, Madre de amor,
Sola, tan sola al quedar,
Como náufrago en el mar,
En el mar de tu dolor !...

Yo quisiera, Madre mía,
Como hijo abnegado, amante,
Hacerte fiel compañía.
En tu inmensa soledad.
¡ Oh, dulcísima María !:
Concédeme por piedad,
Sea tuyo en adelante:
Tu siervo fiel y constante
En tiempo y eternidad.

SALVE

A NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

*¡ Salve, dolorosa
Y afligida Madre !
¡ Salve ! Tus dolores
A todos nos salven.*

Vamos al Calvario
Que está ahí nuestra Madre
Anegada en llanto,
Empapada en Sangre.
De la cruz pendiente
Jesús muerto yace
Y no hay quien consuele
A la triste Madre

De la cruz ya bajan
El cuerpo adorable,
Y en los brazos ponen
De su Esposa y Madre:
Cómo abraza y besa
La Víctima exangüe !
Ay ! cómo en sollozos
Toda se deshace !

Atónitos, mudos,
Contemplan los ángeles
A su hermosa Reina
Casi agonizante;
Lloran las estrellas,
Las rocas se parten,
Enlútase el cielo
En duelo tan grande.

¡ Oh, Reina hechicera !
¡ Oh, amorosa Madre !
¿ Quién ¡ ay ! quién te ha puesto
En tantos pesares ?
Ay!, sólo mis culpas,
Esas culpas grandes
El verdugo han sido
Para atormentarte.

Cesen ya tus penas,
Dulcísima Madre,
Queden esas lágrimas
Para los culpables
Por esto, en el Gólgota
Vengo a acompañarte;
Mi agua será el llanto,
Mi pan los pesares.

Madre dolorosa,
Reina de los mártires,
Dame de tus penas
El amargo cáliz.
Dame tus tormentos,
Tus lágrimas dame,
Y haz que en el Calvario
Mi vida se acabe !

RECUERDO

DE LA FIESTA EN HONOR DEL DIVINO

NIÑO JESUS DE PRAGA

CELEBRADA EN LA IGLESIA DE LA MERCED, DE CUENCA,

EL 14 DE ENERO DE 1906

NIÑOS DEVOTOS DE LA FIESTA:

Joaquín Humberto Aguilera V.—Tomás Calderón Monsalve.—Rigoberto Carvallo Ledesma.—Luis Cobos Aguilar.—Rafael Crespo Vega.—Octavio Hinos-trosa García.—Jorge Landívar González.—Manuel Landín Espinosa.

CANTICO AL NIÑO JESUS

PUEBLO:—Por tu pesebre y tu cruz,
Sálvanos, Niño Jesús!

CORO

Imán celeste
De mi cariño,
Divino Niño,
Mi eterno Bien:
Por mí, del trono
Del cielo bajas
Sobre esas pajas,
Dios de Belén.

Divino Niño,
Mi dulce encanto,
Tu amor, tu llanto
Qué amables son!
A Tí consagro
Lleno de gozo,
Oh!, Niño hermoso,
Mi corazón.

Divino Niño,
Ven a mi pecho;
Con lazo estrecho
Me ate tu amor.
En esas pajas
Hallo, aunque llores,
Más esplendores
Que en el Tabor.

Por Tí renuncio
Cuanto la tierra
Precioso encierra,
Bello y gentil.
Lo que ambiciono.
Lo que me hechiza
Es tu sonrisa,
Dulce, infantil.

Mundanas glorias
Otro celebre,
Yo en tu pesebre
Hallo mi bien;
Con ansia loca
Busque otro el oro,
Yo mi tesoro
Guardo en Belén.

Cual me cautivan,
Rey de los cielos,
De tus ojos
Ese mirar;
Divino Niño,
Mi amor, mi encanto,
Por Tí doy cuanto
Dan tierra y mar.

Ante la prodigiosa Imagen de Nuestra Señora La Dolorosa del Colegio

Beati qui lugent!

¡ Oh, Reina del Amor, cuán compasiva
Esta preciosa Imagen te nos muestra!
Oleo y sombra nos da, cual fresca oliva,
Esa tu caridad dulce y activa
De Madre de Jesús y Madre nuestra.
De aquella compasión en bello ejemplo,
Nuestras penas al ver, nuestro quebranto,
Rotas las cruces, profanado el templo,
Nos bañas con las ondas de tu llanto!

¡ Oh, Madre del Amor, cuánto nos dice
Ese tu rostro adolorido y santo!
El triste pecador, el infelice,
En ese tu mirar aprenden tanto!

En este valle de destierro hay penas,
Para el alma riquísimo tesoro;
Del justo en la mejillas rueda el lloro,
Cual gota de rocío
En el marfil de castas azucenas;
Pero hay un llanto que en la faz se pinta
Como mancha de tinta,
El llanto desesperado del impío.

El placer enervante es el sudario
En que el alma se encierra y desaparece;
El monte de la vida es el Calvario;
Amar y padecer: eso apetece
El justo en este valle solitario.

Como cándido cirio,
Del altar entre el brillo y el perfume,
El alma se consume
Irradiando esplendor en el martirio.

¡ Oh, Reina del dolor, mi amante Dueña,
Dame empapar mis labios,
Dulcísima María,
En el turbio raudal de tus agravios
En la copa de hiel de tu agonía !

Pesar de los pesares,
Dolor casi infinito en una gota,
Indecible amargor que no se agota,
Ni llenando con él todos los mares.
Martirio del amor y amor materno:
Esa es tu herencia, Emperatriz hermosa.
En tu cáliz rebosa
Un inmenso dolor, como de infierno;
Y si a tanto no alcanza
Lo que pasa veloz y no es eterno,
Lo impidieron tu amor y tu esperanza.

En la inclemente roca donde apura
El Redentor la hiel de los dolores,
¡ Qué compasión no habrá que tú no implores,
Oh, contristada Madre !
¿ Cómo entonar un cántico que cuadre
A tanto hondo pesar, tanta amargura ?
La vida de Jesús, cual tenue llama
De agotado candil, se está muriendo;
Con temblorosa voz: "¡ Oh, Padre, exclama,
En tus manos mi espíritu encomiendo" !
Dobla el cuello gentil, llora, suspira !
Y, entornando los párpados, expira.

La lágrima postrera de agonía
Que derramara en la mortal congoja,

Cual mundo siente descender, María,
Al punto que en la sien le cae y moja.

Lágrimas de Jesús, más que diamantes,
Hermosas, rutilantes,
De precio sin segundo:
¡Quién no os tributa amor, quien no os adora!
Vosotras y la Sangre redentora
Habéis salvado al mundo.

Preces a Nuestra Señora de los Desamparados

*Ved aquí a vuestros hijos,
Madre de Desamparados.
Reina de amor y clemencia,
Protegednos y amparadnos.*

En las duras aflicciones
De esta vida de quebrantos.
Reina de amor, etc.

Cuando el dolor y miseria
Vengan rudos a probarnos.
Reina de amor, etc.

Para volvernos a Dios
Y salir de los pecados.
Reina de amor, etc.

Cuanto más pobres y solos,
Cuanto más abandonados.
Reina de amor, etc.

Cuando más tristes estemos,
Oprimidos y tentados.
Reina de amor, etc.

Cuando estemos en peligro
Y riesgo de condenarnos.
Reina de amor, etc.

Al vernos entre las redes
Y tentaciones del diablo.
Reina de amor, etc.

En el punto decisivo
De perdernos o salvarnos.
Reina de amor, etc.

DEPRECACION

A NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

¿Quién como Tú, querida Madre nuestra,
Dueña del alma, Reina de Mercedes?
El cetro del Señor se alza en tu diestra:
Poder ninguno alcanza lo que puedes!.....

A tus plantas hermosas destrozados
Están los hierros de infeliz cautivo:
Grilletes mil, esposas y candados
Trofeos de tu pecho compasivo.

Tuya es, Madre de amor, tuya esta tierra
Muéstranos que eres Madre y cuanto puedes;
Apáguense los rayos de la guerra:
Danos la paz, oh, Reina de Mercedes!

INVOCACIONES

Reina del cielo ¡oh María!
Reina nuestra os proclamamos:
No ha de ser Cuenca, os juramos,
Ni protestante ni impía.

Virgen, Madre de Mercedes,
Reina de cielos y tierra:
De la impiedad y herejía,
Defendednos, Madre nuestra.

NOTAS PIADOSO - LITERARIAS

En Nota de un libro del uso íntimo del Rvdmo. Padre Julio Matovelle, encontramos lo siguiente:

“Los primeros versos de mi vida, en 1861 (1) y dirigidos a la Santísima Virgen”.

A MARIA

“*Recibe, o María,*
La sencilla ofrenda
Que en humilde prenda
Mi amor te confía,
A tí, Madre mía.”

(1) Estos versos los cantaba cuando el autor apenas contaba nueve años escasos de edad, están tal como los hemos encontrados.

Mas adelante encontramos la siguiente *nota*, y la insertamos aquí para que se vea y conozca como fue prematura la elocuencia de nuestro edificante orador.

“Mis Primeras Pláticas”.

En privado, en la Capilla del Seminario, el 8 de Diciembre de 1879 acerca del misterio del día, la *Inmaculada Concepción*.—En público, el día de la fiesta del *Sagrado Corazón de María* de 1880, acerca del misterio de ese día.

JOSÉ JULIO MARÍA MATOVELLE (f.)

Al Sagrado Corazón de Jesús

PUEBLO:

*Corazón divino
De Jesús paciente,
A Ti Te consagro
Mi amor y me mente.*

Dios de mis amores,
Mi dicha, mi encanto,
Deja que tus plantas
Riegue con mi llanto.

Tierno Corazón
Del mejor amigo,
Sólo por amarme
Quedaste conmigo.

Yo soy el culpable
Desagradecido,
De Tí, fino amante,
Echado al olvido.

Mi alma aprisionada
En tus lazos viva,
Presa de tus llamas
De tu amor cautiva.

Dulce Dueño mío,
Mi divino Amante,
Tu rendido esclavo
Seré en adelante.

Corazón humilde,
Corazón clemente,
De dulce ternura
Inexhausta fuente.

Tu amor, te lo pido,
Tu amor, te lo ruego,
Haz que me consuma
Cual paja en el fuego.

En tu llaga hermosa
Danos acogida,
Y haz que recobremos
El gozo y la vida.

¡ VAMOS AL CIELO !

(Inédito)

PUEBLO:

*Vamos al Cielo;
Vamos a gozar
Del amor y vista
De la Trinidad !....*

CORO

Aquí está el destierro
Mansión del pesar;
Allá nuestra Patria,
La Sión eternal.

Nada aquí es constante,
Todo aquí es falaz;
Sólo allá se encuentra
La dicha en verdad.

¡ Oh: cuanta delicia,
Que gozo será,
Poseer para siempre
La suma Beldad !

¡ Ver a Dios, amarle,
De El sin fin gozar
Sin temer perderle
Ya nunca jamás !

La divina esencia,
No tras luz fugaz,

Sino cara a cara,
Verla y contemplarla!

Hundirse: que gozo !
Cual pez en la mar
En Dios, que es abismo
De amor y bondad !

Amar sin medida,
Amar, siempre amar
Al Bien infinito,
La suma Beldad.

Siempre amar a Dios,
No pecar jamás:
Qué gloria, qué encanto,
Qué felicidad.

Allá no hay gemidos,
Allá no hay pesar;
Allá todo es gozo
Y dicha eternal.

HIMNO A LEÓN XIII

En las cumbres altivas del Ande
Repercute el cantar melodioso,
Que hoy el Tíber levanta orgulloso,
Al invicto, deseado León.

Plugo al cielo quitarnos al Pío,
Dulce gloria y encanto del mundo:
Hoy el duelo se calma, profundo,
Ante el digno inmortal sucesor.

¡ Padre, Padre! repiten los ecos,
Desde el rojo poniente a la aurora:
Todo el globo sumiso te implora,
La esperada feliz bendición.

El Eterno te da la daidema;
De rodillas el mundo la palma:
Tuyo es, Padre, el imperio del alma,
Tuyo el trono de gloria y de amor.

Si en prisiones te encierra el impío,
Rompe, rompe la dura cadena;
Sacudiendo la airosa melena
Cual terrible y robusto León.

Si cobardes te olvidan los reyes,
O te miran tal vez de soslayo,
Nada importe, tú empuñas al rayo,
Ese rayo, que funde al cañón.

Salve a Nuestra Señora de los Dolores

PUEBLO:

*"Dios te salve, Reina y Madre,
Madre de misericordia,
Al pie de la Cruz, constante,
Afligida y dolorosa".*

CORO.

Salve, Reina incomparable,
Salve, Madre dolorosa,
Junto a la Cruz te admiramos
Angustiada como sola.

Vida, dulzura y consuelo
De cuantos con fe te invocan,
Firme esperanza del alma
Que entre tus brazos se arroja.

A Tí, Reina de bondades,
A Tí suspiran y lloran
Cuantos habitan el valle
De lágrimas y congojas.

En este amargo destierro
Te clamamos a toda hora,
Los errantes hijos de Eva,
Pidiendo que nos socorras.

A Tí alzamos el lamento
Que nuestras penas provocan,
Al vernos lejos del cielo
Que es nuestra Patria gloriosa.

Reina augusta de los Mártires,
De gracias repartidora,

Danos, Madre, acompañarte
Junto a esa Cruz afrentosa.

Dulce Madre, tus dolores
Son del alma ricas joyas,
Son espléndidos luceros
De nuestra inmortal corona.

Ea, pues, fiel Abogada,
Ea, pues, Madre amorosa,
Vuelve a nos esos tus ojos,
Ojos de mansa paloma.

Y al terminar el destierro,
Danos poseer en la Gloria,
A Jesús, bendito fruto
De tu castidad preciosa.

Oh, Reina, toda clemencia,
Oh, Madre, piadades toda,
Nuestro consuelo en las penas,
Nuestro amor, delicias y honra.

Madre de Dios admirable,
Por todos tus hijos ora,
Que alcancemos las promesas
De Jesucristo, en la gloria.

Súplica a Nuestra Señora de los Dolores

¡Salve, yedra suspedida
del árbol del sacrificio!
Salve, manantial de vida
Para el pecador propicio!

¡Salve, celestial Señora!
¡Salve, víctima inocente!...
¡Consuelo del que te implora,
Salvación del delincuente!

¡Ah! del que cruza el camino
Solitario del desierto,
Sin Tí, luz del peregrino,
Sin Tí, fanal de su puerto.

¡Ay! del triste ¡ay! del que llora:
Sin tu amor no halla consuelo,
Y a las penas que devora
No halla alivio en tu hondo duelo.

No olvides, Madre afligida,
Del que, cual Tú solitario,
Lleva en su alma intensa herida,
Lleva en su pecho un calvario.

Vuelve a nosotros tus ojos,
Oyenos, dulce María,
Por los sangrientos despojos
De tu amor, ¡por tu agonía.

Por tu hijo, tu ardiente anhelo,
Que hoy lloras cadáver frío,

Astro oculto de tu cielo,
Muerto imán de tu albedrío.

Haz que uniendo nuestras penas
A tus penas en la vida:
Disueltas nuestras cadenas
Gozemos dicha cumplida.

ECCE MATER TUA!

CORO

*Hijo tuyo soy, María,
Mi Madre te hizo la Cruz;
Alcánzame, Madre mía,
Que arda yo en sumo amor.*

En las rocas del Calvario,
Entre dolor sin segundo,
Está el Redentor del mundo
Agonizando en la Cruz.
¡ Cuán amorosos acentos
Se exhalan entre gemidos
De aquellos labios heridos
Del dulce, amante Jesús!

Al contemplar ¡qué amargura!
De la Cruz sangrienta a lado
Con el Discípulo Amado
A la Reina del amor;
Ante estas prendas del alma,
Olvidado del tormento
Dispone hacer testamento
El moribundo Señor,

“Mira, Madre, aquel es tu hijo”,
Dice a la Virgen preclara;
“Esa es tu Madre”, declara
Al candoroso doncel;
Trocáronse así ¡ prodigio
Que al yerto mundo renueva!
La Madre de Dios en Eva
Y el hombre en un nuevo Abel.

¡ Madre amable! cruel mudanza
Que al Hijo de Dios te quita,
La Santidad infinita,
Para darte al pecador!;
Trocada estás ¡ qué portento!
En Madre de pecadores,
Causando ellos tus dolores
Y la muerte al Salvador.

Omniponte palabra,
De los orbes creadora,
Que haces de la Virgen ahora
Madre del nuevo Israel;
En mí este cambio realiza:
Haz de un siervo del pecado
Otro discípulo amado,
Hijo de la Virgen fiel.

Cumplo la divina manda,
Hoy por mi Madre te elijo,
Adóptame, Tú, por hijo,
Ténme siempre junto a Tí;
De Tu martirio en el cáliz
Están mi heredad y parte;
Virgen, dame acompañarte,
Jamás te alejes de mí.

¡Reina de duelo y quebranto,
Si de Discípulo el nombre
Santo título es del hombre
Que busca al Maestro, Jesús;
Recíbenos, amorosa,
Como a tuyos y demuestra,
Que eres dulce Madre nuestra;
Testigo de ello la Cruz!

Pues, es tanta mi ventura,
A tanto mi dicha alcanza,
En Tí pongo la esperanza,
Que he de lograr por la Cruz,
Para mis pecados venía,
Tu presencia en mi agonía,
Y eternamente. ¡oh, María!
Ver y poseer a Jesús.

A la Sacratísima Reina de las Mercedes

¡Madre de Jesús bendita,
Soberana intercedora
De todo el que humilde implora
La protección infinita!
Aunque la raza precita
Del pérfido Satanás
Deje el averno, y audaz
Mil pueblos ponga en derrota,
Haz que Cuenca, tu devota,
No se le rinda jamás.

Oficio Parvo en honor de Nuestra Señora del Tránsito

Invitatorio y oración preparatoria

Pidamos a la Santísima Virgen nos haga devotos fervientes de su Asunción gloriosa, y nos alcance del cielo la gracia de una contrición profunda y conversión sincera a Dios.

Serafines: os imploro,
De amor la santa agonía
Y la Asunción de María
Cantad en eterno coro.
Como de incensario de oro
Se escapa místico aroma,
Cual sol que en oriente asoma,
Tal nuestra Reina a lo inmenso
Sube, cual nube de incienso,
Cual fugitiva paloma.

¡Dueño amado, Jesús mío!
Por tu santa Madre, dame
Que de tal modo se inflame
En tu amor mi pecho frío,
Que entre lágrimas deshecho
El pedernal de mi pecho
A Tí rinda su albedrío.

A Maitines

Agonías de amor y ansia del Cielo.—Pidamos a la Santísima Virgen nos alcance el don de la caridad divina.

Tortolilla gemidora
En arenal solitario,
Desde Belén al Calvario
Tu amor discurre, Señora;

Tiempo es ya, llegada la hora,
De dejar el triste suelo;
Tu amor levantando el vuelo
Sobre el muro que te encierra,
Mas que ésta ingrata tierra
Te hace vivir en el cielo.

 Mi corazón, ¡oh, María!
Arranca de impuro lodo,
Hazme vivir de tal modo,
Que ajeno a necia alegría,
Sólo en Dios, sólo en la gloria,
Sólo en tu amor mi memoria
Se entretenga noche y día.

A Laudes

 La muerte de la Santísima Virgen.—Pidamos a María, por este misterio, nos alcance la gracia de morir en un acto de amor purísimo a Dios.

 ¿Lo contempláis? ¡Qué dolor!
La amorosa Madre mía
Ha entrado ya en agonía,
Se está muriendo de amor!
¿A quién nos dejáis, Señor
Del dolor en los extremos?
¿Huérfanos, a dónde iremos?....
Ay pecadores! alerta!
Nuestra alma Abogada ¡muerta!
Inconsolables lloremos!

 Madre de amor, por tu muerte
Incomparable y preciosa,
Dame, cual Reina amorosa,
Que muera yo de tal suerte,
Que mi suspiro postrero
Sea un: "Dios mío, me muero
Por tu amor, para poseerte!"

A Prima

El alma inmaculada de María es presentada en el acatamiento divino.—Pidamos a la Santísima Virgen, por este misterio, que haga de abogada, nuestra y nos defienda, cuando nuestras almas sean presentadas en el juicio de Dios.

Ante el trono que sustenta
A la Trinidad augusta,
El alma cándida y justa
De la Virgen se presenta:
Humilde rinde la cuenta
De virtudes sin guarismo;
Y aquel insondable abismo,
De santidad asombrosa
Tan colmado se está y rebosa
Inundando el cielo mismo.

El alma gime aterrada
Al fulgor de estas verdades:
Señor, de mí te apiades
Por tu Madre Inmaculada;
Ruégote séme propicio
Cuando en tu terrible juicio
Se presente a Tí mi nada.

A Tercia

El cuerpo exámine y virginal de María es depositado en el sepulcro.—Pidamos a la Santísima Virgen, por este misterio, que no permita, bajemos ni por un instante, al purgatorio, sino que luego que muramos, entre nuestra alma en posesión eterna de la gloria.

Sobre tálamo de rosas,
Inmóvil, como su vida,
No muerta, sino dormida,
Bella, extática reposas,
Con canciones melodiosas

Angélicas jerarquías
Circundaron por tres días
Tu gloriosa sepultura,
Mientras, reines allá en la altura,
Junto a Dios resplandecías.

Madre piadosa, te ruego
Que al alzarse libre mi alma
De este vil fango, la palma
De gloria le alcances luégo;
Madre mía, Reina amante,
No permitas ni un instante
Que baje a sufrir el fuego.

A Sexta.

La Resurrección de la Santísima Virgen, al tercero día de su muerte.—Pidamos a esta Madre dulcísima, por este misterio, nos alcance resucitar cuanto antes de la muerte de la culpa, y subir constantemente por la senda de la perfección cristiana.

Cual surge la rósea aurora
Del seno de noche oscura,
De la yerta sepultura
Te alzas, Reina encantadora!
¡Vencida la muerte, llora
Bajo tu virgínea planta!...
¡La Inmaculada, la Santa,
Con breve sueño dormida,
En los brazos de la Vida
Refulgente se levanta!

Madre, desquicia y derrumba
La en que gimo aprisionado
Cárcel dura del pecado:
No mísero en él sucumba.
Levántame y resucita;
Tu diestra excelsa y bendita
Me arrancará de la tumba.

A Nona

La *Asunción* de María Santísima en cuerpo y alma a los cielos.—Pidamos a la divina Madre, por este misterio, que escuche nuestras súplicas y remedie nuestras necesidades espirituales y temporales.

Los cielos se abren, las nubes
Tórnanse de grana y oro;
Desciende el celeste coro,
De arcángeles y querubes;
A tu Dios, oh!, Virgen, subes
En carro de serafines,
Derramando en los confines
Del etéreo domo, inmenso,
Gratos perfumes de incienso
Con fragancia de jazmines.

Dulcísima Madre nuestra,
Vuelve tus ojos al suelo,
Mientras por el alto cielo
Subes de Dios a la diestra.
¿No nos ven aquí, entre abrojos,
Esos tus amantes ojos
De Abogada y Madre nuestra?

A Vísperas

La *Coronación* de la Santísima Virgen en el cielo.—Pidamos a la augusta Reina, por este misterio, que haciendo uso del admirable poder que Dios le ha dado en el universo, nos ampare y defienda en todas las necesidades de la vida, y nos haga dignos hijos suyos.

Tus sienas cerca el Eterno
Con espléndida corona,
Y Emperatriz te pregona
De tierra, cielos e infierno.
Entre cantar dulce, alterno,
Besan tus sagradas vestes
Las nueve angélicas huestes;
Y cuando ante Dios te humillas

Doblan también las rodillas
Las potestades celestes.

Ese sin par poderío
Con que el Señor te reviste,
Para el miserable y triste
Es la salvación: confío:
Tu pecho por mí palpita,
Mía es tu diestra bendita,
Luego tu poder es mío.

A Completas

Por el recuerdo que acabamos de hacer de los principales misterios de la Asunción de la Santísima Virgen, pidamos a esta Madre dulcísima, que cuando se aproxime nuestra muerte, venga en persona a asistirnos en la agonía y conducir nuestra alma a los cielos.

Reina de amor, Madre mía,
Mi filia! confianza implora
Tu protección para la hora
De mi suprema agonía.
Para aquel tremendo día
Tu amor y ternura aplazo;
Defendido por tu brazo,
Ganaré la eterna palma,
Y en tus manos daré el alma,
Reclinado en tu regazo.

¡Oh, Virgen! por la memoria
De los misterios de gozo,
Que de tu Tránsito hermoso
Tejen la divina historia,
Alcánzame acompañarte
En los cielos, y hacer parte
De tus triunfos en la Gloria.

ANTIFONA.—La Virgen María ha subido a los cielos: alegraos; porque reina eternamente con Cristo.

V. Ha sido exaltada la Madre Santa de Dios.

R. Sobre los coros de los ángeles, al reino de los cielos.

A Maria Santisima en su Soledad

PUEBLO:

*Muerto Jesús
Por mí en la Cruz,
Madre de amor,
Por tu Hijo, hoy,
A Ti me doy.*

CORO:

Cuan sola vas
En tu dolor;
Que sola estás,
Madre de amor.

Mundo falaz,
Mentido amor,
Fingida paz:
Adiós, adiós!

Murió Jesús,
Mi dulce amor,
Oh!, cruel dolor
Murió en la Cruz.

Muerte a Jesús
Yo, cruel, le dí
Muerta mi luz,
¿Qué quiero aquí?

Murió Jesús,
Murió por mí:
Muerte de Cruz
Yo cruel le dí.

Madre de Dios
Ya tu serás
Sola desde hoy
Mi amor, mi paz.

Sola, cual más
En tu dolor!
Que sola estás,
Madre de amor!

Muerto Jesús,
Por mi crueldad,
Junto a la Cruz,
Qué soledad!

Muerto Jesús,
Mi dulce bien,
Quiero en la Cruz
Morir también.

El mundo cruel,
Muerto Jesús,
Te da, sin El,
Sólo la Cruz.

Madre, piedad!
Por piedad, sí;
Sálveme a mí
Tu soledad!

Solo estaré,
Solo ante Dios,
Entonce a Ti
Yo clamaré.

Cuando al morir
Me juzgue Dios,
¿Dónde acudir
Si no es a Tí?

Oh!, Madre, sí,
Por tu piedad,
Libreme a mí
Tu soledad.

A Nuestra Señora del Tránsito

PUEBLO

*Te vas, y en el suelo,
Nos dejas, María!
Llévanos al cielo
En tu compañía;
No nos dejes, no.*

CORO

Los cielos se entreabren,
Rásganse las nubes,
Y alados querubens
De níveo fulgor,
"Ya es hora, te dicen,
Vámonos a Dios!"

Ya surcar el éter
Sembrado de estrellas;
Ya lucen tus huellas
Mas allá del sol;
Adiós, Madre amada!
Reina hermosa, adiós!

Igneos serafines,
En quadriga hermosa
Fulgente carroza
Arrastran en pos;
En ella triunfante
Subes al Señor.

Desde el alto empíreo,
De Dios a la diestra,
Vuelve, ¡oh, Madre nuestra!,
Hacia el pecador,
Esas tus miradas
Radiantes de amor.

Este triste valle
De luto y quebranto,
Regamos con llanto
de acerbo dolor!
Ay!, cuando veremos
El rostro de Dios!

Cual náufragos tristes
Y en la mar bravía,
Te hallamos, María,
¡Puerto y salvación!
En la eterna playa
Sálvenos tu amor!

Cuando llegue la hora
Postrer de la vida,
¡Ay, Madre querida!
¡Ay, Madre de amor!
Guárdanos entonces
En tu corazón!

Y al dejar el valle
De llanto y abrojos,
Y al cerrar los ojos
A la luz del sol;
Haz que los abramos
Para ver a Dios.

Preces a Nuestra Señora del Tránsito

*Por tu tránsito glorioso
Socórreme, Madre mía!*

Al terminar la jornada
De esta triste y mortal vida.

*Por tu Tránsito glorioso
Socórreme, Madre mía!*

Cuando enclavado en un lecho,
Cercado de agustias gima.

Por tu Tránsito, etc.

En el batallar tremendo
De la postrera agonía.

Por tu Tránsito, etc.

Contra los tórpes halagos
De la carne corrompida.

Por tu Tránsito, etc.

Contra los rudos asaltos
Del demonio y de sus iras.

Por tu Tránsito, etc.

Contra el seductor encanto
De este mundo de perfidias.

Por tu Tránsito, etc.

Para expirar desasido
De cuanto este siglo estima.

Por tu Tránsito, etc.

Para que se exhale mi alma
De penitente y contrita.

Por tu Tránsito, etc.

Para ofrecerme al Eterno
Cual pura y rendida víctima.

Por tu Tránsito, etc.

Para inmolarme cual hostia
De caridad perfectísima.

Por tu Tránsito, etc.

Para que en acto purísimo
De amor a Dios dé la vida

Por tu Tránsito, e.c.

Para que mi muerte sea
Holocausto sin mancilla.

Por tu Tránsito, etc.

Para imitar las virtudes
De Jesús en su agonía.

Por tu Tránsito, etc.

Para morir confortado

Por la santa Eucaristía.
Por tu Tránsito, etc.

Para que en tus brazos muera
Clamando: "¡Jesús!... ¡María!..."
Por tu Tránsito, etc.

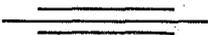
Para que mi alma en el juicio
Se presente hermosa y limpia.
Por tu Tránsito, etc.

Para que obtenga sentencia
Absolutoria y de vida.
Por tu Tránsito, etc.

Para que del fuego horrendo
Del Purgatorio me exima.
Por tu Tránsito, etc.

Para que en mi muerte, al punto,
Dios en el cielo me admita.
Por tu Tránsito, etc.

Para ensalzar sin término
De Dios la gloria infinita.
Por tu Tránsito, etc.



CANTICO

A NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE

CORO:

*¡ Ven, Reina del Cielo:
Ven, Nube de Dios:
Reina en este suelo,
Reina del amor!*

COPLAS:

Columna de incienso,
Trémula te asomas,
Derramando aromas
Que hechizan a Dios;
De puro holocausto
Perfumes exhalas,
Y llevan tus alas
Ecos de oración.

Paloma del Arca,
Vuelas fugitiva,
Mostrando la oliva,
De paz y de amor;
La peste y la guerra,
Nuncios de la muerte,
Se alejan al verte,
Cual sombras, del sol.

Peregrina te alzas,
Nube del Carmelo,
Flotando en el cielo
Cual brillante airón;
Tímidas al paso
Salen las estrellas,

Y esmaltan las huellas
Que dejas en pos.

Misteriosa Niebla
De sin par aliño,
Ornas como armíño
La azul extensión;
Y el celeste domo
Henchir te contemplo,
Consagrando el templo
De la creación.

Púdica azucena
Que el sol arrebola,
Yergues la corola
De fúlgido albor:
Las nevadas cumbres
De nuestras montañas,
Con tu luz empañas,
Que envidiara el sol.

*¡ Ven, cándida Nube;
Ven, mística Rosa;
Ven, Madre amorosa;
Ven, Reina de amor!*

Reina en esta tierra,
Reina en nuestros mares;
Tuyo es cuanto hallares;
Tuyo el Ecuador.

¡ Ven, Nube argentada,
Danos tu rocío;
Y en medio el astío,
Cúbrenos del sol;
Tus alas ostenten
Siempre el iris gayo,
Y alejen del rayo,
La rugiente voz!

Tú eres nuestro gozo;
Tú, nuestra alegría;

Tú eres, ¡ oh, María!
La Nube de Dios;
Esa nube hermosa
Que alegró al Carmelo,
Y que en nuestro cielo
Nos habla de amor.

¡ Ven, Conquistadora
Del nuevo hemisferio;
Con la Cruz tu imperio
La América alzó;
Por Madre te invoca,
Por Dueña te aclama,
Reina te proclama
Todo el Ecuador!

Preces a Nuestra Señora de la Nube

PUEBLO:

*Ruego, oh!, tierna Madre, nos conceda Dios,
Salud al enfermo, gracia al pecador.*

CORO:

Nube del Sinay, de vivo esplendor,
Que en el seno ocultas al Hijo de Dios.

Ruega, oh! tierna Madre, etc.

Nube más hermosa que la que veló
Al Arca de Alianza con ténue vellón.

Ruega, oh! tierna Madre, etc.

Nube en que gozoso Noé contempló
Dibujarse el iris, del diluvio en pos.

Ruega, oh!, tierna Madre, etc.

Nube que guiaste al pueblo de Dios
A gozar la herencia de Abraham y Jacob.

Ruega, oh!, tierna Madre, etc.

Nube que en el templo del Salomón
Flotaste cual humo de etérea oblación.

Ruega, oh!, tierna Madre, etc.

Nube, que Isalás, con místico ardor,
Lluévenos, clamaba, llueve al Salvador.

Ruega, oh!, tierna Madre, etc.

Nube del Carmelo, donde te evocó
Del profeta Elías la ardiente oración.

Ruega, oh!, tierna Madre, etc.

Nube que te vistes del divino Sol,
Y dones derramas de vida y amor.

Ruega, oh!, tierna Madre, etc.

Nube mensajera de gracia y perdón:
Cúbranos tu sombra de la ira de Dios.

Ruega, oh!, tierna Madre, etc.

Nube que al viajero con sombra de amor
Refrescas la frente que abrasara el sol.

Ruega, oh!, tierna Madre, etc.

Nube que las lluvias de vida y frescor

Nos das cuando quema los campos el sol.

Ruega, oh!, tierna Madre, etc.

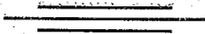
Nube de las gracias, fragua del amor,
Nube de los cielos, trono del Señor.

Ruega, oh!, tierna Madre, etc.



Oración pidiendo una buena muerte

Por el infinito dolor
Que experimentaste en la Cruz,
Por mí, tu ingrato pecador,
Concédeme, amable Jesús,
Muera yo mártir de tu amor!



POESIAS MORALES

Misión del Sacerdote y del Pontífice (1)

(Inédita)

¡ Oh, Religión sublime !
Comunión de las almas, como llevas
La paz, el bien y la razón por guía,
Donde la Cruz su resplandor imprime !
¡ La Cruz, el Sacerdote !... qué invenciones
De la diestra de Dios, la diestra pía,
Para curar llagados corazones !

Las oleadas del mal, como diluvio,
Envuelven por doquier toda la tierra;
Mientras del bien impalpable efluvo,
Apenas se percibe en la ardua sierra.
Para sembrar el bien; ¡ qué cruda guerra!
¿ Dios levanta a la cima del Santuario
A algún nuevo Gineés?... Todo está hecho:
Contra ese manso, compasivo pecho
Irá a chocar la daga del sicario !

En este mundo estéril y sombrío
Malógranse los gérmenes de la vida;
Todo es ruinas en él; todo vacío,
Sin la Cruz que le ampara como egida.

(1) Esta poesía fue declamada en la primera visita que después de su consagración episcopal hizo el Excmo. Sr. Dr. Dn. Daniel Hermida, a los RR. PP. Oblatos de los CC. SS. de Jesús y María, en el convento de la Merced, el 20 de Noviembre de 1919.

¡Feliz el alma que al romper su oscura
Cárcel; de eterno lauro coronada,
Vuelve al seno de Dios intacta y pura
En tanto que esta edad se hunde menguada!
¡Quién nos pintará la inquietud secreta
Del sacerdote que consigo mismo
Combate sin cesar como un atleta
Por sostener al mundo: ¡qué heroísmo!
A este mundo repleto de venganza,
Que ajeno a toda gloria y esperanza,
Preso de rabia y de rencor profundo
Va rodando sin fin hasta el abismo.

Sacerdote de Dios; noble Prelado,
¡Esta es vuestra misión: salvar al mundo!

DEDICATORIA

EN LAS BODAS DE PLATA DE LA
M. R. M. SOR LEOPOLDINA NARAN-
JO, DE LOS SS. CC.

Tras de las tapias que de un convento
Para los ojos límites son;
Ante sus naves y su islamiento,
Siempre ha soñado mi pensamiento,
Siempre ha latido mi corazón.

Hallo almas fuertes como las rocas,
Flores que aroman la soledad,
Místicas preces en castas bocas,
Virgíneas fuentes, pálidas tocas,
Olor bendito de santidad..

Todo me atrae a este santuario,
¡Cómo sonrfe mi corazón!:
Y hoy que celebras tu aniversario,
¡Bodas de Plata!, junto al Sagrario
Oye cantarse desde Sión.

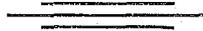
Feliz mil veces, alma dichosa
Que a Dios supiste presto inmolar
Cuanto la tierra, rica y hermosa
Los reinos todos, sin faltar cosa
¡Ay!, fermentida pudo brindar.

Veinticinco años son casi nada,
Menos que nada, instantes son,
Si comparamos con la alborada
De eterna vida, que preparada
Hallarla mira tu devoción.

Aquí en el claustro, fiel y rendida,
Sin ansiar goces, en soledad,
Lejos del mundo pasas tu vida,
A Dios buscando, de Dios querida,
Ansiosa siempre de santidad.

Oh!, dime ¿ dónde darse podría
Mayor contento junto a la Cruz?
Dime? si acaso hubo algún día
Que fuera menos en la alegría
Qué te brindara tu Rey Jesús?

Penas y abrojos del cruel destino
Quédanse, sólo, ay! para nos,
Que batallamos en el camino,
Sin hallar nunca del peregrino
El puerto ansiado, su fin, su Dios.



A la Memoria del Sr. Vicente Arriaga

¡Adiós!, Adiós, amigo....! ¡Qué! nos dejas,
Nos dejas y te vas?

Conque, al fin, de nosotros hoy te alejas
Para siempre jamás?

Eres tú, caro amigo, el que sin vida
Está dormido así?

¡Y nos vienes a dar la despedida
En un panteón.... ¿Aquí.....?

Despiértate y levanta: es tu "Liceo",
¿No le das un adiós?

Mirando estoy tu polvo, y no lo creo:
Será verdad ¡oh, Dios!

¡Por qué entonces callado te partiste
Si nunca has de volver?

¿Por qué entonces ¡adiós! no me dijiste
Al abrazarme ayer?

Si fuera mi poder como mi empeño,
Y férvido anhelar!.....

Más, ay! que a nadie del postrero sueño
Le es dado despertar!

Y luego para qué, si todo es vano,
Y una pena el vivir?

Dicha es dejar el triste lodo humano,
Alta dicha es morir.

El valle dejas del que pena y llora
Por la Sión eternal.

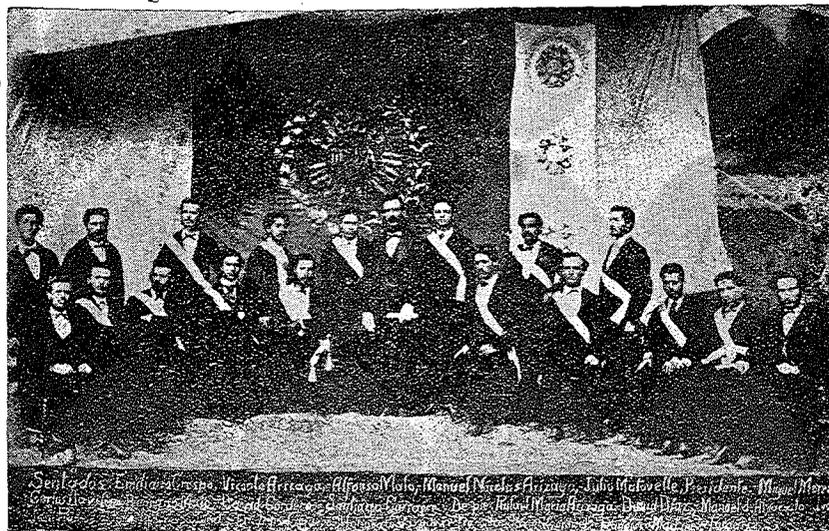
Dejas la noche por la eterna aurora:
Tu dicha es sin igual.

Hoy que terrible con fragor retumba
El trueno del Señor;

Dicha grande es dormir bajo la tumba,
Y dormir con honor.

Envidio yo tu venturosa suerte,
Celos tengo de tí:

Que es muy dulce morir cuando a la muerte
Nada se espera aquí.



Liceo de la Juventud, la más notable Asamblea Literaria, que surgió de la «Sociedad de la Esperanza», fundada por el ilustre Matovelle, quien fue el primer Presidente del célebre Liceo, dirigido ya por el polígrafo Dn. Luis Cordero.

Leyenda del grabado.—*De derecha a izquierda.* Sentados: Emiliano Crespo, Vicente Arriaga, Alfonso Malo T., Manuel Nicolás Arizaga, Julio M. Matovelle, *Presidente*, Miguel Moreno, Carlos Dávila, Benigno Malo T., David Cordero, Santiago Carrasco.—*De pie:* Rafael M. Arizaga, David Días, Manuel J. Alvarado, Juan José Ramos, Cornelio Crespo Toral, **Luis Cordero**, Honorato Vázquez, Francisco Javier Coronel, Francisco Martínez Tamariz.

ARTICULOS Y POESIAS

PUBLICADOS EN LA REVISTA DEL "LICEO DE LA JUVENTUD"

SESION SOLEMNE DEL "LICEO DE LA JUVENTUD"

ACADEMIA LITERARIA DEL AZUAY

—Cuenca, Diciembre de 1874—

Hace más de tres años que se fundó esta academia, con el título de "Sociedad de la Esperanza", por algunos jóvenes amantes del progreso de las letras, entre los cuales merece una especial mención el ya célebre periodista señor *Federico Proaño*. A poco de establecida, comenzó a publicar el periódico "La Aurora", en cuyas columnas se daban a luz los ensayos de muchos de los miembros de la Academia. Esas composiciones, en prosa o en verso, sobre varios temas, exclusivamente literarios, debían adolecer, no hay duda, de algunos defectos, provenientes de la poca pericia y aun corta edad de sus autores; pero contenían también muchas bellezas, y presagiaban, con su indisputable mérito, la realización de esa lisonjera *esperanza* concebida por la juventud del Azuay: la de formar un grupo de literatos, lustre y orgullo de la Patria.

Desgraciadamente, hubo de interrumpirse la publicación del periódico, después de la edición de su número 10º; pues las dificultades e inconvenientes que se oponen a la longevidad de todo periódico en el Ecuador, no perdonaron al de la juventud cuencana. Con todo, no se ha desalentado ésta, sino que, preparando para más tarde la aparición del número 11º. y siguientes de "La Aurora", o la de otro periódico, que la reemplace, trabaja constantemente en la adquisición de nuevos conocimientos, a fin de que sus futuras producciones sean más dig-

has aun del favor público que las pasadas.

La prueba de que trabaja con el mismo afán, en instruirse: por una parte, y ensayar, por otra, es que, a pesar de la suspensión de dicho periódico, persiste en celebrar sesiones privadas y públicas, conservando las primeras su calidad de semanales, y reiterando las segundas, con la mayor frecuencia posible, para manifestar al país que no decae el primitivo entusiasmo, que hay fe en el progreso y constancia en el estudio con que se ha de alcanzar aquel.

La última sesión solemne del "Liceo de la juventud" fué muy interesante; pues la Literatura se vió auxiliada en esta ocasión por la Ciencia y por el Arte; consorcio bellissimo, que dió al acto una grande amenidad y lo hizo digno de la culta atención que le prestaron los ilustrados concurrentes. Sucedió que el señor *Camilo Farrand*, insigne fotógrafo, y aun geólogo y químico, norteamericano, residente hoy en el lugar, quiso dar a la juventud azuaya una prueba de que ama, no solamente la luz de los astros, que, difundida en la atmósfera, llena de encantos y de vida la creación, sino también aquella otra luz, no menos brillante, que, reflejando de inteligencia en inteligencia, ilumina los espacios del mundo moral. De esta luz había dicho él: *God's pacific rays in the cold furrows and shadows of intelligences.*

Contribuyó, pues, con las espléndidas y sorprendentes visiones de su magnífico optorama, a solemnizar el acto literario de la expresada Academia, sin otro interés que el muy noble y honroso de acrecentar el entusiasmo de los jóvenes, amigos suyos.

La función tuvo lugar el 4 del presente mes, por la noche, con suma complacencia de los espectadores, habituados ya a favorecer con sus aplausos a los oradores y poetas del "Liceo"

Hemos deseado que se perpetuará el recuerdo del acto, así por estimular a nuestra juventud, como por expresar, siquiera de este modo, el reconocimiento profundo que debemos al señor *Farrand*. Tales son los propósitos con que pasamos a hacer una sucinta narración de lo ocurrido, insertando, ya que no todos, algunos de los discursos y poesías que se pronunciaron, sin excluir los brillantes trozos y la sentida peroración de nuestro ilustrado y caballeroso huésped.

Discurso de apertura del señor Matovelle.

Señores:

Propio de un pueblo culto, como el nuestro, es buscar distracciones que den solaz al alma y un rayo más de luz a la inteligencia, en vez de las degradantes disipaciones que propician los vicios. Estimulada por esta idea, se presenta hoy nuestra modesta asociación, a ofrecerlos, en conformidad con su estatuto, la sesión con que principiará para ella el segundo año de sus tareas; y habiéndose prestado el ilustre norteamericano que nos visita, señor *Camilo Farrand*, a amenizar este acto con sus renombradas vistas optorámicas, esperamos que, hoy como siempre, se darán un ósculo de amistad el Arte y la Literatura, "¡Maravillas de la ciencia!", habéis exclamado, señores, al contemplar los portentos de la luz: "¡Maravillas de la ciencia!" viene hoy a repercutir nuestro eco, como el sentido adiós que nos vemos obligados a dar al ilustre viajero y al delicado huésped que se nos va.

Señores, los habitantes de la zona tórrida, en este bellísimo continente de América, hemos sido siempre como hijos mimados de la naturaleza: una vejetación pomposa y exuberante, un clima tibio y voluptuoso y una perenne primavera, nos adormecen con su magia y nos hechizan con sus encantos. Parece que hubiéramos nacido para vivir en eterna juventud. De aquí el que no podamos contemplar la ciencia moderna en el lleno de su claridad, ni calculemos con exactitud el número de sus prodigios. Mas ¡ah! la naturaleza principia a tratarnos como a hijos crecidos, y nos pone ya su ceño adusto; pues ¿qué otra cosa significan este brusco variar de las temporadas y esta asolación continua de nuestros campos, sino la terquedad de una madre desdeñosa, que nos dice: "Apartaos de mi mesa y emancipaos de mi protección?" Aprendamos, pues, que el hombre ha nacido para vivir del sudor de su frente y de los esfuerzos de su inteligencia: sepamos ver en las ciencias el arsenal inagotable que proporcionan a nuestra estirpe las armas,

para la conquista de la riqueza y la prosperidad que nos niega una naturaleza avara.

El siglo XIX es un siglo verdaderamente grande y el mayor en la escala de los tiempos, porque ha enseñado al hombre a recuperar su perdido imperio sobre la creación. Causa asombro esa serie interminable de portentos, casi divinos, realizados por la sola inteligencia. Un día, con prepotente brazo, desgajó el rayo de la tempestad y, al otro, le convirtió ya en humilde mensajero de la civilización; y ahora es de ver cómo el pensamiento, con las alas del rayo, atraviesa peregrino por el mundo y salva los barrancos y cruza las montañas. Un día pensó el hombre que el vapor era un hércules vagabundo y se apoderó de él, y a la mañana siguiente, bregaba en los mares, como un galeote, amontonaba peñascos sobre peñascos, como un titán, y, con vigoroso vuelo, encumbraba al hombre sobre el trono del águila.

La luz vagaba todavía por el éter, altanera y seductora como una reina; mas el hombre supo luego asirse de ella, y ahora, sujeta a su voz, obedece sumisa a sus mandatos, y hermosa y melancólica, como una esclava griega en el haren del sultán, busca el retiro y las sombras, para ejecutar sus milagros, como si se avergonzara de su servidumbre. Pintora admirable, tiene el mágico poderío de sorprender a la naturaleza en una actitud, en un movimiento. Como mariposa que sacude en una flor los matices recogidos en otra, así la luz ostenta en un paraje las maravillas admiradas en otro. En el Ecuador nos hace ver la aurora boreal y las nieves flotantes de los polos, y en estos deja contemplar el cielo sereno y los paisajes frondosos de los trópicos. De esta manera pone en contacto a todos los pueblos y hace a la humanidad verdaderamente cosmopolita.

Pero no es esto sólo: el hombre ha rasgado los velos de lo infinito y ha encontrado nuevos universos, allí donde no se sospechaba que existiera un ser. En los senos del espacio y en los confines de la nada, ha sorprendido mundos y soles, tan grandiosos como el nuestro, y en la imperceptible gota de rocío, que posa en el cáliz de una flor, ha hallado también un

universo, compuesto de millones de seres más pequeños que los átomos. En vista de esto, ¿quién no se siente obligado a ensalzar el poder del Altísimo y a admirar la obra más grande de sus manos, la inteligencia creadora del hombre? “¡Maravillas de la ciencia!” es la voz que involuntariamente se nos escapa del pecho, al meditar en tan sublimes portentos.

Y ¿qué ha conseguido, me diréis, el hombre, con estos triunfos?—Hacerse el rey de la creación, ahorrar sudores y lágrimas a la humanidad, libertar al esclavo de sus faenas, poniendo en su lugar la materia y la máquina, y emanciparse de los caprichos de la naturaleza. Ahora sí que el hombre no está pendiente de élla, como el niño de los pechos de su madre; ahora puede alzar los ojos al cielo, ver que los astros son su corona, deleitarse en su espectáculo y esperar tranquilo la hora del festín.

En estos días, señores, merced a los milagros de la luz y de su hija la fotografía, habéis admirado las espléndidas obras de la civilización moderna; os habéis asombrado, al ver tantos monumentos gigantescos y tan grandiosos palacios; habéis deseado hollar el terciopelo de sus salones y las baldosas de sus calles; habéis anhelado viajar en sus ferrocarriles y navegar en sus vapores. Pues bien, sabed que de estas comodidades y prosperidad disfrutaban únicamente los pueblos laboriosos. ¿Qué era doscientos años hace, la que es ahora patria de Washington y Franklin, de Fulton y de Morse?... Y por qué se ha levantado hoy a tan prodigiosa altura?...

Si queremos, pues, no atrasarnos del siglo en que vivimos, recordemos que la moralidad y el trabajo son los móviles del progreso; recordemos que la ciencia es la poderosa palanca de Arquímedes, que puede desquiciar el orbe, y que, si la hosedamos en nuestra patria, levantaremos muy pronto el pabellón de nuestra nacionalidad sobre la cima del Chimborazó.

Cuando apareció el sublime cuadro *La Creación de los astros*, recitó el señor *Emiliano Crespo* la siguiente composición del señor *Julio Matovelle*.

“Era el caos la nada: la tiniebla,
Como una inmensa niebla,
Los senos ocupaba del espacio,
Sin ecuador ni polo;
Dios, en su eternidad, estaba solo,
Como rey sin vasallos ni palacio.

Mas el supremo *Fiat*,
Cual tenue velo desgarró la nada,
Y rota la niebla en mil jirones,
Por la luz arrollada
Se ocultó del espacio en los rincones.

Ondear, te luego, como polvo de oro
Sobre copos de rosas y jazmines,
Asomó de los astros el gran coro,
Entre nubes de ácidos serafines.
Del universo, entonces, en los confines.
Un himno resonó solemne y tierno,
A cuya embriagadora melodía
La mañana brotó del primer día
A la sonrisa hermosa del Eterno.

Al punto, por un ángel desgranados
Se esparcieron los globos de zafiro,
Y fueron a cada uno señalados
En la etérea región, el rumbo y giro.
Desde entónces, de noche, entre las nubes
Nos asombran los astros con sus galas,
Porque allí los ostentan los querubenes,
Y de día los cubren con sus alas.

¡ Oh, cuanta maravilla
En sus ámbitos guarda el firmamento!

Al esplendor difuso con que brilla
Se eleva el alma en dulce arrobamiento:
El poder de la diestra omnipotente
Vislumbra entre celajes un momento
Y corona de estrellas su alba frente”.

El mismo Presidente de la Sociedad, en honra de los gloriosos Manes de la Patria, dijo:

“¡ Ilustres genios de la patria mía !
Los que en vuestro sendero
De luz dejásteis fúlgido reguero
Os evoca la luz en este día,
Y de la muerte en la región umbría
Penetrando altanera y silenciosa,
Con su planta de rosa,
Se acerca al mármol de la tumba yerta,
Y os evoca la luz y ella os despierta.

Contempladlos allí... ¡ Cómo rutila
La luz en su pupila !
¡ Cómo enciende de nuevo el pensamiento
En la helada cabeza,
Y en llama torna lo que fué pavesa !
Y, tejiendo magníficas guirnaldas,
Les cerca de luceros y de flores;
Que, si ellos en mi patria la encendieron,
La luz, en cambio, sola,
Les da la esplendidez de sus fulgores,
Y es su vida la luz, la luz su aureola”.

Después de algunos momentos, ejecutó la orquesta un trozo del *Moisés en Egipto* de *Rossini*, y luego pronunció el señor *Matovelle* la composición que copiamos:

“Qué visión hechicera me deslumbra,
Como fantasma de dorado ensueño,
Del crepúsculo en medio y la penumbra?
¿Es un ángel talvez el que me encumbra
En las alas de ensueño?”

En grato lecho de armiñadas nubes,
Por la etérea región me hallo vagando:
¿Lucero de la tarde a dónde subes?
¿Hacia dónde, bellísimos querubes,
Tendeis el vuelo blando?”

Mas, ya bajo a la tierra: los portentos
De natura y el arte ledo admiro:
Estupendas ciudades, monumentos
Que desdeñan la furia de los vientos,
Del tiempo aleve el giro.

El Niágara contemplo, el Tequendama,
La sien del Chimborazo adamantina,
La mar terrible, que furiosa brama,
Como las ondas con rubís recama
La estela peregrina.

Del Oriente los mágicos jardines
Que aduermen al Sultán en muelle holganza,
Do, apurando el placer en mil festines,
Bayaderas ceñidas de jazmines
Hechizan en la danza.

Alcázares grandiosos cincelados
En el nítido mármol o el granito,
De Babel los escombros derrocados,

Los arcos de triunfo levantados

A Napoleón y a Tito.

De Farsalia y Sedán el triste osario,
Do el Genio de las tumbas bate el ala,
Y la agrietada roca del Calvario,
Que un perfume de amor, como incensario,
Perennemente exhala.

Con el brillo fugaz de los meteoros
Y el vibrante esplendor de las centellas,
Entre grupos de arcángeles canoros,
Los Genios del saber pasan en coros,
Coronados de estrellas.

Mas basta ya: la sien enardecida
Por la gloria falaz, todo me abraso:
Si estéril ha de ser mi oscura vida,
¿ Por qué me hace que duerma ¡ fementida !
Una hada en su regazo ?

Pasó ya la ilusión: solo un lucero,
El sueño de mi Cuenca hermosa vela,
Y ante mí se levanta un caballero:
—Quién eres, dime?—*Farrand* el viajero,
De la luz centinela.

¿ Tú la visión causaste de mi halago ?
Realizaste mis sueños, te bendigo;
Ya un genio seas, ya un artista o mago,
No desdeñes ¡ oh *Farrand*, en tu pago,
La mano de un amigo".



REFLEXIONES VARIAS

POR

JOSE JULIO MARIA MATOVELLE

DESDE EL AÑO DE 1876 HASTA 1879

*L*AS reflexiones que siguen, acerca de varios asuntos religiosos, son el recuerdo de una época muy agitada de mi vida, durante la cual trataba del gran asunto de mi vocación. Algunos estudios, y las reflexiones que hice sobre la belleza incomparable de la Religión Católica, me movieron poco a poco a dejar el mundo y consagrarme definitivamente a Dios en el Sacerdocio; por esto, las presentes reflexiones, aunque en sí mismas no tengan valor alguno, para mí lo tienen muy grande, pues forman como las cercas del camino que me condujo a los altares (1).

(1) Pudiera ser que las hermosas páginas con las que nos permitimos incrementar el gran acopio de producciones del Sr. Matovelle, no hayan sido escritas, sino como expansión del alma tan impresionable de su autor en los años de las más íntimas contemplaciones de su noble y preciosa existencia.

Mas no encontramos razón de suprimir capítulos inéditos, sí, pero importantísimos, para conocer a fondo el pensamiento que sin, vacilaciones, informó toda su obra meditada y escrita, cual es, el triunfo de la causa de Dios, de la Iglesia y de la Patria.

I

El Catolicismo se halla hoy en uno de los más hermosos períodos de su grandeza. Cuando la falsa filosofía trata de negar la existencia de Dios, el Catolicismo se ocupa actualmente en dos admirables manifestaciones de Dios a la Humanidad: *María Santísima* y el *Pontificado*. Lo demuestran así los dos dogmas proclamados en este siglo; por esto, entre estos dos dogmas existe la más hermosa relación: *Ipsa conteret caput tuum* se ha dicho a Satanás, de María; *Et portae inferi non prevalebunt adversus eam*, se ha dicho a la Roca del Vaticano. ¡Si comprendiera el mundo los sublimes designios de grandeza reservados para el Pontificado, en el hecho mismo de haber permitido Dios la transitoria usurpación de Roma!... Pero el mundo no comprende las obras de Dios; porque la grandeza para él está en la soberbia, y la grandeza para la Religión existe en la sumisión humilde a los designios del cielo.

II

Las naciones, como los individuos, traen cada una al mundo una misión, cumplida la cual, desaparecen de la historia. Como el árbol se reviste de pompa y lozanía y se cubre de un manto de flores, para dar la semilla; así los pueblos se revisten de grandeza para llenar su misión; y después, se mantienen poco a poco y al fin mueren. La misión del pueblo Judío, fue dar al mundo el Redentor; la de Roma difundir el Cristianismo; la de España y Portugal descubrir el Nuevo Mundo... (Cuenca, 11 de Febrero de 1877).

III

Dios que es eterno infinitamente sabio ha dispuesto todas las cosas de tal manera que sin violentar un ápice el orden regular, contribuyen todas a la realización de sus fines; de la manera mas concordante.

IV

La Biblia es libro por excelencia: es el libro de Dios: y Dios todas (las) cosas las hace como Dios. La Biblia es el faro de

todas las ciencias: es la palabras de Dios ofuscando la palabra humana. Todas las ciencias en su nacimiento vienen a estrellarse contra este libro santo: más luego que han crecido, se llega a admirar la sorprendente concordancia de la Biblia con todas las ciencias. La Biblia es un abismo: nadie lo abarcará. Dios permite el progreso del saber humano, de tal modo: que por un lado conozca su miseria y su nada: y por otro admire la sorprendente concordancia de las *obras* con la *palabra* de Dios. La Biblia será vindicada completamente por el mismo saber humano, antes de la consumación de los siglos..... (Cuenca, 11 de Marzo de 1877).

V

La sangre del inocente es semilla de vida, y la sangre del mártir semilla de cristianos.—La sangre de la Irlanda ha alcanzado la conversión de Inglaterra; la sangre de la Polonia alcanzará la conversión de la Rusia. Dios, para conceder sus gracias a un inicuo escoge primero una inocente víctima en holocausto por los crímenes de aquel; y la sangre de la víctima abre los ojos del verdugo. (Cuenca, 1º de Abril de 1877).

VI

¿Quién comprende el inmenso beneficio hecho a la humanidad por la Revelación? Lo que la fé nos enseña no son absurdos, sino verdades altísimas, y algunas, pues, tan sobre los alcances de la humilde inteligencin humana. El genio no está en racionar, sino en ver de un golpe de vista por una sublime intuición, lo que otros que están bajo de él apenas pueden comprender mediante largos y dilatados racionios. Y bien, la fé ha hecho sabia a la humanidad: ella enseña, como en fórmulas, verdades, a cuya comprensión, apenas se acercaron, después de complicadas deduciones, inteligencias tan prodigiosas como las de Platón y otras ¿Qué diremos de aquellos entendimientos raquícos, que guiados de estúpido orgullo creen bastarse a sí mismos y se burlan de la fe, de ésta *divina luz* que Platón la habría acogido bendiciendo al Todopoderoso? (Cuenca, 28 de Mayo de 1877).

VII

La Europa se muere. Esto nos dicen a cada paso los mejores poetas, los más ilustres pensadores de la época. ¿Quién recogerá su herencia?: las degradadas repúblicas de raza latina no serán ciertamente sus herederas; morirán con su madre, morirán como morían con ellos los esclavos de los déspotas de Oriente? Y cuál es la muerte de las naciones? El despotismo. La Rusia recogerá, como la antigua Roma, los esparcidos fragmentos de nacionalidades corrompidas. La sensualidad y el ateísmo: he aquí los mejores soldados de la Rusia. Formado ya el gran imperio moscovita, estallará al fin, como una tromba marina, al disolvente soplo del comunismo y el inmenso pueblo de esclavos conducirá la Europa. Napoleón I hizo ya el experimento de que los pueblos de Europa tenían el suficiente servilismo para sujetarse a un déspota. Los pueblos se degradan y prostituyen en las revoluciones: la anarquía es la vanguardia del despotismo: tras la *revolución europea*, vendrá el *imperio europeo*: ese será la última llamarada que lanzará a la faz de los siglos ese *viejo mundo* que tanto ha dado que decir a la historia. Entonces le llegará su turno a la América. Del Norte han bajado siempre la civilización y los imperios. Para aquella época los EE. Unidos serán ya una gran *monarquía católica* que conquistará fácilmente a los ateos y *degradados cacicazgos* del Sur. La ley de la atracción obra también en las naciones; poco a poco se van uniendo unas con otras, entre sí; entonces viene otra mayor y las absorbe a todas; mas esta nueva *gran nacionalidad*, cede a su vez a la fuerza misma de su peso; y se divide y se separa; pero esto es ya la disolución del sepulcro. (Cuenca 30 de Mayo de 1877).

VIII

La Escritura Santa, a mi modo de ver, es como una exquisita fruta, compuesta de tres partes (o tantas cuantos son sus sentidos). El sentido literal es la corteza, el moral es la pulpa, el místico la semilla. La verdad es como agua viva que sale de un surtidor, y se derrama en tres recipientes o

escudillas diversas; *el místico, el científico y el material* (1). El mundo físico, la naturaleza corpórea, con toda su hermosura, es la corteza, es el último recipiente, es el último espejo de la verdad. Cada flor, cada astro es la imagen descolorida de una verdad ¡Ay de aquellos que se quedan en este último escaño, sin poder nunca levantarse hacia Dios! ¡Felices de los santos, que en su unión mística con el Eterno, como el cóndor desde el Chimborazo, miran a su frente, cara a cara en sublime éxtasis la verdad infinita, y se queman en su llama, y se abrasa en sus ardores; y miran a sus plantas primeró las ciencias abstractas, y a lo último las físicas ¡Oh, en un minuto de oración se aprenden mas verdades que las que después de largos raciocinios alcanzaron a vislumbrar Platón, Kepler y Newton! Si queréis haceros sabios, haceos santos! Y luego para que la ciencia si no es para ir a Dios? Felices los que llegan al término de un salto y sin tantos rodeos. Pueblo *civilizado* es el virtuoso, no el que viene en red de telégrafos y ferrocarriles olvidado de su Dios. Ese pueblo es como el insecto que se para en la hoja sin llegar al fruto. ¡Oh, cuán bueno es Dios! No todos pueden ser reyes o sabios, pero todos pueden ser santos! Hasta los ignorantes pueden ser sabios, con solo ser santos! (Cuenca 30 de Marzo de 1877).

IX

La Biblia es un libro verdaderamente divino, sin igual en el mundo: la Biblia es la palabra de Dios, el universo su obra: solo Dios que hizo el mundo pudo expresar todas sus bellezas en ese pequeño libro que se llama Escritura Santa: la Biblia es la enciclopedia divina, es el universo hallado, como el universo es la Biblia realizada: Si admiramos a Dios por lo uno, admirámosle y démosle gracias también por la otra. Quien abarque las maravillas del universo comprenderá la Biblia.

He aquí la prueba incontestable de lo que venimos diciendo.—Hasta ahora no hay ciencia alguna humana, que en su

(1) Véase a Faver—"Todo por Jesús"—tom. 2º. pags. 136 y sgts.

primer período de formación no se haya estrellado contra la Biblia, (aunque también no hay ciencia que no concuerde con ella, en su estado de perfección) de esto tenemos que confesar por lo menos, que no hay ciencia cuyo error opuesto no haya esclarecido la Biblia. Ahora bien, como todo error es una idea relativa, es decir, es la negación de una verdad; la Biblia trata de tantas verdades, como errores sienta la ciencia sin Dios, luego según los mismos impíos la Biblia se ocupa de todas las verdades; es decir que se ocupa de todas las verdaderas ciencias. Y bien, cómo pudo suceder sin inspiración divina, que los escritores sagrados se hayan ocupado de todas las ciencias modernas, en un período de tiempo en que ni siquiera se sospechaba la existencia de los fenómenos físicos que ahora nos sorprenden? Dónde hay un libro semejante en todo el mundo? Desafío al físico mas eminente a que escriba un libro, testificando en él todos los descubrimientos naturales, que se harán en el transcurso de los siglos. ¿Luego la Biblia, según los mismos impíos, que aseguran que es opuesta a las ciencias físicas, es un libro divino. Ah! Dios es Dios en todas sus obras: en todas ellas resplandece un rayo de su infinitud insondable! (Cuenca 28 de Junio de 1877).

X

La ciencia del ascetismo se desecha como inútil por las sabios del mundo. ¡Pobrecillos! no saben lo que dicen. El ascetismo perfecciona los dotes morales del hombre, y como éste es ser intelectual, claro está que su perfección la de venir del orden moral. Los santos en efecto han sido los únicos y primeros civilizadores del mundo. La civilización es la caridad, es decir, la vida de las sociedades; y los santos son los únicos que inspiran caridad a los hombres: ellos los únicos que ponen en práctica las palabras altamente cristianas de *igualdad, fraternidad y libertad*. Los señores revolucionarios cierto que las proclaman en las tribunas, mientras roban el tesoro público, y derraman la sangre a torrentes en luchas fratricidas: los santos son los únicos que abren sus arcas a todos, y hombrean con

el más ínfimo aldeano. ¿Quién no se admira del sublime ministerio de un cura: muchas veces es hombre ilustrado, un sabio quizás; y verlo aquí a altas horas de la noche, caminando a visitar a un astroso y miserable vaquero, tendido en una pestilente cabaña en medio de desierto páramo! ¡Sublime ministerio el de un cura! ¡Grandiosa igualdad la del cristianismo! Los señores liberales que tan amorosos se muestran del *pobre pueblo*, que tanto declaman contra los frailes, como oscurantistas y retrógados, dennos un S. Vicente de Paul, un Las Casas, un Sto. Toribio Mogrovejo, un Pedro Claver, un Valmaseda o Margallo; y les creeremos. Mientras tanto, no hay más testimonios de su filantropía que las montañas de cráneos levantadas por ellos a lo Tamerlán, en los campos de guerra fratricida.—(Cuenca, 30 de Junio de 1877.)

XI

Algunos espíritus tímidos se han puesto a profetizar que está próximo el fin del mundo, asustados del formidable aspecto que presenta la impiedad. Yo al contrario: he admirado el magnífico y espléndido espectáculo que presenta el Catolicismo, y me he dicho: la cruz está en su mediodía, los tiempos en su mitad. ¿Qué siglo ha tenido santos, y pontífices ilustres, y eminentes escritores como los del nuestro? Nunca ha sentido más vida el Catolicismo que en nuestros días. Mírese ese número, sin número de asociaciones, de congresos, de peregrinaciones, de empresas, de naciones convertidas a la Religión, y se verá cuán larga duración anuncia la obra del Señor. Conque, están de catecúmenos la Inglaterra y los EE. Unidos, la América y la Oceanía, y la Rusia seguida del largo séquito de la China y el Indostán, y decimos que está cerca el fin de los tiempos? Nuestra Señora de Lourdes y la Inmaculada Concepción, el Corazón de Jesús y las estigmatizadas, la infalibilidad pontificia y Pío IX; ¡cuántos prodigios, cuántos estupendos milagros!.... ¡Y las persecuciones?—Ah! cuando las plantas están en cicrnes los vientos duermen; cuando estos se levantan es para sazonar los fru-

tos. Las persecuciones son una prueba más de la admirable vitalidad de la Iglesia. No: lejos está todavía el gran día del Señor. Lo que deberían hacer los católicos es, no descansar sobre las agonías de la Iglesia, sino manifestar a los impíos que nunca Esta se ha sentido mas vigorosa que en el siglo presente. La Europa se muere.—Cierto. ¿Pero, y la América, y la Oceanía? Estamos en una gran época: lo confieso: época de ruinas, pero también de regeneración. De la tumba de la Europa, saldrá una nueva y creyente humanidad. Los godos están a la puerta con Alarico!: esperad, mañana se convertirán.— Que nos invade la democracia y la ciencia incrédula, y el falso progreso! Esperad, mañana será el bautismo de la democracia, y la ciencia, y el progreso. No temáis a estos salvajes leones del desierto; mañana dormirán mansos corderos a la sombra de la cruz. ¡Qué aspecto tan encantador, qué magia, qué divinidad la del Catolicismo. El nos arrastra a la civilización, y nosotros, por la ley del movimiento relativo, creemos, insensatos, arrastrar al Catolicismo hacia la civilización. No es el sol el que se cambia, sino la tierra; no el Catolicismo sino la humanidad.— Cuenca, 4 de Julio de 1877.

XII

¿Qué han hecho hasta ahora las repúblicas de Sud América? Edificar... ruinas! Con su sinnúmero de presidentes y congresos y convenciones y guerras y trastornos, no se han ocupado en otra cosa que en deshacer. Ahora no hay entre nosotros, ni miedo a la autoridad, ni amor a la República, no hay sino ambición y anarquía. La autoridad, en manos de pueblos incipientes, es como una joya de gran valía en manos de niños díscolos y traviosos. Las repúblicas sudamericanas son la caricatura de todo gobierno, el envilecimiento de toda autoridad la blasfemia de la libertad, y la hipocrecía del despotismo.— Cuenca, 7 de Agosto de 1877.

XIII

Vastísimo e insondable es el campo de las ciencias; nosotros vivimos en medio de ellas, como el infusorio anonadado

en medio de los mares. Un abismo es el hombre, un abismo el firmamento, un abismo una gota de agua! En todas partes está marcada la huella de la infinidad de Dios. ¡Qué cúmulo de relaciones no ligan a los seres unos con otros! El magnetismo animal, la homeopatía, la arqueología, el espiritismo; todo ese incalculable número de sistemas que forman lo que se llama ciencia moderna, son el presentimiento de un mundo entero de ciencias que está por descubrirse. Pues hay que notar lo bien, los más absurdos sistemas no podrían subsistir sino fuera por el átomo de verdad en que se apoyan; pues la inteligencia jamás puede abrigar el error como *error*, porque es la nada; si la predica y la sostiene es porque lleva el germen de alguna verdad nueva. Toda herejía, todo error ha ocasionado siempre una nueva revelación. El diamante sale de la mina revuelto en lodo; primero se lo limpia, después se lo pule. ¿Llegará el hombre al fin de los siglos a abarcar todos los misterios de la naturaleza? Algunos creen que sí, fundados en este argumento, a saber: que el mundo físico tiene por fin inmediato al hombre, y Dios no puede crear nada por un mero capricho, sino para que fuera objeto del conocimiento humano; por qué, pues, se hubiera complacido en crear misterios que jamás habían de ser comprendidos por el hombre? Otros dicen no; y juzgan que todos esos conocimientos los completaremos en la eternidad. A nosotros nos parece que la ciencia moderna está haciendo lo que un viajero, que después de largo caminar se encuentra con una multitud de veredas que no sabe a donde guiarse, y se halla por último perdido en un laberinto. El nudo gordiano ha sido despedazado, cada siglo halla un cabo; pero llegará acaso tiempo en que se puedan unir estos varios cabos y volver a formar el nudo primitivo? Este es un poderoso argumento que nos testifica la verdad bíblica del pecado original. Todo nos anuncia que el hombre inocente fué creado en toda sabiduría; y que toda la perdió por su prevaricación. En efecto; obsérvese: casi todos los pueblos primitivos sobre todo los orientales, guardan ya en forma de leyendas, ya de teogonías, fórmulas asombrosas que encierran en sí como el principio de ciencias desconocidas; la alquimia fue el presentimiento de la

química; *las tarascas y monstruos* la revelación de la ciencia de los fósiles; y así de casi todas las ciencias. Y en efecto, la inteligencia no puede crear sus concepciones de la nada, es preciso que tenga un principio de razonamiento; la imaginación tampoco crea nada, sino a lo mas combina las impresiones recibidas; así es que, cada una de esas leyendas y tradiciones fantásticas, cada una de esas fiestas y juegos casi ridículos, son la metempsícosis de alguna gran verdad primitiva, la larva que encierra alguna desconocida mariposa que andando el tiempo desatará radiosa su vuelo por los horizontes de la ciencia: la leyenda pues, es el resto de alguna preciosa tradición adámica. Las fórmulas son la síntesis de la ciencia, o la expresión de alguna intuición infusa; ésta la tuvo Adán, y quizá algunos de los pueblos primitivos (1). El espectáculo, pués, que ofrecen las ciencias modernas es el de la reconstrucción de un gran buque naufragado allá contra las rocas del Edén; y cuyos varios fragmentos vienen flotando en las corrientes de las naciones, o yacen hacinadas en las riberas de la historia. Mientras tanto la fe es aquel faro sublime que él solo ha quedado en pie entre las ruinas amontonadas por un terremoto universal; es como una de esas columnas solitarias que se alzan sobre los escombros de Palmira o de Balbec. ¡Ah!, si supiéramos comprender el incalculable beneficio que presta la *fe* católica, a la historia, a las ciencias abstractas y físicas, y a todo el inmenso cúmulo de toda clase de conocimientos naturales y sobrenaturales!.—Cuenca, 24 de Agosto de 1877.)

XIV

En la situación actual del mundo de terrible desorganización religiosa política y doméstica; cuando todo el afán de los imperios parece reducirse a inutilizar la acción salvadora del sacerdocio en la sociedad, cuando el mundo todo se halla tan apartado hoy del templo y los altares, creemos lo siguiente: 1º. que los sacerdotes deben extender más que antes el círculo de su acción, sin limitarse al terreno puramente eclesiástico y

(1) Véase sobre esto a Cantú: Hist. Univ. tom. I. pags. 75 y 76.

2º. que es deber estricto de los seglares organizar una falanje auxiliadora del sacerdocio, para acercar por medio de ella la acción salvadora del sacerdote al corazón incrédulo y corrompido del mundo. Si nos fuera permitido decir expresaríamos que es necesario hoy un cierto sacerdocio seglar (1), que revistiendo las apariencias del siglo lleve la salud al seno de la descreída sociedad actual. Bien así, como en los primeros siglos de la Iglesia, los santos misterios eran llevados a las cárceles mameritinas por los prefectos y senadores, así hoy la santa palabra del sacerdocio debe ser llevada a las cárceles de la impiedad por los que se revisten de autoridad y poderío según el mundo. Bien entendido eso sí, que la acción de seglares debe ser estrictamente dependiente del magisterio sacerdotal, como la vanguardia de un ejército obedece las órdenes del estado mayor. Debe, pues, hoy haber misioneros de levita, no sólo de sotana. De aquí la imperiosa necesidad de asociaciones, peregrinaciones, academias y congresos católicos. Demos apariencia de profano, demos sabor seglar al borde de la copa donde está el remedio que ha de salvar al mundo. Esto sería un nuevo aspecto que el Catolicismo presentara en nuestros tiempos, y que debería hacernos admirar la acción fecunda y múltiple, la vivificante y nunca agotada savia de nuestra excelsa y divina Religión.—Cuenca, 19 de Octubre de 1877.

XV

Grande y mucha es la diferencia que media entre el cisma de Oriente, y de Occidente; el primero tiene por causa la herejía y el fanatismo, es decir, la *fe extraviada*; el segundo, el racionalismo y la incredulidad, es decir, la *ausencia total de fe*. Ahora bien, como la fe es savia de los pueblos, el racionalismo es la muerte; más todavía: toda religión y toda fé tienden al Catolicismo, y toda incredulidad es su negación. De aquí resulta: que el Oriente fanático y cismático, tarde o

(1) Con cuanta anticipación ha pensado Matovelle en lo que ahora funda Su Santidad Pío XI con el título de Acción Católica Social.—N. del E.

temprano se ha de convertir al Catolicismo; mas la Europa protestante, una vez que haya escanceado los últimos restos de fe que la alimentan, morirá de muerte; y sobre su sepulcro no se posará esperanza alguna de resurrección, a no ser que una nueva raza, como las antiguas del Norte, viniere a despertar la fe en los cementerios y catacumbas de los mártires católicos. —Tarquí, 26 de Noviembre de 1877.

XVI

La principal *facultad* del hombre es la inteligencia, y la inteligencia se dirige por la verdad. De aquí, que tanto el individuo, como la humanidad completa necesitan de un principio de vida una verdad motora de sus actos. Y así como todo individuo tiene una pasión dominante, una tendencia, un móvil, por los cuales se explican todos los actos de su vida; de la misma manera, cada raza, cada nación y cada época de la historia tiene un principio por el cual se explican sus hechos, un fin determinado por el cual se rigen sus tendencias. Dejamos a los filósofos de la historia hacer el análisis de los principios determinados de cada época histórica. Nosotros diremos únicamente que estos principios pueden ser varios y en determinada escala; pero que entre ellos se sigue siempre el orden natural; y que por tanto, el primer móvil de todas las épocas, razas y naciones es siempre el fin último concretado en *la religión*; a esta se ha de recurrir, pues para explicar las diferentes facetas de la historia. Después del *principio religioso* sigue el *social* y tras éste el *doméstico*; estos tres principios se han de tomar, pues siempre en cuenta para resolver los problemas históricos. Ahora bien: toda la historia no es otra cosa que la lucha del bien y del mal: la variación no es del fondo, sino de los accidentes; es decir: la única diferencia que media entre un período y otro, entre esta y aquella nación, es solamente la de las varias facetas del bien y del mal, según los cuales se continúa la lucha. Por ejemplo: los principios determinantes de la época moderna son; en el orden religioso, la fe y la incredulidad; en el social, la soberanía de la demagogía, o la de Dios;

esto es, la revolución o la legitimidad; en el doméstico, el *sensualismo* o el *espiritualismo*, es decir: la soberanía de la carne o del espíritu, el matrimonio civil y pagano, o la familia cristiana. Añadiremos mas: el principio generador de los demás es el religioso; puesto que este es el fin último, y los demás son medios; y es sabido que los medios se determinan por el fin. En una palabra: el problema que trata de resolver la edad moderna es el siguiente: *podrá la humanidad pasarse sin fe?* de este resulta este otro problema: *podrán las sociedades existir sin autoridad?* y de este se reduce el último; *podrá formarse la familia sin autoridad paterna?* La respuesta tendrá que ser siempre favorable a la verdad; pero para su triunfo práctico serán menester largos años; la sangre de mil mártires y la paciencia de la catacumbas.—Cuenca, 30 de Noviembre de 1877.

XVII

El bien se ha de obrar sobre todo y ante todo porque es bien; y no con miras utilitarias. En el plan de la Providencia, no siempre los resultados de una buena acción son tan pronto como nosotros quisiéramos; y lo que es más, no siempre aquellos resultados son conformes a los que nosotros hemos ideado, sino a lo que el Altísimo ha determinado. Pero esto, en nada disminuye el mérito de la acción; porque aquel es *subjetivo* ante todo, como lo es todo el orden moral, es decir, que depende de la inteligencia. Nosotros somos causas segundas y no primeras: pongamos el acto bueno, esto pende de nosotros: en cuanto a los resultados esos penden de Dios; entendiéndose que cualesquiera que ellos fuesen, serán siempre para mayor gloria del Eterno y más alta perfección de la humanidad. Pero hay, en esto, un peligro, y es, que muchas veces ponemos actos malos y los creemos buenos, y de ello resulta que los efectos nos salen diametralmente opuestos a los que nosotros esperábamos. En vista de esto ¿será a Dios de culpar, porque no siempre obtenemos de El, lo que con instancia le pedimos, como resultado de algún acto nuestro?—Cuenca, 30 de Noviembre de 1877.

XVIII

En América, el movimiento católico, debe revestir una faz distinta que en la Europa, bajo ciertos puntos. Por ejemplo, entre nosotros no existe la *cuestión obrera*, que es propia del viejo Continente, porque allí sobran brazos y falta trabajo, y aquí faltan los primeros y sobran los segundos; en Europa, hay exceso de población y escasez de territorio, entre nosotros es escasa la población y excesivo el territorio. Luego las *asociaciones Católicas* (1) de América, si no quieren limitarse al bajo popel de *rutineras imitadoras* de las de Europa, y antes bien si quieren ser complementarias de estas últimas, uno de los objetos que deben proponerse es el establecimientos de *colonias católicas* en el interior de nuestros fértiles bosques. Otro ejemplo: entre nosotros no hay clase proletaria propiamente dicha; pero hay la desgracia de los indios; cuán grande obra sería, la que realizara una sociedad católica de Sud-América levantando del oprobio y degradación a aquella abatida y mísera raza. ¿Por qué son tan estériles nuestras repúblicas en héroes cristianos; dónde están un Las Casas, un Claver que evangelicen a los desgraciados indios? En fin, los círculos para alcanzar su objeto deben estudiar necesidades prácticas, no imaginarias ni de fantasía. El mérito mayor es el de las invenciones no de la pura imitación.—Cuenca 4 de Diciembre de 1877.

XIX

Los dogmas católicos son altas verdades religiosas de incalculables trascendencia para todas las ciencias. En cuanto a verdad son eternos; pero en cuanto a su definición, se proclaman por disposición divina, precisamente cuando la humanidad necesita más de ellos. Cada dogma es un faro de luz que enciende la Providencia para evitar que la humanidad naufrague enciende las borrascas y escollos del error, que de tiempo en tiempo, suscita el infierno. Por ejemplo, la gran cuestión que hoy agita a

(1) Acerca de la importancia de estas, véase lo que dice Mazzini con relación a la de las logias.—“La Sociedad” N° 2.093

la humanidad, es saber, si la soberanía reside en los súbditos o en la autoridad, o, formulada en una palabra, es el racionalismo. Pues bien: el dogma de la infabilidad pontificia ha resuelto el problema, quebrantando la cabeza de la incredulidad, vicio dominante del siglo; es una gran verdad que declara el modo de ser, la constitución de la Iglesia y aun del *mundo* (véase el párrafo siguiente), cosa que no han logrado hasta ahora con respecto a la sociedad civil, todas las convenciones modernas (1). — Pero hay que saber que la Iglesia es la sociedad más perfecta de todas y que en cuanto a sociedad no puede dejar de tener los principios esenciales o constitucionales de las demás; si, pues, se ha declarado que en ella el soberano no es el pueblo, sino el poder, resulta que el dogma de la Infabilidad Pontificia echa abajo aquel otro de la Soberanía popular; y ved aquí resuelta la gran cuestión, el gran problema de la edad moderna. De esto podemos sacar otra consecuencia: ha pasado ya la época puramente teológica de las ciencias, y estamos de lleno en la época social: la teología se ha dado los brazos con la ciencia política. En la cuestión social está incubada otra gran cuestión que constituirá la tercera época científica que podríamos llamar del naturalismo; a saber si los fenómenos físicos son independientes de Dios y del orden moral, si la Biblia está o no conforme con los descubrimientos de la física; entonces se proclamará otro *dogma* que será el abrazo que dé la teología a la *física*. Entonces el gran mal de la época no será ya la incredulidad y el racionalismo, sino lo que es peor el racionalismo escéptico. He ahí los escalones del error opuestos a los grados de la verdad: *Herejía, racionalismo, escepticismo*. Porque tres son también los grandes órdenes: *moral, intelectual y físico*. Cuando toda la humanidad se haya vuelto *materia*, entonces no habrá otra resurrección que la postrera de la carne.—Cuenca, 5 de Diciembre de 1877.

(1) Una prueba irrefragable de que la unidad religiosa es el principal lazo de la unidad nacional, es la existencia de la raza judía a través de tantas dispersiones.

XX

Tres son los elementos necesarios de toda sociedad: *multitud*, *autoridad* y *medios*; donde falta uno solo de estos no hay sociedad; donde no hay sociedad y hay multitud, hay *desorden* y *anarquía*. Ahora bien, el orden es el distintivo de todas las obras de Dios: decir lo contrario es blasfemar. Débese pues, preguntar: la *multitud* de todas las naciones forma o no forma sociedad? Claro es que debe formar porque la *humanidad*, que es la obra más grande de Dios, no podía ser desordenada, si todas las naciones forman la *sociedad humana* debe haber una autoridad que esté sobre todas, y esta autoridad es el *Papa*. Y así sucede, en efecto: toda sociedad es tal, bajo el aspecto que une a los hombres para la consecución de cierto fin; y el fin en que tienen que unirse todos los hombres es la felicidad eterna; luego la unión de todas las naciones debe ser religiosa, y no puede ser *política*, o para que sea política es necesario que sea religiosa, por esto los emperadores romanos principiaron por hacerse pontífices. Además según las instituciones de Dios, la sociedad debe ser un cuerpo *orgánico*, no compuesto de partes *yuxta puestas*; así la Iglesia se descompone en naciones y las naciones en familias: tres son por tanto los poderes de la tierra, *doméstico*, *político* y *religioso* (1), Sociedad donde falta poder, es sociedad muerta; por esto el mundo que desconoce al Papa, vive en la *anarquía*; el derecho *internacional* está incompleto; porque todo derecho debe tener una autoridad que lo haga respetar y aquel no la tiene. Cuán sabia fue la Edad Media al constituir a la Santa Sede tribunal supremo de las naciones! ¡Cuán vanos son los proyectos de ciertos utopistas de establecer un tribunal supremo de árbitros que dirima las contiendas de todas las naciones (2).

(1) El ministro Broglie decía a los prefectos de Francia, en Circular de 1877:—“Entre las leyes cuya custodia os está confiada, las más santas son las que, partiendo de principios superiores a todas las constituciones políticas, protegen la moral, la religión, la propiedad y los fundamentos esenciales de toda sociedad civilizada” “La Sociedad” N.º 2092.

(2) El talento de Matovelle profetiza: Lo que en su mente fue una hi-

De lo dicho se deducen dos consecuencias lógicas de tristísima realidad. Primera: que no pudiendo existir la multitud sin apariencia siquiera de sociedad, ni sociedad sin apariencia siquiera de autoridad; los pueblos que desconocen al verdadero Papa, se forjan un falso Papa en el primero que se presenta a usurpar ese poder. Segunda: que siendo toda autoridad falsa autoridad despótica, apóyase toda autoridad despótica no en el *derecho* sino en la *fuerza*; de aquí que la fuerza ha venido a ser la suprema autoridad de las naciones; de aquí que el mundo todo camine al yugo de un *déspota* universal, si no se convierte con tiempo al Papa. Y como toda autoridad verdadera, por más que se la desconozca es al cabo autoridad; de aquí que el Papa, a pesar de que aquel a quien pesare, es soberano del mundo. Y el mundo lo siente aunque no lo conozca. De aquí el secreto e invencible terror del mundo impío, y secreto amor del mundo religioso para con el Papa. *La sangre sin fuego arde*, dice un refrán, un hijo ama a su padre antes de conocerle} y con sólo verle; y el mundo ama y respeta al Papa, y tiembla en su presencia aunque no sepa el poder ante el que tiembla. ¡Y por esto sólo el Papa habla como soberano al Zar de Rusia y al Emperador de Alemania, y al Soberano de China! ¡Y los mismos que le injurian caen despavoridos a su presencia, y escuchan tiritando sus palabras! ¡Ah: el poder del anatema, desata rayos en el cielo y enciende en fuego los infiernos!—Cuenca, 14 de Enero de 1878.

XXI

La Religión católica tiene por base de sus creencias el misterio adorable de la Redención. Esta última es en sí misma de infinito precio, más con referencia a los hombres varían las *aplicaciones* de la Redención, según las disposiciones de los sujetos. Lo que decimos de los individuos podemos decir de la humanidad en general.

pótesis corresponde ahora a la realidad: díganlo El Haya, Ginebra, Lucerna,---
N. del E.

Una de las cosas que más se admiran en el Catolicismo, es en efecto su capacidad sorprendente para acomodarse a todos los tiempos y lugares, y procurar en todos ellos la santificación de las almas (1). Y bien, en la época actual ha caído en gran manera el espíritu de mortificación y penitencia que distinguió los primeros siglos de la Iglesia. El ánimo guerrero y sufridor de aquellas edades ha sido suplantado por el mercantilismo y amor al lujo y los deleites; en una palabra, las costumbres se han dulcificado maravillosamente al influjo de la Cruz. En estas circunstancias, las almas tímidas desfallecen, pensando que es un imposible la resurrección del espíritu cristiano en la corrompida Europa. Pues bien, el Catolicismo, pudiéramos decir que ha cambiado de táctica, y en una nueva evolución se presenta a combatir al mundo incrédulo y muelle de nuestros días, no con las armas de la penitencia que le aterrarían, sino con las del *amor*. Sí, repitámoslo, es el *Amor*, el Amor, el arma con que la Iglesia va a combatir al mundo.

La devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, es la devoción eminentemente poética; esta devoción de encendido y purísimo amor, es la última evolución del Catolicismo en nuestros días, es la postrera aplicación de la Redención a los hombres. El amor a Dios no ha sido nunca cosa desconocida a los Santos, pero sí al vulgo. Santa Teresa nos cuenta un hecho que comprueba admirablemente lo que venimos diciendo: "Por cierto, nos refiere, que me acuerdo oír a un religioso un sermón harto admirable, y fue lo más de tratar de estos regalos que la Esposa tiene con Dios, y hubo tanta risa en el auditorio, y fue tan mal tomado lo que dijo (porque hablaba de amor, y fundó el sermón del mandato que predicaba en unas palabras de los Cantares) que yo estaba espantada" (2). Mientras que ahora se han escrito un sinnúmero de obras sobre el asunto, y todas son devoradas en el acto por la multitud devota. Uno

(1) La santificación es una operación divina atribuida a la adorable persona del Espíritu Santo, y consiste en la aplicación de la Redención a un sujeto determinado.

(2) "Conceptos del Amor de Dios" C. I. tom. I. pag. 347.

de los que más bellamente han escrito en la materia es el P. Faber, en su bellísima obra titulada: *Todo por Jesús*; la devoción para él se formula en esta palabra: Amor. "Todo por amor, dice, y el amor todo por nosotros. Todo por Jesús, y Jesús por todos; he aquí los dos lados de la Religión, todo va envuelto en esas dos faces: la teología toda entera, "la tierra, el purgatorio, el cielo" (1).

Y en efecto, N. S. Jesucristo en la revelaciones hechas a la Beata Margarita de Alacoque, y aun mucho antes de esto, en las revelaciones hechas a Santa Getrudis, ha prometido repetidas veces que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, era un regalo, y magnífico, sobremanera, que el cielo se proponía hacer al mundo en los últimos tiempos, a fin de reanimar la caridad por entonces completamente resfriada. Y cierto, en nuestros días, más que en otros, hemos visto dilatarse como la llama en un bosque marchito, esta férvida devoción al Sagrado Corazón, este amor impetuoso a Dios que hace explosiones de volcán en cada una de esas mil y mil obras de acendrada piedad, que ora se llaman *peregrinaciones*, ora *círculos católicos*, ora *asociaciones de caridad*, etc., etc. Nunca el mundo católico se ha presentado más hermoso y gallardo, ante los ojos atónitos del orbe; nunca la Sede de Pedro se ha visto rodeada, asaltada, pudiéramos decir, de tanto amor por parte de sus hijos; jamás se han admirado más numerosas, más ilustres ni más espontáneas conversiones a la fe, como hoy. Estamos asistiendo a las más espléndidas reuniones de la caridad en el mundo. El Sagrado Corazón ha cumplido su palabra.

La devoción que acabamos de mencionar, si bien se mira es la forma de estas otras dos bellísimas y encantadoras: La devoción a la Eucaristía, y la devoción a la Pasión santísima de Nuestro Señor; ¡oh, el mundo con todos sus esfuerzos, ni los poetas con todas sus inspiraciones jamás hubieran podido adivinar devoción más hermosa, más sublime ni hechicera que la que nos ocupa; jamás el hombre hubiera podido ofrecernos devoción igual a la del Sagrado Corazón.

(1) "Todo por Jesús": tom. II. pag. 153.

Los Santos de estos últimos tiempos que Nuestro Señor ha presentado al mundo como modelos, nos ofrecen también como virtud característica y distintiva suya la caridad. Pero admira, sobre todo, ese finísimo tacto de la santa Iglesia en haber propuesto últimamente por doctores suyos, a San Alfonso María de Ligorio y a San Francisco de Sales. El primero, echó por tierra la moral satánica del Jansenismo, e hizo expedita la senda que guía a los cielos; el segundo, combatió en su obra al Calvinismo, progenitor de los jansenistas, y según la expresión de un célebre crítico, hizo popular la devoción en el mundo.

Ahora que el vicio que domina a los hombres es el frío y calculado egoísmo; ahora se presenta la Cruz a reconquistar al mundo por medio del amor. "Cuanto más abundó el pecado tanto más sobreabundó la gracia" (1), dice San Pablo; Dios ha adecuado siempre el remedio a los males; y ved aquí cuanto más prosaico está el mundo, la devoción se nos presenta más poética que nunca; cuando más incrédulos y egoístas se muestran los hombres, Dios nos abre los arcanos de la fe y nos regala los más exquisitos tesoros de su amor. Oh, Amor, Amor! Tú vencerás y convertirás al siglo XIX!—Cuenca, 19 de Marzo de 1878.

XXII

La verdad es el sol de las inteligencias; pero la humana, desde la caída de Adán, no es un espejo terso y limpio, sino un mundo desquiciado en sus polos, y abierto con hondos y terribles barrancos; de aquí que la luz de la verdad al topar en las escabrocidades de la inteligencia, ocasione la sombra del error, por esto, se ha dicho muy bien, que así como la sombra sigue a la luz, el error sigue a la verdad. Balmes expresó esta misma verdad, al decir, "que la historia de la Iglesia va siempre acompañada de la historia de las herejías" (2). Cada época, cada siglo tiene, pues, su secta, así como sus santos.

Todo error es negación de la verdad; la simple negación

(1) Rom. c. v. 20.

(2) El Protest. tom. I. pags. 14, 15.

ción es pura ignorancia, puro defecto del entendimiento; la negación *obstinada* de la verdad, hecha por la voluntad, a sabiendas de la inteligencia, es defecto de la voluntad, y por consiguiente un vicio: el cual se llama orgullo, o más propiamente soberbia. Siendo Dios el *principio de toda verdad* (1), así como el fin de todo acto, toda soberbia es, al cabo y en último término, una negación de Dios, esto es un *ateísmo teórico o práctico*; el primero es en el orden intelectual, y el segundo en el moral. De aquí depende que el principio de todo error y vicio sea la soberbia y su término el ateísmo, (especulativo o práctico). Ahora bien: toda herejía es un *error vicioso* (2); luego tiene por principio general la soberbia, y por término el ateísmo esto es, la negación de la autoridad divina; la negación es próxima o remota, o digamos mejor, mediata o inmediata. Se niega inmediatamente a Dios desconociendo expresamente su suprema autoridad; y mediatamente, desconociendo cualquiera de las autoridades jerárquicas inferiores que representan a Dios. En una palabra: todo error y todo vicio son el aniquilamiento de Dios, y la deificación o apoteosis de la criatura.

El primer ateo, el primer heresiarca, el primer criminal, fue Satanás, cuando dijo: "*Similis ero Altissimo*" y luego "*Non serviam*". Todos los demás errores y vicios de que nos hace mención la Historia Eclesiástica son las varias formas con que el crimen de Lucifer ha venido reproduciéndose en el transcurso de los siglos.

De esto se sigue fácilmente que toda herejía, al fin y al cabo, es una rebelión: esto es desconocimiento de la legítima autoridad y entronizamiento del súbdito sobre el superior. De la esfera dogmática ha pasado ahora la rebelión al orden social; ¡y, cosa admirable! aún en este terreno ha ido a chocar con la Iglesia Católica.

(1) Cuando decimos que Dios es principio de toda verdad entendemos del principio formal, o intelectual, mas no del raciocinio; esto es que Dios es la primera inteligencia en la que todas las verdades existen *formalmente y ab aeterno*.

(2) El error, hemos dicho puede ser defecto de sólo la inteligencia o también de la voluntad; en este segundo caso es un crimen, y por tanto un vicio.

Las verdades religiosas, tratando directamente del último fin del hombre; son necesariamente grandes y supremos principios que dan origen a extensísimas consecuencias. Por esto ha dicho muy bien Donoso Cortés, que todo error científico proviene de una herejía. El Wiclesismo, el Ylusionismo y sobre todo el Protestantismo, son las grandes herejías que han causado la multitud de errores sociales y políticos, y el hacinamiento de ruinas revolucionarias, de que tanto ha de lamentarse el siglo presente. El dogma fundamental del Socialismo y Comunismo, últimas y lógicas deducciones de tales herejías, es la *Soberanía del Pueblo*, esto es, el destronamiento de la autoridad social, y la exaltación de la multitud; el encumbramiento del inferior sobre el superior. Es el *ateísmo social*, porque hace subir la autoridad desde el pueblo hasta el soberano; de tal suerte que hablando lógicamente: Dios es un simple mandatario o representante de sus criaturas; en otra palabra: Dios es criatura de sus criaturas.— Es el panteísmo social, porque hace consistir la autoridad en la suma de las soberanías individuales; luego en último término, Dios que es la suprema autoridad será también la suma de las *divinidades moléculas*: lo cual es el panteísmo. Por último, es el materialismo social, porque no admite más fuerza en la sociedad, que la suma de fuerzas de las moléculas sociales, ni otra razón creadora de la sociedad que la razón de sus individuos. Por esto, la última palabra del dogma de la *soberanía popular* son: 1º. el panteísmo; 2º. el ateísmo, y por último y 3º. el materialismo.

La Iglesia católica ha venido al mundo precisamente a combatir y vencer al error y al vicio; la civilización cristiana no es otra cosa que el botín colosal reunido por la Cruz en la serie de las victorias de más de diecinueve siglos. Precisamente para el diluvio fue hecha el arca, y para las tempestades el iris; pues para vencer al error y al vicio, vino la Iglesia al mundo. Arrecie en buena hora la tormenta y desátese el trueno y salga el infierno afuera, mientras más arduos sean los peligros, más heroica es la batalla y más gloriosa la victoria. Los que tenéis fe debéis alegraros mas bien que gemir, cuando veáis enfurecerse las persecuciones contra la Iglesia; es preci-

samente cuando élla ostenta su fuerza de león y su energía indomable de roca. Oh! esto es maravilloso. Ved y contemplad. Sin armas, sin soldados atraviesa por el mundo esa fuerza moral que se llama la Iglesia; todos se conjuran para perderle, ciencia, industria, ejércitos, riquezas, todo; pero desfila la Cruz: y baluartes y trincheras y armas y enemigos, todo queda derribado a sus plantas: unos se hacen sus amigos, y estos se salvan; otros, como Lucifer, quedan despachurrados bajo el peso de lo infinito. Si es necesario habrá milagros, pero la Iglesia no será vencida nunca. El Arca santa ha de pasar, si necesario fuere por en medio del Mar Rojo, entre abismos abiertos en el seno de los mares; si necesario fuere se abrirá paso por los senos de la tierra, dejando detras de sí el túnel inmortal de las catacumbas. Pueden en buena hora tomar a este Sansón y llevarlo al templo de los Filisteos; Allí Sansón abre sus brazos, y el templo cae en escombros. El Catolicismo es un Sansón que no muere; es el arca santa que aún de prisionero lanza en pedazos las estatuas de los ídolos.

Antes creía yo que los pueblos una vez corrompidos no tenían ya esperanza de salvación; así en verdad, pero cuando en esos pueblos se ha agotado ya la sabia del Catolicismo. En las sectas disidentes así es: una vez en el sepulcro los pueblos se disuelven para siempre; pero no es así en los pueblos que llevan todavía en sus entrañas un gérmen siquiera sea imperceptible de Catolicismo; aunque estén en el sepulcro, aún pueden resucitar. La sagrada Eucaristía es prenda de resurrección, no sólo para los individuos, sino también para las naciones.

Los siglos venideros han de cotemplar una maravilla, la primera quizás en la historia; pues la filosofía de la historia no está completa, y esta maravilla ha de ser la resurrección de la Europa, a la voz del Catolicismo. Para quien no se fija más que en los elementos de disolución y muerte que el mundo antiguo lleva en su seno, todo está perdido ya, la Europa es un cadáver que se convierte en polvo: el Anticristo está a las puertas, el juicio final está muy próximo. Pero lo que pocos advierten es que el germen de vida aun no ha fallecido en las entrañas de Europa; y ved ahora, cómo en las frías venas de

su cadáver se agita, se desarrolla y circula en vino que engendra vírgenes. No: La Iglesia que salvó a la Europa de la irrupción de los bárbaros, la ha de salvar también de la irrupción de la incredulidad, La Europa resucitará.

La batalla que en estos momentos se libra en el mundo es terrible y espantosa: los ángeles contemplan estáticos, y aguardan atónitos el resultado del combate. El Catolicismo de un lado, el Comunismo de otro: he aquí los gigantes que entre sí pelean; pero mal: Gigante es el Catolicismo, porque es fuerte como el león, certero como el águila, pero el Comunismo no es sino un inmenso reptil que oculta sus anillos, ora en las entrañas de las logias, ora en los jardines de los palacios; es el mismo reptil que tentó, en el Paraíso a nuestros primeros padres.

Pero el golpe de muerte está ya dado: el dogma de la *infalibilidad pontificia* ha anatematizado el dogma del Comunismo, a saber la soberanía del pueblo. Ahora, la herejía vencida quiere esconderse en el seno mismo del santuario, con el nombre de liberalismo católico; pero es imposible. El Syllabus es la vía láctea tendida en el horizonte del mundo político. Ese faro no será apagado jamás.

Pío IX el más grande de los Papas de la Edad Moderna fue el atleta elegido por Dios para combatir y vencer al liberalismo impío: toda la hermosísima vida del Pontífice no ha sido otra cosa que una serie de victorias alcanzadas contra el Liberalismo. Dios eligió a San Atanasio para combatir el Arrianismo; a San Agustín para debelar el pelagianismo; y a Pío el Grande para aniquilar la más colosal de las herejías modernas: el liberalismo. El dogma de la Inmaculada Concepción ha destronado a la Razón orgullosa de la apoteosis a que la elevó el siglo pasado; al declarar que todos los hombres somos hijos del pecado, ha negado que seamos dioses; y el dogma de la infalibilidad pontificia al declarar que el Papa es el único legislador de la Iglesia ha anonadado al dogma de la soberanía popular; es decir, la blasfemia de Lucifer encarnada en el Derecho Público.—La victoria está consumada ya en el orden de las ideas, resta acabarla en la esfera de los hechos. Y el infierno que sabe esto muy bien ha armado a todo el mundo contra la I-

glesia; pero poco importa: la Revolución ha sido muerta: sólo falta enterrarla. Y sus funerales se harán, sirviendo de blandones los palacios incendiados, de crespón el humo de las batallas, y de salvas el ronco trueno que ha de producir el fragoroso derumbamiento de los hoy triunfantes solios revolucionarios. El liberalismo y la Revolución están muertos; solo falta enterrarlos. —Cuenca 7 de Junio de 1878.

XXIII

Es una observación ya demasiado vulgar y por desgracia muy cierta, que en la misma proporción en que progresa el Catolicismo en EE. Unidos, progresa también la incredulidad en los países de la América Latina. Es, por tanto, una gravísima necesidad que los buenos Católicos de América averigüen las causas de este aumento tan rápido de la impiedad entre nosotros, para que traten de poner el pronto y conveniente remedio. Entro otras varias, he aquí, en mi concepto, cual es la causa principal del mal que lamentamos.

En estos países, donde la fe se conserva aun viva en la masa del pueblo, el clero es una gran potencia, que, por ahora, tiene en sus manos el porvenir de América. Siendo el clero el poder religioso, y siendo el poder religioso el primero en la tierra, ya se ve que el clero es en todo el mundo el primero de todos los poderes morales, y por consiguiente, el primero de todos los poderes: y por esto, dijo Nuestro Señor a sus Apóstoles: "*Vos estis lux mundi; vos estis sal terrae*". Y en efecto, no hay cosa alguna moral que no esté bajo la inmediata influencia del clero. Ahora bien, en América, este poder, sobre gozar de su influencia propia y característica, goza también de aquella otra de que le han rodeado la tradición de tantos siglos, y el respeto casi ciego de los pueblos. Doce Apóstoles convirtieron al mundo antiguo al Cristianismo; nos parece que el mismo o menor número de Apóstoles bastaría para convertir al Nuevo—Mundo; o digamos mejor: para conservarle en su fe.

Ahora bien, el clero en América, no ha comprendido

bien su misión, y por esto ha dejado escapar la presa. El clero actual de América, con muy pocas excepciones, se halla casi en la misma situación que el de Alemania en la época de Lutero: la ignorancia, la avaricia, la manía de la política, y por consiguiente, la simonía, son los males que aquejan al clero en la mayor parte de las Repúblicas Sud—americanas; y de aquí resulta que el clero ha caído en descrédito, y con su caída ha desacreditado también, ante los pueblos la doctrina de que él es depositario.

Las causas de este atraso del clero son varias: una es la lastimosa condición en que le dejó el *real patronato de España*, en tiempos de la Colonia; otra, el mismo Patronato en que han creído suceder a la Madre Patria, los gobiernos revolucionarios de tiempos de la República, y en virtud del cual las prelaturas y obispados se han mirado como premio de opiniones y servicios políticos, y no como una carga eclesiástica; por lo cual han subido a las altas dignidades de la Iglesia, no siempre los más dignos, sino los más ambiciosos, los más intrigantes, los más débiles y condescendientes con las miras, muchas veces, cismáticas, de los gobiernos.

La otra y principalísima causa es también la falta absoluta de Seminarios en toda la América Latina; y creemos que aún no existe en ella un Seminario *conforme en todo* al ordenado por el Tridentino. De donde ha provenido, que ha llegado a mirarse, el eclesiástico, como un estado de vida indigno de ser abrazado por persona de alguna representación social.

Si esto decimos del clero secular: ¿qué diremos del regular? *la reforma, la reforma, la reforma* de las órdenes religiosas, es el grito unísono que levanta toda la América Latina.

Las misiones de infieles, las misiones de los campos, y sobre todo de los indios que son los parias de nuestra sociedad, la dirección de la prensa, la formación de asociaciones políticas; la tribuna y el púlpito, el altar y el confesionario: todo, todo entra en el campo de acción del sacerdote católico en América. Aquí, más que en otra parte, ha de entrar el joven levita en el santuario con espíritu de entero sacrificio y absoluta abnegación. Un clero formado en estas ideas y sentimientos, no

sólo, impediría las creces de la impiedad entre nosotros, sino resucitaría los tiempos de Las Casas, Claver, Baraze, San Luis Beltrán, Pedro de Betancour, y Santo Toribio de Mogrovejo. Creemos que presentaría un grande servicio a la causa Católica quien escribiese una obra concienzuda sobre este sencillo tema: "El sacerdote católico en América".

Felizmente, en varios países de la América Latina, sobre todo en Chile y el Ecuador, se van ya realizando en el clero las reformas que dejamos indicadas; y así mismo los frutos de estos sudores son opimos con toda verdad. Todo buen católico americano lo primero que ha de pedir a Dios en todas sus oraciones es esto: "¡ Señor! da a la América un clero según tú corazón".—Cuenca, Junio de 1878.

XXIV

El hombre vive en el seno de Dios: he aquí la verdad sobre la cual queremos emitir algunas reflexiones.

Vivimos entre dos infinitos: el infinito de nuestra nada y el infinito de Dios. Toda la vida del hombre es la vacilación en estos dos opuestos polos: el vicio es la fuerza que nos empuja a la nada, y la virtud el impulso que nos lleva a Dios. A medida que el hombre se aparta de la fe se acerca a la duda, la luz le escasea más y más a cada menor paso, hasta que se halla con los ojos abiertos, y abrumados por las tinieblas infinitas del ecepticismo. El hombre que cree pero que no ama lo que cree, ha decendido de ese mundo admirable de las fruiciones místicas, de ese mundo que es el pórtico del cielo. Para los santos, cada flor es un universo, cada átomo de luz la revelación de Dios; viven en el mundo como de paso, como viajeros que sólo piensan en su patria. El incrédulo, descende un grado muy abajo, abandona el mundo de la fe; mundo iluminado por cascadas de luz, mundo en el que cada misterio viene a ser como otro universo de fecundas y magníficas verdades. Para el que cree todo le habla de la Religión, todo lo lleva a Dios. Para el incrédulo, si, es sabio, no queda más que el mundo material, mundo sí hermosísimo como obra divina, in-

completo y hasta absurdo si no se explica por los mundos que le son superiores; y sobre todo por las verdades religiosas relativas a Dios. Por último, para el escéptico desaparecen no sólo el mundo místico, y el de la fe, sino también el mundo físico: en nada cree, de todo duda. Para él no existe el encanto del cielo estrellado, ni el matiz de las flores, ni ninguna otra de esas bellezas en que se hunde la ciencia de la física. Las fruiciones de Keppler, Linneo, Laplace y Levenier son un enigma para el excéptico; se halla sumergido en el infinito de la nada.

El mundo moral, el intelectual y el físico son como tres velos colocados delante del *Sancta Sanctorum* de la Divinidad; de tal suerte que su luz indeficiente se refleja primero en las gasas del mundo moral; la luz de éste en el intelectual; y la del intelectual en el físico. Pero es, digamos, la misma luz, o mejor dicho, la misma imagen de Dios la que vemos clarísima en el mundo moral, algo menos radiante en el intelectual, y algo más opaca en el físico. Ni podía ser de otra manera, atendiendo a que en Dios todo es simplísimo, y toda sus ideas se encierran en ésta sola: *la idea de Dios*; esta única fue por consiguiente la simplísima idea arquetipa de todos los mundos. Por esto es que la poesía, y el simbolismo, al explicarnos las ideas más altas de la metafísica con imágenes tomadas del mundo corpóreo, proceden no de una manera caprichosas y absurda, sino altamente y profundamente filosófica. De aquí esas magníficas sentencias de San Pablo, en las que ya nos dice: "que del aspecto del mundo material, se eleva el hombre a la consideración de Dios"; y ya también que "el hombre carnal no comprende las cosas que son de Dios" (1).

(1) Por las reflexiones antedichas se explica muy bien aquello de que todo el mundo físico no parece otra cosa que un remedo o imagen de los mundos superiores. En el reino mineral hay un presentimiento del vegetal, en el vegetal del animal, en el animal del racional, y en el racional de Dios. Casi todos nuestros más altos misterios, tienen, si no explicacion, al menos imagen en el mundo físico. El de la Santísima Trinidad, en las potencias del alma; el de la Encarnación, en la unión personal del alma y cuerpo humanos; el de la Eucaristía en la palabra. Y para no fijarnos más que

Ahora bien, el hombre en sí mismo es una especie de fotografía o compendio de todos esos mundos; por su cuerpo pertenece al físico, por su alma al espiritual. De aquí que el hombre venga a ser un absurdo incomprendible si solo se le toma por materia o espíritu. De aquí esa serie de fenómenos, medio terribles, medio misteriosos que advertimos en nosotros mismos: esa mezcla de materia y espíritu del orden natural y del sobrenatural. El magnetismo, el iluminismo, y tantas otras doctrinas semejantes, no son sino la exageración de una verdad apenas conocida, pero que existe en realidad en el hombre. Lo que queremos manifestar ahora es que para los que piensan y creen, Dios es una de las más palpables realidades; aun en esta vida misma, somos como pecesillos que nadamos en el océano infinito de la Divinidad. A cada instante, con cada objeto estamos palpando y viendo las más abstrusas y grandiosas ideas de Dios, eternidad, inmensidad, etc. Lo que pasa es que Dios es el *Deus absconditus*, y no se hace ver ni amar sino de aquellos que le buscan con sencillez de alma y rectitud de corazón. En el mismo libro de los cielos, por ejemplo, el Salmista deletreaba el nombre de Dios, y el ateo encuentra el caos. Estamos habituados a entretenernos y recrearnos con ideas grandiosas y sublimes, y por esto hacemos poco caso de ellas.

Lo infinito está en dos cosas: primero en que no tiene límites, ni puede ser abarcado por cosa alguna, por inmensa que sea; y segundo, en que se encuentra todo e indivisible en un punto más pequeño, más pequeño que el matemático, en la molécula indivisible. Por esto, ha dicho V. Hugo: el telescopio y el microscopio son las dos ventanas del infinito. Dios, dice Pascal, es un círculo cuyo centro se halla en todas partes, y su circunferencia en ninguna. Una estrella nos revela la eternidad.

en este último, véase cuán fiel es la correspondencia: un sólo orador, con una sola voz se hace oír de miles de personas; aumentan o disminuyen estas, la palabra del orador es la misma; todos oyen distintamente su voz; esta va en cada átomo del aire que rueda en la atmósfera, y sin embargo la palabra es una sola. Digna imagen del misterio, resumen de todos los demás que se refieren a la divina Persona del *Verbo*.—Faber. Ss. Sacramento, pág. 251.

Aquel astro de suave y vacilante luz, aquella estrella de duodécima magnitud, a la cual apenas alcanza el telescopio, nos manifiesta lo que es la eternidad. La luz de esa estrella que hiere nuestras pupilas fue desprendida del astro, hace seis mil años; y he aquí que cuatro mil años y un instante viene a reunirse en un solo punto; en el estrecho círculo de nuestra pupila.

Dios, todos los días nos enseña como debemos mirar la soberbia y grandeza de este mundo. Ayer tuvo lugar un eclipse parcial de luna; y entonces ví, en el disco de nuestro satélite, la sombra del planeta en que vivimos. Me parecía que un ángel decía a todos los habitantes del mundo: ved lo que es para Dios, vuestra tierra, con todos sus palacios y torres, un punto oscuro en el espacio. La sombra de la tierra me dejó aterrado. Todavía, más: todas las noches vemos el cielo cubierto de puntos luminosos; pues, cada uno de ellos es un sol, centro de un sistema planetario; y en cada uno de ellos nos está diciendo Dios: la tierra, y los planetas y vuestro sol mismo, son para mí mas pequeños de lo que son para vosotros las estrellas. ¡Veis allá, ese puñado de nubes, esa nebulosa! Pues, es otra vía láctea: así son para mí los mundos, puñados de nubes.

La tierra da vuelta sobre su eje y al rededor del sol; el sol da vueltas al rededor de otro centro sideral, y este al de otro; y este a su vez al de un nuevo y desconocido centro. De tal suerte que nuestras cabezas van cortando el espacio con más velocidad que un relámpago; cada día somos lanzados a distancias incalculables en el vacío; y sin embargo, al despertarnos por la mañana nos parece no habernos movido un punto de aquel en que nos dormimos. He aquí explicada la inmensidad.

El globo que habitamos es un vasto y fúnebre cementerio: millones de años cuenta de vida, y en ellos se han realizado incalculables catástrofes: nuestros pies se asientan sobre el polvo amontonado de mil y mil catástrofes geológicas, de mil y mil generaciones de vegetales y animales, de cien y cien pueblos que han pasado por el mismo lugar que ocupamos. Como ese polvo, como esas plantas, como esos animales, como esos hombres, pasaremos también nosotros, sin dejar otra cosa, fuera de polvo, por única huella de nuestros pasos. He aquí otra

imagen de la eternidad.

Si esto es para el hombre ¿qué serán para Dios, los soles y los mundos, los palacios y las bibliotecas, los laureles y las espadas, los tesoros y los cetros? Todo nada, nada, nada.
—Cuenca, 1 de Julio de 1878.

XXV

La filosofía de la historia es el examen de los secretos resortes del nacimiento, civilización, desarrollo, retroceso, ruina y muerte de los pueblos. Estos resortes secretos son las causas morales, y entre estas, las primeras son las religiosas. A la historia eclesiástica pertenece, pues, la del pueblo de Dios, y la de todas las religiones falsas; en este estudio se halla explicada la vida de cada pueblo. La historia de la Iglesia es el estudio de los resortes de la misma historia de la humanidad. El pueblo de Dios, los apóstoles, los mártires, los monjes, los cruzados, los misioneros, los profetas, los papas, los; basta de contar: qué puntos tan sublimes son estos; cada uno de ellos abisma el espíritu y arroba el corazón. Y entre todos, descuella tan magníficamente la divina figura de N. Señor Jesucristo; como que toda inteligencia al mirarlo, se prosterna anonadada; diciendo: "¡ Señor, Vos sois nuestro Dios!"

La Iglesia, la nave de Pedro, es la nave capitana en la flota de pueblos que surcan el mar de la historia; para saber que rumbo lleva ésta, mirad a la Iglesia. La Cruz es la aguja que señala las épocas de la historia en el cuadrante de la eternidad. Así como el mecanismo de un reloj no tiene más objeto que mover armónica y acordada y exactamente la aguja del cuadrante; así también, todo el mecanismo de la historia no tiene más fin que mover a la Iglesia en sus caminos de este mundo, para llegar a la Jerusalén eternal.

Por esto, es imposible calcular la infinita trascendencia de las causas morales más imperceptibles en la vida de las naciones. Las causas morales, como las raíces de un árbol irradian, mezclan y enredan de la manera más misteriosa. Si se quiere que prospere una planta se echa agua no a la copa

sino a las raíces; así también, si queréis que prospere un pueblo no os entretengáis en las hojas; fortificad, avivad sus sentimientos religiosos. Un convento, una escuela, un libro, un misionero, un cura, son bastantes, en ocasiones, para la prosperidad o ruina de toda una nación; según ellos sean buenos o malos.

Y hay esto más: las causas morales permanecen siempre ocultas debajo de tierra, como las raíces de un árbol, como los cimientos de un edificio; sólo, cuando el árbol o el edificio se vienen abajo; sólo entonces se puede calcular la profundidad, extensión y fortaleza de las raíces y cimientos. Un gusano troncha un cetro de Líbano: un monasterio que se viene abajo, da en tierra, a veces, con naciones potentísimas.

Pero ¡ay! algunos políticos son como los salvajes de nuestros bosques que derriban el árbol de la quina para utilizar su corteza; así aquellos: cortan la raíz del Catolicismo por establecer una locomotora. Por cojer uno de sus frutos cortan el tronco. —Cuenca, 16 de Agosto de 1878.

XXVI

La Iglesia Católica siendo la única religión verdadera es también, por necesidad, la única escuela de las grandes y solemnes afirmaciones; cualquiera religión y escuela falsa niegan algo, el Catolicismo: he ahí el maestro que afirma toda la verdad. Los dogmas católicos son grandes y solemnes afirmaciones del orden de más sublimes verdades, a saber del orden teológico; porque, como dice Donoso Cortés, la Iglesia procede *a priori*, y no a *posteriori*, que esta es la ventaja de la fe; es decir, desciende desde la revelación hasta las conclusiones científicas; al revés de la ciencias, que desde la observación ascienden a las verdades reveladas. Y como las verdades teológicas son las más trascendentales, cada dogma es una solemne afirmación que arranca de cuajo todo un sistema de errores tanto del orden teológico, como del social y del puramente filosófico. Hay dogmas cuya trascendencia se extiende hasta las ciencias naturales, como la medicina, la física, etc. Por esto: todo dogma se proclama para demoler cualquier sistema de errores levantado en un

determinado período histórico. Las primeras discusiones teológicas que se establecieron en la Iglesia fueron a cerca de la naturaleza divina; luego a cerca de la Sma. Trinidad; en seguida a cerca del misterio adorable de la Encarnación; después a cerca de la gracia, por último sobre la Constitución de la Iglesia. El dogma de la Infallibilidad aparece una afirmación solemne y oportunísima que ha echado abajo de golpe todo el conjunto de los errores modernos. El dogma de la Infallibilidad no es otra cosa que la divina verdad en la aplicación del misterio de la Encarnación a ese gran individuo moral que se llama sociedad.

Ha derrocado en primer término, el dogma de la Soberanía Popular, como lo hemos manifestado ya; en segundo lugar ha afirmado la superioridad de la sociedad religiosa sobre las demás, asegurando que sólo la primera tiene la asistencia infalible del Espíritu Santo. Por último ha condenado al fatalismo social, probando que el Papa es infalible, pero nada más que por asistencia divina (1) no por continua inspiración; y ha condenado también el materialismo social, manifestando que las sociedades humanas no están entregadas al acaso, sin leyes ni rumbo fijos, sino que Dios está a la cabeza de todas las sociedades humanas, como cerebro invisible de la Religión. Sería menester un libro, para demostrar las demás bellísimas consecuencias que de tan sublime dogma se deducen: dogma que es la cúpula majestuosa que cierra ese magnífico edificio de verdades sociales que se llama el Syllabus.—Cuenca, 6 de Septiembre de 1878.

XXVII

Dios al sacar de la nada a los seres no se propuso, ni pudo proponerse otro fin que su misma gloria. Por otro lado, ama Dios tanto a sus criaturas que si fuera posible a todas y a cada una las convirtiera en dioses. Ambas cosas tienen completa y plena realización en el misterio adorable de la Sagrada Eucaristía. En primer lugar, el Verbo de Dios encar-

(1) El dogma de la Infallibilidad pontificia es el dogma de la presencia real de Dios en la sociedad.

nado, se ofrece todos los días y a cada instante a su Padre, en el Stmo. Sacramento, para rectificar de este modo la intención todavía extraviada de los hombres; y siendo Nuestro Señor Jesucristo, aun nada más que como hombre, lo más excelso de la creación material e intelectual, su cabeza, su centro, su alma y su representante, y siendo al mismo tiempo Dios; resulta de aquí que los homenajes que el Santísimo Sacramento da al Padre, son homenajes infinitos y de toda la creación. Ciencias, industrias, descubrimientos, artes, espectáculo y bellezas de la naturaleza: todo, todo cuanto es creado tiene por fin al Verbo Sacramentado; y sin pensarlo y aun sin quererlo dan gloria al Santísimo Sacramento todo los hombres hasta los impíos e incrédulos, siempre que hacen un invento industrial o un mero descubrimiento científico.

El segundo fin se logra de esta manera. Encarnándose el Verbo, elevó, por medio de la hipóstasis, al hombre, y por él a toda la creación a ser nada menos que Dios; pero esto era aun poco, por el infinito amor de Dios para con sus criaturas: quiso, pues, que su Cuerpo glorioso, precisamente en cuanto cuerpo, fuese adorado por toda la creación; y he aquí el misterio del Santísimo Sacramento; misterio del Cuerpo y la Sangre de N. Salvador. Ved aquí la admirable manera de haber deificado en cierto modo la materia; pues que el Cuerpo y la Sangre de N. Señor Jesucristo son Cuerpo y Sangre de Dios, y cuerpo y sangre que deben recibir culto de latria. En la Encarnación, digamos, Dios se ocultó tras el hombre; mas en el Stmo. Sacramento no sólo Dios sino hasta el hombre se hallan ocultos tras las especies de pan y vino; es decir, de la materia inerte e inorgánica; materia que está en los últimos límites de la creación. Y aunque no adoramos las especies sino el Cuerpo y Sangre de N. S. Jesucristo; mas, con todo, las especies son el velo de su Sagrada Humanidad.

He aquí como Dios ha exaltado hasta un punto inconcebible no sólo al ángel, no sólo al hombre, sino a la misma materia inerte e inorgánica. Las ciencias físicas deben, pues, todos sus progresos y adelantos al Catolicismo. El combatió en primer lugar con los Gnósticos que afirmaban que la materia

era la personificación del mal; la fuente, el asiento y la raíz del pecado; y por consiguiente rechazaban como indigno del hombre espiritual y sabio todo lo que se relacionaba con la materia. Y el gnosticismo no era otra cosa que una forma del mismo paganismo. En segundo lugar, el Catolicismo ha ennoblecido también no sólo las ciencias físicas sino aún las artes bellas y no bellas y las industrias: A N. Señor le llamaban *hijo del Carpintero*. Mientras que el paganismo desechaba toda industria y todo arte como cosa indigna de las clases elevadas de la sociedad: para la prueba, basta recordar la institución de la esclavitud y la división de castas, admitidas en todos los pueblos paganos. Véase, pues, cuánto deben al Catolicismo las ciencias, artes e industrias modernas. San Ireneo y Tertuliano que combatían el gnosticismo, hace más de mil seiscientos años, abogaban y trabajaban por el descubrimiento de América, la invención de la brújula y el telescopio, y los telégrafos y locomotoras. Así trabajaba el Catolicismo, desde lo más encumbrado, y en el terreno de los primeros principios.— Cuenca, 11 de Setiembre de 1878.

XXVIII

El Santísimo Sacramento es la presencia real y sensible de Dios en el mundo; y el Pontificado de Roma es la presencia *representativa* y doctrinal de Dios en la sociedad. Cuán hermosas relaciones se encuentran entre la Sagrada Eucaristía y el Pontificado: *Beati mundo corde quoniam ipsi Deum videbunt*. Para ver a Dios en el mundo tenemos que elevarnos a las altísimas regiones de la fe; desde el escándalo del Calvario, a la gloria del Tabor. Quien mira con ojos de carne, con miradas terrenas, la hostia y la tiara, quedará sorprendido del absurdo de la primera, y de la necedad de la segunda. Mas admitido una vez el escándalo del misterio, ¡oh! cuánta luz se desprende de él. Para saber lo que es el Pontificado, dice el P. Lacordaire, no lo consideréis en un punto determinado de la historia; porque entonces no veréis más que la humillación, contempladlo en todo el transcurso de los tiempos, y admiraréis cuán estupenda es esta obra magnífica de Dios. Los insectos

se miran con microscopio, pero no la gigantesca cordillera de los Andes. Si queréis saber lo que es el Pontificado, retiraos lejos, y contempladlo en perspectiva.

Dios saca su victoria de una serie de derrotas. El triunfo del crimen desafía la Omnipotencia de Dios. Atacar una obra buena es provocar al cielo a que la haga mejor. El día de la victoria de los impíos es la víspera de las magnificencias de Dios. Y fijándonos nada más que en un hecho: el papado ha ido creciendo en gloria y esplendor, a medida de sus aparentes humillaciones. Del Coliseo y las Catacumbas salió a plantar la Cruz en el Capitolio; de los ataques del Bajo—Imperio trajo su independencia en lo civil; de la opresión de los Lombardos, su soberanía temporal; de las luchas de las investiduras, su dominio internacional; del Cisma de Oriente, el Concilio de Florencia que definió la supremacía pontificia; del Cisma Protestante, el Tridentino que fijó las Escrituras Santas, base de Pontificado; del Racionalismo, el Concilio Vaticano que ha definido la Infallibilidad pontificia. De la usurpación de los Estados Pontificios del Piamonte, que saldrá de más glorioso para la Sede de Pedro?... Esperemos.

Las victorias de Dios no se conocen por los impíos, porque ellos tienen lugar, no en el terreno del combate, sino en otro superior. Pero entre tanto, admirad, como todas las cosas en el mundo moral y físico, sin saber, y aun sin quererlo, siguen el movimiento de las obras de Dios. Todo, todo, sin saber, y aún sin quererlo, tiene que cooperar a la gloria del Verbo. El siglo XIX será famoso en la historia, por los inventos relativos a la comunicación de los hombres entre sí; pues bien, el telégrafo y el teléfono no han sido descubiertos con otro fin, que el de propagar en el mundo, con la rapidez del relámpago, la *infallible palabra* del Pontífice romano. La imprenta se descubrió, precisamente, poco antes de fijar el Canon de las Escrituras santas; el telégrafo y el teléfono, en el siglo del Concilio Vaticano. He aquí como los impíos y los sabios incrédulos vienen a ser, sin saberlo y a su pesar, los ínfimos jornaleros en la edificación de la Ciudad Santa. ¿No os causa admiración? El más sabio pero incrédulo físico, y el más humil-

de misionero, trabajan igualmente en levantar el edificio de Dios; pero de diferente modo: el químico y el físico como operario inconsciente, y el misionero como arquitecto noble. El primero pone los materiales brutos, el segundo la obra fina y elevada. Este siglo será llamado por los venideros, el de las espléndidas glorias del Pontificado. Nunca se miró esto, en la Edad Media, más exaltada, que cuando San Gregorio VII en el destierro, ni nunca se ha enaltecido más en la edad moderna que cuando Pío IX moría en la prisión.-- Cuenca, 9 de Noviembre de 1878.

XXIX

Para comprender bien una obra es necesario contemplarla desde el punto de vista de su autor. Se dice que Fidias y otro escultor griego, hicieron a competencia dos estatuas de Minerva para colocarlas en un lugar elevado en una plaza de Atenas. Vistas las estatuas en el suelo, obtuvo el competidor de Fidias, y la de éste el desprecio y la burla; pero una vez colocadas en el sitio para el que se las había destinado, la estatua de Fidias pareció magnífica y sorprendentemente hermosa, y la de su contrario un informe garabato.

Un célebre pintor refiere también que la primera vez que miró el gran fresco del Juicio final de Miguel Angel, en la capilla Sixtina, le pareció un inmenso y abigarrado borrón; que sólo a la tercera vez, cuando hubo contemplado un día entero la admirable pintura, vió saltar de las paredes una a una esas estupendas figuras que representan a la humanidad en su último drama; y que se miró tan sobrecogido de terror que se puso a temblar de pies a cabeza, ni más ni menos que si hubiera sido trasladado ya al Valle de Josafat.

Pues, así hemos de contemplar las obras de Dios, en cuanto nos sea posible desde el punto de vista del infinito. La Iglesia Católica es la obra maestra de Dios en la tierra; y para vislumbrar lo que élla es, nos hemos de subir a las cumbres de la eternidad, de la visión beatífica y del amor infinito. Para quien no cree firmemente y no ama mucho, para quien no tiene más compás que el del tiempo, la Iglesia Católica con-

dos sus misterios le parecerá una cosa incomprensible y quizás un absurdo. Mírese la Iglesia en un día determinado, cualquiera que éste sea en la historia, y hallaremos al Catolicismo pisoteado, escarnecido y aniquilado bajo el peso de todas las humillaciones de la Cruz. Pero elevémonos a las últimas regiones atmosféricas, allá donde linda el tiempo con la eternidad, y entonces nos parecerá la Iglesia un vasto y inconmensurable océano, cuyos límites se pierden en el horizonte, golpeando con sus ondas, allá las puertas del Edén, y aquí los atrios de la Sión eternal. Los tumbos y marejadas y trombas, que mientras estamos en el frágil esquiife del tiempo, nos parecen montañas y mundos desquiciados, desde la eternidad los veremos como pequeños ormesies que rizan el inmenso y opalino manto de las aguas.

“Cree primero y después entenderás”, dice S. Agustín. La fe como el águila, de un salto, nos pone en las más altas y enriscadas cumbres de la verdad; la ciencia, como un reptil, trabaja por escalar los más insignificantes peñascos que obstruyen el fondo de los valles. Por esto, se ha dicho muy bien, que un niño del catecismo sabe más que Platón y Aristóteles con toda su filosofía. La perfección de la inteligencia no está tanto en raciocinar como en ver. La Iglesia Católica, como el águila toma a sus polluelos, y de un golpe los hace contemplar el sol deslumbrador de los misterios; la ciencia conduce a sus hijos como a gosquecillos que nacen con los ojos cerrados y débiles, y apenas y de poco a poco los muestran a la luz.

El Catolicismo es la religión de la fe y el sacrificio; quien no cree sin reservas y ama sin medida no comprenderá ni su espíritu ni sus maravillas.—Cuenca, 18 de Noviembre de 1878.

XXX

La proclamación de una verdad, y sobre todo de un dogma, jamás puede ser inútil para la humanidad; ella se abre paso aunque sea a través de obstáculos, y fructifica, aunque sea a través de siglos. El dogma de la Infalibilidad pontificia, cambiará, pues, al andar de los tiempos el estado de las relacio-

nes internacionales y constitucionales de la humanidad. A primera vista, parece que el protestantismo ha logrado plenamente su objeto: ha privado al Papa de su soberanía temporal, ha introducido la anarquía y socialismo internacional, proclamando la guerra como único medio de defensa entre las naciones, y desconociendo la potestad que el Papa tiene de arreglar sus diferencias; y ha establecido el socialismo y anarquía política, proclamando la soberanía del pueblo. Pues bien, del caos del mundo moderno resultará la resurrección del mundo venidero, por la proclamación del dogma de la Infallibilidad Pontificia.

En virtud de esta verdad, el Papa que es ahora el primer soberano moral del mundo, de *derecho*, lo será también de *hecho*, y de manera tan espléndida, cual no lo vieron los siglos pasados: desaparecerá, pues, la anarquía internacional, cuando todos los pueblos de la tierra reconozcan al Papa por árbitro de sus contiendas. Desaparecerá la anarquía política, cuando las muchedumbres abduquen de su absurda soberanía. De este modo, la pérdida del poder temporal de los Papas, en 1870, dará por resultado, a pesar de los impíos, la soberanía universal de los Papas, y de una manera tan excelente que no nos sea dado ni imaginar. Los pueblos del Asia y del Norte de Europa, infundirán, recién convertidos a la fe, nueva savia de vida en las viejas y gastadas naciones de la Europa Meridional. La Francia cumplirá su misión providencial, la misma que fue encargada a Israel, en la dispersión de Babilonia. Y la ola del Protestantismo habrá pasado, como pasaron el errianismo, el nestorismo, el monofisitismo y el mahometismo. Y la nave de Pedro quedará combatiendo con otras espantosas tempestades que ahora apenas asoman, como ligerísimas nieblas, en los límites del horizonte.—Cuenca, 2 de Diciembre de 1878.

XXXI

MOTIVOS PARA AMAR A DIOS.—La raíz, la semilla de todas las virtudes es el amor a Dios; todas las demás no son sino medios para alcanzarlo o formas de su actividad.

¿ Por qué quiso N. S. Jesucristo que su Corazón Stmo.

fuéase atravesado cuando El estaba muerto? Quizás para que se cumpliera aquello de los Cantares: "*Ego dormio sed cor meum vigilat*"; para manifestarnos que aun cuando había muerto, su Corazón estaba aun como vivo. El dolor de esta lanzada fue todo del Corazón de María; en este misterio como nunca se nos dan unidos, en una forma indivisible, los dos Sacratísimos Corazones. Cuando el amor es excesivo vuelve insensible al amante: el divino Jesús se había dormido ya en la cruz, en su tálamo nupcial, embriagado de amor, y por esto ya no le fue doloroso el paso más sacrílego, más cruel y más ferino de la Pasión: la lanzada del Costado. Para manifestar que aún cuando Cristo había muerto, su Corazón estaba vivo con la vida no ya del alma, sino del Verbo divino, al cual permanecía hispostáticamente unido, manó de él, sangre fresca y agua divina. De hecho ningún prodigio moral fue mas estupendo en toda la Pasión, como la conversión súbita de Longinos. Este como nadie fue el que se atrevió, dudando que Jesús hubiese ya muerto, a dar instantánea y segurísima muerte al Salvador, y en cambio de este horroroso crimen recibe súbitamente la vista del alma y del cuerpo. Qué mucho! Si fue el primero que abrió las puertas de ese Edén incomprensible, de esa arca de tesoros infinitos, de ese cielo de amor inefable, llamado el Corazón de Jesús. Qué mucho! Si con esa lanzada fue el primero que abrió no sólo el pecho del Salvador, sino también esa fuente purísima de caridad divina, de ternura maternal indefinible, ese océano de dulzura, sin átomo de hiel, fuente, océano, que se llama el Corazón de María. Feliz lanzada que llenó el universo todo del aroma purísimo, embriagador, con que embriagan esos dos Sacratísimos Corazones.—Cuenca, 30 de Mayo de 1879.

Dulce Recuerdo de mi ingreso a la Clericatura

Concluiré este cuaderno de apuntes que son una parte de mi vida íntima, con la relación de los hechos que me han determinado a abrazar la carrera eclesiástica; escribo esto cabalmente la noche anterior al día en que podré exclamar a Dios: "*Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis et nomen Domini invocabo.*" "*Dominus pars hereditatis meae et calicis mei*".

En medio de una niñez desgraciada y una juventud expuesta a los azares de la orfandad, miré siempre el brazo de Dios que me conducía a altos fines con amorosísima Providencia. Entregado a todas las luchas del corazón, ya me decidía unas veces a prácticas penosas de virtudes, ya me lanzaba en las vías del mundo; mas por una gracia especialísima, nunca permanecí en ningún tiempo bajo el yugo de la culpa. Un anhelo insaciable de gloria, fama y amor devoraba mi corazón, y he aquí por qué me entregué arduosamente al cultivo de las letras, y la poesía, y a veces a los pasatiempos de aquello que se llama la culta sociedad. Mas, en medio de mi inconstancia, la Iglesia católica fue siempre mi norte; con el estudio de las bellezas de la religión se extasiaba mi alma, y me dije, es necesario en buena lógica ser cristiano en práctica no sólo en teoría, y me resolví a abandonar definitivamente el gran mundo, y entregarme del todo a las prácticas de la virtud. ¡Mas, ah! qué mal cumplo esos propósitos!

Conocí, pues, que sólo Dios podía saciar todos mis deseos, y ser el único objeto de mi amor. El Smo. Sacramento ha sido mi maestro, mi guía, mi confidente, mi amigo, mi padre, esposo de mi alma, y mi todo. María Santísima de los Dolores ha sido mi única Madre. Por esto, los SS. Corazones de Jesús y de María son los únicos dueños de mi ser, de mi vida, de mi alma y de mi corazón; yo me debo a estos SS. Corazones por toda la eternidad, como un esclavo se debe a su amo. Cuántos se-

cretos dramas guarda mi pecho. Por reparación, por correspondencia de amor, yo debo ser toda mi vida el Apóstol de los SS. Corazones.

Llegó un tiempo (el mes de Mayo de 1878) en que me decidí a abrazar la carrera eclesiástica; mas transcurrió un año y no sabía aún cuando fijaría mi suerte, todo se me mostraba tan lejos. Un viernes, el 23 de Mayo de 1879, salí al campo, y nunca como entonces se me representó más vivamente la sublime locura del Calvario; y he aquí, que mientras yo estaba ausente, vino improvisadamente el Sr. Obispo Toral al Colegio, y notificó al Rector de una manera decisiva y terminante que dentro de pocos días debía ordenarme. Mas yo lo llevé a broma.

El lunes próximo, 26 de Mayo, día de mi gran patrona Bta. Mariana de Jesús, comulgué en la Capilla interior que en el convento de San Francisco tenían los Padres de la Compañía, y me sentía animado de una gran fuerza de sacrificio. A las once recibí un llamamiento del Sr. Obispo, al Palacio. Antes de salir a la calle, voime a la Capilla a pedir la bendición al Smo. Sacramento, abro el Kempis y leo "*Hodie est et cras non comparet*" (Lib. III. c. 26). Llegado donde el Sr. Obispo me estuve una hora con él, y fueron vanas todas mis argumentaciones, porque insistió invariable y decididamente en que debía ordenarme de diácono dentro de pocos días, en las próximas témporas. Fuertemente impresionado salí de allí, con una ligera esperanza de poder evadirme de la resolución del Prelado; fui a la Capilla episcopal, me postré delante del Smo. Sacramento, abrí otra vez el Kempis, al acaso, como la vez primera, y leí estas palabras: "*Ego, inquit Dominus, docui Prophetas ab initio, et usque nunc non cesso omnibus loqui; sed multi ad vocem meam surdi sunt et duri. Plures mundum libentius audiunt quam Deum: facillius sequuntur carnis suae appetitum, quam meum beneplacitum. Promittit mundus temporalia et parva, et servitur aviditate magna: ego promitto summa et aeterna, et torpescunt mortaliam corda*" (Libro III. c. 3.) Llego fatigado a mi habitación, abro al acaso, por consolarme el libro de los Evangelios y leo: "*Adolescens, tibi dico, surge.*" (Luc. 7.) ¿Podía ser esto nada más que una casuali-

dad?—Al siguiente día por la mañana, me levanto aun intranquilo, tomo otra vez el Kempis, y me hallo con el hermosísimo Capítulo 17 del libro 3º, que principia así: "*Fili, sine me tecum agere quod volo; ego scio, quid expedit tibi.....*" Basta, me dije, esta es la voz de Dios; sí, Dios mismo eres quién me está hablando por este libro.

Consulto, en seguida a las personas más graves especialmente a mi confesor, que era el P. Grizar, redentorista, sobre este asunto, y todos me aconsejan obedecer ciegamente al Sr. Obispo; insisto, y es inútil. Basta, pues, me dije otra vez: esta es la voz de Dios. He aquí, ahora, mis resoluciones.

Yo entraré al Sacerdocio, con el mismo desprendimiento con que lo hiciera al entrar a la Cartuja. Entro en el sacerdocio, para hacerme santo, primeramente con la oración, el retiro y el estudio; y secundariamente, auxiliando a los demás. Entro en el Sacerdocio para ser un apóstol del Smo. Sacramento y los SSmos. Corazones de Jesús y María. Mi divisa desde hoy será esta: "TRABAJAR, AMAR Y PADECER". La Cruz, la corona de espinas y la herida del Costado serán mis blasones.—Cuenca, Junio, 2 Mes del S. Corazón, de 1878.

Gloria a los Corazones Smos. de Jesús y María por los siglos de los siglos. Amén.

Ultimo día de mi vida de secular.

Suscepi, suscepi de manu tua crucem; portabo eam usque ad mortem, sicut imposuisti mihi..... Kempis. Lib. III. c. 56.—Cuenca, 2 de Junio de 1878.

A. M. D. G.

Quid retribuam Domino pro omnibus qui retribuit mihi ?..

Nací el 8 de Septiembre de 1852. Fuí ordenado de menores un lunes de Pentecostés, dos de Junio de 1879; dos días después, el 4 de Junio, fiesta de San Francisco Caracciolo, fuí ordenado de subdiácono, y el sábado siguiente, siete de Junio, de diácono. Fuí ordenado de Presbítero, el 21 de Febrero de 1880, día en que se celebró entonces la fiesta de San Ignacio Martir. Canté mi primera Misa el Jueves Santo de 1880, que en aquel año se celebró el 25 de Marzo, fiesta de la Encarnación.

MEMORIA

De algunos beneficios especiales que Dios N. S. se ha dignado concederme, durante mi permanencia en el Seminario Mayor de Quito, el año de 1884; también en Cuenca y Azogues en 1884 y 1885.

Quito, 17 de Mayo.—Sábado, fiesta de S. Pascual Bailón.—Habiéndose distinguido este gran Santo por su singular amor al Santísimo Sacramento, le he profesado siempre una devoción especial. Así es que en este día celebré la Misa con el recogimiento que pude, y recé el oficio de igual manera. Antes de la misa, pedí muy particularmente a la Santísima Virgen que tomase la *obra que meditamos*, (1) bajo su poderosa protección. Rezando las Horas Menores, se encendió mi alma en grandes deseos de consagrar mi vida a ser misionero del Corazón Santísimo de Jesús, para predicar a todos los pueblos, si fuera posible, el amor al Santísimo Sacramento y a la Pasión del Señor. Terminado el rezo, pedí a Dios N. Señor me manifestara si sería de su divino agrado que procurase el cumplimiento de estos deseos. Por si el Señor se dignara despa- char mi petición, me sentí movido a escuchar sus divinas pa- labras en la Sagrada escritura. Puesto de rodillas, abrí, pues en tres lugares distintos el Sagrado libro de los Evangelios, y he aquí los tres distintos pasajes, con que primeramente me en- contré en los lugares indicados.—Primer pasaje:—“*Et cum appropinquarent Jerosolymae et Bethaniae ad montem Olivarum, mittit duos ex discipulis suis, et ait illis: ille in castellum quod contra vos est, et statim introeuntes illuc, invenietis pullum*

(1) La fundación de la Congregación de Sacerdotes Oblatos de los SS. CC. de Jesús y María.

ligatum, super quem nemo adhuc hominum sedit: solvite illum, et adducite.“ (S. Marc. XI. vs. 1 y 2).—“Cuando iban acercándose a Jerusalén, al llegar junto a Bethania, al pie del monte de las Olivas, despacha dos de sus discípulos, y les dice: Id a ese lugar, que tenéis en frente, y luego al entrar en él, hallaréis atado un jumentillo, en el cual nadie ha montado hasta ahora: desatadle y traedle.”—2º. “*Erant autem appropinquantes ei publicani, et peccatores, ut audirent illum.* (S. Lucas XV. v. 1).—“Solían los publicanos y pecadores acercarse a Jesús para oírle”. 3º.—*Erat autem quidam languens Lazarus a Bethania, de castello Mariae, et Marthae sororis ejus. Maria autem erat, quae unxit Dominum unguento, et extersit pedes ejus capillis suis: cujus frater Lazarus infirmabatur. Miserunt ergo sorores ejus ad eum dicentes: Domine: ecce quem amas infirmatur. Audiens autem Jesus dixit eis: Infirmitas haec non est ad mortem, sed pro gloria Dei, ut glorificetur Filius Dei per eam*“ (S. Juan, cap. XI, vs. 1, 2, 3 y 4). “Estaba enfermo por este tiempo un hombre llamado Lázaro, vecino de Bethania, patria de María y de Martha sus hermanas. Esta María es aquella misma que derramó sobre el Señor el perfume, y le limpió los pies con sus cabellos: de la cual era hermano Lázaro que estaba enfermo. Las hermanas, pues enviaron a decirle: Señor, mira que aquel a quien amas está enfermo. Oyendo Jesús el recado díjoles: Esta enfermedad no es mortal, sino que está ordenada para gloria de Dios, con la mira de que por ella el Hijo de Dios sea glorificado.

Es de notar, que el pasaje que primeramente abrí fué el de S. Lucas, en segundo lugar el de S. Marcos, y en tercero el de S. Juan. La obra en que meditamos varios sacerdotes, y que me ha preocupado muy especialmente esta mañana es la Conversión de toda la América a las creencias y prácticas de la verdadera fé por medio del culto del sagrado Corazón. Esta mañana he pedido muy especialmente a Dios por la conversión de la América y para que suscite en ella hombres apostólicos como Santo Toribio de Mogrovejo, S. Francisco Solano y S. Luis Beltrán. ¿ Los textos referidos no parecen indicar que quiere el Señor que se le pida y con instancias por tan santa causa? Y

que está pronto a mandarnos a la desgraciada América nuevos Toribios y Franciscos, si como María y Marta le instamos para que cure a nuestro querido enfermo? ; Dios mío! si quieres recibir mi sangre por la conversión de la América! Pero, ah!: soy pecador tan infeliz!...—Meditando otra ocasión sobre mi grande indignidad para tomar a mi cargo obra ninguna, grande ni pequeña, y casi resuelto a desistir de mis proyectos, me sentí también movido a leer la Santa Biblia. Abrí sin elección alguna el libro de los Santos Evangelios, y las primeras palabras con que me encontré fueron las siguientes: 4º—*Et tu, Bethlehem, terra Juda: ex te enim exiit dux, qui regat populum meum Israel* (S. Math. Cap. II. v. 6.) “Y tu Bethlehem, tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre las principales ciudades de Judá: porque de tí es de donde ha de salir el Caudillo, que rijá mi pueblo de Israel”. Estas palabras al mismo tiempo que alentaron mi ánimo, dejaron en él grandes sentimientos de humildad y grande ánimo también para hacer lo que fuese voluntad del Señor.

El mismo día, 17 de Mayo de 1884, hallándome en el Seminario Mayor de Quito, pedí a San Pascual Baylón con el mayor fervor que pude, que me alcanzara luz del cielo para conocer si sería o no del agrado de Dios que pusiese mano en el establecimiento de la Congregación de Sacerdotes Oblatos, que me traía muy preocupado entonces. Después de haber hecho esta súplica, para dar algún descanso a mi espíritu, abrí al acaso el Kempis, y me encontré con las siguientes palabras.—*Para mihi coenaculum grande, ornatum, et faciam apud te Pascha cum discipulis meis.* “Prepárame una morada espaciosa y bien aderezada, para en tu presencia, celebrar la Pascua con mis discípulos”.—Alusión Evangélica. Entonces concebí la idea del templo del Santo Cenáculo.

Quito, 26 de Mayo.—Lunes, Fiesta de la B. Mariana de Jesús.—Siendo esta sierva de Dios de mi especial devoción por deber a élla el gran beneficio de mi vocación al sacerdocio, me preparé a celebrar su fiesta con el recogimiento que me fué posible. A la mañana, a las seis y media; celebré la santa Misa,

en la iglesia de la Compañía de Jesús, en el altar donde están depositadas las reliquias de la Bienaventurada. Después de misa, púseme a dar gracias ante el altar mayor donde está reservado el Santísimo Sacramento; entonces me sentí poderosamente movido a renunciar a todas las cosas de la tierra, y consagrarme únicamente al servicio de Dios. Hice, pues, una promesa solemne, bien que sin obligarme bajo pecado alguno, de vender todas las cosas que poseo, y después de satisfechas las obligaciones de mi familia, distribuir el dinero a los pobres, sin reservarme más que lo preciso para la decencia de mi estado. Para esforzarme a cumplir esta promesa pedí consejo a mi confesor y, aprobando él mis resoluciones, entré ese mismo día de novicio seglar en la orden tercera de S. Francisco. (1)

Quito, 31 de Mayo.—*Fiesta de la Sma. Virgen, bajo el título de, Mater pulchrae dilectionis.*—Este día como que es la conclusión del hermosísimo *Mes de María*, renové el acto de consagración a la Sma. Virgen, ofreciéndome una vez más como *cosa y posesión suya* por toda la eternidad; con todos mis pensamientos, palabras, obras y deseos. De una manera muy especial ofrecí y consagué a la divina Madre la mínima asociación que deseamos establecer, para que también esta sea cosa y posesión exclusiva de la Sma. Virgen. Como ramillete espiritual que debía toda mi vida conservar en mi pecho, en recuerdo del *Mes de María de 1884*, he prometido a esta amantísima Madre esforzarme por mantener siempre en mí la presencia de Dios.

Cuenca, 17 de Setiembre 1884.—Después de algunos años de muchas oraciones y súplicas a Dios, pareciéndonos ya, a los sacerdotes comprometidos, llegado el tiempo de llevar a efecto la *Asociación de los Oblatos del divino Amor*, propusimos la idea al Señor Vicario Capitular de Cuenca, Dr. José Antonio Piedra, y solicitamos su aprobación. Muchos días se pa-

(1) De la tercera orden franciscana, pasé años después a la de Servitas a que pertenezco.

saron sin poder obtenerla; llegó el 14 de Setiembre y deseaba que fuese ese día, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, y tan poco era posible. Llegó por fin el 17 de Setiembre, fiesta de la *impresión de las llagas de S. Francisco*, y tuve un sentimiento íntimo, clarísimo e indudable de que ese día iba a ser aprobada la Asociación. Celebré la Misa de fiesta en el altar de los Dolores de la Santísima Virgen; y todas las oraciones de la Misa me parecían perfectamente aplicadas a nuestra Asociación. Después de celebrar, poniéndome a leer la Sagrada Escritura, vi que me tocaba leer el capítulo 3º. de la Apocalipsis, desde el versículo 7:—*Et angelo Philadaelphiae scribe...Ecce dedi coram te ostium apertum, quod memo potest claudere... Qui vicerit faciam illum columnam in templum Dei mei...:—*Y escribe al ángel de Filadelfia..... “He aquí que fuese delante de tus ojos abierta una puerta, que nadie podía cerrar..... Al que venciere yo le haré columna en el templo de mi Dios”. Dios mío, ¿quién podrá decir lo que entonces fué revelado a mi espíritu?.... El reinado del Sagrado Corazón en la Iglesia, fue puesto manifiestamente a mi vista.... A las dos de la tarde de ese mismo día estaba ya aprobado, precisamente, nuestro Instituto.

Me había sido casi imposible rezar el oficio divino por la mañana, y así me puse a rezarlo por la tarde. ¡Qué maravilla! en los dos oficios de la *Impresión de las llagas* y de S. José de Cupertino, estaba descrito nuestro pequeño Instituto.... —*Operemur bonum ad omnes, maxime autem ad domesticos fidei.....Ego enim Stigmata Domini Jesu in corpore meo porto... Si quis vult post me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam..... Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes..... Mortuus sum, et vita mea est abscondita cum Christo in Deo.... Ostendit mihi Dominus fluvium aquae vivae, splendidum tanquam crystallum, procedentem de sede Dei et Agni.—*“Hagamos el bien a todos, especialmente a los fieles. Yo llevo en mi cuerpo las llagas de mi Señor Jesucristo. Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. La mortificación cristiana llevemos siempre en nuestro cuerpo. Estoy muerto, y mi vida está escondida con Cristo en Dios..... El Señor me mostró un torrente de agua viva, cuyas



cristalinas ondas partían del trono de Dios y del Cordero. "... Y luego las oraciones relativas a los dos Santos.—*Domine Jesu Christe, qui frigescente mundo, ad inflammandum corda nostra tui amoris igne.... Deus, qui ad unigenitum Filium tuum exaltatum omnia trahere disposuisti.* "Oh, Señor Jesucristo; que cuando el mundo estaba resfriado en tu caridad, para inflamar nuestros corazones en el fuego de tu amor, renovaste en la carne del Bienaventurado Francisco las sagradas llagas de tu Pasión: por sus merecimientos y por su intercesión, concédenos propicio la gracia de que llevemos incesantemente la cruz y de que hagamos frutos dignos de penitencia"... ¿Quién podrá describir ese sinnúmero de revelaciones relativas a nuestro pequeño Instituto que están contenidas en estos dos oficios corales?

¿No es verdad que el mundo se encuentra ahora más frío, que cuando apareció San Francisco de Asís a fundar su Orden? ¿Quién devolverá al pueblo cristiano la llama de la caridad, sino es el Corazón Santísimo de Jesús.... Trabajar por la propagación del culto a este Corazón Sagrado, es trabajar por la difusión de la caridad en la tierra, porque de aquel Corazón divino procede ese río de luz que baña en claridad y en amor todas las naciones: *Ostendit mihi, Domine, fluvium aquae vivae splendidum tamquam crystallum, procedentem de sede Dei et Agni.*

* * *

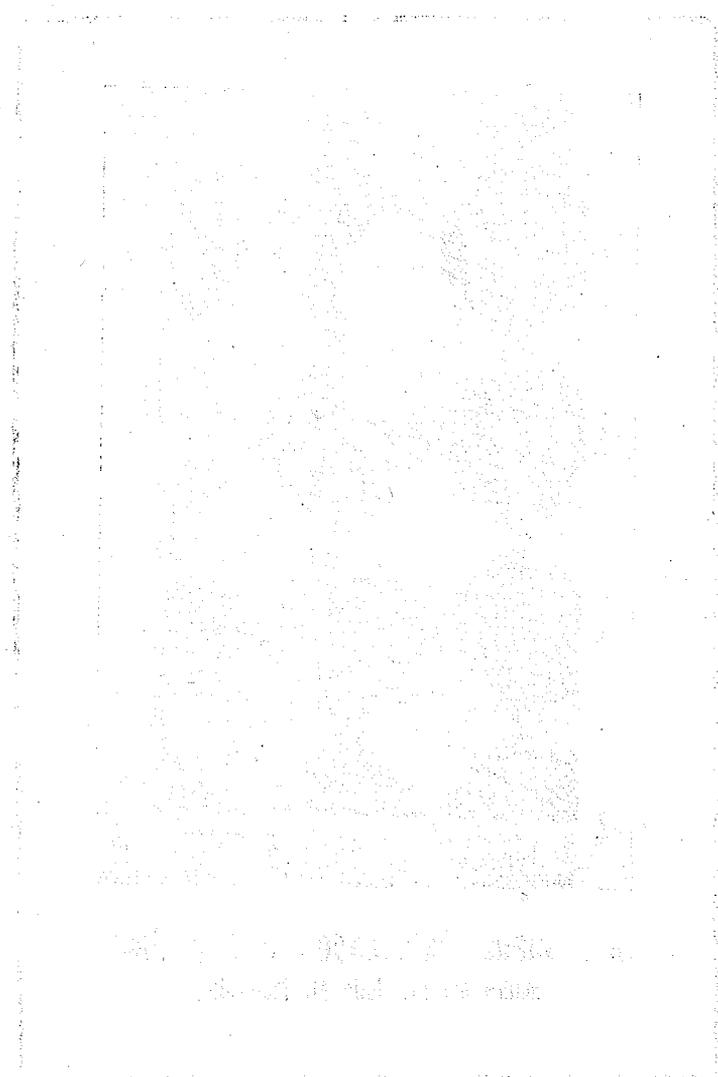
El año de 1886, hallándome en Quito, no recuerdo el día, sentí vivísimos deseos de ofrecirme al Señor por víctima, y uno como presentimiento interior de que había de morir por causa de la Religión, no con muerte natural, sino violenta, y acaso en un patíbulo. Este sentimiento y estas ideas fueron tan vivas que me tenían como fuera de mí. Por consolarme acudí a la Santa Biblia, como acostumbro hacerlo, y abrí al acaso el libro de los Salmos, y me encontré con estas palabras:—*Saturabuntur ligna campi, et cedri Libani, quas plantavit illis: passeris nidificabunt* (Salm. 103. v. 16 y 17). "Llenaránse han de jugo los árboles del campo, y los cedros del Libano que él plantó. Allí harán las aves sus nidos". ¿Será mi Sangre la que ha de

empapar los campos y alimentar los árboles que crecen en ellos?... Como estas ideas no me tranquilizacen abrí el dulcísimo libro del Cantar de los Cantares, y me encontré con estas palabras:—*Caput tuum est Carmelus; et comae capitis tui sicut purpura regis vineta canalibus.* (VII. 5). “Elevada y majestuosa es tu cabeza como Carmelo; y los cabellos de ella como púrpura de Rey puesta en flecos“. Finalmente, torné a abrir la Sagrada Escritura en otro lugar, que acaso me faltase para completar la luz que se hacía en mi espíritu. Abrí al acaso uno de sus volúmenes, y di con las siguientes palabras de Job.—*Quasi meridianus fulgor consurget tibi ad vesperam: et cum te consumptus putaveris, orieris ut lucifer. Et habebis fiduciam, proposita tibi spe: et depossus securus dormies. Requiesces, et non erit qui te exterreat; et deprecabuntur faciem tuam plurimi* (Cap. XI v, 17, 18 y 19). “Y en la tarde amanecerá para tí una luz como de medio día, y cuando te creerás consumido, renacerás como la estrella de la mañana. La esperanza que se te pondrá, te llenará de confianza; y dormirás en plena seguridad estando rodeado de un profundo foso. Reposarás y no habrá quien te amedrente; y muchísimos acudirán a tí con súplicas“. Jamás olvidaré el anuncio que me parece haber recibido con la lectura de aquellas palabras dulces y terribles del Espíritu Santo. De todos modos, desde aquel día me considero como una víctima destinada al sacrificio.

El mismo año de 1886, el Viernes Santo, por la noche me hallaba en la Capilla de los SS. Corazones, a tiempo que las Religiosas cantaban el hermoso himno del *Stabat Mater*. Pasaba yo por delante del altar mayor y me postré a adorar la Cruz, cuando en ese momento experimenté lo que nunca jamás he vuelto a sentir en mi vida; sentí, pues, una centellita, un algo del intenso gozo que mezclado a su profundísimo dolor, sintió la Santísima Virgen al pié de la Cruz. Comprendí entonces, cuán dulce es padecer algo por Dios. La impresión fué tan honda, tan viva, que me pareció que había durado todo aquello apenas un instante, y sin embargo había durado lo que gran parte del canto *Stabat Mater*, hasta su conclusión.



Sra. Juana Maldonado de San Juan,
madre del Dr. Julio M. Matovelle.



MAS PRODUCCIONES SUELTAS DEL AUTOR

Con dificultad van reuniéndose los distintos escritos que forman las *Opera Omnia* que editamos. Razón que ha impedido y seguirá impidiendo el orden cronológico en la publicación.

Pues el sabio varón escribía sobre temas diversos, en las distintas épocas de su no corta existencia; y como no se hallara al frente de revistas y periódicos propios, solicitaba el favor de la Prensa amiga, ora en Quito, ora en Cuenca, en otras ciudades de la República, para la divulgación de sus artículos, y aún de su correspondencia de carácter público, como lo observamos en las páginas que siguen, últimas de este Tomo.

NOTICIA DUELO SOCIAL

El telégrafo, con la concisión que acostumbra, acaba de transmitirnos la dolorosa noticia de que el muy ilustre y dignísimo Prelado, Monseñor Santiago Costamagna, ha pasado a mejor vida, cerca de la capital de la República Argentina, (en Bernal), el diez del presente mes. Deber sagrado de gratitud nos impone recordar, siquiera sea de paso, los principales hechos de su vida y los grandes beneficios que el Ecuador, y muy señaladamente las Provincias Azuayas, deben a aquel infatigable y celosísimo misionero de nuestras regiones orientales.

Monseñor Santiago Costamagna nació el 23 de Marzo de 1846, en Caramagna, pueblecito de la provincia de Cúneo, perteneciente a la diócesis de Turín, de Piamonte, en Italia. Fue uno de los discípulos más distinguidos del Venerable Don Bosco, y formó con los ya célebres y dignísimos Cagliero, Rúa y otros beneméritos sacerdotes y prelados, aquella pléyade de insignes religiosos Salesianos que han hecho tan famoso y querido su Instituto en todo el orbe católico.

El joven levita Santiago Costamagna fué ordenado de sacerdote, en Turín, el 18 de Setiembre de 1868: en seguida, ocupó puestos delicados y difíciles en su Instituto, y nueve años después, o sea el 14 de Noviembre de 1877, partió de Génova con dirección a Buenos Aires, en calidad de superior de la tercera expedición Salesiana para aquella república austral. Llegado a su destino, desplegó su actividad en todos los órdenes del ministerio eclesiástico, cosechando abundantísimos frutos de santificación en las almas, mediante el ejercicio de todo linaje de virtudes, especialmente el celo y abnegación con que se prodigaba en bien de sus prójimos, y su profunda devoción a María.

En 1879, exponiéndose a rudo género de sacrificios, unióse a la expedición dirigida por el General argentino Roca, y

fué el primer sacerdote salesiano que puso el pie en la Patagonia, hoy magníficamente evangelizada por el Instituto de Don Bosco. En 1880 fué nombrado Inspector de sus religiosos, en la Argentina, y merced a su poderoso impulso tomó un desarrollo brillantísimo la "Escuela de Artes y Oficios" de San Carlos. Repetidas veces visitó las misiones de aquella República, el Uruguay, Chile y el Perú. Fundó y sostuvo en Buenos Aires la publicación popular que hasta hoy hace un bien inmenso a esa metrópoli, y es conocida con el nombre de "Lecturas Católicas". Monseñor Costamagna es autor de varios libros y opúsculos de propaganda ascética, y hasta musical, que han obtenido el mejor éxito no solamente en la Argentina sino en otras varias repúblicas de América.

Pero prescindiendo de cien títulos más de honor y gloria que realzan en alto grado la figura ya histórica de Mons. Costamagna, en este brevísimo boceto de sus relevantes méritos, nos fijaremos de preferencia en el Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza. Fue designado para este difícil cargo por la Santidad de León XIII, que al mismo tiempo le preconizó Obispo titular de Colonia, en Armenia. Consagrado el 23 de Mayo del mismo año, recorrió inmediatamente varias ciudades de Italia, colectando abundantes limosnas con las que organizó una grandiosa y brillantísima expedición de misioneros, religiosos, agrónomos, artesanos y obtuvo un instrumental variado para, con todos aquellos poderosísimos recursos, dar un soberano impulso a las misiones de Méndez y Gualaquiza; pero ¡oh, desgracia que jamás se lamentará lo bastante! cuando Mons. Costamagna llegó al Callao con este numeroso séquito de obreros de la civilización, el radicalismo se había apoderado ya de nuestra República, y el General Alfaro impidió la entrada del misionero en el Ecuador, y todos los recursos destinados a este suelo sirvieron para mayor engrandecimiento del Perú y mengua nuestra.

Por muchos años fué imposible al obispo penetrar en esta República; cuando anciano ya y exhausto de fuerzas alcanzó el tan deseado permiso, todavía encontró el admirable Prelado en las energías de su espíritu, aliento, vida y recursos para elevar la misión salesiana de Méndez y Gualaquiza, al alto



puesto en que actualmente la contemplamos.

Mons. Costamagna merece una extensa y bien detallada biografía que ponga de relieve sus méritos y sirva de ejemplo a quienes traten de seguir sus pisadas. Aquí nos contentaremos con estos brevísimos rasgos, para manifestar lealmente la deuda de profunda gratitud que tienen contraída Cuenca y nuestra región oriental con el primer Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza. Dios, el único y soberano Remunerador de las virtudes premie abundantemente, allá en el Cielo, los méritos del insigne Prelado.

CARTAS

Cuenca, Febrero 15 de 1923.

Sr. Dn. Roberto Crespo Ordóñez.

Muy distinguido y querido amigo:

En la amarga tribulación con que el Cielo ha visitado a tu casa, deber mío es ofrendar a tí, y por medio de tí a tu digna familia, siquiera una palabra de consuelo, ya que sólo a Dios está reservado curar heridas de esta clase.

Tu inmejorable papá ha partido a mejor vida dejando un gran vacío, no solamente en su hogar sino también en la sociedad en que vivía; pero precisamente en esta falta que ahora nos hace la presencia de tan buen cristiano y honorable hombre público, debe estribar uno de los principales motivos de nuestro consuelo, pues al varón justo el premio de sus virtudes le está preparado para después de la muerte, porque estas no serán plenamente recompensadas sino allá, en la eternidad, y ni aún aquí abajo son ellas justicieramente apreciadas sino cuando ha pasado la escena de la vida, con todas sus sombras y miserias.

La primera y mas sobresaliente entre las virtudes de Roberto fué la firmeza de su fe de católico y su adhesión inquebrantable a la santa Religión que profesara desde niño; de aquí la resolución que tomara de no traicionarla jamás, en esta formidable borrasca de impiedad y radicalismo que por todas partes nos envuelve, y el empeño y entusiasmo que puso de servir su grande y trascendental causa, por cuantos medios estuvieran a su alcance, como lo demostró en la actividad y desprendimiento generoso con que trabajó por el sostenimiento de

las escuelas católicas en Cuenca. Fué, en suma, un cristiano práctico que hizo reinar a Cristo primeramente en su alma, y luego en toda su familia.

Otro de los rasgos distintivos de su carácter aparece su constante y fervoroso amor a la Patria; de aquí el celo y ardor con que, llegada la ocasión, arrimaba el hombro al sostenimiento de los más grandes intereses públicos, como se vió en el tesón y firmeza con que abogó porque se realizara el ferrocarril de Machala a Cuenca. Recuerdo haber oído varias veces al emidente patriota Dr. Antonio Borrero que, hablando de Rocafuerte y Olmedo, solía decir: esos personajes podían haber cometido faltas en la gerencia de los grandes intereses de la nación, pero se les perdonaba todo por el amor acendrado que profesaban a la Patria; sus pensamientos, sus afectos, sus planes eran todos en favor del país en que habían nacido; era algo como un culto que profesaban a nuestra infeliz República; era un encanto oírles como discurrían sobre los ideales de engrandecimiento futuro del Ecuador, y lo que ellos se proponían hacer al respecto. En esa escuela se formó García Moreno; pero con este último ha desaparecido por completo aquella generación de verdaderos patriotas, como si al darnos a este héroe se hubiera agotado toda la fuerza productiva de nuestra sociedad, en este orden. La gran masa de los políticos actuales se mueve al impulso del interés individual, únicamente: el negocio es el más poderoso ideal de todos sus actos. ¿Cuánto dinero voy yo a ganar en esa empresa pública? Qué provecho para mi familia, o qué destino, para mí, alcanzaré con esa gestión en el Congreso o la Magistratura? He aquí los grandes problemas que tratan resolver esos ánimos menguados que tanto alardean de patriotismo, y cuyos actos se resuelven al fin en el más grosero y mezquino interés individual.

Roberto era como esos mástiles de los grandes buques que al hundirse el casco de estos en un horroroso naufragio, quedan flotando solitarios sobre las ondas enfurecidas del mar; en su pecho generoso se había refugiado el patriotismo más puro de nuestros mejores tiempos. De aquí el entusiasmo, el ardor con que procuraba realizar las obras públicas, sin ver en

ellas su provecho sino sólo el bien del país a que pertenecía.

Tal es, mi querido Roberto, el juicio que me había formado de tu finado papá; por lo que siempre le he tenido como uno de los caracteres más respetables de hombre público que hemos tenido en el país, y uno de los más adictos a la buena causa, entre cuantos se han gloriado, entre nosotros, de católicos y conservadores. Espero que su ejemplo vivirá durante largo tiempo en este suelo, y que Dios N. Señor en su misericordia y bondad premiará sus virtudes en el Cielo. Parece que estos son los mayores motivos de esperanza y resignación que puedo ofrecerte en el medio del amargo duelo que ha visitado últimamente a tí y a toda tu familia.

Tu sincero, cordial y adictísimo S. S. y amigo.

JULIO MATOVELLE.

Cuenca, 31 de Diciembre de 1913.

Sr. Dr. Dn. Luis Martínez T. Presente.

Muy querido y distinguido amigo:

Acaba el Cielo de visitar tu hogar con una de esas grandes tribulaciones que encubren una gracia de primer orden. Luis Eduardo, tu primogénito adornado con raros dones de inteligencia y virtud, en la mañana de la existencia, y la plenitud de sus facultades; él, que como flor de primavera, se ostentaba en el vigor, lozanía y belleza de la primera juventud; él, encanto de sus padres, orgullo de sus amigos, y esperanza legítima de todos los suyos, ha desaparecido súbitamente del escenario de esta vida, dejando un horno encendido de dolor y desconsuelo entre cuantos le conocíamos y apreciábamos. He aquí el motivo porque te dirijo la presente, para ofrecer a tí y a toda tu respetable familia un homenaje de sincera condolencia de mi parte.

Esto es, hablando de nuestros acontecimientos por el lado de la tierra; pero si presentamos oído atento a las enseñanzas de la fe, ¡cuántos inexplicables consuelos no nos presenta la santa religión que profesamos, en casos semejantes!... Luis Eduardo ha vivido cristianamente, y ha terminado su corta carrera con una muerte edificante y preciosa; podemos, pues, aplicarle aquello de la Escritura: *Ha sido arrebatado para que la malicia no trastornase su mente, mi sedujesen su alma las apariencias engañosas de este mundo.* ¿Por qué, entonces, lamentarse de que el divino Jardinero haya transplantado a los pensiles eternos de la Gloria las efímeras amapolas de nuestros huertos? ¿Hemos de quejarnos si un proscrito arriba muy pronto a las playas de la Patria inmortal?.... Tu casa y familia han quedado santificadas y como embalsamadas con ese precioso holocausto; esperemos que sobre las cenizas de él, olorosas a místico incienso, lloverán las bendiciones del Altísimo.

A tí, tu desolada y digna consorte, y toda tu respetable familia, acompaña en este hondo duelo con sus oraciones y justo pesar tu cordial amigo y atento servidor.

JULIO MATOVELLE.

Cuenca, 15 de Agosto de 1909.

Al Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo,
Dr. D. Federico González Suárez.

Almo. y Rvmo. Señor:

Como Superior, aunque indigno, de la Congregación de sacerdotes Oblatos, que tiene a su cargo la obra de la Basílica del Sagrado Corazón en Quito, juzgo de mi deber manifestar al público que me adhiero plena y cordialmente a la *Protesta* del dignísimo Clero de esa Arquidiócesis contra las calumnias y dicerios lanzados por algunas publicaciones radicales de esa Capital, contra el por mil títulos ilustre Metropolitano de la Provincia eclesiástica quitense.

Usia. Ilma. y Rvma., como centinela vigilante de la casa de Israel, defiende intrépida y valerosamente los derechos de la Iglesia que le ha sido confiada; por ello el radicalismo impío y demoledor se ha atrevido a vomitar aquellos insultos y calumnias, sin advertir que la más hermosa corona que puede ceñir las sienes de un Prelado es la de espinas. El Ecuador está hoy ofreciendo a la tierra y al cielo el más hermoso espectáculo de toda nuestra historia: los Obispos, el Clero y los buenos Católicos, unidos entre sí estrechamente, y formando un invencible baluarte en defensa de los derechos sacrosantos de la Religión, sin tener para ello más armas que la oración y la protesta. A V. Señoría Ilma. Rvma. le ha tocado la gloria de dirigir a la combatida navecilla de la Iglesia ecuatoriana, entre las borrascosas y airadas ondas de la persecución más desenfrenada: sírvale de consuelo saber que en todos los ámbitos de la Nación hay innumerables corazones que respetan, veneran y aman a la sagrada persona de Usía. Ilma. y Rvma., y le acompañan en la ardua batalla sostenida por la causa de Dios y la Religión, en esta infortunada República.

Humilde y filialmente.

JULIO MATOVELLE.

(Fin del segundo tomo)

1911

1911

1911

1911

INDICE DEL SEGUNDO TOMO

	Págs.
Prólogo	1
La poesía	1
El culto católico	3
El porvenir	6
Las coronas	8
La familia	11
Reflexiones sobre las adversidades	14
Paseo en vacaciones	19
La ciencia y la poesía	26
El Catolicismo y la República	30
Discurso en la inauguración de la Sociedad Filarmónica	40
El Génesis de todo hombre	44
La perfectibilidad física del hombre	51
Las ruinas del Tomebamba	64
El mundo a vista de pájaro	80
La educación de la Juventud	94

POESIAS VARIAS

Miscelánea (o prólogo)	100
La verdadera gloria	102
Las flores y el crepúsculo	105
Contemplación nocturna	106
A mi patria	110
¿Qué es la vida?	113
A la juventud	116
Huslones	118
Alerta, patria mía!	121
La Cruz y la América	124
Una ganancia es morir	127
El primer amor (epitalamio)	129
El desposorio o una Primera Comunión	130
Las vísperas del Calvario	132

	Págs.
A Nuestra Señora de la Nube, en el Segundo Centenario de su aparición	135
La azucena	142
La inspiración	143
Un adiós	145
Meditación	147
El nombre de María	150
Ansiedad	152
A Cuba	154
El Proscrito de siglos	157
A María	161
Una Virgen oriental	163
La Virgen de Judá	165
Jocosa.—Los monos comunistas	166

POESIAS SAGRADAS

Para la Comunión	171
Coplas en honor del Corazón de María	174
Preces al Espíritu Santo	174
id. al Purísimo Corazón de María	175
id. al Santo Cristo de Girón	176
id. a Nuestra Señora del Ave María	177
id. a Nuestra Señora de los Desamparados	178
id. a la Niña María	179
Oficio Parvo en honor de Nuestra Señora de los Dolores	180
Salve, a Nuestra Señora de los Dolores	183
Cántico al Niño Jesús	184
Ante la prodigiosa Imagen de Nuestra Señora del Colegio	185
Preces a Nuestra Señora de los Desamparados	187
Deprecación a Nuestra Señora de las Mercedes	188
Notas piadoso—literarias	189
Al Sagrado Corazón de Jesús	190
Vamos al Cielo	191
Himno a León XIII	192
Salve a Nuestra Señora de los Dolores	193
Súplica a Nuestra Señora de los Dolores	194
Ecce Mater tua	195
A la Santísima Reina de las Mercedes	196
Oficio Parvo en honor de Nuestra Señora del Tránsito	197
A María Santísima en su Soledad	203
A Nuestra Señora del Tránsito	204
Preces a Nuestra Señora del Tránsito	205
Cántico a Nuestra Señora de la Nube	207
Preces a Nuestra Señora de la Nube	208

	Página
Oración pidiendo una buena muerte	210

POESIAS MORALES Y ARTICULOS VARIOS

Misión del Sacerdote y del Pontífice	211
Dedicatoria	213
A la memoria del Sr. Vicente Arriaga	215
Artículos y poesías publicados en la Revista del Liceo de la Juventud	217
Discurso de apertura	218
Poesías.	222
Reflexiones varias	227
Dulce recuerdo de mi ingreso a la Clericatura.	367
Memoria	371
Más producciones sueltas del autor	339
Duelo social	340
Cartas	343

